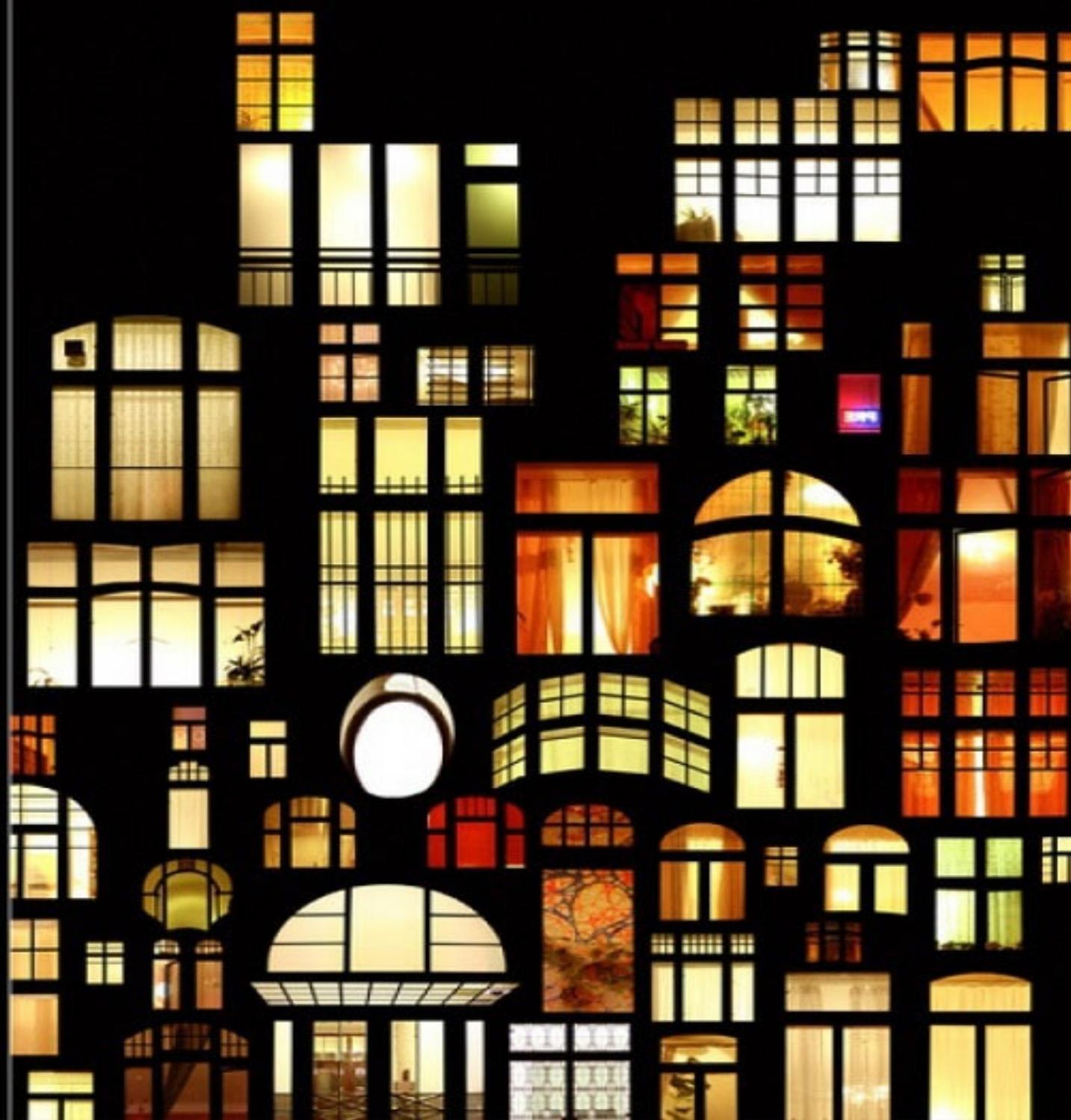




Pedro Sorela

Quién crea la noche

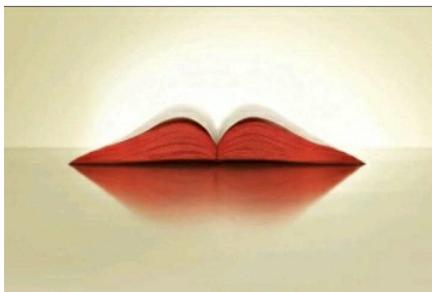


En *Quién crea la noche*, la novela que Pedro Sorela finalizó poco antes de su muerte, decenas de personajes relatan una parte de su vida. Las relaciones humanas, los encuentros fortuitos, las despedidas, las encrucijadas que se les presentan son los elementos que cohesionan todas estas historias que funcionan como vasos comunicantes, como un friso formado por seres que parecen vivir encerrados en su soledad, o sobrellevando una pérdida, o una ausencia, aunque, en realidad, todos están vinculados entre sí: la suma de lo experimentado por cada uno de ellos —que se va encadenando como si se tratara de eslabones de la cadena de la existencia humana—, conforma una composición coral vívida y emocionante que retrata la vida urbana de nuestros días.

Quién crea la noche



Pedro Sorela



Título original: *Quién crea la noche*
Pedro Sorela, 2019



Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 12/11/2019

1. Cliente tambaleante, lluvia horizontal

Se abrió la gran puerta de cristal y entró un hombre cargando bajo el brazo con dificultad un gran ojo negro rectangular. Sudaba y ya se tambaleaba un poco, y parecía traerlo a pie desde lejos.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó el joven que se encontraba en la recepción. Se refería al ordenador, un Mac de los grandes, y lo había preguntado sin verdadero interés; se veía que le era indiferente si el ordenador tenía ébola, iba a explotar, hablaba desde hacía dos días en una lengua oscura o iba a derribar al fin al hombre que lo llevaba y que parecía mantener con él una sorda lucha desde hacía un buen rato.

—No sé... ¿No tendría que decir «buenos días» primero? «Buenos días, parece que el tiempo cambia, las hojas comienzan a caer, ¿quiere un vaso de agua?, ¿quiere sentarse?...». Ah, no, ya veo que no tienen previsto ustedes que nadie se siente. Ni tampoco vasos de agua.

En efecto, en ese local de reparación de ordenadores todo era diseño y líneas claras, desde el uniforme del empleado, una camiseta con el nombre de la franquicia que parecía un anuncio de perfume, hasta el vestíbulo vacío, con una entrada de cristal hacia la calle que convertía el lugar en una pecera con un pez burócrata tras un mostrador y enormes fotografías de naturaleza en las paredes. De naturaleza muerta: una selva virgen y con animales invisibles, un mar con ballenas lo bastante lejos, una cumbre nevada sin pájaros. Podría muy bien haber sido la antesala de una clínica de cirugía estética, y en cierto modo lo era.

El empleado, un joven con gafas de lector improbable y barba de profeta, no se dio por enterado del reproche. Salió de detrás de su mostrador y, tras colocar el ordenador en el único mueble de toda la sala, una mesa con aspecto de quirófano que llegaba a la cintura, lo fue examinando de cerca, pero sin tocarlo; no habría actuado distinto si buscase explosivos.

—¿Qué le ocurre? —volvió a preguntar.

—Se niega a apagarse —dijo el hombre.

Luego rellenó un formulario explicando que además el ordenador hacía cosas raras y eximiendo a la compañía de cualquier culpa. Tras lo cual, con gesto de desaliento más que de cansancio, volvió a salir a la calle. Ahora le pareció que el camino a recorrer no iba a ser la expedición de la ida.

En cuanto al joven de las gafas, pretendió seguir con su aburrida mañana de rituales repetidos, un trabajo que consumía poco cerebro, pero escuchaba un ruidito de fondo. Quizá los reproches del cliente, al que no podía llamar «viejo» ni tampoco «el típico plasta», pues allá en el fondo de su cerebro en modo *stand-by* algo le decía que el hombre tenía razón al reclamar por lo menos un «buenos días» humano. Esa imposibilidad de meterlo en algún cajoncito le hizo sentirse incómodo, y pese a su aburrimiento blindado odió ese trabajo epidemia que le había convertido en una tecla.

Antes de que llegase el siguiente enfermo, el joven de las gafas puso el aparato que le habían traído en la fila correspondiente... de forma que llegase al taller a la hora, esa tarde, en que comenzaba su turno allí. Pues en ese negocio, para que el consumo de células fuese igualitario, todos hacían de todo. Y de paso para que nadie se creyese propietario de su mesa.

En cuanto a Leonardo Hurtado, que así se llamaba el cliente, en su camino de regreso al coche fue poco a poco dejando de sudar y agradeció el primer aire fresco que le llegaba desde no sabía cuándo. Paró un momento y se puso el jersey que se había quitado a la ida, con el ordenador en el asfalto y sujetándolo con sus piernas, al quedarse sin fuelle. Ese día, estaba claro, era el del cambio: al fin se terminaba el verano de Madrid, que llega cuando parece que el calor ha dado un golpe de Estado y el mundo intenta resignarse a una larga dictadura.

Todos esos detalles importan. ¿Habría ocurrido lo que ocurrió en el caso de que siguieran en el verano eterno? Probablemente no. ¿Y en el invierno, que en Madrid engaña porque es azul, pero azul cruel? Quién sabe. Al sentarse por la tarde frente al ordenador rebelde, Óscar, el joven de las gafas, se tomó un momento —como un cirujano antes de acuchillar al paciente— y echó un vistazo en torno. Ninguno de sus compañeros le había visto, todos se concentraban en sus pantallas, y tres de ellos sujetos a unos auriculares. Y no solo porque les pagaran por ello, sino porque eran víctimas avanzadas de esa enfermedad contemporánea de no poder despegarse de una pantalla, una vez abierta, y menos todavía si hay que escarbar en ella.

Los cinco técnicos que ocupaban las demás mesas se parecían a Óscar como perros de una misma camada. No todos tenían barba, claro está —solo uno, una de esas de tres días que parecen más bien mugre—, ni gafas: solo dos chicas las llevaban, muy parecidas. Pero todos tenían *veintipico*, vestían la camiseta de la franquicia, negra y con un anagrama naranja en el pecho, y tenían la mirada estupefacta de los *pantalladictos*: algo ensimismado y poco propenso a desear los buenos días.

No se parecían solo en eso. Todos estaban agradecidos de tener un trabajo y a la vez bastante insatisfechos con él. Al principio habían dado saltos por poder vivir de lo digital —o sea, vivir de su vicio, el ideal laboral de todo el mundo—, y poco a poco fueron comprendiendo, igual que un matrimonio, que el vicio también estaba compuesto de rutinas y tedio. Su taller venía a ser un consultorio de medicina general, y las enfermedades no solo se repetían, sino que requerían remedios de toda la vida: poner a cero el sistema operativo, cambiar el teclado porque le había caído un vaso de agua, descargar una nueva aplicación... Rutinas. Con lo que pueden hacer ciertas rutinas ocho horas diarias en el alma de la gente.

Hasta ese día en que el hombre entró casi tambaleante en la pecera. Impulsado por un resto de instinto que todavía no había sido devorado por la rutina, Oscar se reservó el ordenador para tratarlo él, y al abrirlo esa tarde vio pronto, como había imaginado, que el aparato se negaba a apagarse y que obligarle a hacerlo tomaría veinte minutos: una aspirina. Pero esta vez no sintió subir unos milímetros su hartazgo. Al contrario, vio que la sencillez del tratamiento le regalaba algo de tiempo para romper una de las reglas de su trabajo: les echó un vistazo a las carpetas que contenía el ordenador. Con el resultado que había sospechado. Era una mina.

«El contenido de los ordenadores es sagrado —le habían advertido a Óscar al contratarlo—: lugares fuera de juego, césped que no se pisa».

Pero se lo habían dicho en voz no muy alta, al paso, para cumplir. El resultado era que, robando tiempo por las esquinas, todos los técnicos hurgaban en los ordenadores, por lo general

en las carpetas de fotos, por si pillaban algo. Y a veces pillaban: lo previsible, lo de siempre. Algo sin imaginación que sorprendía cansando antes de lo previsto.

Lo distinto del ordenador traído por el hombre tambaleante era que no tenía fotos, ni vídeos, ni música. Las carpetas correspondientes estaban vacías, lo que golpeó a Óscar con más fuerza que cualquiera de las fotos de desnudos y porno aficionado que había visto en otros clientes, y por supuesto que toda la música que había oído, pues algo le hacen los ordenadores a la música: que suena toda muy parecida.

Óscar se enderezó en el asiento —todos los técnicos se sentaban medio escurridos para demostrar que andaban sobrados— y, diciéndose que eso no era posible, buscó más, sin hallar nada. Rebuscó entonces en los sótanos del aparato. Solo encontró un par de fotos de carné —el hombre aparecía sin canas ni ojeras— y el anagrama de un documento oficial, sin interés.

Todas esas ausencias le motivaron más que cualquier posible hallazgo. Ese cliente que reclamaba *un buenos días* era un imposible. Es cierto que había mucha gente que no guardaba fotos en el ordenador, ni música, pero era porque no tenían ordenador. Todavía quedaban viejecitos que pegaban en álbumes las fotos de los nietos.

En ese taller se disponía de un tiempo máximo para arreglar cada aparato, y este había agotado el suyo. En caso de necesidad había que pedir otra media hora, y justificarla. Así que a Óscar no le quedó más remedio que, jugándose la, estropear el nuevo sistema operativo que había instalado y rellenar un parte pidiendo más tiempo. Y, a la espera de que lo aprobaran, se dedicó a otros arreglos. Pura rutina.

Cuando salió de su trabajo, la tarde caía ya; en pocas semanas la noche le iba a ganar la partida al día y él no vería la luz del sol más que a través de los cristales de la pecera. Le pareció que la ciudad presentaba el aspecto animado de todos los atardeceres, una promesa que para el común de los ciudadanos solo se cumple los fines de semana. Él todavía estaba en la edad de trasnochar los martes para demostrar fuerza y juventud, y se dirigió al bar donde se reunía todas las tardes con sus amigos para beber cerveza.

Y ahí se produjo una primera novedad, la obligada broma sobre la derrota de su equipo el fin de semana no le llegó y, más raro aún, no tuvo ganas de responder. Sonrió tan solo de medio lado, como si la broma no mereciera una respuesta. Y así era —se extrañó—, no la merecía.

Luego llegó lo que de verdad le importaba: Cristina. Tal como la había deseado durante todo el día, fresca y alegre como si saliera del mar, con los dientes más blancos que nunca tras la sonrisa roja de China de su maquillaje y con una falda cuya principal misión parecía ser ondear en torno a unas piernas que desde hacía días deseaba acariciar más que cualquier otra cosa. Y lo que le dejó estupefacto fue que al hacerlo, horas después, cuando al cabo de una aproximación que duraba ya varios días su mano había aterrizado en una rodilla como si esa fuese la pista de aterrizaje natural de las manos; después de que la suya había dado la vuelta y ya se había entretenido en la esquina de atrás de la rodilla, zona de alto poder sísmico, y ya remontaba y acariciaba la parte interior del muslo, en el camino de entrada hacia donde comienza todo, justo entonces, en el vértice mismo de la tormenta, se acordó del cliente tambaleante. Y de su ordenador sin fotos. Eso le molestó, claro, más aún que una mota de polvo en un ojo frente a un gran paisaje con relámpagos y una tormenta acercándose. Pero aún más le intrigó.

Todo esto ocurría con una suerte de viento silbante, o gemido, que hizo de música de fondo y se terminó sobreponiendo a los suyos. Gemidos más bien silenciosos, los suyos, susurrados como

secretos en el oído del otro. Y sin embargo apagaron el estruendo del aguacero. Se había venido anunciando todo el día con signos y presagios —brisas caprichosas, azules vendiéndose al gris a la vista de todo el mundo, y población agitada, nerviosa—, y cayó sobre ese ático como un punto y aparte. De inmediato, en la superficie de la terraza convertida de golpe en piscina se reflejaron los relámpagos.

La tormenta llegó a medianoche. Los pocos taxistas y conductores de ambulancia que la pudieron disfrutar en la calle estaban medio hipnotizados con los limpiaparabrisas y no pudieron ver que no se trataba de una tormenta como otras, con grandes charcos bajo semáforos y goteras en el metro. Por culpa de la oscuridad costaba darse cuenta de que llovía horizontal, al estilo de las islas del norte, solo que en Madrid nunca había sucedido. Y que el frente de nubes galopó sobre la ciudad mientras cambiaba de forma: grandes nubarrones negros deshaciéndose de su agua oscura y transformándose como caballos que tropiezan en el salto y ruedan hechos una bola con el jinete.

Una versión mucho más brusca que lo que le sucedió a Óscar, que tras el último suspiro se desenganchó de Cristina para resbalar sobre la cama y de inmediato se durmió. Ella en cambio encontró en el rumor de la lluvia la conversación y los mimos que había echado en falta, como siempre, y se quedó despierta para oírla.

No supo nunca que de la lluvia trataba una carta que Óscar comenzó a leer en el ordenador del hombre cansado cuando regresó a su trabajo por la mañana, pues habían autorizado más tiempo para la reparación del Mac. La eligió entre todas porque la firmaba una mujer: Miriam. ¿De la lluvia? ¿La carta trataba de la lluvia? Sí. La lluvia no sabe de países ni distancias. Viaja y, aunque con cambios de carácter, como cualquiera, es la misma en todas partes.

Habíamos salido esa mañana con (Ramón Piñera, un profesor conocido en el congreso de Albuquerque y autoridad en alimentos olvidados) en busca de una de las viejas misiones franciscanas que se distribuyen en puntos remotos de Nuevo México, que es un lugar desértico. Nos detuvimos a unos doscientos metros de una que se alzaba sobre una colina pelada, y nos disponíamos a caminar hasta ella cuando un guardia surgió de entre las piedras.

«¿Ven esas nubes? —nos dijo—. Van a romper en muy poco tiempo, y aquí las tormentas traen más relámpagos que gotas de lluvia y no tienen mejor sitio donde caer que los seres humanos y las serpientes, que son más pequeñas. Ustedes verán. Yo he cumplido con avisarles. Ahora ustedes hagan lo que quieran».

Ahí comprendí que eran las nubes las que le daban esa ansiedad gris al paisaje, esa casi certeza de que algo iba a pasar pero no se sabía qué. Ya lo sabíamos: truenos o serpientes. Así que nos fuimos, pues no queríamos provocar, y como pasado un rato las nubes se empeñaban en no romperse sino en oscurecerse hasta un gris que ya no era gris, era otra cosa, nos bajamos del coche para visitar otra misión que también se encontraba a doscientos metros. Fue entonces cuando un cartel nos salió al paso:

ZONA DE SERPIENTES.
RESPETE SU PRIVACIDAD Y NO SE DESVÍE DEL SENDERO

Hay muchas formas de censura, y la indirecta es una de ellas. De nuevo nos encontramos en el Ford automático alquilado, navegando por una de esas carreteras de Estados Unidos que, iba a averiguar en los siguientes días, son infinitas y solitarias y ni se te ocurra quedarte sin gasolina o, peor, sin agua.

Entonces estalló la tormenta. Estallar es la palabra. Primero habíamos visto relámpagos a lo lejos, como si estuviésemos acercándonos al cielo (o al infierno) y ángeles o demonios nos anunciaran. O nos avisaran. Luego comenzamos a escuchar lejanas explosiones, seguidas de rugidos cada vez más cerca, y cuando una de ellas llegó a nuestra altura, descargó de golpe y con gran estruendo una piscina sobre el coche. Y luego otra. Y otra, sin pausa ni compasión. No otro habría sido el efecto si hubiésemos caído al mar. En un momento veíamos un desierto hundido por un cielo gris, iluminado por relámpagos, y al instante siguiente el coche navegando por un mar sin peces que nos atacaba. Estaba claro que Ford no había pensado en las tormentas de Nuevo México, porque los limpiaparabrisas parecían el intento de defenderse de un maremoto con un abanico. Conduje como pude, a tientas, aunque quizá debiera decir nada hasta el borde de la carretera, apagué el motor y comencé a rezar para que ningún otro se empotrara contra nosotros en esa carretera desierta.

«¿Qué hacen las serpientes en una tormenta así?», preguntó Ramón Piñera.

Una señal luminosa con un corto pitido le indicó a Óscar que el tiempo para ese ordenador había acabado y que debía pasar al siguiente.

2. Nada tan nómada como la alegría

Se arrepintió al ver llegar el plato, pero ya era demasiado tarde: no lo podía devolver. Aguacate con langostinos ahogados en una salsa rosa que sofocaría el sabor de ambos, incluso retirándola con el borde del tenedor. Y se preguntó cómo, a los cincuenta años y se suponía que maestro en alimentos raros (se rio por dentro), podía seguir cometiendo errores de viajero novato como pedir «ensalada de aguacate» en un restaurante; la palabra *ensalada* sirve para emboscar todo tipo de fechorías.

Quizá otra restaurantada no le habría chocado de esa forma, pero los aguacates eran para él una de esas pruebas que nos ponen en la vida para avisarnos de lo que llevamos recorrido: él había visto a su madre pagar veinte dólares por un aguacate de un amarillo grisáceo que había traído un marinero de contrabando, en los tiempos en que con veinte dólares se salía de pobre una semana. Su madre lo había comprado por pura nostalgia de Suramérica y como ilustración de los cuentos sobre aquellas tierras de abundancia que les contaba a sus hijos antes de dormir. Y no es que no la creyeran —los niños siempre creen a su madre, diga lo que diga—, pero esa mantequilla amarilla llena de fibras les trajo la prueba tangible de que en efecto había otro mundo real y a él se iba en barco.

Luego, por la noche, desvelado, Ramón Piñera pensó de pronto —así llegan las grandes revelaciones— que tal vez ya estaba cansado de andar por el mundo buscando nuevas comidas, lechugas no verdes, ajíes violentos y salsas improbables por cuenta de una asociación secreta y poderosa de cocineros europeos que no tenían ni el tiempo ni el valor de viajar. Se necesita coraje para viajar con los ojos abiertos.

Cansado: una palabra a la que no había tenido que recurrir en cincuenta años de vida; al contrario, él mismo parecía un posible argumento para demostrar que *cansancio* era una de esas cosas semiextranjeras que solo les suceden a los otros, como *aventura con una actriz o sida*. Pero unos días antes se había descubierto unas canas en el vello púbico y solo por puro contraste, en un espejo, mientras hacía el amor con Verónica, que tenía veintinueve años y parecía seis más joven. Desde entonces sentía algo que no terminaba de ser vergüenza, más bien pudor, como si la edad fuese algo defectuoso. Dejó de hacer el amor frente al espejo, una prueba que nunca antes le había intimidado. Pensó que tal vez el siguiente paso era hacerlo a oscuras, como las señoras de antes. Ese pudor también era nuevo.

Pero ahí estaba, en un Hilton cualquiera, pidiendo ensalada de aguacate con langostinos en salsa rosa. Puede que Ramón Piñera no fuese demasiado sincero, y hasta un fingidor profesional, pero no se mentía a sí mismo y se dijo: «Ahora solo me falta salir a jugar al golf en un carrito de juguete». En efecto, desde los grandes ventanales tipo pecera de ese Hilton se veía a jugadores fallar tiros muy fáciles en el *green* de un hoyo 18, y luego entrar en el restaurante mientras se

quitaban las viseras y los guantes sin dedos. Gracias, tal vez, a la salsa rosa, Ramón Piñera se dijo por primera vez que él «antes, no habría venido aquí». Y esa frase, la de «antes, yo no» es también otra forma, como las canas en el vello púbico, que tiene el tiempo de avisar.

Antes no habría venido aquí, y menos habría pedido aguacate con salsa rosa, un invento para las personas que le tienen miedo al amarillo cremoso y obsceno de los aguacates. Antes —se confesó como si estuviese frente a un espejo—, antes habría estado comiendo en algún puesto casero en el mercado central: cinco o seis mesas que ni aspiran a restaurante, y esa es ya una garantía. Siempre las hay en el mundo árabe, y es fácil que en ellas se coma el mejor pescado de la ciudad, como recordaba de Casablanca. Normal: se comían salmonetes rosados mientras se miraba la jeta miedosa de las merluzas pescadas con caña la noche anterior y exhibidas a dos metros de la mesa. ¿Por qué no había vuelto?

Precisamente porque ya conocía esa casa de comidas, se dijo, y tenía la norma que creía de buen viajero de no volver a los sitios donde había sido feliz o tan solo vivido con intensidad. Es más que probable que si uno regresa a donde ha sido dichoso se decepcione, pues no hay nadie tan nómada y antojadizo como la alegría. Quizá tan solo el placer. Ni siquiera las merluzas hermanas saben lo mismo un día que el siguiente, aunque los restaurantes juren que poseen la fórmula.

Bueno, tal vez antes no habría vuelto a la casa de comidas del mercado de Casablanca, pero desde luego no se habría resignado a comer en ese restaurante de golfistas en el Hilton, clon de todos los restaurantes de golfistas en el mundo. Eso era justo lo que vendía ese tipo de hoteles que va invadiendo un país tras otro: la garantía de volver a un espacio ya conocido, la certeza de que, aunque se vista con aviones y maletas, no hay que tener miedo porque ese no va a ser un viaje. ¿Y entonces? ¿Por qué se había metido sin necesidad alguna precisamente ahí, en ese hotel idéntico a todos los cinco estrellas, con música de ascensor hasta en los baños?

Es más, *no meterse* era justo lo que a él le definía. Cuando comenzaba y aún creía que todo cocinero explorador ha de comenzar por París, una secretaria del cártel de chefs que organizaba su viaje le llamó para decirle que todos los hoteles que él había propuesto para alojarse tenían una o dos estrellas y estaban en la orilla izquierda.

—¿Y?

—Es que está previsto que usted vaya a hoteles de cinco.

Hubiese sido demasiado largo de explicar, de modo que improvisó:

—No me dejan. Dejé un par de cuentas sin pagar, cuando era joven, y me tienen vetado. Un poco como a los ludópatas en los casinos.

No era cierto, pero sí una mentira emparentada con la verdad. Lo que sucedía era que Ramón Piñera había desarrollado desde joven no tanto una alergia como un hartazgo hacia los hoteles de cinco estrellas y la vida lujosa: les había visto el lado de cartón piedra. Hijo de una terrateniente cubana exiliada y de un jugador, un asaltante de ruletas y científico del póker, se había criado en los hoteles adjuntos de los casinos, que por definición son todos *de lujo* por aquello de que riqueza llama a riqueza. Así que su infancia había transcurrido jugando al escondite con camareros con pajarita detrás de sillones orejeros en los que viejos millonarios dormitan mientras llega la hora de irse a derrochar fortunas antes que dejársela a herederos agazapados. Sus meriendas no habían sido nunca de pan con chocolate, como las de los demás niños, sino de sándwiches de cinco pisos servidos con servilleta rígida por el servicio de habitaciones. Él sabía lo que era ser enviado al colegio en coches negros de alquiler, pues su padre trabajaba de noche y

dormía de día, y en el mundo de su madre se confiaba el cuidado de los niños a niñeras y chóferes. No había nada perverso ni egoísta en ello. Un par de generaciones antes se les enviaba a desbravarse en internados en Inglaterra o Suiza donde les enseñaban a montar, a esquiar e idiomas, y de los que volvían para casarse o hacerse cargo de las tierras o de un banco.

Así que cuando empezó a fracasar en la universidad, Ramón Piñera no sabía muy bien lo que quería hacer, pero tenía claro lo que no quería: no quería codearse más con millonarios que miden el arte por el peso en oro de los pintores y que en el mar no saben hacer otra cosa que asolearse sobre yates. No quería volver a merendar *sándwiches rascacielo* frente a un vídeo en una habitación de hotel, y no quería tampoco ni la menor de las emociones que da el juego: ya sabía que eran tan de plástico como galopar tras una pelotita en un campo de polo, o creer que la felicidad tiene algo que ver con sentarse en el sillón de cuero de un Jaguar.

Así que su universidad fue un desastre, pero un desastre útil. En el mismo tiempo en que se tarda en formar a un abogado cómplice o a un arquitecto depredador, él había acumulado un montón de datos insuficientes sobre historia del arte, arquitectura, filosofía, literatura y periodismo. En todas esas facultades había perdido la paciencia, porque su padre se arruinaba cada pocos meses y él tenía que abandonar universidades de ricos igual que hay que salir por la puerta de atrás de los clubes cuando se deja de pagar la cuota. Nunca tuvo miedo, pues sabía que su padre no tardaría en volver a hacerse rico con una escalera real en el póker. Había vivido ese milagro cuatro veces, y una de ellas fue de diamantes y al as. Tenía el récord. Habitual de los bares y las fiestas más que de las clases, sabía muy poco de nada, pero su horizonte, en cambio, era más amplio que el de toda su generación de especialistas. Una sensación de algo sin terminar, de fraude, creaba en él un abultado complejo de culpa, y al tiempo —y aquí lo importante— una gran curiosidad. Si se añade que, primero por el nomadismo de sus padres por la azarosa ruta de los casinos, y luego por una norma que se impuso, no pasar un solo día de vacaciones que no fuera viajando, el resultado fue que a los veintitrés años Ramón Piñera era un ser afilado por el complejo de ignorancia y la curiosidad. Y tenía ya mucha más experiencia viajera que la mayor parte de los pilotos de avión y los tenistas, que solo recorren la ruta de los hoteles aburridos y saltan de alzar copas en los campeonatos a comprar sin tasa relojes con muchas esferas en las tiendas de los aeropuertos.

Fue en ese estado de desorientación cuando un día en que había invitado a unos amigos a cenar, inquieto de golpe por la posibilidad de que la cena se fuese a estancar en los tópicos del momento, se le ocurrió darles menús distintos a sus invitados. A unas lentejas con langostinos y a otros sin, y con chorizo.

Al principio no pasó nada y la conversación, en efecto, se fue encaminando hacia el lugar común, una isla de la que después es muy difícil salir. Pero en cierto momento una amiga, Almudena, directora de cine y quizá por eso con la vista más aguda, vio la cola de una gamba que sobresalía entre las lentejas como la cola de una ballena pequeñita y rosada.

—¿Y eso? —preguntó.

En realidad, todavía no sospechaba nada raro, tan solo quería una excusa para enfilar la conversación sobre las lentejas y llegar por ahí a la gastronomía, que entonces comenzaba a ser uno de los tópicos más recurrentes.

Y cuando su compañero pinchó en la gamba y la mostró, más marrón que rosa a causa de un barro espeso, Almudena miró a Ramón Piñera como pidiendo explicaciones. Visto que no

llegaban, preguntó otra vez:

—¿Y eso?

—Es una gamba.

—Está claro —Almudena sonrió porque no quería parecer mezquina—. Pero ¿por qué Jorge tiene gamba y yo... —Ahí rebuscó con su tenedor hasta encontrar—... chorizos? —Y pronunció *chorizos* como si hubiese dicho *vísceras*.

Durante un tiempo que pareció largo se dejó de oír hasta el masticar de los invitados y las gárgaras del vino al ser escanciado de la botella: nadie había reparado hasta entonces en que unos tenían vasos y otros copas, pero sin corresponderse con los dos nuevos países que de pronto habían nacido en la mesa. Además, los vasos y copas eran todos distintos. Interesados de golpe en si les había tocado la nación del marisco o la del embutido, los invitados tampoco se dieron cuenta de que todos sus platos eran de diferentes razas y religiones, lo único que los unía era que tenían algo azul. Pues, saturado de hoteles siempre iguales, lo primero que había decidido Ramón al irse a vivir solo fue que la vida era ya demasiado monótona para encima comer siempre en la misma vajilla.

Con el tiempo, Ramón Piñera ni recordaba qué excusa había puesto. Cualquier cosa. Lo decisivo fue que esa cola de gamba le dio una pista, y a partir de ahí exageró las diferencias y comprobó, con placer de director de teatro, que ligeras variaciones en el menú provocaban en sus invitados rivalidades y, en una ocasión, casi una pelea a puñetazos entre los partidarios del limón europeo, regordete y amarillo, y el latinoamericano, prieto, verde y aromático.

Era previsible que un día propusiera un plato que en principio no se había inventado nunca, aunque con los chinos nunca se sabe: tortilla de patatas con sobrasada. Algo inocente que sin embargo tocó la tecla precisa en el momento adecuado, porque a los pocos días un periodista le llamó solicitándole una entrevista.

—¿Una entrevista? ¿Por qué?

—Queremos que nos hable de su tortilla de patatas.

Al principio quiso decir que no, claro, pues aún tenía ideas sencillas sobre cómo funcionan los periódicos, pero luego aceptó porque el estado de ebullición en que se encontraba su cerebro desde el invento de la sobrasada le impedía negarse.

—En realidad, mi tortilla de patatas no tiene mayor secreto —mintió—. Lo que ocurre es que les conté a mis invitados cómo se la había visto hacer a un gitano, en una carretera cerca de Cáceres. El gitano cocinaba la tortilla en una sartén de hierro en una cocina improvisada bajo una gran carpa medio al viento mientras fuera caía una tormenta de fin del mundo. Así que la tortilla parecía un anuncio sagrado, casi bíblico...

Ramón Piñera hizo más cenas exitosas por una sabia combinación de intuiciones, omisiones y mentiras. En realidad, él jamás había visto a ningún gitano hacer ninguna tortilla, pero le pareció que el personaje daba bien como cocinero y que funcionaba mejor atribuirle a él una sabiduría arcana en lugar de reivindicar una ocurrencia. *Cerca de Cáceres* le parecía lo bastante difuso y exótico para que allí hiciesen una tortilla única, y también le gustó *sartén de hierro*, que no había vuelto a ver, pero recordaba de su infancia. En cuanto a la tormenta, recurrió a una que le había caído encima en un viaje que había hecho con Miriam, una joven investigadora que había conocido en el hotel en Albuquerque donde acudía a un congreso sobre el viaje.

Estuvo bien, tres o cuatro días juntos en un escenario que parecía de fin del mundo, con arena,

ruinas de viejas misiones y serpientes, y una tormenta como no había visto nunca y dudaba fuese a volver a ver. Nada estable podía salir de ahí, y en ocasiones se preguntaba si había sucedido algo en absoluto. Miriam tenía un cuerpo firme, con una nariz por alguna razón atractiva sin serlo y una mirada melancólica. Parecía un cuento, sobre todo en el recuerdo. La tormenta que habían compartido le pareció el escenario adecuado para una tortilla de patatas digna de entrevistas en los periódicos. En ningún momento aparecía en la entrevista la sobrasada, un manjar que él conocía de los veraneos en Mallorca, cuando todavía las islas no habían sido balearizadas por los turistas. Esa era la omisión decisiva.

Gracias a sus viajes por las rutas de la ruleta, Ramón Piñera sabía de condimentos ganadores poco a nada conocidos, tales como el *cuitlacoche* mexicano, las barbas negras del maíz, que supo aplicar en una *quiche lorraine* francesa. O las guascas, una hierba que en Colombia le ponen a una sopa que se toma con cucharadas de aguacate y que exportó con éxito a las habas a la catalana. O los chiles vietnamitas, que supo casar con el cocido español para darle un aire cosmopolita y extravagante, algo muy difícil de dar a un cocido.

Y eso fue lo que le fue abriendo su camino en la vida. A base de pura osadía, tanto en el uso de condimentos como de su escamoteo en historias que encajaban con los platos y los hacían antiguos y verosímiles, fue conquistando una asombrosa reputación de cocinero que le sorprendió solo al principio, pues es fácil acostumbrarse a la fama. Un día, cuando menos se lo esperaba, le llamó la asociación de cocineros para encargarle que viajara por el mundo en busca de hierbas y frutas desconocidas y las combinara en fórmulas arrojadas y resultonas.

Se le dio bien durante un tiempo. Hasta que el día menos pensado se encontró pidiendo ensalada de aguacate con salsa rosa en un Hilton en Casablanca. Su ascenso había sido rápido, pero su caída lo fue más. Con un langostino chorreando salsa rosa de camino hacia su boca, Ramón Piñera se acordó de las gambas con sangre de lentejas y le cayó de golpe encima todo el tiempo que había pasado, y ese es uno de los pesos más difíciles de llevar. No sabía qué hacer.

3. Qué escriben las tormentas

Era más fuerte que ellos: hacían lo posible por que no se les viera pero, aunque la mirasen a los ojos, Miriam observó que estaban pendientes de su boca con la parte de abajo de las pupilas. Y los más atrevidos, hasta de los pechos, cuyos pezones grandes y oscuros como pecados originales de algún modo intuían. También a veces se fijaban en las manos, intuyendo todo lo que podían hacer sus dedos de arquitecta de floreros. Y a veces en la nariz, que le estilizaba la cara e influía en sus ojeras. Aunque no los viera, siempre sabía cuándo le miraban el culo, como les sucede a muchas mujeres. La primera vez que le miraron los pechos, cuando dejaba de ser una niña, le sorprendió e incluso le agradó: alguien reconocía su existencia. Luego aprendió a irritarse, con tanta frecuencia que para poder manejarlo tuvo que modular su rabia, primero en resignación, luego en indiferencia. Por eso le sorprendía cuando los hombres no empezaban por ahí. Si eso sucedía y no era un hombre mayor o un niño, a veces se iba con él. Según.

Leonardo tenía la edad de su padre, y sin embargo también se fue con él. Sucedió en la universidad. Miriam preparaba una tesis, que es a lo que se dedican quienes quieren vivir de la cabeza pero aún no saben cómo. La tesis, cuyo tema le había propuesto él, trataba del diálogo entre la naturaleza y el arte. O si se prefiere, de la naturaleza como escenario de la imaginación, el riesgo y la búsqueda. Esto es, la intuición de que sin las vistas desde las cumbres de las montañas el romanticismo sería otro. De que la épica está hecha de mar y piedras. O de que Shakespeare sería distinto de haber escrito en un país con palmeras. Incluso de que la ausencia de naturaleza — una habitación llena de alfombras, lámparas y ordenadores, por ejemplo— produce un arte reconocible desde lejos. Es decir, el tipo de tesis doctoral rechazada por la corriente dominante en la universidad con una sonrisita de desprecio, pues se trata del tipo de tesis que no admite ni curvas ni estadísticas. Y lo que no se puede medir tiene todas las cartas para quedar fuera de la universidad, una plaza tomada por los geómetras, como sin duda era esa en la que estudiaba Miriam.

Que no llegó a Leonardo por elección, sino por eliminación: era un tipo de pelo más largo de lo que corresponde al pelo gris y al que le permitían dar unas clases extravagantes, no tanto porque le quedasen menos años para jubilarse de los que ya había dado, sino porque nunca había competido en la carrera académica. No era rival. Leonardo Hurtado, que a veces vestía una desgastada chaqueta de ante con un pañuelo verde en el bolsillo, no pretendía entrar en el club de los catedráticos, mucho menos ser decano o rector, ni tampoco controlar alguna de las revistas de investigación que dan derecho a una flaca tajada de la gloria que se reparte en la universidad. Poca y por eso convoca a verdaderas jaurías de sabios dispuestos a todo. Eso le daba mucha libertad.

La historia comenzó en la esquina menos esperada. Era uno de esos días en que parece que el

calor es un nuevo impuesto, y a eso de las tres reventó una tormenta de alta montaña sobre la plaza Mayor de Madrid. Al instante siguiente los clientes de las terrazas se habían refugiado bajo los pórticos, y Miriam, que andaba por ahí con unos amigos, se acercó a la mesa donde permanecía sentado Leonardo Hurtado.

—Profesor, ¿me reconoce? Fui alumna suya de Límites y Deslímites.

—Sí, claro —mintió tal vez Leonardo. Y sin transición, indiferente al hecho de que le estaba cayendo un cubo de agua sobre la cabeza—: Fíjate, nunca verás la plaza así.

—¿Con lluvia?

—No: sin gente. Así debían de verla los toros cuando aquí se hacían corridas y aún no había salido el torero.

Eso fue lo que llamó a su puerta como un aldabón. Ya lo había intuido en clase pero, llevada por las inercias de los alumnos, que tienden a mirar a los profesores como estatuas, no se había fijado mucho: ese profesor miraba lo que no estaba previsto.

Y como ese día en la plaza Mayor no hacía además de refugiarse de la lluvia, Miriam se sintió impelida a acompañarle. Aquello era más que una tormenta de verano y marcharse de allí en medio del diluvio le sonaba a traición. Se sentó pues frente a él, y durante un tiempo disfrutaron del espectáculo en medio del estruendo del agua y mientras una copa de helado se hacía sopa sobre la mesa: el manto gris sobre la plaza, los relámpagos como revelaciones bíblicas, el marrón de los edificios donde habitaban ancianos y funcionarios del ayuntamiento...

—¿No te parece una escritura? —dijo Leonardo Hurtado por encima del estruendo. Miriam, que a cada rato tenía que peinar con los dedos para retirar la caída del pelo sobre la cara, observó que rayas en diagonal habían empezado a sustituir poco a poco a los cubos de agua sin pausa—. Me pregunto cuántos millones de líneas escribe una tormenta.

—Y qué es lo que escribe —añadió Miriam. Y al tiempo que lo decía, indiferente al hecho de que su ropa de algodón mojada la dejaba casi desnuda, sintió una revelación, aunque aún no sabía de qué.

—Mira, ese es un tema de tesis —le descubrió Leonardo Hurtado sin ni siquiera entonces fijarse en su desnudez—: Qué escriben las tormentas.

En ese mismo instante a Miriam dejó de interesarle la tesis que había comenzado a preparar, algo tristón sobre los estilos de posguerra. Así comienzan, a veces, las historias de amor: no había descubierto cuál iba a ser su nueva tesis, pero sabía que esa de la posguerra ya no. Y así acaban las viejas: ya no quieres seguir en una casa de la que no se sabe si está a medio construir o ya un poco en ruinas. Lo único claro es que se ha acabado. De modo que Miriam rompió con el chico con quien salía esos días, Antón, y por algo que le había descubierto la tormenta: ya no tenían nada de qué hablar.

—Es que creo que ya no te puedo aportar mucho más —disimuló frente a él, y luego resistió con paciencia los discursos en que él se empeñaba en que sí, sí tenía. Hasta que lo fue aceptando.

Algo poseen algunas visiones, que secuestran. Es fácil de comprobar con la niebla, que se mete en la memoria y luego no es posible olvidar ciertas mañanas en un bosque, o en un puerto, a ser posible con sirenas o campanas de barcos buscando su ruta medio a ciegas. Y no por el bosque sino por la niebla, que se diría hecha de la sustancia nómada de la memoria, la misma de la que están hechas las tormentas. No es el agua, pues de agua están también llenas las piscinas, y estas, en cambio, son difíciles de recordar.

Miriam regresó a la clase de Leonardo Hurtado aprovechando que las universidades son territorios sin ley y a nadie le importa lo que hace nadie ni adónde va. Y menos si Miriam estaba o no matriculada en esa clase con estudiantes que, salvo excepciones, no le hacían mucho caso al profesor y le dejaban hablar, medio dormidos. Si sus ideas eran o no extravagantes no tenía importancia. Lo único interesante era que Hurtado daba aprobados casi generales, salvo casos de cara dura muy extremos, en la vieja idea de que «ya los suspenderá la vida». Una idea que muy pocos profesores se creían de verdad —pronto se descubre que las reglas del juego de la vida son menos previsibles, más injustas—, pero resultaba muy cómoda para los estudiantes vagos y los profesores cobardes. Suspender alumnos da trabajo.

En su regreso a la clase ella fue descubriendo lo que había ignorado antes: que, en efecto, Leonardo se salía sin parecerlo de la ortodoxia en cada una de sus clases. Nada espectacular, ni siquiera ironizaba sobre lo políticamente correcto, que es la religión contemporánea. Jugaba a otras cosas y más profundas. Simplemente hablaba en un idioma que no era el *cuantificientífico* que se escucha en las universidades. Eso a Miriam le interesó más que las propias teorías expuestas por Hurtado, quién sabe por qué. Tal vez porque era una estudiante de último curso y ya sabía lo que el idioma oficial universitario podía dar de sí.

De modo que buscó pretextos para ir a verlo a su despacho, con una primera pregunta: qué escribe la lluvia.

—Siempre se ha dicho que escribe poemas —sonrió Leonardo—, pero yo no lo creo.

Justo ese día llovía sobre la universidad y las gotas parecían escribir algo sobre el gran ventanal del despacho.

—Y si no son poemas, ¿qué es?

—Ese es el reto, averiguarlo. Lo estamos intentando desde que el hombre se puso de pie.

De la propuesta se fueron desprendiendo con facilidad otros temas: qué pinta la niebla con sus largos pinceles, por ejemplo, o cómo el frío es un escultor.

—Abstracto —precisó Leonardo, y a Miriam le costó comprenderle porque la exuberancia soleada y madrileña de un otoño amarillo y rojo entraba ese día en masa por la ventana del despacho sobre el campus semisalvaje—. Sí —precisó—: ¿No te has fijado en que el frío vacía las ciudades, las excava hasta dejarlas en lo esencial? Lo mejor de todo es que incluso baja el volumen del ruido.

Lo que no sabía nadie, y Miriam tardó en averiguar, era que Hurtado mismo era un escultor fascinado por el frío (y el silencio) y no desperdiciaba la ocasión de ir a su encuentro. En Alaska, en Canadá, incluso en las ciudades.

—Venecia me gustaba bajo cero y con noventa por ciento de humedad. Y no solo porque era la única forma de verla sin gente empujando maletas con rueditas. Es que era mucho más bella con frío, y aunque lloviese parecía un sueño congelado. Pero ya no se puede ir ni con frío; ahora los barcos de los cruceros entran hasta el centro y los turistas curiosean desde detrás de las ventanas, tomándose una copa y vestidos con chándal, celebrando con los comerciantes de máscaras el asesinato de la ciudad.

Para decirlo rápido, con Leonardo Hurtado Miriam sufrió una transformación que todavía carece de nombre, y es la de quien descubre lo extraordinario y a continuación se asombra de no haberlo visto antes y de que los demás permanezcan aún ciegos. Y se dio cuenta de que eso podía suceder hasta con el Gran Cañón del Colorado. Recordó la vez en que se lo habían encontrado de

golpe bajo los pies, en un viaje de estudiantes, y cómo a los cinco minutos alguien se había cansado de esa prueba de la existencia de Dios.

—Vámonos de aquí. No soporto este silencio que además está lleno de buitres.

No se asombró en cambio de que Hurtado fuese un profesor más bien marginal y desconocido en la facultad, y de que su asignatura, Límites y Deslímites, no fuese obligatoria. Si los estudiantes se matriculaban en ella no era porque le hubiesen visto lo extraordinario, sino porque el aprobado estaba casi garantizado. Contrastaba con todas las demás asignaturas, estaba claro que era otro tipo de lenguaje. Además Hurtado no la miraba nunca por la esquina de los ojos, y esa no era una minucia: Miriam tenía veintitrés años y un cuerpo que provocaba tortícolis en los hombres. Así que un día en que Hurtado le hablaba de sus viajes al frío no pudo evitarlo. Las palabras le salieron caminando de la boca.

—Profesor, la próxima vez que vaya en busca del frío, ¿podría ir con usted?

Él se la quedó mirando, sin parpadear.

—Es que será en Navidades.

—No importa —mintió Miriam. (Tenía una familia numerosa y la falta de uno en Nochebuena se veía como una baja en la guerra).

Hurtado se quedó pensando.

—De acuerdo, pero si viajas conmigo tendrás que dejar de *ustearme* pues podrías parecer mi secretaria —luego se quedó pensando y dijo como para sí—: El frío que de verdad merece la pena es el del desierto en invierno. La noche del desierto. El frío llega de golpe, como una inundación. Cada noche es distinta.

—¿Por?

—Parece que no, pero las estrellas se mueven. Gigantescos cambios siderales.

¿Cuándo comenzó la relación de Miriam con Leonardo Hurtado? Difícil saberlo. Si siempre es difícil saber cuándo comienza una relación, más lo es en el caso de un profesor y una alumna. ¿En clase? ¿En el diálogo de las ideas? ¿En el momento en que empiezan a tutearse?

En su caso fue cuando ya estaban en el desierto. Era diciembre, de día había hecho una temperatura agradable y por la noche un frío que desconocía la timidez o tan siquiera los modales los alcanzó al galope en el pequeño campamento al que habían llegado a mediodía y saltó todo tipo de defensas, que en el desierto son endebles. Dormían en los camastros de la jaima que había instalado un hotel de lujo, con sábanas y mantas, y alfombras sobre la arena. Y cuando ya no se pudieron echar más mantas encima y las que tenían pesaban como una escayola, Miriam salió de su camastro y abrió una esquina del de Leonardo y se metió, y como no había sitio se quedó encima de él. Y a él le pareció que en lugar de añadir peso a las mantas lo restaba.

Esa noche solo se dieron calor, bajo las estrellas que, según fueron comprobando a lo largo de una noche en vela, se marchaban de una en una hasta dejar congelado en el azul el lucero del alba. Cuando al mediodía siguiente llegaron hasta el *hotel-madre* en el borde del desierto y entraron a una habitación para bañarse, Miriam abrió la puerta del cuarto de baño en el momento en que, sentado en un taburete, Hurtado se quitaba los pantalones. Como llevada por una fuerza que se hubiese quedado retenida a lo largo de la noche, fue y se montó en sus piernas, a caballo.

—Toda la noche deseándolo... —dijo, y lo besó con una suavidad que sin embargo hacía temblar la tierra. A continuación, se quitó sus pantalones, volvió a montar y se penetró ella sola.

Fue así como Miriam se convirtió en una exploradora. Poco a poco se especializó en lugares

más bien solitarios, no tanto porque no le gustara la gente sino porque el silencio la seducía como el baile antes del amor. Fue un proceso de resta, como si a medida que iba suprimiendo cosas se fuese acercando a un tipo de perfección.

Un día emprendió un viaje sin Leonardo, y luego otro, y otro, y poco a poco esos viajes la fueron alejando de él. El último correo que le escribió hablaba de una tormenta en Nuevo México, un poco en recuerdo y agradecimiento, porque él le había regalado su primer desierto. Le decía que había hecho el viaje en compañía de un tal Ramón Piñera, autoridad en alimentos olvidados, que le iba a enseñar las antiguas misiones franciscanas. Con lo de *autoridad* y con lo de *antiguas* sugería un venerable profesor; era fácil imaginarlo con la mirada lejana y la barba blanca. La sugerencia exageraba. Solo el nombre era cierto.

4. El náufrago de las fotos

Permaneció postrado durante días en una silla. No en la cama, como les ocurre a los adolescentes, ni en un sofá frente al televisor, que es el escondite preferido por los adultos para sobrevivir a las tristezas.

Una silla, y eso es lo que permite preguntarse si lo de Antón era una depresión de verdad. Nadie deprimido pretende luchar contra el destino con una silla, instrumento duro y recto que sirve para comer o estudiar, o de escalón para buscar algo. Nadie se sienta en una silla para lamentarse de estar vivo, y tampoco para añorar un mundo perdido.

Aunque ¿era añoranza? En realidad Antón nunca pudo creerse que estuviera realmente con Miriam, mientras duró, y menos aún que fuese Miriam la que estaba con él. Y cómo iba a creérselo, en la vida real las leonas no salen con *bulldogs*, ni las águilas se acuestan con ratones. Las águilas devoran a los ratones. Y el asombro, más que la pasión o cualquier otra cosa, era lo que había presidido su relación con Miriam. Siempre que los hombres se giraban para verla, Antón pensaba que no era por admiración, sino por curiosidad y asombro: cómo era posible que esa chica con los pechos altos, que podría estar en la galería de estatuas del Museo del Prado, anduviera con ese *hombre-birria* que no era siquiera el jorobado de Nuestra Señora o un cojo que perdió una pierna al meterse bajo un tren en una borrachera. Era algo peor: un estudiante igual a los muchos estudiantes que en la universidad se intercambian las fotos de las fichas que les piden los profesores porque parecen idénticos.

Pero tampoco era eso. El problema de Antón era que a través de Miriam se había vuelto un adicto a la belleza. Y una vez que ella se había marchado, quién sabía dónde, con el argumento de que «ya no te puedo aportar mucho más», Antón había descubierto que vivía en un mundo feo. Feo al modo triste de un supermercado. Lo más doloroso de todo, igual que con el supermercado, era que nadie lo entendía.

—¿Es que no lo veis? —les preguntó un día a sus amigos, e hizo un vago gesto con una mano. No sirvió de nada, porque el entorno era un televisor con un partido de fútbol y gente discutiendo alto en las mesas de un bar como los hay a miles en España.

Y no, sus amigos no *veían*, y no veían porque ellos no habían salido con una chica que al caminar por la calle a él le parecía una modelo rodando un anuncio del cielo entre las paredes rotas de una guerra. No hacía falta que hiciese nada. Bastaba con verla caminar de esa forma ondulante para darse cuenta de la sobredosis de ángulos rectos que sufrían los edificios en su entorno. Tras una conversación con ella, las otras conversaciones le parecían tan banales que de inmediato se les veían los lugares comunes, las muletillas. Y no porque lo que ella dijese fuese en particular interesante, sino porque, por contraste con el dibujo de sus labios, lo que decían los demás parecían fórmulas de locutor de televisión o de señora saludando a su farmacéutico.

Aunque lo importante no era tanto lo que decía, sino lo que había debajo. Detrás de la sonrisa Miriam podía disimular apenas una bien escondida tensión que hubiera podido pasar por desesperada. De ahí, en sus ojos, la vieja melancolía de quien simplemente no está contento con su vida y aún no se ha resignado. Quizá sea esa ansiedad lo que marque el fin de la juventud.

Así que lo de Antón sentado en ángulo recto no era solo la vieja historia del abandonado que se enfrenta a una misión imposible: olvidar. Olvidar a alguien. Olvidar primero es la condición para poder recuperar el universo tras haber construido uno con otro, igual que una casa en un árbol y para lo mismo: ver el mundo desde arriba y jugar.

A ese trauma que ha sufrido todo el mundo y si no lo ha sufrido, lo sufrirá, Antón le sumaba uno para el que no hay libros de autoayuda: descubrir que, más que de una mujer con el rostro alargado y los ojos melancólicos, había estado enamorado de una belleza como no hay dos esa es la condición misma de la belleza, y por lo tanto al abandono había que sumarle el destierro. No era que ya no pudiese coger unas manos sobre un regazo, respirar la pelusilla del cuello, asistir a un desnudo como a una puesta de sol. Era que, a los veintitrés años, tenía la certeza de que jamás conocería una belleza como aquella. Era como haber descubierto la verdad para a continuación ser expulsado de ella igual que de un país. Expulsado no tanto a un mundo de mentiras como de imitaciones, que es peor.

El paisaje que había cambiado era perfectamente dibujable: durante ese tiempo crítico tendió a dejarse barba de tres días, no por moda sino por suciedad, por puro descuido. Un día descubrió que de pronto le habían empezado a gustar los huevos fritos, y justo por lo que antes los rechazaba, el moco gelatinoso en torno a la yema y el sudor del jamón. El cielo de Madrid dejó de parecerle *velazqueño*, aunque nunca había sabido exactamente qué se entendía por tal, sino un desierto azul con un sol aburrido, donde tan solo en primavera y otoño sucedía algo interesante. Con el inconveniente de que en Madrid el invierno y el verano se pisan y empujan, y apenas dejan sitio para el otoño y la primavera. De golpe, las torres de libros que esperaban impacientes a ser leídos en las esquinas de su casa pasaron a ser estorbos. Depósitos de polvo. Misterios —¿por qué alguien había escrito eso?, ¿para qué?, ¿para quién?— abandonados con desánimo al cabo de unas pocas páginas.

Y así se podría seguir mucho. El zumo de naranja sabía más ácido que dulce, y ya no usaba pimienta y ajíes para darle vida al pollo y se lo comía hervido. Se castigaba aguantando la publicidad de las radios y asistía a peleas idiotas de gente rara en la televisión, como si se estuviera sometiendo a un entrenamiento duro con destino a ese nuevo mundo al que tendría que resignarse en adelante. Cuando al fin llegaba algo de lluvia, no salía a pasear como antes; peor aún, la lluvia ya no le ponía de buen humor. Y lo que era preocupante: ya no le apetecía bailar. Porque puede que Antón pareciese un universitario más, pero se diferenciaba en dos cosas, además del nombre, que nunca supo por qué se lo habían puesto: era un buen fotógrafo, capaz de encontrarle el alma a cada fotografía —ese ojo se tiene o no se tiene—, y le gustaba bailar y lo hacía muy bien. Y no lo que en las discotecas sirve de pretexto para que las parejas se espíen, se huelan y se palpen, ni los clásicos bailes de salón, que se empeñaban en convertir en caricaturas de las películas, sino todos los ritmos latinoamericanos que no había tenido necesidad de aprender pues los sabía desde antes de salir a la pista, como si uno de sus abuelos fuese un mulato bailón. Y el problema no era que pocas chicas le pudieran seguir en Madrid. Su desgracia fue que Miriam sí le seguía, y una buena pareja de baile es algo raro en Europa, precioso como una carta

escrita a mano o el silencio del insomnio. Que Miriam también supiese bailar ayudaba al sentimiento de Antón de que había perdido algo irrepetible. Y para siempre.

Y por si se le ocurría olvidarlo, un día en el aeropuerto vio a Miriam en la situación más reveladora en que se puede ver a alguien, arrastrando una maleta junto a quien nunca hubiese imaginado: Leonardo Hurtado, un profesor de la facultad conocido sobre todo por extravagancias como la de hacer leer libros a sus alumnos o echar de clase a quien no pudiese controlar su adicción al móvil y los mensajitos. ¿Un viaje? ¿Con ese tirano que podría ser su padre? Ni siquiera parecía nerviosa y feliz como quien emprende una aventura. Miriam se comportaba como si esa fuese una situación normal y hasta cotidiana: *Mujer saliendo de vacaciones con su...* Una foto de ambos en la cama hubiese sido menos dolorosa.

—Dos años. Durará dos años —le diagnosticó un amigo que había pasado por ahí. No dijo qué, pues ambos sabían de qué se trataba; no se menciona «la tempestad» cuando se está naufragando. Fuese lo que fuese, Antón se sintió incapaz de vivir durante todo ese tiempo. Si duró dos años, nunca lo supo. Tal vez un historiador lo habría podido reconstruir a partir del momento en que cayó en la cuenta de que había pasado quince días sentado frente a unos apuntes sin enterarse de lo que decían. No es que no se los hubiese aprendido para un examen, es que ni sabía de qué hablaban.

Al ver los apuntes por primera vez comenzó algo distinto. Como despertando, de pronto se dio cuenta de que en su ventana llovía, y tal como hubiese hecho antes, hacía mucho, salió a pasear bajo el agua y sin paraguas.

Y como si la lluvia tuviese un talento artista, el mundo volvió a dibujarse poco a poco, igual que los bosques cuando salen de la niebla. Pero no era fácil, había que ayudarle. Jamás Antón caminó tanto como entonces, y además lo hacía con zancadas largas, rápido, como si fuese a alguna parte. La sorpresa fue que un día reconoció a alguien; parecía un viajero que se acerca en un barco a un puerto y poco a poco ve que alguien le espera en el muelle. Al principio no entendió e, igual que hubiese hecho mucha gente, le tomó una foto con su móvil. Quien le esperaba era una mujer no muy mayor, de unos cincuenta años, que con las manos en los bolsillos de su abrigo vigilaba a una niña encaramándose a una reja. Luego Antón siguió su camino sin saber que esa escena había sido montada especialmente para él.

Una vez en su casa no se sentó frente a sus apuntes —era época de exámenes y ya a veces, con esfuerzo, conseguía concentrarse a ráfagas—, sino que encendió su ordenador y tras echar un vistazo a su correo y a las redes, como cualquiera de su edad, miró las fotos. Y cuando tuvo en pantalla la foto de la mujer con la niña, se puso a jugar con ella con un programa de retoques: la niña encaramándose a la reja no de una ventana al nivel de la calle sino de un primer piso. La mujer sacando un brazo para gritarle: «¡Ten cuidado!». La niña saludando como una trapezista: «¡Mira! ¡Con una sola mano!», y así hasta llegar a la mujer subiéndose a la reja y saludando como la trapezista.

A partir de entonces Antón ya no pudo pasear por la ciudad sin que en cada esquina se imaginase a alguien en medio de una historia. Y si no había historia, se la creaba. Tomaba la foto de un banquero, por ejemplo, el típico señor con canas y corbata de seda gruesa dispuesto a ejecutar a alguien por no pagar el recibo de la luz —«sí, entiendo su circunstancia», diría con moderación, «pero yo no puedo hacer nada: es la ley»—, y esa noche, por arte de ordenador, el señor se convertía en un remero en una galera romana. Un remero viejo que recordaba a Caronte,

a quien había que pagar para cruzar la laguna Estigia tras la muerte.

Tan pronto se cansó de esas variaciones de realismo sucio decidió crear otras de otro tipo. El caso del carnicero, por ejemplo. La primera tentación habría sido la de convertirlo en verdugo, sujetando la palanca de una guillotina con la vaca ya dispuesta como un monarca para que le cortaran la cabeza. Él en cambio convertía al carnicero en un torero, y como eso era casi igual de evidente, lo transformaba en una bailarina, con delantal en lugar de tutu.

Un día volvió a la señora de la niña y la convirtió en aviador —en uno de los de verdad, con gorro de cuero y gafas redondas—, un aviador que estaba pidiendo que alguien contara una historia nueva y no una variación de las muchas historias de plantilla que nos ha incrustado la televisión en la cabeza. Colocarla en el cielo le daba mucha más libertad que dejarla anclada a una ventana por un brazo. El cielo admitiría casi cualquier historia.

Y ahí, antes incluso de escribir la historia, sintió que había llegado a alguna parte. Miró por la ventana la noche negra que había caído sin que él se diera cuenta y se dijo (como sin darle importancia para no ir a fastidiarla) que ya estaba curado. Si por curado se entiende que tenía una cicatriz desde la coronilla hasta el dedo gordo del pie, y los días ya no eran ni soleados ni lluviosos, pero podía seguir viviendo.

5. Escuela de apátridas

Al convertir en piloto a la *señora de la niña*, llamémosla así, Antón no iba tan desencaminado. Porque no hacía dos días que la señora se había bajado de un vuelo largo y aún sentía los síntomas del *jet lag* —esto es: que su cuerpo ya había llegado pero su alma se la iban a entregar a plazos—, y por experiencia sabía que los síntomas le iban a durar por lo menos un par de semanas más.

También sabía que cuanto más largo es el viaje en avión, y más años se tienen, más se alargan los síntomas del *jet lag*. Veinte años antes, un vuelo largo se curaba con una buena noche de sueño. Ahora tenía que esperar varios días antes de recuperar el alma, y tampoco había seguridad de que se la llevaran entera al hotel como una maleta extraviada. Lo que allá en el fondo la preocupaba era que ella pensaba seguir viajando hasta el último día. Es más, como antes las abuelas le rezaban al Cristo de la Buena Muerte, ella le rezaba a su destino para que la matara en medio de un viaje. Aunque ¿no es eso algo inevitable? La muerte siempre interrumpe un viaje.

El efecto más visible de todo ello era que, para una vez que estaba en casa, no se sentía en ella.

—Y cómo podría —le había explicado a su hija—: Tengo sueño durante el día, hambre a las tres de la mañana, frío incluso frente a la chimenea... Y sobre todo, Madrid me parece una ciudad extranjera.

Algo extraño si se piensa que hacía diez días se encontraba en Taipéi, cerca de las antípodas, y no se sentía demasiado extranjera. Igual que hacía dos meses, en Lima. O hacía cinco, en Ouarzazate, en el borde del desierto.

—Pero no por cosmopolitismo —le había dicho a su hija, y *cosmopolitismo* había sonado a *malaria*—. Supongo que allí me siento útil...

Iba a decir «allí me siento viva», pero se detuvo a tiempo. No solo porque parecía duro decirle eso a su hija, sino también porque era falso: en Madrid también se sentía viva, junto a su hija y su nieta —qué nueva revelación, cuando nació—, solo que era un tipo de vida distinto. Más pasiva, quizá. Eran su hija y su nieta la que le daban a ella, y eso que era justo lo que, siempre que tenía dos días libres volvía a Madrid a buscar: un efecto casi químico que le provocaban la cercanía de su hija, aunque estuviese callada, y los abrazos olorosos a niño de su nieta. Al mezclarse con su peculiar perfume producían una combinación que jamás había encontrado en ninguna parte y, para más misterio, le recordaba su propia infancia. Aunque a ella, en su infancia, no le cantaban las nanas en setón que le había cantado a su hija, pues en aquel tiempo vivía en Seda, y después a su nieta:

Eumedret im ñain

*Eumedret ay
uqe is on dearnv le oneivt
tey averall.*

Mas no era del todo cierto que en esos sitios se había sentido en su casa. Desde hacía tiempo Estela —la *señora de la niña* se llamaba Estela— sabía que la soledad puede asaltar de golpe en cualquier habitación de hotel, un lugar más propicio que otros, y nada como una ráfaga de soledad para sentirse extranjero. Y eso pese a que todas las habitaciones de hotel del mundo pertenecen a una sola raza y arman una especie de nación.

Y tampoco era del todo cierto que en esos lugares se sintiese útil. Ese era el objetivo, pero no siempre lo conseguía. De hecho, venía de Taiwán más frustrada de lo habitual, pues sus teorías no habían obtenido un respaldo entusiasta. Sí, pero no. Un respaldo apenas un poco más fuerte que en Ouarzazate, que había sido de cero, y desde luego mucho menor que el entusiasmo de Lima —allí poco menos que la aclamaron, pensaba que estaba hecho—, pero con el mismo pobre resultado: ningún compromiso. Ningún gobierno estaba dispuesto a hacer viajar a sus estudiantes para que, con un poco de suerte, desdibujaran en su cabeza sus pasaportes, sus señas, sus sagradas señas de identidad. La religión de la época. O mejor dicho, que las bajaran del altar y las colocaran en su sitio, a una altura de ser humano. Incluso si allá en el fondo estaban de acuerdo tenían que disimular, pues la Inquisición vigilaba.

—¿Con qué objeto? —le preguntaban.

—Tal vez a largo plazo puedan desarrollarse ciudadanos poco propensos a ver a *los otros* como enemigos. Quizá para entonces no se sepa muy bien quiénes son *Los Otros*.

—¿Cómo que no! —le decían siempre al principio—. Los otros siempre están ahí.

—¿Sí? Todos (esto es, *todos*, desde Pekín hasta Buenos Aires) hablamos en inglés, vemos las mismas películas, aspiramos a navegar por Venecia antes de que se hunda, vestimos los vaqueros del uniforme universal, estamos casados con Internet, reclamamos vacaciones pagadas, queremos el último teléfono y coches que vuelen, comemos *pizza* frente al mismo televisor...

En ese mundo sin fronteras, explicaba, se trataba de borrar las que ayudaban a parcelarlo de un modo artificial —razas, aduanas, religiones, ejércitos, profetas, banderas...—, precisamente para que cada individuo pudiera volver a ser una persona y elegir si quería ver esa televisión o no, igual que antes de que se inventaran las patrias y sus sucedáneos: la industria identitaria, la más grande y poderosa jamás creada sobre la tierra.

Más que las fidelidades religiosas, tipo patriotismo y demás, el problema principal parecía ser que los gobiernos tenían que pagar por ello. Esa era la dificultad mayor: no solo enviar a jóvenes a vivir de verdad otras vidas diferentes a la suya y participar así en lo que los odiadores de la red llamaban «la escuela de los apátridas», sino, encima, pagar sus becas con el dinero de los impuestos. Aquí y allá —salvo en Taiwán, allí no había forma de saberlo por culpa de las miradas asiáticas, que se quedaban fijas como estatuas—, Estela terminaba encontrando en los diferentes gobiernos gente abierta al experimento pero que se habría dejado sacar los ojos antes de reconocerlo. Pues el precio, en caso de permitirlo, era que les sacaran a ellos los ojos con cucharitas de café y, si sobrevivían, desde luego ser vomitados de vuelta a la vida civil con la marca de la traición en el pulgar derecho. Y en la mayor parte de estos países la política era un

sistema de vida, fuera del cual no aguarda más que la miseria.

Hija de un español y una francesa que además se cambiaban de país cada cierto tiempo como quien ventila una casa, Estela ya había tenido algunas de las intuiciones que luego engendrarían sus ideas cuando le salió al encuentro la decisiva. Fue en un avión. Parecería una especie de justicia poética inventada por un escritor propenso a los trucos, pero lo cierto es que fue en un avión que iba de París a Bogotá. Estela viajaba en un asiento de pasillo y le tocó al lado, en una hilera de tres, un joven agradable que parecía muy abatido. Podía haber prescindido de él, pero vete a saber qué combinación de casualidades y su capacidad para ponerse en la piel del otro le impidieron hacerlo.

—No te preocupes —le dijo Estela, queriendo animarle—, seguro que pronto te vuelves a reunir con ella.

El joven la miró con los ojos abstraídos de quien está muy lejos.

—La novia que has dejado en París —Intentó bromear Estela—: Seguro que la vuelves a ver pronto. Y además el amor a distancia también tiene su aquel.

Luego se preguntó cómo había podido ser tan estúpida, pero eso es lo que tienen los prejuicios y las ideas hechas: joven latinoamericano triste en un avión despegando de París = joven que ha dejado a una novia con melenita corta y la nariz respingona en algún lugar de la ciudad. La noche antes miraron la silueta de Notre-Dame desde la orilla del Sena y leyeron juntos un poema de Verlaine.

—¿Usted cree?

—Seguro que sí. París es una ciudad a la que no es posible no volver —insistió Estela, aunque con la boca más pequeña; comenzaba a sentir que algo no encajaba del todo.

—Es que no está en París.

—¿No? ¿Y dónde está? —Estela pensó con alivio que por lo menos sí había novia.

—En Madrid.

—Bueno: a Madrid también es muy fácil volver —dijo Estela—. Yo misma viajo allí con frecuencia.

—Yo lo voy a tener difícil —dijo el joven—: me acaban de expulsar de Europa por no tener los papeles en regla.

—Bueno, pues los arreglas y regresas...

—Es que eso cuesta una plata, y no estoy seguro de que mi padre la tenga.

El joven sonreía con cierta melancolía, como quien le descubre a un niño a punto de dejar de serlo que Santa Claus son los papás. Pese a todo, tuvo suficientes fuerzas como para darse cuenta de que la mujer, de unos cincuenta años, sonreía de una forma peculiar y olía, no como huelen las señoras en las películas, sino justamente a algo agradable y exótico, desconocido. (En efecto, el perfume se lo hacían especialmente en Casablanca, y esa diferenciación era el lujo que se permitía). Por lo demás, llevaba zapatos planos, reloj de hombre y las uñas sin pintar, como una mujer de acción.

Estela se inclinó hacia delante y vio que la pasajera que iba en el otro asiento de la hilera de tres, en la ventanilla, también sonreía, pero su sonrisa era seca, forzada, con los labios de una raya de alguien que quiere disimular su estreñimiento. Era una mujer de unos treinta y algo, rubia, que por alguna razón recordaba a cuando los perros intentan hacerse los buenos después de haberse comido la esquina de una alfombra.

Luego, como el vuelo duraba todo un océano, el joven tuvo tiempo de contarle que era estudiante en el último año en la universidad de Madrid, y también director de su grupo de teatro. Lo habían detenido en Ámsterdam, al término de un festival universitario, y expulsado en cuestión de horas. París era la escala rumbo a Bogotá.

La historia no era ni siquiera original, pero de algún modo golpeó a Estela y la recordaría mucho tiempo. En el aeropuerto de Bogotá vio cómo la mujer que acompañaba al joven lo dejaba solo justo antes del control de pasaportes, comprobaba cómo cruzaba este con su pasaporte local, y luego, sin ni siquiera un gesto de despedida, se dirigía a la sala de embarque para coger el mismo avión de regreso. Comprendió entonces que era una policía con la única misión de acompañar al desterrado hasta su país, y volverse. Y fue probablemente la ferocidad de su misión lo que la dejó pensando. A veces pasa eso, que en el medio del mundo aparece un mensaje.

Así que un día se cansó de alimentar la burocracia, que era lo que hacía básicamente en la Unesco, donde trabajaba desde hacía años, y decidió presentar un primer proyecto. Pensó que la tratarían de loca y, quién sabe, incluso la despedían, aunque eso es muy difícil con los funcionarios ya instalados, como ella. Su director la mandó llamar y se la quedó mirando, y a Estela le parecía ya escuchar la pregunta: «¿Estabas bebida cuando escribiste esto?». En cambio, su jefe le preguntó:

—¿Estarías dispuesta a defender este proyecto?

—Donde sea.

—¿Te das cuenta de que nos la jugamos? Es posible que luego no te dejen proponer más que nuevos tirovivos en los jardines de infancia.

—¿Y a ti?

—Bueno, a mí me quedan meses para jubilarme.

Eso añadía dificultad al proyecto. Había que conseguir resultados en poco tiempo, no era probable que el siguiente jefe comprendiera igual sus ideas.

Pero algo pasa a veces, no solo en las novelas, que constituye una excepción. En cada oficina del gigantesco *edificio-pulpo* de la Unesco en París que visitaron se encontraron con un cómplice, pues muchos funcionarios internacionales constituyen, a su modo, una nueva nación de apátridas que no entienden de himnos ni de formas peculiares de preparar una sopa, por ejemplo, como los signos distintivos de una nación. Y cuando no les tocaba uno de estos, les tocaba un indiferente, una raza también abundante entre los funcionarios, de modo que al cabo de un tiempo —todo llega si se insiste lo bastante— les cayó encima la autorización para ir a proponerles a los gobiernos del mundo entero planes de estudio que desprogramaran el cerebro de los chicos. No lo decían así, claro, pero de eso se trataba. Planes de estudios muy sólidos, y a largo plazo, que suponían la marcha del chico desde muy joven no a uno solo, sino a varios países sucesivos y opuestos, de forma que al final el joven tuviese una visión global del mundo y del ser humano.

Ese era el objetivo oficial. De pasada también se pretendía que, como consecuencia de todo ello, el joven terminase mirando como un juego infantil el de las patrias, las banderas, las líneas en el suelo que determinan que aquí se llama así y allí asá, y las diferentes razas, y la entelequia del *nosotros* y toda la pesca, de modo y manera que a nadie en el futuro se le ocurriera expulsar a un universitario de un país porque le faltaba un papel. Los chicos podían volver a casa en algunas de sus vacaciones, lo que entre otras cosas les permitiría comprobar, más allá de los himnos, que nada realmente distinto los diferenciaba de los demás. Y que en consecuencia no tiene mucho

sentido expulsar de un país a un universitario porque no dispone de una visa.

El problema era que se trataba de un plan muy muy ambicioso, y de financiación inalcanzable para la Unesco, de forma que lo tenían que pagar los propios gobiernos. Y esa era la inesperada piedra del programa de Estela: en muchos países las becas gubernamentales se reservan a los enchufados, los hijos de los gobernantes, ¿y cómo pedirles a burócratas que vivían de la industria identitaria que enviaran a sus hijos a aprender a combatirla? Eso era como pedirles a las gallinas que se hicieran amigas de los zorros y hasta que intentaran seducirlos.

6. El avión arcángel

Pensó que dormiría en el regreso a Ámsterdam, ya que en el viaje de ida a Bogotá no había podido hacerlo, pero tampoco lo consiguió, y eso que ahora no tenía que vigilar a nadie. Tampoco pudo concentrarse en ninguna película, tal vez porque, en los aviones, las películas resultan más banales de lo normal a causa de su horizonte casero y pequeño. Tampoco sintió la curiosidad de subir la ventanilla para ver si sorprendía la frontera entre el día y la noche; la raya del alba. Prefería imaginarla a partir del comentario que le había hecho Alejandro, el joven que había llevado detenido a Colombia.

—Uno se asoma a la ventana sin saber que va a ver el comienzo.

—El comienzo de qué —preguntó Diana.

—El comienzo de todo.

Y en efecto, cuando subió la ventanilla vio cómo el avión cabalgaba una frontera que era más que una frontera. Parecía que con sus plateadas alas de arcángel el avión creaba la manta de la noche para cubrir el día. La visión duró muy poco. Luego la oscuridad cayó a toda velocidad sobre el océano.

Sorprendida cuando y donde menos se lo esperaba, acompañando a un reo a un destierro, Diana sintió que se le humedecían los ojos, y al tiempo una vergüenza que casi podía tocar como si le hubiese crecido una segunda nariz: no estaba previsto que a una policía se le humedecieran los ojos al ver el borde de la noche llegar a su ventana, en un avión que parece colgado en el punto exacto en que comienza el mundo. O se acaba.

La pregunta que ya de regreso se hacía Diana era:

—¿Soy realmente una policía?

Y más urgente aún:

—¿Querré serlo alguna vez?

Era algo que no se preguntaba desde hacía tiempo, pero algo tienen los aviones por la noche, cuando sobrevuelan un océano, que hace que uno se haga preguntas. Un avión por dentro se parece a un cine, una iglesia, un tren..., y sin embargo no tiene nada que ver. Muchos pasajeros duermen, algunos con cascos, y uno apostaría a que en un sitio así tienen que soñar. Otros miran películas. De vez en cuando algún insomne lee. El lugar está en penumbra, con destellos de las pequeñas *pantallas-acuario* y algún foco solitario señalando un libro. A veces se ve en la pared del fondo un avioncito sobrevolando los nombres de ciudades y desiertos que antes solo existían en las novelas de Julio Verne. Todo ello contribuye a crear un lugar medio sagrado, del tipo de los acantilados sobre el mar. Allí las preguntas surgen solas.

—¿Querré ser policía alguna vez?

Desde luego, lo único que Diana podía tener de policía era un gesto un poco duro de la boca.

¿Existen bocas de policía? La de Diana carecía de las suaves ondulaciones que se les suponen a los labios femeninos, y si no las tienen, se les dibujan. Su boca tendía a ser de una línea, como la de un coronel que ha hecho una guerra.

La boca suponía una excepción. Los ojos de Diana eran más redondos y algo sorprendidos que los de la mayoría. En general su cara carecía de ángulos, sus pechos habían abandonado la timidez a los catorce años, y sus piernas habrían parecido más largas de no ser porque terminaban en una curva que armonizaba todo el cuerpo. Desde luego no parecía un ama de casa, pero tampoco una policía. Aunque, además de la boca, ¿tienen un aspecto concreto las policías?

Si Diana no pareció nunca una policía fue porque nunca quiso serlo de verdad. La policía suponía un escape, una fuga. Ella iba para actriz, pero en Ámsterdam eso supone competir con decenas de grupos independientes, tan buenos que logran hacer creer que sobre un escenario, sin más escenografía que la voz y los gestos de los actores, ocurre Shakespeare, o Beckett, o Egipto, y confiar en la suerte, como por otra parte siempre sucedió en el teatro. La suerte de que alguien te encargue el personaje que te estaba esperando a ti. Y que vaya a ver la función un crítico con los ojos abiertos y de humor razonable, no dispuesto a hacerle pagar a la obra su divorcio. Que además disponga en su periódico de un espacio para algo más que un par de adjetivos simplones, lo que sucede cada vez menos. Y que esa crítica la lean quienes, por una alquimia que es uno de los misterios de la ciencia, hablen de la actriz de forma que se convierta en *la revelación de la temporada...* En fin, que para que una actriz pueda repetir en Ámsterdam se requieren las condiciones de un milagro.

Y Diana lo habría esperado, el milagro, pero como suele suceder con los jóvenes actores, un día sintió en la platea un par de ojos que parecían, más que desnudarla, que es lo habitual, incendiarla. No era difícil localizarlos, pues en la sala solo había treinta y dos ojos, como sucede con el teatro de verdad, pero estaba segura de que habría podido localizar esos dos hasta en una avalancha en un estadio: también ahí se habrían agarrado a ella como al último salvavidas en un naufragio.

Los ojos regresaron dos o tres veces a ver la función, y ella estaba segura de que volvían en su busca. Un día los ojos la abordaron en la taberna a la que los actores iban después de la función, y la engancharon y la sacaron de allí. Ella simplemente los siguió. Sus compañeros no se extrañaban de casi nada y tampoco lo hicieron esta vez, ensimismados en la cerveza.

Pronto supo que la fiebre de los ojos era causada por ella, pero solo en parte. También por unas inyecciones a las que era adicto desde una vez que, esquiando, se había roto una pierna en cuatro pedazos y le inyectaron las primeras para calmar el dolor. No todo el mundo es igual de vulnerable a las adicciones, y resultó que Hervé —se llamaba Hervé— lo era mucho. Sin tener mucha conciencia de ello, ya era adicto al esquí, la cafeína, la harina, el chocolate y los helados a ráfagas: se los comía de dos en dos. Inyectarle morfina «fue como si a un cocodrilo le dieran un ternero para desayunar durante un mes y luego pretendieran cambiárselo por truchas», le explicó a Diana. Fue cuando ella descubrió que el hombre con quien dormía se deslizaba por las noches hasta el borde de la cama, como quien se escapa a una pelea de bandas en un callejón, y luego desaparecía un buen rato, a veces hasta las primeras luces. Una noche decidió seguirle, dejó pasar unos minutos antes de abrir la puerta del cuarto de baño y se lo encontró metiéndose una inyección que la asustó.

—¿Heroína? —Solo se le ocurrió preguntar.

—No, hombre, no. No soy tonto —quiso quitarle importancia Hervé, sin saber que no le faltaba mucho para que fuese «sí, hombre, sí».

Sin que nadie le hubiese advertido de que era más propenso a las adicciones que casi cualquier otra persona, Hervé dejó el esquí cuando ya no pudo bajar pistas rojas —antes de su accidente solo esquiaba en negras— y bajó por la cuesta a toda velocidad, hasta morir, tirado en la tumba fría de los azulejos negros y blancos del cuarto de baño, de una sobredosis con la aguja de algo que ya había dejado de ser morfina colgando del brazo.

No había pasado ni medio año y, sin darse tampoco cuenta, para entonces Diana también se había vuelto adicta a Hervé. A veces sucede algo así y lo llaman verdadero amor, pero es culpa, morbo, autocastigo o vete a saber. Para superar el mono de su ausencia decidió abandonar el teatro, que de pronto sentía frívolo y sin sentido, y entrar en la policía para perseguir a los cárteles de la droga, que de titulares en los periódicos y protagonistas de las series de televisión habían pasado a ser los nuevos traficantes de esclavos de la humanidad.

Ahí le sucedió lo que ocurre con la actuación y con los misioneros en África. Es fácil entrar, pero luego nada fácil ser policía, al menos el policía que uno ha soñado ser. Quiere capturar asesinos y lo destinan a perseguir evasores de impuestos, y a ser posible solo los pequeñitos. Quiere perseguir a los mafiosos de la droga y lo destinan a poner multas de tráfico a los que se saltan los semáforos. Y allí colocaron a Diana, con su aspecto de ángel rubio capaz de interpretar a Ofelia o a Julieta, y solo por casualidad un día le ofrecieron otra misión:

—¿Quieres ir a Colombia?

Diana pensó que al fin le había llegado su oportunidad. Dijo que sí, claro, sin saber que la misión era tan solo acompañar en su destierro, y hasta la frontera de origen, a un estudiante colombiano a quien le había caducado la visa.

—¿Y solo por eso lo expulsan?

Su jefe la miró como si todavía no supiera que también hay delincuentes con corbata.

—Quieren crear un precedente. Por lo visto vienen demasiados estudiantes a Europa.

Eso fue lo que estuvo arrastrando Diana, ida y vuelta durante todo el Atlántico. Una especie de peso sobre las espaldas que reforzaba su indiferencia a si estaban o no cruzando la raya del alba, a si amanecía o caía la noche sobre el mundo.

Y algo pasó ese año, porque en Ámsterdam la niebla aumentó, pese a que los días se volvían a alargar poco a poco y ya se dirigían hacia la primavera. También aumentaba el peso de las mantas cuando llegaba la hora de levantarse, y la ausencia de Hervé, que era una sombra permanente.

Incluso fue a ver a sus padres en Bruselas, con la excusa de llevarles algunos libros de Hervé, y una escultura africana, y una especie de ajedrez que se había inventado cuando todavía esquiaba por pistas negras. La familia vivía en un piso señorial de la avenue Molière, con grabados clásicos japoneses de la era dorada y retratos de almirantes en las paredes de los que Hervé nunca le había dicho nada, y delicadas tazas japonesas de té, que los padres le sirvieron junto con el pastel de naranja más suave y oloroso que había probado nunca. No se atrevió a preguntar cómo se conseguía algo así, un pastel que parecía una escultura aromática. Lo cierto es que desde el primer momento sintió que se había equivocado, y que los padres, que se sentaban frente a ella como si fuesen ellos los que estaban de visita, tampoco sabían muy bien qué hacía allí.

En el tren de regreso, mientras cruzaba una frontera entre Holanda y Bélgica por completo invisible a causa de una niebla más espesa que nunca, encontró la respuesta que venía buscando:

si eso suponía llevar de regreso a un estudiante para imponerle una frontera, aunque fuese una sola vez, no, no era una verdadera policía. Y no, no querría serlo nunca.

De modo que regresó a su grupo de teatro, e incluso su director le dijo que podía usar lo que había vivido. «Eso es lo que les falta a los actores: experiencias propias», dijo.

No todos estaban de acuerdo, porque a partir de entonces la empezaron a mirar como a una novata y una rival, igual que siempre. Como a una rubia sentenciada a interpretar papeles de chicas con vestidos de flores en verano. Y también como a una pequeña fascista que había sido incluso policía.

O sea, que la miraban torcido.

Ahí sigue Diana, de nuevo actriz, soñando con Shakespeare y Samuel Beckett mientras hace papeles irrelevantes, cuando la dejan, y luchando por sobrevivir entre hamburguesas, vestuarios colectivos y olor a zapatilla, pedaleando bajo la lluvia y la niebla —es verdad que podría ser peor y tener que viajar en un metro abarrotado, por ejemplo—, y soñando con que un día se le borre con la lluvia la marca de la infamia y la dejen vivir en el sueño en que siempre deseó vivir.

7. Un parche para el capitán Haddock

Gilbert termina de dibujar un hombro del capitán Haddock y quiere retirarse para ver el efecto, si bien es difícil hacerlo cuando uno está en un andamio y sopla un viento que tumba el frío a la sensación de cinco grados bajo cero. Él usa guantes con los dedos recortados para poder sujetar bien los pinceles y sentir el trazo, y a cada rato se echa el aliento para calentarlos.

Aunque hará una hora que su jefe se ha pasado por la obra para ver cómo va, Gilbert sabe que no ha ido para eso. Al margen de que algo tienen que hacer los jefes para fingirse ocupados, el suyo, está convencido, viene a intentar desentrañar un misterio: ¿por qué un pintor académico, especializado en batallas navales y grandes veleros idealizados, se sube a los sesenta y cinco años a un andamio a copiar en las paredes medianeras de las casas las obras maestras de la historieta belga? Y puede que para no ser reconocido Gilbert se ponga un mostacho postizo a lo Dupond, uno de los policías gemelos amigos de Tintín (el del bigote con las puntas hacia dentro), pero con su jefe no le ha servido de nada, pues este sabe que su apellido es Leclercq. Y Gilbert Leclercq es el nombre de un pintor que llegó a ser algo conocido a finales del siglo XX por el primoroso realismo de sus cuadros, que por alguna razón fue dejando de vender.

—¡Date prisa! —le grita desde abajo Latif, que quiere hacer la pausa de media mañana en el café de la esquina. Además, comienzan a caer unos copos de nieve que parecen una avanzadilla y bailan bajo el fondo gris atormentado y lleno de presagios del cielo de Bruselas.

Por qué Gilbert Leclercq pasó de vender sus cuadros y ser reconocido en los restaurantes a no vender nada y caer en el olvido es un misterio parecido al de por qué alguien se vuelve de pronto famoso desde el escenario de un teatro. En el caso de Gilbert, el asunto daría para un libro.

Su comienzo no fue fácil pues, miembro de una familia de marinos que a veces salían en los libros, tenía muchas más probabilidades de dedicarse al mar que a la pintura. La presión era fuerte: su bisabuelo es el marino de gran barba de piedra que mira con curiosidad a uno de los edificios mole de la Comunidad Europea desde el frente del Museo Botánico de Bruselas. O sea que al principio tuvo que aceptar la presión familiar, pero la realidad se impuso pronto: no pudo ni entrar en la academia naval belga, en primer lugar por su absoluta incapacidad para las matemáticas —era uno de esos que en los números no ven claridad sino jeroglíficos—, y luego porque la academia belga sigue la tendencia mundial de exigir a los marinos que estudien como para físicos nucleares. Lo que en su caso es inversamente proporcional a la extensión de las costas y el poderío naval del país.

En la escena que pinta Gilbert, subido al andamio, el ojo sorprendido del capitán Haddock tiene el tamaño de una ventana, pues se trata de cubrir un muro de cuatro pisos. Es una viñeta de *Las siete bolas de cristal*, aquella en la que Tintín y Haddock y Milu están a punto de volar por encima de una mesa... No es una elección arbitraria. Todos estaban de acuerdo en elegir a Tintín

como una suerte de patrón de la casa, pero la discusión entre los vecinos fue fuerte, hasta que se impusieron los que querían una escena con calor y, sobre todo, colores alegres. El bando perdedor opinaba que esos colores chocaban con los tonos otoñales de la ciudad.

Es posible que la caída de Gilbert Leclercq se hubiese podido ver anunciada en algunos de los cuadros que pintó por aquellos años y que constituyen una suerte de periodo gris, como si solo hubiese pintado a lápiz. Habitados siempre por seres llenos de historias, dibujados con líneas nítidas y colores planos, de pronto esas historias comenzaron a oscurecerse. Las líneas dejaron de ser tan límpidas, y temblaban y se torcían. Los azules y elegantes rojos carruaje y de China que habían dominado fueron cediendo espacio a los grises y el abuso de espacios en blanco. Poco a poco los personajes perdieron sus rasgos humanos y pasaron a ser abstractos, un poco fantasmas. Y los pintores realistas y dibujantes saben que si se pierden las figuras, las historias se diluyen. Las historias que sugerían esos cuadros se oscurecieron poco a poco, de modo que más que narraciones inspiraban emociones. Nostalgia, fatalidad..., sobre todo melancolía.

Aunque ningún crítico se tomó el trabajo de inclinarse sobre ese detalle, el periodo gris de Gilbert Leclercq comenzó en la madrugada en que la policía les avisó de que su hijo estaba en el hospital, tras un accidente de tráfico. Solo se había roto una pierna y un brazo, pero los exámenes habían descubierto que tomaba drogas. Hizo falta un segundo examen para determinar que se trataba de morfina, una droga menos frecuente y revestida de un prestigio un poco de foto antigua y literaria. Hervé, su hijo, explicó que se inyectaba desde el accidente de esquí, unos meses antes, donde se había roto la misma pierna en cuatro pedazos. Entonces le inyectaban morfina para calmar dolores que parecían descoyuntarlo en torturas medievales. Y si bien los dolores del segundo accidente no eran tan fuertes como la primera vez, dio por sentado que ahora podría inyectarse morfina con el visto bueno de los médicos. Casi que parecía contento de que un borracho se hubiese saltado un semáforo para embestirlo por el lado.

—Pero no os preocupéis: yo controlo —dijo, como diez mil antes que él. Sus padres fingieron creerle y a partir de entonces, como si hubiese unos vasos comunicantes en el lugar del corazón y la morfina pudiese cambiar los colores, los cuadros de Leclercq pasaron de tener azules y elegantes púrpuras a fundirse en una gama de grises, amplia pero monótona. Predominaba el gris asfalto.

El enganche de su hijo pudo ser una posible causa de que Gilbert dejara de ser un pintor conocido. Puede ocurrir también que en Bruselas se extendiera la superstición universal que proclama que el arte debe ser abstracto o resignarse a la publicidad o a ilustrar libros para niños. Y los cuadros de Gilbert Leclercq no tenían coartada posible. Eran algo a caballo entre los muchos grabados japoneses de la gran época que se conservan en el Museo del Cincuentenario de Bruselas y con los que se había educado como pintor —las famosas vistas del monte Fuji, o los actores célebres de la época haciendo muecas, o esas escenas de kimonos entreabiertos y sutil erotismo— y la tira cómica del género Tintín, o Blake y Mortimer. Los belgas están tan orgullosos de sus historietas que les hacen esculturas en los parques. Pero un poco con el mismo orgullo que sienten hacia los chocolates del país o la selección nacional de *rugby*, un orgullo de burgués que presume de coche.

El momento en que Leclercq traza el párpado del capitán Haddock con el cuidado con que una soprano se pintaría el ojo egipcio antes de salir a cantar *Aída* no es cualquier momento. Y no porque se trate de un ojo del tamaño de un ventanal y por lo tanto tiene que mover el brazo en un

óvalo amplio —no todo el mundo puede hacer eso, y por eso le han contratado a él—, ni porque el viento ya haya bajado la sensación de frío a siete bajo cero. Los dedos se le han hecho barritas de acero congelado, y ahora mataría por un café caliente.

Es un momento especial porque la tentación que siente desde que comenzó este trabajo se le ha multiplicado de pronto por cien, igual que la ansiedad de un adicto. Es quizá un efecto del frío, aunque a lo mejor es una forma de calentarse. La tentación es la de cambiar el dibujo. Y no se trata de un dibujo cualquiera. Es un dibujo de Tintín, y a nadie en sus cabales se le ocurriría cambiarlo, de la misma manera que a nadie se le ocurriría añadir una torre a Nuestra Señora de París, y desde luego no en Bruselas, que es la ciudad sagrada de la tintinología y la religión de la línea clara.

Algo pasa en el cielo, donde las nubes oscuras lo venían anunciando desde hacía un rato, porque Leclercq va y lo hace. Cambia el ojo, o mejor dicho, le pinta encima un parche de pirata. Algo que no está muy lejos del personaje del capitán Haddock, pero esa violencia le da un matiz de pecado mortal que en origen no tiene. Los pecados de Haddock, las borracheras, son veniales, pues incluso sus cóleras enriquecen de divertidos insultos el patrimonio lingüístico de la humanidad. Un parche en un ojo sugiere otra categoría en la escala del mal.

—*Tu t'éloignes!* —le grita Latif desde abajo. «¡Te alejas!».

Gilbert se asoma por la barandilla del andamio, vuelve a mirar el parche un poco más alejado y le sonríe a Latif.

Y este espera a ver si es uno de los juegos a los que se libran alguna vez: pintar algo que no está para luego borrarlo. Eso es algo que hacen todos los artistas, como por ejemplo los calígrafos sobre las aceras de China, con enormes pinceles a modo de escobas, que pintan con agua sobre las calientes aceras del verano, y cuando se trata de Goya o Rembrandt se les llama *arrepentimientos*.

Pero está claro que Gilbert no está arrepentido: el parche ocupa demasiado espacio para que sea un juego. Borrarlo significa trabajo y pintura, y además el frío amenaza con congelarle la nariz y rompérsela. No es el momento de jueguecitos.

Durante un minuto largo no se sabe qué va a pasar.

Gilbert mira su parche sobre el ojo del capitán Haddock.

Latif mira arriba, hacia el andamio.

El cielo deja caer una enorme lona de hielo sobre la ciudad. El frío baja más.

Gilbert mira hacia Latif y sonríe por entre el vaho que sale de su boca.

Poco a poco Latif sonríe a su vez. Ha terminado de comprender que por fin Gilbert ha hecho lo que quería desde hacía tiempo: pintar su propio mural. Todavía no es el suyo, pero el simple paso de cambiar la viñeta y no copiarla exacta constituye algo pequeño pero fundamental: la creación.

Él lo sabía. Latif lo sabía, pues con sus ojos negros es capaz de interpretar los signos de la noche. Es un poco brujo, igual que su abuela, que tenía presagios. Y no porque le ocurra a él algo parecido, sino precisamente porque no le ocurre: ve la diferencia en quienes, como Gilbert, tienen eso que tienen algunos y que los distingue como artistas, creadores. Quien copia la realidad ¿es un artista, aunque sea un gran pintor que pinta una viñeta de Tintín sobre una pared enorme? No, de toda evidencia no. Artista —y esa es la diferencia— es quien aporta algo propio, aunque sea un parche sobre el ojo del capitán Haddock.

—¿Lo vas a dejar? —le pregunta a Leclercq mientras al fin toman el café en Le Chien Bleu, el

bistrot de la esquina.

—¿El parche? —Leclercq se queda un momento pensando—. No. Pero me gustaría ver la cara del jefe si lo viera.

No está claro que no lo vaya a ver, piensa Latif. El jefe es capaz de visitarles dos veces en la misma mañana, y más cuando hace frío, a ver si no se están escaqueando en el café de la esquina.

Pero está contento, Latif. Él sabe que si Gilbert dejó de vender sus cuadros fue porque dejó de pintarlos. Lo uno no fue causa de lo otro, cierto, pero sí algo paralelo que ha ido averiguando por palabras no dichas, revelaciones a medias, miradas perdidas... Gilbert dejó de pintar porque una mujer le quitó los pinceles, como a veces sucede. Los colores. Una de las chicas que iban a su estudio para hacer de modelos. Un clásico. Una chica como tantas, pero de pronto el pintor descubre que es joven, y la juventud, a cierta edad, le gana la partida a cualquier otra droga. ¿Y qué mayor droga que creerse joven cuando el tiempo ha pasado? El viejo se cree joven solo porque se ve reflejado en el espejo más tramposo que existe: unos ojos sin arrugas que le miran con lo que parece amor, y él va y se lo cree.

Si Gilbert ha sido capaz de pintar un parche en el ojo de Haddock, piensa Latif, es porque al fin la chica ha pasado a ser un recuerdo. Uno más en una larga fila.

8. ¿Es un arte tímido o es que está en la sombra?

Todo trabajo esclavo tiene un consuelo, y entre los de Latif figuraba el de hacerlo al aire libre, aunque fuera bajo cero. También le aliviaba acompañar en el andamio a Gilbert Leclercq, un hombre al que deseaba mucho proteger, y eso que este le doblaba la edad. Quizá esa fuera la razón de que desease protegerlo.

Bien es verdad que el trabajo de pintor de fachadas no era para Latif más que un sobresueldo al que dedicaba un día a la semana, razón por la cual trabajaban sobre el andamio hiciese el tiempo que hiciese. Y además en Bruselas ningún tiempo dura mucho, todos cambian de dirección más veces que una bola en un billar.

—¿Por qué trabajas en un andamio? —le preguntó un día Leclercq—. No lo necesitas.

—Me recuerda el desierto —y aunque Latif lo decía desde un andamio en la rue des Renards, en medio de una nube que bajaba hasta la tierra y en el momento en que era recorrida por un BMW con los cristales oscuros, Leclercq le entendió. Lo que a Latif le recordaba el desierto era el aire libre—. Justo lo que a él también le gustaba de pintar sobre un andamio, pero sobre todo el frío. En Bruselas el frío podía llegar a quitarle los pinceles, que más de una vez se le cayeron a la acera, debajo del andamio.

—En el desierto, en invierno, al caer la noche —le explicó a Leclercq— parece que un cuchillo de hielo te va entrando por las narices y baja a por el estómago. Antes de que te des cuenta llega hasta los pies. Uno se va congelando poco a poco.

El aire libre y el frío no eran sino el envoltorio. Lo extraordinario era que también se sentía en el fin del mundo —el desierto y el andamio pueden ser dos de sus versiones—, en un viaje que no se sabía muy bien para qué era.

Pues el desierto no es un lugar al que *se vaya*. Fue inventado para recordar la soledad, algo que todo el mundo sabe lo que es desde antes de nacer. Subirse a un andamio a reproducir viñetas se parece al desierto en que el andamio es uno de los instrumentos que enseñan humildad a los artistas.

Lo extraordinario es que Latif se subió al suyo sin necesidad alguna: Latif era contable jefe de un hotel Lux (cuatro estrellas), en la place du Sablón, no lejos de allí, y era tan improbable que alguien lo reconociera sobre un andamio que ni siquiera necesitaba disfrazarse. Además nadie se fija realmente en los inmigrantes, y eso es válido para el mundo entero.

Latif no era inmigrante de segunda generación, pero casi. Llegó de Marruecos con trece años y apetito como para comerse la mitad de Bruselas, y lo que le pusieran, y entró de botones en el hotel Lux cuando ya los belgas no querían cargar maletas ni recoger habitaciones que olían a ropa sucia y ya muchos no sabían que *lux* quiere decir *lux*; en latín y creían que quería decir *lujo*. Un día, al cabo de no mucho tiempo, resolvió a distancia y como si fuese un juego la cuenta de un

cliente. Una suma por unos cafés de última hora se complicaba con el cálculo de un cambio de divisas y la cajera tardaba en hacerlo. Dio la casualidad de que, al pasar por ahí, el gerente escuchó la respuesta. Así se deciden los destinos: Latif fue ascendido de botones a becario, y ya no hubo modo de impedirle llegar a contable, aunque solo fuera para que no fuese dejando en evidencia a sus jefes, más lentos con sus ordenadores que él con su cabeza. Su rapidez y seguridad con los números eran de circo, de modo que muy bien se hubiese podido ganar la vida en uno de ellos o contando cartas en mesas de casino. Sin embargo, ahí seguía, dieciocho años después, cuando ya debería ser gerente del hotel o de otro parecido.

—¿Y por qué no lo eres? —le preguntó Leclercq cuando llegaron ya a las confidencias.

Latif le miró con cierta sorna, con unos ojos tan negros que no tenían pupila.

—¿Lo preguntas en serio? —Leclercq lo preguntaba en serio, porque era una de esas personas que nacen sin colmillos (una de las razones por las que había dejado de ser conocido)—. ¿Por qué crees tú?

—¿Porque eres árabe? —preguntó Leclercq—. No puede ser por eso: Bruselas está llena de árabes...

—Más que por ser árabe, por no ser flamenco.

Ahí fue cuando Leclercq, protegido de la realidad detrás de sus cuadros llenos de historias, confirmó algo a lo que no había prestado mucha atención: que el poder en Bruselas había cambiado de bando. En tiempos de sus abuelos había pertenecido a los valones *francohablantes*, pero tras el cierre de las grandes minas y siderurgias, los que se habían ido quedando con el poder eran los flamencos. El poder del dinero.

—Y sí: me dejan ser contable —añadió Latif—, pero para ser jefe de contabilidad tendré que teñirme de rubio, o reencarnarme en un flamenco, o...

—¿O?

Entonces Latif explicó por qué estaba sentado en un andamio.

—Un día el gerente vio un dibujo que había hecho de un cliente y me preguntó si yo sería capaz de abandonar la calefacción de la oficina y subirme a uno de los andamios de su empresa a copiar un cómic en una pared.

El gerente también se ganaba un dinero extra como socio de una de las empresas que pintan paredes medianeras en Bruselas.

—«¿Para qué?», le pregunté. «Para demostrar que tienes de verdad un espíritu de contable...». «¿Es decir?», insistí. «Que como jefe de contables no tendrás iniciativas».

—¿Y tú aceptaste? —le preguntó Leclercq. Estaban en casa de Latif, ya habían cenado una lasaña de verduras y luego dulces y hojaldres libaneses, y la mujer de Latif, Wissal, los había dejado solos tomando té. Los niños dormían.

Latif repasó las contadas posesiones de su salón con un solo golpe de ojo.

—Qué remedio —dijo.

O sea que ahí estaban los dos mejores pintores de paredes de Bruselas, subidos a un andamio y quedándose congelados sin necesitarlo ninguno de los dos.

Lo que demuestra hasta qué punto Leclercq estaba encerrado en su mundo autosuficiente de artista es que no se diera cuenta de que el acto de sumisión de Latif era también, y tal vez en primer lugar, un acto de rebeldía. Pues si subirse a un andamio es para un contable de un cuatro estrellas, una demostración de humildad, no es menos acto de rebeldía que retratar a un cliente o

copie una viñeta con héroes trazados a línea. Una rebeldía contra el islam, que evita retratar al ser humano y considera blasfemia la representación de Mahoma.

Ya le había ocurrido: no hacía mucho que, en un día encapotado como cuatro de cada seis en Bruselas, un hombre vestido de chilaba y *kufiya*, el pañuelo que los hombres árabes sujetan a la cabeza con un cordón, se había detenido al pie del andamio para mirar cómo Leclercq y Latif pintaban la escena en la que Blake y Mortimer —héroes de la línea clara, sombreros y gabardinas de la posguerra— corrían por un callejón oscuro bajo un gran grafiti amarillo en la pared. Solo al cabo de unos minutos le había preguntado a Latif, en árabe:

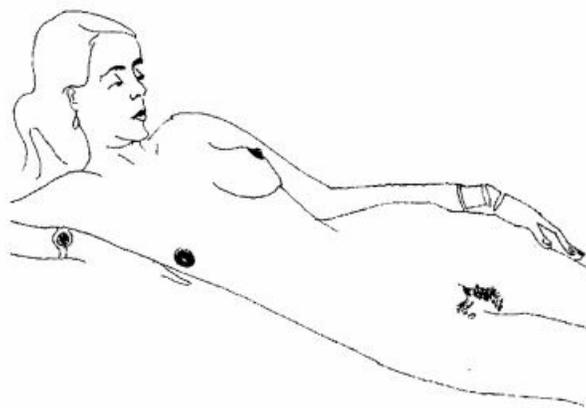
—¿Eres de la tierra?

—Sí: bereber.

Entonces, sin transición, el hombre se había inclinado para descalzarse de una zapatilla deportiva que no pegaba con la chilaba y se la había arrojado mientras le gritaba «¡Perro!». *Zapato y perro*, dos graves insultos que, juntos, arman el peor de los posibles. Lo siguiente son ya la detención por blasfemia y los latigazos.

Eso había reafirmado a Latif, igual que los suplicios y sacrificios con los antiguos cristianos. No solo sentía que el incidente le consagraba como artista, algo que, intuía, tiene que ver con ir contra el viento, sino que por primera vez había encontrado una vía para ser él mismo. Lo que venía buscando sin saberlo desde su llegada a Bélgica, aunque fuese la copia y no creación de dibujos en un muro. Y no la vía laica, pues no solo seguía yendo a la mezquita, no bebía alcohol ni comía cerdo, sino que había aceptado que sus padres le buscaran esposa, Wissal, y cada día estaba más contento de haberlo hecho. Pero nunca había podido entender la prohibición de dibujar seres humanos. Desde que era chico y leía en el colegio el *Journal de Spirou*, sin poder llevarlo a casa, no hubiera querido ser otra cosa que dibujante de historietas. Jinetes, princesas rockeras, aviones y gatos le salían solos al coger un lápiz.

Al principio sus padres no le dijeron nada. Que su hijo dibujara héroes y exuberantes heroínas de cómic no era la más grave de las concesiones que habían tenido que hacer al irse a vivir a Bélgica. Mucho más grave habría sido que le pillasen con una botella de ginebra escondida en una bota, como ya había sucedido con su primo Khalil. Eran otros tiempos, los padres de Latif no eran fundamentalistas y de todas formas el fanatismo no había llegado todavía a la diáspora árabe en Europa. Su tolerancia recibió un serio golpe cuando, al darle la vuelta al colchón, para ventilarlo, su madre se encontró con esto:



Y solo cuando se le pasó un primer disgusto, le entró la sospecha de que la modelo era Tafsut, la prima de Latif, mayor que él unos años. ¿Cómo equivocarse? No le había dibujado las pestañas porque no eran verosímiles en Bélgica, ni siquiera entre las árabes, italianas y españolas. A cambio la boca y esos pequeños pechos con pezones oscuros que parecían delicadas porcelanas japonesas la delataban como huellas digitales.

—¿Es ella, es Tafsut? —le preguntó con urgencia en voz baja a su hijo cuando su padre no oía. Y como Latif se quedara callado, la madre le dijo, no sin un temblor en la voz—: ¿Y te has acostado con ella?

—No, claro. ¿Cómo puedes preguntarme algo así? ¡Es mi prima! —susurró Latif con no menos urgencia.

Pero era sí, claro. ¿Cómo hubiese podido ser «no»? Pocos hombres se podían haber resistido a acariciar a una ninfa con largos muslos de color tostado. Unos pechos que encajaban a la perfección en las palmas de las manos mientras estas sentían algo endureciéndose en su centro. Unos ojos no menos negros que eran caricias en sí mismos, aunque no tuvieran sus pinceles inverosímiles, a juego con una orquídea silvestre y rizada en la entrepierna que parecía imposible en una mujer tan joven.

Así que sus padres le prohibieron que dibujara hombres y mujeres, pero esa es una de esas prohibiciones que los padres nunca pueden conseguir, y es probable que lo sepan. ¿Cómo evitar que, en el centro de Europa, un joven dibuje caras y ojos y bigotes y princesas del *rock* en el cambio de milenio? Eso es igual que pretender que los jóvenes no fumen, no se masturben, no beban. No se puede. Solo el tiempo y la experiencia, aunque tiene que haber un mínimo de inteligencia, irán poniendo las cosas en su lugar.

Así que Latif terminó imponiendo su intuición de que también se puede dibujar a hombres y mujeres sin insultar a Dios. Descubrió que muchos lo aceptaban y otros pocos no. Mientras estudiaba contabilidad siguió dibujando pero a escondidas, solo por los lados, por las noches y en hojas sueltas que refundía entre las páginas de atrás de los libros. Se hubiese podido organizar una exposición y hasta un catálogo con un nuevo tipo de dibujo que inventó, *Arte tímido en la sombra*. Porque eso era. Como un ideólogo, un conjurado, un terrorista, estudiaba hasta tarde sus ecuaciones, curvas y porcentajes, o fingía que estudiaba, porque era de los que nacen ya hablando

matemáticas. Cuando sus padres se habían ido a dormir, pronto porque venían baldados de sus trabajos de albañil y de asistenta, él sacaba una hoja, o un trozo de hoja rota de un periódico, y sin encender más luces, en una esquina, dibujaba alguna maravilla. Héroes. Jinetes a caballo al modo de Leonardo da Vinci. Princesas que llevaban el trono inscrito ya en el porte. Malos jorobados y mirando por la esquina del ojo. Era como un ritual necesario, un somnífero.

Y la gran duda cuando le casaron con Wissal no era si podría sostenerla, y a los hijos que vinieran, sino cómo haría con ella para seguir dibujando. No es lo mismo burlar la mirada de unos padres que la de una esposa.

Que lo sorprendió un día, sin escape posible. Escuchando su respiración de mujer dormida, Latif se levantó, y ya estaba dibujando cuando apareció Wissal en el quicio de la puerta, con el pelo en desorden y los párpados a medias.

—¿Qué haces?

Una diosa con los pechos altos, la mirada de fuego y el pelo renegro. Eso hacía. El dibujo hubiese podido pasar por una oración de gracias por las maravillas del amor. No pudo no mostrársela a su mujer.

Wissal le miró con sus brillantes ojos negros doloridos.

—¿No te basta conmigo?

Latif se apresuró a explicarle, pisándose las palabras, que claro que le bastaba pero que él necesitaba pintar, era una necesidad, un vicio si se quiere, algo de lo que no podía prescindir.

—Bueno —dijo Wissal, sin comprender mucho pero más tranquila. Y se fue a dormir.

Lo que Latif no le dijo fue que la modelo del dibujo era ella.

9. *Hoteleína* en la soledad

Lo curioso es que el cliente de hotel del que Latif hizo un retrato también dibujaba. Sí, el cliente cuyo distraído esbozo sirvió para que el gerente del hotel lo pusiera a prueba pintando paredes medianeras en Bruselas antes de nombrarlo jefe de contabilidad. Dibujaba objetos que iba encontrando en sus viajes y que por razones recónditas, según él, reflejaban mejor el lugar que una fotografía.

Se llamaba François Tessier y era inspector de hoteles, un oficio más solitario todavía que el de dibujante de cómics y casi tan solitario como el de vigía de incendios en los bosques o escritor. Pues la inspección debe hacerse sin que lo parezca en los hoteles, que a su vez son lugares extremadamente solitarios, más todavía que los desiertos y los andamios. Los hoteles exudan una suerte de *hoteleína* que es la sustancia misma de la soledad.

Tan solo cinco meses antes, Tessier no tenía previsto inspeccionar el Lux de la place du Sablon, en Bruselas, un hotel de cuatro estrellas sin sorpresas, sino emprender el reto de examinar el nuevo circuito de los hoteles de siete estrellas en Latinoamérica. Algo tan tan opulento que no había información sobre ellos ni publicidad alguna. Más que hoteles, se puede decir que eran clubes secretos para ese tipo de gente que no sabe qué hacer con el dinero cuando es realmente mucho, carece de imaginación y no quiere hacer esfuerzo alguno.

Ni siquiera se tenía la seguridad de cuántos eran. Se conocían cuatro, con más o menos certeza. Uno en la Patagonia, donde tomaban los *whiskies* con cubitos de hielo arrancados a los icebergs de diez mil años. Otro en la frontera entre Brasil y Uruguay, un hotel con un jardín semisalvaje de veinte hectáreas de flores tropicales y un par de laberintos, uno de ellos hecho con árboles gigantes y el otro diseñado por un psiquiatra de renombre mundial, siguiendo las descripciones de sus mejores pacientes. Un tercero en la orilla del Amazonas, donde habían creado para él una burbuja de microclima que era un prodigio de arquitectura ecológica, aunque más que un hotel ese era un refugio de narcos que querían exotismo sin sudar; sudar es de pobres, no de clientes de siete estrellas, incluso en el Amazonas. Y por último en isla Tiburón, extravagancia geográfica perdida en el mar azul topacio de la costa de La Guajira, un desierto en el extremo norte del Caribe colombiano y de virginidad resguardada por los tiburones: de ahí el nombre. Pero Tessier sabía que cuando fuese por el tercero o cuarto hotel le avisarían para ir a visitar alguno más. Junto con el código de reserva de su avión, el nombre y las coordenadas geográficas se los revelaría Cinzia Aldobrandini mediante un mensaje cifrado en WhatsApp.

Aldobrandini: moño holgado de abuela, muñecas tintineantes, piernas muy delgadas terminadas en afilados tacones tipo arma, ojos azules que denunciaban el carácter realista de la pintura veneciana, y redactora jefa de *Miel*: algo a caballo entre una revista de hoteles palacio para millonarios y un catálogo de sueños para gente que ya ha visto mucho. Los demás ni se

imaginan que puedan existir lujos así. Ni siquiera caben en sus sueños.

De algún modo ya se sabía lo que eran los hoteles de siete estrellas gracias a la experiencia de los asiáticos y los árabes en los mares artificiales de Dubái, con ese hotel metido en un acuario en el que los clientes se duermen mecidos por el baile de las medusas al que ningún cursi maestro de ceremonias le pone música. O esa torre de oro y ventanas de cristal especial que al atardecer arroja reflejos azules sobre Singapur, con un buda de dos metros de alto en el vestíbulo, en un guiño a los ostentosos escaparates de Hong Kong y los novelescos precios de Tokio. En Beirut, un hotel megalujoso rodeado de edificios agujereados por las balas inventó hace ya años el concepto de morbo lujoso.

Esos hoteles no habían hecho más que llevar al extremo las tendencias del lujo de toda la vida. Traslados en helicóptero o muelle para grandes yates en el propio hotel. Colonias de aromas tan secretos como la fórmula de la Coca-Cola en botellas numeradas en los cuartos de baño y champán de reserva en el minibar. Camareros privados de chaquetilla a rayas contratados en Londres, todos menores de cincuenta años, mayores de cuarenta y hablando con el acento de la *gentry* de entreguerras en las islas. Grifos de oro, sábanas tailandesas, servilletas egipcias y perros de raza, como grandes afganos grises, que desaparecían de las habitaciones por las noches. Por supuesto, precios absurdos para epatar a las muchedumbres, y un servicio de señoritas de compañía entre las que se elegía al hacer la reserva. Llegaban desde lejos al tiempo o antes que el cliente, y a veces le acompañaban en su propio avión privado. Todas ellas hubieran podido ser modelos de alta costura, en caso de conformarse con ganar menos, y se codeaban con gente tan pesada que a menudo eran hábiles inversionistas y políglotas. También se podían elegir caballeros con el cuerpo bien dibujado, no musculados en exceso. De muchas razas posibles, ninguno tenía tatuajes. En cierto modo, el tatuaje es ya una marca, una arruga de colores. Por un precio muy muy alto, pues suponía su jubilación en ese circuito, se podía pactar el tatuar algo al modelo. Ponerle la marca del cliente.

Pero todo eso se había quedado algo viejo y ya impresionaba solo a los lectores de suplementos dominicales. La nueva generación de hoteles de siete estrellas en Latinoamérica pretendía marcar la diferencia. Ser otra cosa.

En esa transición se cruzó el destino de François Tessier. A todo hombre se le cruza más de una vez en la vida, y es recomendable que así sea para que esta no se convierta en un largo y rutinario partido de golf. A Tessier se le cruzó cuando, después de visitar el hotel de siete estrellas en un recodo del Amazonas que llevaba un nombre en clave para preservar su exclusividad, escribió en su artículo para *Miel*: «Se permiten móviles en el restaurante». Solo eso, aunque frases más breves han desencadenado guerras. Bastó sin embargo para que Cinzia lo llamase por teléfono desde Venecia, sede de la revista, y conectara la imagen. Eso era nuevo. Conectar la imagen para hablar con alguien es de mala educación a no ser que se trate de un nieto o un amante, y en este caso aún puede serlo.

—Y qué —le preguntó—. Qué pasa si usan el móvil en el comedor.

—Bueno, en principio cada hotel de siete estrellas aspira a superar a los demás.

Detrás de Cinzia, flanqueándola, se podían ver el busto de un emperador romano con solo la nariz rota y una urna funeraria etrusca de una mujer sentada, muy ancha y con los ojos redondos. Tessier sabía que eran auténticos. Él, en cambio, hablaba desde una *suite* con la decoración previsible en un hotel de lujo.

—Me temo que habrá que renovar nuestras ideas sobre qué es y qué no es aceptable en una mesa —dijo Cinzia.

—¿Y a ti te parece que el teléfono puede serlo alguna vez? —preguntó Tessier.

Cinzia lo miró fijo desde el otro lado del mundo. Aunque quieta y fría, su mirada se distinguía de la del emperador romano y de la de la mujer etrusca, que también miraban con los ojos abiertos. La de Cinzia era de un azul de cielo mediterráneo en un día de sol.

Ambos sabían lo que estaba en juego. También *Miel*, la revista de la máxima exigencia en lujo y elegancia, tenía sus límites. Con lo de los teléfonos ya se habían enfrentado en cada categoría, a partir de las cuatro estrellas, y tácitamente habían postergado el choque hasta la siguiente. En la séptima ya no había forma de eludir el problema, pues la epidemia había llegado a ser mundial y también en los clientes de los hoteles de siete estrellas, por muy exigentes que se pusieran los hoteleros, el móvil había pasado a ser una extensión de la mano. Ya no bastaba con elegir los más sofisticados del mercado, móviles que ya pensaban y deseaban por cuenta del propietario, y enfundarlos incluso en la piel de las más elegantes serpientes, como se hacía con los bolsos. Para Tessier, se mirara como se mirara, el móvil era la negación misma de cualquier refinamiento. La mención de que en los restaurantes más exigentes los clientes los depositaban en la puerta se había quedado vieja. Si en un hotel de siete estrellas el cliente paga el precio de un coche por una cama, se puede apostar a que como mínimo durante esa noche querrá sentirse propietario del hotel.

Hasta la fecha, Aldobrandini y Tessier no habían tenido ningún problema. Al contrario. Pese a su juventud —no había cumplido los cuarenta—, Tessier era el inspector estrella de la empresa de Cinzia, a la que contrataban no solo para que certificara que se encontraban los mínimos exigidos según la categoría, sino sobre todo para que profetizara cómo iba a ser el refinamiento del futuro. Esa, y no su papel brillante y sus fotos de mundos de ciencia ficción, era la clave de su prestigio. Y Cinzia tenía ideas, pero se fiaba también mucho de Tessier.

Porque era incorruptible.

No es que Tessier fuera invulnerable a los posibles sobornos de los hoteles, al champán o a las miradas de seda de las mujeres de catálogo. Lo que ocurría es que un crítico de hoteles de esa categoría es una especie de monje, de soldado, de místico que gana un sueldo más que suficiente. Y no porque este sea muy alto, sino por la verdadera razón de su fortaleza: es inmune al lujo. No le impresiona nada. Ni le rasguña. Lo extraordinario, y ese es el plus de los grandes críticos, es que además sabe de lujo, igual que se sabe de astronomía o de cocina, y con gran autoridad precisamente porque es inmune a él. En un ambiente en que casi todo el mundo le sube la fiebre y cuesta concentrarse, él mantiene la frialdad.

Todos los críticos de *Miel* eran excepcionales. De número e identidad secreta, eran elegidos en largos procesos que se parecían al de los diamantes o al de los toros, de forma que al final quedaban los mejores en cada especialidad: a esas alturas hay críticos que sopesan el equilibrio entre los floreros y la cubertería de plata en las mesas. Que miden con sismógrafos de geólogo la comodidad de las camas. Y que, expertos en efectos especiales, juzgan los matices en la luz de las habitaciones. Y de todos ellos, Tessier era, si no el mejor (es muy difícil elegir al mejor a ese nivel, y él no tenía especialidades acreditadas), sí aquel del que se fiaba más Aldobrandini, pues coincidía con él como si hubieran recibido la misma educación.

No era ese el caso, y tampoco eso deja de ser curioso. Cinzia Aldobrandini pertenecía a una vetusta familia veneciana que, como suele suceder, no se había quedado en el canal porque

mantenía el viejo palacio (hipotecado) sobre el Bacino Orseolo, pero casi. Y justo porque la ruina se veía venir desde hacía dos generaciones había recibido la educación más refinada posible, y ya no tanto para mantener las apariencias, como sucede con los nuevos pobres, sino como recurso de supervivencia. Tal como le decía su abuela mientras meneaba la cabeza:

—No vas a heredar nada, pues no es fácil que el inútil de mi hijo consiga salvar ni las camas. Es posible, sin embargo, que el ser una señora te permita sobrevivir en un mundo de *parvenus* que querrán que no se les note y parecerse a ti. Quién sabe.

Profético. Así fue, en efecto. Llegado el momento, Cinzia Aldobrandini, descendiente de navegantes que habían ganado títulos de nobleza traficando con sedas y también lealtades en las guerras, descubrió que saber distinguir entre el blanco crudo y el blanco de hospital, y en qué consiste que un traje no parezca de domingo, podía cotizar más que la consulta de un cardiólogo en un mundo cada vez más poblado de nuevos ricos que querían ser viejos cuanto antes.

Menos previsible era la historia de Tessier. Hijo de un notario y nieto de terrateniente normando cuya casa no llegaba a *château* y se quedaba en *manoir*, Tessier demostraba con su simple existencia que lo que se entiende por buen gusto no se hereda y es discutible incluso que sea cuestión de educación. Y en todo caso, ¿de cuál? Pues la suya había sido burguesa, pesada, de las que ponen alfombras tipo persa en el salón y un aparador con tazas chinas en el comedor. En las bodas de su familia la novia vestía de blanco y los padrinos, de chaqué. El máximo refinamiento al que se llegaba era que en la mesa no se admitían las palabras gruesas y no se hablaba de dinero, de salud o de hijos, pues la gente pierde los papeles con ellos. La moral era una mezcla entre los ideales republicanos —*liberté, égalité, etcétera*— y unos principios católicos nada fanáticos. Poco más. En arte, sus padres llegaban hasta los impresionistas; aunque distinguían entre Manet y Renoir, se estancaban en el cubismo. En literatura reverenciaban a Lamartine, Mallarmé y Victor Hugo, y a su padre se le aguaban los ojos al recitar de este, alguna velada: «*Waterloo! Waterloo! Waterloo!... momeplaine!*».

Lo que no descubre nada, pero da una pista. Si no era muy probable que de su familia Jean François Tessier hubiese sacado su capacidad de distinguir entre sedas —venía a ser como si un gran poeta hubiese salido de una familia de fanáticos—, había que buscar en otro sitio. El asunto intrigaba a Cinzia, pues ponía en cuestión su propia educación, según la cual el buen gusto es una conquista de generaciones. «Se nace señor», le habían dicho, como a muchos antes de ella. «Y eso no se puede comprar en ninguna parte».

—Entonces, cuando nosotros nos muramos, ¿se morirá el buen gusto? —había preguntado ella de niña.

Su abuela se rio.

—Bueno, no se compra sino que se cultiva, pero es el cultivo más largo del mundo. Dura generaciones.

A Cinzia el misterio de Tessier la desafiaba de tal manera que un día, hacía unos años, se lo preguntó. Habían cenado juntos y bebido, solo así se explica que Cinzia se atreviera.

—¿De dónde lo sacas?

—Qué.

—Quiero decir, por qué tenemos el mismo gusto siendo así que somos tan distintos.

—¿Distintos porque somos hombre y mujer?

—No, hombre, no. Tú ya me entiendes.

—¿Distintos porque no soy de una antigua familia veneciana?

—... Si quieres...

Tessier ni lo pensó.

—Viene de una profesora.

—¿Muy refinada? ¿Sabía?... ¿Tuviste un *affaire* con ella?

—Sí, tuve un *affaire*, como dices.

Y eso que era una profesora no solo fea sino el terror del colegio. Enseñaba literatura en los últimos cursos —las temibles *dissertations* del sistema educativo francés—, y con tal exigencia que las notas podían llegar a ser negativas: —3.

Pero a través de ese camino espartano *mademoiselle* Dugout, que así se llamaba, le orientó hacia dos vías que iban a ser determinantes y también salvadoras: los viajes y los libros. Ese fue el *affaire*. *Mademoiselle* Dugout, de orígenes modestos en un pueblecito de Normandía, en Francia, y con el gusto de una profesora de colegio, estaba enamorada de Chateaubriand y de Stendhal, y eso que ambos escritores eran opuestos e incompatibles, véanse las duras páginas que Stendhal le dedicó al primero. De Chateaubriand estaba enamorada por haber escrito las *Memorias de ultratumba* o la crónica de cómo de una vida se puede hacer una obra maestra, y de Stendhal por lo mismo, pues había elegido todas sus pasiones, incluida la del país del que quería ser. En homenaje a él, *mademoiselle* Dugout siempre llevaba algo rojo y algo negro.

Se da muy rara vez, y este fue un caso: el chispazo entre un profesor y un alumno, que es una forma de amor. Durante el tiempo crucial de los últimos años de bachillerato, Jean François Tessier sintió por *mademoiselle* Dugout —bajita y enfadada con el mundo que la había hecho fea, incapaz de sonreír— lo que sin duda es una variante del amor, que es el enamoramiento a través de la cabeza. Y gracias a ello había aceptado sin resistencia alguna los dos puntos de encuentro que esta le propuso: los libros buenos y los viajes. Luego solo fue cuestión de seguirlos, seguirlos con sistema y poniendo atención a lo de verdad diferente, para convertirse en una autoridad del buen gusto.

Hasta que tropezó con Cinzia a propósito de los teléfonos móviles. Incorruptible en sus principios, él se mantuvo en que no se podían aceptar en el comedor de un siete estrellas. Ella aceptó que lo publicara y a continuación lo degradó a inspector de hoteles de cuatro estrellas, que es como si a un pianista lo pusieran a tocar el acordeón. De algún modo, en las veladas solitarias de los hoteles, que son las más solitarias del mundo, él se consolaba dibujando esos objetos, como la canoa que había armado con la corteza de un árbol y tres semillas ojo de venado, grandes como ciruelas aplanadas, que encontró entre la arena de la playa semisalvaje de diseño del hotel de La Guajira colombiana.

10. Claudette y el río

Son ya las once cuando Claudette se prepara para salir, y sin embargo todavía se ve rocío congelado sobre algunos jardines, una delicada niebla que esta mañana, cuando se asomó a la ventana, parecía un ejército que hubiese ocupado el pueblo por la noche. Pero a Claudette no le importa el frío. Al contrario, le gusta sentirlo sobre la cara, le da la impresión de que le afila la mirada y ve mejor el perfil de las cosas.

Lo que le preocupa es el pie. El bendito metatarso que decide visitarla, como el amor, los recuerdos, cuando menos se le espera. La última visita fue el miércoles, y le estropeó el concierto de Haendel que había ido a escuchar a Rouan. Una música celestial —Haendel es lo que se escucharía en el cielo si existiera cielo, pensó siempre—, pero por culpa de los caprichos del metatarso ella se sentía en el purgatorio.

Cierto: puede tomarse una aspirina y el dolor se le pasa un par de horas, pero ella sabe que en realidad el dolor sigue ahí, esperando, quitándole la libertad de moverse cuando y donde quiera. Y lo que no se le pasa es peor todavía que el dolor: el miedo a irse a caer y romperse una cadera. Ya le ocurrió una vez, y ese fue el origen de todo. Lo más difícil de aceptar era que a partir de ese momento moverse dependería de cosas en las que antes ni reparaba, como que se acercaba una tormenta o hacía un calor excesivo, o si la lluvia había dejado resbaloso el pavimento. Y todo porque le duele un pie o se encuentra un poco mareada y tiene miedo de caerse. O algo más raro: si tiene la cabeza para ello. Porque hay días en que no está ni para paseos. Y lo que nadie le dijo entonces, cuando se rompió la cadera, es que iba a tener que negociar ese nuevo contrato todos los días. Si hasta no hace tanto podía ir caminando hasta Rocheville sur Seine, el pueblo vecino, ¿por qué ya no? No está pidiendo ir a Kenia, como antes, o al Perú, sino a Rocheville, a diecinueve kilómetros de distancia.

Pero esta mañana todo parece posible. Brilla el mejor sol, el que aparta con cuidado de gran cocinero la niebla del invierno mientras funde despacio el hielo de los prados, y ella se siente con fuerzas para llegar a Rocheville o a donde sea. (Aunque no lo intentará). De modo que se pone un largo abrigo azul marino y se abrocha los botones con cuidado, como si fuese a la guerra. Se anuda bien la bufanda de un rojo de China que la hará destacar desde lejos entre los grises desnudos del invierno, coge el paraguas negro y grande a modo de bastón de caminante —no parece que vaya a llover, aunque en Normandía profeta del tiempo es un oficio de alto riesgo— y sale.

—Buenos días.

—Lo son, ¿verdad? —le contesta a la panadera—. A ver si nos dura este sol...

—Han dicho en la radio que no va a durar.

Mademoiselle Claudette contesta con amabilidad a varios vecinos que se cruza, y nadie se da

cuenta de lo que le cuesta. Y no porque padezca de pesimismo y *cascarrabiez*, como tantos viejos, sino porque concentra sus fuerzas en llegar al final del paseo del río sin que le duela el pie ni, peor, la ataque, más que el mareo, la inseguridad. Cada paso por la calle de Valdelion sur Seine que baja al río es como si subiera treinta centímetros del Mont Blanc.

—Cuanto más tensa vaya, antes le dolerá el pie —le ha dicho el doctor Rousset.

Quizá. Pero el doctor Rousset es un tipo de cuarenta años cuyo único problema de salud es tomarse un antiácido la noche de los sábados. Corre cinco o diez kilómetros todos los días, incluso cuando llueve, juega al fútbol los domingos en el equipo del pueblo y debe de andar por los setenta kilos. Qué sabrá él de andar relajado.

Valdelion es el mismo lugar en el que Claudette nació y pasó la infancia —es posible que ni haya treinta casas más, aunque ahora la mitad del pueblo pertenece a parisinos que vienen a pasar el fin de semana—, pero algo ha ocurrido porque ahora se siente Gulliver en la tierra de los gigantes: llegar hasta el río le pide más preparativos que los que antes le tomaba viajar a la India. Entonces metía unas cuantas camisetas y faldas largas en una maleta y se subía a un avión, dormía doce horas y se bajaba como si acabaran de inventar un nuevo mundo para ella.

Ahora, ir hasta el final del paseo requiere un profundo examen interior. De sus huesos y de su alma, porque no depende de mover los pies hacia delante. Depende de con qué fuerzas y aliados cuente ese día: es preciso que el metatarso esté de humor tolerante, pero no solo. También que sus músculos se hayan despertado con ella, porque a veces se quedan en la cama mientras ella se arrastra durante todo el día, echándolos de menos. Que haga brisa o no puede ser importante. Y tener un compañero de expedición: su joven amigo Benoît, un chico de trece años que por alguna razón misteriosa la aprecia y a veces la ayuda con algún recado, o un perro sin raza que a veces aparece y la acompaña... Ella le llama Sorel, en homenaje a Julien Sorel, el héroe de *El rojo y el negro*, y a Sorel parece no importarle. Ni gustarle. Bate la cola le llamen como le llamen. Mas Benoît casi siempre está en el colegio, o haciendo la compra para su casa, y hace días que no ve a Sorel: debe de pertenecer a algún parisino que va y viene, como la mitad de la población de Valdelion. O sea que hay días en que llegar hasta la abadía se le antoja tan difícil como subir por una cuesta con un metro de nieve profunda sin raquetas ni esquís.

Lo que no deja de ser notable para quien en su día mereció de sus alumnos el apodo de Avión (entre otros varios como El Moco, Avispa, Helicóptero, Medusa...). La mitad hacían alusión a sus viajes.

Porque a los viajes lo sacrificó todo: marido, familia y hasta carrera. Alumna en la Sorbona de las que ilusionan a los profesores —hay esperanza—, aunque también les dan un poco de miedo porque están destinadas a jubilarlos, prefirió el colegio a la universidad para dar clase. Y no porque tuviera particular vocación pedagógica, sino porque los profesores de colegio gozan de más vacaciones que nadie. Parece que son los universitarios, cierto, que se dirían rentistas o prejubilados, pero en realidad los universitarios están sumergidos en interminables luchas de clanes, acosados por la permanente necesidad de producir artículos para revistas semiclandestinas y ponencias en congresos de secta donde se habla en jergas cerradas. Y a Claudette Dugout le gustaban demasiado el francés y la literatura para poderlo soportar. Hubiese sido mucho esfuerzo, sacrificio. En cambio, los profesores de colegio están exentos de todo ese ceremonial, no hay tantas *categorías-zanahoria* por las que alargar una carrera de *ascensos*, y a la postre son los que en realidad disfrutan de mayores vacaciones. Además, su propia experiencia

le indicaba que la educación crucial, la que de verdad marca la diferencia, se encuentra en los colegios más que en las universidades.

—Hola, Claudette, ¿de paseo?

En el pasado, Claudette Dugout habría contestado «no, de caza», o tal vez «no, de baile», pero el tiempo le había ido limando las puntas de su aridez, por la que fue famosa. El tiempo y el metatarso: de alguna forma intuía que la bordez puede tener efectos en el dolor de pie, y así se lo había preguntado al doctor Rousset.

—¿Si la antipatía puede empeorar la artrosis? *Mmnuo*. Creo que no. No he escuchado ni leído nada semejante, pero quién sabe, en todos los congresos de medicina se presentan sorpresas.

La ironía se había trasladado, pues, de lugar, y ella había perdido la rabia, o las fuerzas que en el pasado le hubiesen permitido contestar con alguna impertinencia de las que le habían ganado el apodo de El Moco.

De modo que le contesta al *père* Louis:

—Sí, de paseo. ¿Usted también?

—Bueno, ya sabe: yo siempre medio paseo y medio trabajo.

Y sonrío. El *père* Louis tiene el pelo tan blanco que es fácil imaginarlo ya de niño con canas, y una nariz larga y roja pese a que bebe solo la media botella de vino diaria de la zona. Es menor de lo que parece y aun así llama a Claudette por su nombre, sin el *mademoiselle*. En realidad, pasa en Valdelion solo una parte de su tiempo, pues su parroquia abarca ese pueblo, Rochefort, Villequier y dos o tres pueblos más, a orillas del Sena. En sus tiempos de estudiante Claudette se comía a dos curas al desayuno, en el más puro estilo revolucionario. Le hubiese asombrado verse a sí misma dirigiéndole siquiera la palabra, o se la hubiese dirigido solo en forma de patadita, como cuando en sus clases situaba en la Biblia el origen de la literatura fantástica. Ahora algo había pasado —¿la cadera?, ¿el mareo?—, porque su intolerancia de entonces la asombra y entristece un poco.

El *père* Louis adapta su paso al lento de Claudette. Caminan ya por el paseo de Víctor Hugo, que bordea el río. En otra época Claudette le hubiese preguntado si no tenía alguna misa que dar, o algo, para que siguiese su camino y la dejase continuar en silencio, pero en esta ocasión se calla: ya no desperdicia la compañía de nadie.

—Me he acordado de usted en estos días.

—¿Sí? —Se pone en alerta Claudette: cuando un cura dice que ha pensado en uno, suele ser para pedirle que vaya a la iglesia.

—Sí, leyendo la correspondencia de Flaubert. Qué pasión. Qué entrega.

Y en efecto tiene razón de ponerse en tensión, porque lo que no hubiera conseguido la alusión a los rezos lo consigue la mención de Flaubert. Pues él sí ha sido un modelo, uno de los pocos guías que ha aceptado en su vida. En su día Claudette quiso dedicarse a la literatura con tanta pasión como él, y ahora su simple mención le recuerda su fracaso: está muy lejos de todo eso. Y no porque no sienta la misma pasión; está convencida de que sin la literatura ya se habría suicidado —tiene localizado hasta el acantilado desde el que arrojarse al mar sin posibilidad de quedar viva—, sino porque ahora ya sabe que no es posible casarse con la literatura si no es para crear. Sin condiciones y sin alternar con su otro matrimonio, el de los viajes. El saberlo la fue tranquilizando, si bien no consolando. Al contrario.

El *père* Louis ha caminado un poco con ella y luego se ha despedido para dirigirse con paso

más rápido hacia su cita, y Claudette se ha quedado sola, dividida entre cierta melancolía por encontrarse de nuevo con su soledad y la satisfacción de caminar en silencio por el borde del río.

Que está en apariencia tranquilo, como siempre, y Claudette sabe que no lo está: nada más falso como la idea de un río tranquilo, y en particular el Sena. Claudette no puede evitar mirar su desfile silencioso y acordarse de Léopoldine, la hija de Víctor Hugo, que se ahogó junto con su marido en un paseo por el río en Villequier, un poco más abajo, un día tranquilo. Víctor Hugo estaba de viaje, y se enteró de ello más tarde. Claudette no sabe qué le impresiona más, si la muerte de Léopoldine, jovencita recién casada, que hirió a Víctor Hugo para siempre como si le hubiesen sacado un ojo con una navaja, o el hecho de que se enterase días más tarde, leyendo el periódico al regreso de un viaje.

Hoy no habría sido así. Hoy habría recibido un mensaje en el móvil. ¿Tendría móvil, Víctor Hugo, de vivir en estos días? Quién sabe. Si ella no lo tiene, por qué habría de tenerlo Víctor Hugo. Bien es cierto que ella no tiene hijas recién casadas que pueden salir de paseo en un velero un día en apariencia tranquilo. A veces le gustaría tener una pero otras, cuando se acuerda de Léopoldine, ya no.

¿Y Flaubert? Flaubert, que no tenía hijos y estaba casado con su obra —más casado de lo que puede estarlo nadie con nadie—, nadaba en verano en el Sena. Y nunca aludió a peligro alguno ni le pasó nada: grande y fuerte, le pegaba ser buen nadador. Grandes brazadas de *crawl* para descansar de sus jornadas de pelea a brazo partido en la construcción de *Madame Bovary*, su *baisade* con Rodolfo (su *follada*), más preparada, estudiada y elaborada que cualquier otra en la historia de la literatura, y esas cartas de madrugada, después de esas largas peleas, para contárselas a su propia amante, Louise Colet, y de paso ayudarse a comprenderlas. Y todo eso en Croisset, no muy lejos río arriba.

O sea que no se deja engañar, Claudette, por el aspecto tranquilo del río y las casas perfectas del paseo por el que va caminando. Parecen perfectas porque no tienen una teja salida, ni un color que desentone, ni un árbol o arbusto que no florezcan en el antejardín cuando les corresponde. Cuando las ve, Claudette se suele acordar de Nueva Delhi o de México. No sabe muy bien por qué, debe de ser por el contraste. No hace falta alejarse mucho del centro y los jardines de la Puerta de la India, en Nueva Delhi, para encontrarse con la sorpresa, igual que en México. La sorpresa, a la que uno pronto se acostumbra, de casas que han crecido cada una a su aire y sobre todo han perdido la pintura y en ocasiones algunos pedazos de piel. En México o Nueva Delhi es fácil que uno se encuentre con sorpresas de todo tipo, ya sea con casas o con seres humanos que no se ven en ninguna otra parte, y eso es lo que hace, más que sus dimensiones de megalópolis, que parezcan ciudades infinitas en las que nunca se acabarán las sorpresas.

No hay sorpresas en Valdelion sur Seine. Claudette sabe que detrás de las contraventanas de color lavanda y en la carretera hacia París suceden todo tipo de historias, pero tiene la sensación de que ella ya se las sabe. Al menos las que aparecen, las que se dejan ver. En todas esas casas perfectas hay un televisor y una radio, en todas hay pantalones vaqueros y todos los vecinos tienen un coche, aparcado a la entrada o a la salida del pueblo, para ir al supermercado y a la gasolinera en las afueras de Rocheville.

Y eso es lo que hoy le impedirá caminar hasta el final del paseo, como había planeado: recordar una vez más que el río nunca es el mismo, pero en cambio sí lo es la orilla. Las mismas casas desde su infancia, que solo en ocasiones han cambiado el color de la fachada y repiten de

generación en generación historias muy previsibles. Esos son los momentos en que ya no se arrepiente de no haber tenido hijos —le angustiaría verse repetida como un eco— y le entra la melancolía. Suave pero tenaz. Sabe que como se deje la cogerá por el cogote durante una semana, y entonces sí que no tendrá ganas de salir a caminar.

Claudette interrumpe su paseo y regresa a su casa, y ni siquiera se alegra de volver sin dolor de pie ni haber necesitado el paraguas como bastón. Y en el momento de llegar coincide con Jacquot, el cartero.

—Un paquete para usted, *mademoiselle* Claudette —y le pide que firme—. Viene de París.

Parece contento Jacquot, su olfato profesional le hace intuir que el paquete es un libro, es probable que un manuscrito, y sabe que un libro siempre le interesa a *mademoiselle* Claudette, aunque luego las críticas que le ha leído en *Rivières*, la revista de literatura que a veces hojear antes de dejarla en su buzón, sean más bien severas.

Pero ha acertado Jacquot. Tal como intuyó —hace ya dos años desde el último—, el manuscrito es de quien imaginaba, la única persona que le envía ya manuscritos, y una nota:

Mademoiselle Claudette, permítame abusar de su generosidad. Usted es la única que me dice la verdad.

Pero la nota va firmada por Fabrice Leroux, nombre distinto de la Geneviève Six que firma el manuscrito. Y es porque Leroux es el ministro de Asuntos Exteriores francés y nadie sabe que es el autor que se esconde detrás de la escritora Geneviève Six, autora de media docena de libros de éxito medio pero de la que solo se conoce una foto medio borrosa al fondo de un jardín. Solo lo saben su editor y Claudette, que a diferencia del editor es la única en decirle la verdad.

Bueno, por lo menos el manuscrito le servirá para espantar la melancolía. A ella le pasa como a Stendhal, que al final de su vida, enterrado en Civitavecchia, un destino consular de tercera, decía que de vez en cuando necesitaba una conversación inteligente y se iba a Roma. Ella encuentra esa conversación en los libros.

Mademoiselle Claudette coge sus gafas, enciende la lámpara de mesa junto al sillón, se echa una manta de color vino tinto por encima de sus piernas y se dispone a leer hasta acabar el libro. Siempre lo hace así. Cortar un libro por la mitad le parece una falta de educación con el autor. Y con la escritura.

11. El ministro que era Geneviève Six

Leer una novela en el avión en lugar de informes oficiales todavía podía pasar. Pero ¿escribir una novela? Mucho más difícil. Pues no es lo mismo *tomar notas* para un discurso, pongamos, que escribir una novela. Escribir una novela se nota a la legua: el autor redacta más lento y hasta parece que dibuja, es probable que con pluma; se detiene después de cada frase y mira por la ventana con los mismos ojos con que podría recordar a una primera novia o imaginar una intriga a tres bandas en Hong Kong, Bombay y Kiev. Y no está previsto que un ministro se desperdicie en esas frivolidades.

La intriga que había subido esta vez a Fabrice Leroux a uno de los Falcon del Gobierno era mucho más sencilla, y no habría dado para sostener una novela: se trataba de convencer a los gobiernos de Camerún, Costa de Marfil y Senegal de que tomaran medidas para recortar la emigración de sus ciudadanos a Francia. A cambio se ofrecían inversiones en industrias locales que, claramente, y él lo sabía, no bastaban ni de lejos para dar empleo a todos los posibles emigrantes. Y eso sin contar todo el dinero que se iba a perder en el camino en comisiones y mordidas. O sea, el viejo truco de entregar espejitos y collares de colores a cambio de pepitas de oro.

Vestido siempre con el uniforme de reglamento de traje azul marino y corbata azul Francia, para ayudar a convencer a los dirigentes africanos se había llevado a tres directores generales, en la idea de que se suele confundir la importancia de las delegaciones con su volumen. Sobre todo, sin que lo pareciera, se había traído consigo un arma secreta: Céline. No solo un cuerpazo entre los treinta y cinco y los cuarenta y muchos, algo ya bastante frecuente entre las mujeres que corren y van al gimnasio, sino gran soltura en llevar unos tacones que parecían la raíz de sus pantorrillas de pincel y encarnación misma del chic francés, que tanto cuesta definir pero se reconoce tan pronto se ve. Y los dirigentes africanos, que en su mayor parte habían estudiado en la Sorbona y Lovaina, lo reconocían tan pronto Céline bajaba por las escalerillas del avión envuelta en la toalla húmeda del trópico.

Pero todo eso no es tan difícil de encontrar en el Quai d'Orsay, ese ministerio a caballo entre un palacio vaticano y un museo de alfombras que convierten en rumor los pasos de embajadores y espías. La baza ganadora de Céline era algo que le envidiaban todos sus colegas diplomáticos sin excepción: una mirada de seda que camuflaba su incapacidad para ceder, ceder en nada, hasta cuando ya era demasiado tarde y seguía sonriendo, pero ya por la victoria. Ella era el arma secreta para venderles espejitos a los africanos. Céline. Muchos en el ministerio suponían lo de siempre entre ella y el ministro, con la originalidad que caracteriza a todas las oficinas del mundo donde la gente envejece más rápido por culpa del aburrimiento. Solo ellos sabían la verdad.

—¿Hemos cruzado ya Gibraltar? —preguntó uno de los directores generales.

—Creo que lo sobrevolamos —contestó otro, pero no estaba seguro: desde la ventanilla no se veía ningún peñón, sino el recorte de una costa de color ocre. Podía ser muy bien la costa de Marruecos, todavía la de España o, quién sabe, tal vez las islas Canarias: todas ellas son variaciones de ocres en combinación con cielos azules y desérticos. En el avión se pierde la perspectiva, y además en los Falcon del Gobierno no hay pantallitas para indicarle al pasajero por dónde anda como en los aviones de turistas. Por lo general la información la da el copiloto en persona, o una de las azafatas, de parte del capitán.

En su sillón del fondo, Fabrice Leroux hacía lo posible por escribir al menos el comienzo de su página diaria. Lanzarla, con la esperanza de si acaso terminar de escribirla por la noche, aunque ya sabía que esa noche estaría demasiado cansado para escribir. En el avión había escrito:

Amanecía apenas cuando Silvie adelantó una pierna y la colocó por encima de su compañero, todavía dormido, buscándolo.

Había escrito también: «Se hubiese podido escuchar un silencio perfecto, interrumpido tan solo por la respiración del hombre, de no ser por una de esas aspiradoras que siempre se terminan por escuchar en los hoteles», pero esta frase la había tachado.

Y hasta ahí. Como le ocurría cada vez con mayor frecuencia, no lograba avanzar más. Porque era falso. No solo sonaba falso, mala literatura, la peor, literatura de cliché, sino que una mujer le colocara una pierna por encima mientras estaba dormido era algo que no le sucedía desde hacía mucho.

Mas lo en verdad grave no era eso, sin embargo, sino que no recordaba si le había sucedido. ¿Le habían echado una pierna por encima alguna vez? No lo recordaba, y ese olvido, que le ocurría con más frecuencia, era el mayor secreto de un ministerio cuya principal misión era almacenarlos.

Cuando al fin llegó al gran despacho de ministro en el Quai d'Orsay, con un balcón sobre el Sena que parecía encargado por Napoleón, Fabrice se propuso escribir un mínimo de una página al día, no sabía si era medicina o vitaminas: solo así aguantaría en un trabajo de ministro que no sumaba, no hacía montón. Eso lo había aprendido desde muy pronto y leyendo las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, de las que *mademoiselle* Dugout les hizo leer páginas en el colegio, el Georges V de París, sin saber que, a él al menos, le estaba enganando a un vicio del que no podría desprenderse jamás. Escribir. No solo un modo de ver y vivir, sino una forma de sumar. También Chateaubriand, diplomático, buscó compensar con la escritura la agujereada prosa de los tratados y el tedio de las embajadas. (Y con las amantes: solo por ellas también habría pasado a la historia de la diplomacia).

No sabía por qué lo hacía, pero no podía evitarlo. Al escribir —escribir de una forma irremediable y hasta viciosa— había sacrificado amantes que no entendían cómo se levantaba en lugar de quedarse en la cama a despertarlas con suaves besos en el cuello. Por culpa de ese vicio tenía menos amigos de los previstos, pues a él sacrificaba el tiempo del golf y las cenas con grandes vinos de los sábados. Por él había condenado a sus hijos a armar rompecabezas en un rincón de la casa de vacaciones hasta que él terminase con su ración diaria de escritura, que entonces era de dos folios; solo entonces podían ir a la playa, y eran los últimos en llegar. Por

culpa en buena parte de aquellas vacaciones con las playas racionadas tanto el chico como la chica se habían convertido en tecnócratas, alérgicos a la literatura. Sin ni siquiera saber que su padre era Geneviève Six, y en un tiempo en que ya se podía decir en voz alta, también en Francia, consideraban la literatura algo del tiempo de las pelucas. Y así. Su vida parecía menos vida por culpa de la escritura, aunque a él le pareciera más. Solo a él: además de unas cuantas amantes, ya le habían abandonado dos mujeres y la tercera se lo estaba pensando, se le notaba desde lejos en los besos de fórmula y en cierta pronunciación de las frases rituales de la jerga matrimonial del tipo «¿te espero a cenar?», pese a su rango de ministra consorte, dotado con atractivas compensaciones. Hacía falta cierta capacidad de enamoramiento joven para aguantar a un marido que siempre estaba de viaje y al volver se encerraba en su despacho sin mostrar nunca lo que allí hacía ni hablar de ello.

Fabrice no contaba con que el trabajo de ministro era más exigente que tres amantes. Ya lo había sospechado en el ascenso por las plantas del ministerio, incluidas las embajadas en Lima, Estocolmo y Washington, pero siempre lo había logrado dominar. Y cómo no: cuando no escribía tenía una sensación de carencia mucho peor que la de no haberse lavado los dientes, cruzar una noche en blanco e incluso dormir solo varias semanas seguidas.

Leroux sintió una vibración en el bolsillo, la única a la que no podía dejar de contestar porque era el móvil del Gobierno.

Le llamaba la ministra de Trabajo y miembro de su mismo partido.

—¿Te pillo en un buen momento?

—Estoy volando a Senegal. Dime.

—¿Te acuerdas de que una vez me hablaste de un hotel en la isla de Naxos, colgado en unas rocas de tal manera que tienes vistas sobre el mar desde tres lados?

Leroux miró por la ventanilla. Volvían a volar sobre un mar azul que casi costaba mirar por culpa de los reflejos del sol, sin rastro de la tierra ocre, que era también la de Naxos y el Egeo.

—Sí, lo recuerdo —mintió.

—Es que estoy buscando un rincón tranquilo para vacaciones y me acordé de aquel hotel. Sonaba muy bien.

Leroux recordó el hotel, con la habitación colgada sobre el mar, en efecto, pero también el *chumba-chumba* de una discoteca que desde el medio del pueblo contaminaba el hotel, la isla y hasta el fantasma de Ulises, que pasó por allí. Anneliese no le perdonaría si se lo recomendaba, como él no le perdonó al colega de Anneliese, en el museo de Helsinki, que le había elogiado a ella el hotel como algo único y es probable que con ello hubiese contribuido al final de la relación, como un veneno de efecto retardado. Y así se lo dijo a su colega:

—No te lo recomiendo. Hace años, y ya entonces se caía a pedazos.

Colgaron.

Anneliese. Sabía qué había sido de ella porque de vez en cuando la había buscado en la red. Primero especialista en la pintura romántica inspirada en el viaje, como en los tiempos en que se veían, luego embajadora en Roma, con su segundo marido (que los había presentado), y ahora directora de un museo en Helsinki. Pómulos altos y la mujer más apasionada que había conocido, destructora de los tópicos sobre la frialdad nórdica, el apasionamiento latino y demás postales. Anneliese, que iba cayendo en tristeza y fatalidad tan pronto cruzaban el ecuador de sus encuentros clandestinos en París, Londres, Viena, incluso una vez en la ruta de los pueblos blancos

andaluces. Anneliese, tan agobiada por el calor y el sol de Naxos y las islas del Egeo, llenas de piedras y de turistas semidesnudos y enrojecidos que siempre llevaban una botella de agua en una mano como una ofrenda, que hubo que suspender el viaje y buscar algo de sombra en Atenas y el continente. Pero algo se había quemado en las islas, porque fue el último de sus viajes.

En cualquier caso la llamada había desamarrado algo, porque Leroux siguió escribiendo con su pluma:

Sabía que estaba despierto, porque ningún hombre puede permanecer despierto con una larga pierna blanca y estilizada masajéandole por encima, de la cintura hacia abajo. De modo que Silvie se inclinó —pómulos altos, labios gordezuelos al estilo de las asiáticas del sur, pelo apenas rozándole a él— y comenzó a besarle casi más con respiración que con labios.

Ese era el tipo de pasajes que desconcertaba a los críticos de Geneviève Six, su pseudónimo, y aunque no lo dijeran les hacía pensar en si la autora no sería lesbiana. De ella solo se conocía una foto algo borrosa que la mostraba al fondo de un jardín en penumbra, bajo una parra que teñía la foto con manchas de luz. Lo único que se alcanzaba a distinguir era una mirada inteligente y lejana, en otra parte, una mirada de novelista.

No, no se trataba de eso. Leroux era en cambio un literato que había aprendido en la política los infinitos trucos para hacer pensar una cosa cuando es otra.

A los cincuenta y cinco años, el ministro de Exteriores francés Fabrice Leroux había cruzado las etapas de muchos escritores. A los veinte años había subrayado en *El cuarteto de Alejandría* de Durrell «como todo joven, quiso ser un genio» (en realidad subrayó casi enteros los cuatro volúmenes), aunque él, entonces, hubiese escrito: «Desde joven supo que era un genio». Y quizá lo fuese, cómo saberlo. Depende de lo que definamos como genio y de quién lo mida. Y por otra parte, ¿no es genial por definición la fuerza y desordenada creatividad de la juventud, cuando se da: ni mucho menos siempre, que no le tiene miedo a nada?

Así que a los veinte años se sentó a escribir una novela, en un rincón de la casa de sus padres que colgaba con tres ventanas sobre un jardín, y no se levantó hasta haber escrito doscientas cincuenta páginas y demostrarse a sí mismo que era capaz de hacerlo. Su novela no era tal — aunque ¿qué es una novela, y quién lo dice?—, pero treinta años más tarde Leroux habría entregado una planta entera de su ministerio a cambio de conservar la imaginación de entonces, que no necesitaba de ayudas ni muletas.

Y que, como estaba previsto, perdió, claro. Y esa es otra etapa: con el deseo de gustar, de ser reconocido cuanto antes, igual que un joven todavía virgen, Leroux fue recortando imaginación y adjetivos. Eligiendo nombres más probables para sus personajes en lugar de los de criaturas de otro mundo. Escribiendo historias en las que, como le aconsejaban editores, lectores y esposas, «la gente se pueda reconocer». Imaginaba y escribía con tanta facilidad y energía que fue cediendo pequeñas porciones de su patrimonio, sin saber que, si no aumenta, tarde o temprano todo patrimonio se acaba, así tenga al comienzo el tamaño de Alaska.

Para cuando se le acabó lo principal, solo quedaba un poco de hueso para hacer unas sopas, pero se sabía los trucos del oficio y las leyes del mercado. Ya podía escribir de modo que su libro

aguantase semanas en las listas de los libros más vendidos. Cada vez le pedían más y más entrevistas, también del extranjero, que su editor declinaba con el argumento de que Geneviève Six era una autora enamorada del silencio y el anonimato de los que salía el universo que el mundo admiraba. Había ganado casi todos los premios menores, y tendría el Goncourt y el Renaudot de no ser porque exigían de forma implícita que desvelara su verdadero nombre. Y ya el nombre de Geneviève Six era muy conocido.

Fabrice Leroux llevaba sin embargo dos piedras en el zapato. La clandestinidad había terminado por pesarle y le tentaba escapar: ¿qué ocurriría si se descubría que el autor escondido tras el pseudónimo de Geneviève Six no era más que un diplomático francés vestido igual que otros, con sus sienes de pelo blanco y su uniforme azul marino? ¿Perdería su prestigio? ¿Dejarían de hacer seminarios sobre la gran escritora Geneviève Six en Harvard y otras universidades para ricos? ¿Saint-John Perse habría ganado el Nobel de no haber usado el disfraz de extravagante alérgico a las muchedumbres y mostrarse mucho antes como otro simple diplomático igual que él, lo que solo desveló cuando se lo dieron? Lo otro que le pesaba era no haber conseguido nunca un apoyo admirativo de *mademoiselle* Dugout, a quien es posible que le debiera no tanto su amor por la literatura, una frase hecha, sino ese vicio, esa incapacidad de separarse de ella a la espera de que le diese... de que le diese... de que le diese algo, pero no sabía qué.

Y a esas alturas sabía que ese apoyo no lo conseguiría jamás. En cierto modo, eso explicaba que se resignara a seguir siendo ministro. ¿Aguantaría? Descubría por momentos que todo cuerpo normal tiene un cupo para aguantar discursos en la vida, igual que la piel tiene un cupo para aguantar cierta cantidad de sol, y solo esa, y eso es algo que un político no puede confesar. Ni a sí mismo. Alguna vez había hecho amago de cambiar, volver al tiempo en que escribía literatura en lugar de las intrigas de Geneviève Six, hechas para que la gente se reconociera, pero su editor le había hecho saber que por ahí no. No estaban previstas las desviaciones. Estaba pues atrapado. Tenía que seguir vendiendo. Se sentía como un príncipe heredero con vocación anarquista.

12. Síntomas de que Anneliese se queda sin amantes

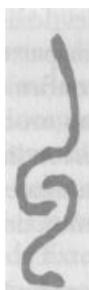
La sorpresa detuvo a Anneliese. Miró con más atención el bosque que ardía entre los rojos y amarillos de septiembre, y *vio* los Giacometti, lo primero que se distinguía del museo al llegar desde el aparcamiento. En treinta años, desde que conoció el museo, no se había fijado en las maderas que sostenían el cubo de cristal donde se encontraban los Giacometti, que se confundían con ramas de árboles y uno creía que las esculturas caminaban sueltas por el bosque. Sucedió incluso cuando nevaba —la nieve resbalaba por los cristales—, aunque en invierno, a veinte grados bajo cero, había que caminar rápido desde el aparcamiento; detenerse suponía un riesgo. Había que esperar a la primavera para volver a disfrutar de una de las vistas más extraordinarias que recordaba: cinco seres de largas piernas y delgados brazos caminando por lo que parecía su lugar natural, el bosque de altísimos abedules, robles y abetos situado a setenta y seis kilómetros al norte de Helsinki. Según le explicó Ukko Niemi, que había diseñado su museo revolucionario, el objetivo al construirlo en mitad de un bosque había sido doble: conseguir que el arte viviera en la naturaleza, incluso bajo los fríos de ciencia ficción del invierno, y sacarlo a él de las reuniones y *jets* privados a los que está abocada la tediosa vida del propietario de los más grandes astilleros de Finlandia y Escandinavia. Que ya no le satisficieran los juguetes habituales de los muy ricos y necesitase un museo «tal vez signifique que he llegado a un límite, ¿no le parece?», le preguntó entonces.

Cercada por los rojos y amarillos del otoño y detenida en medio del camino que conducía del aparcamiento al museo, de unos doscientos metros de largo y con curvas para sugerir que formaba parte del bosque, Anneliese, directora del Kielo Museum desde hacía seis años, se preguntó si ella misma, como Ukko Niemi, no había llegado a un límite. Hacía ya un tiempo que había localizado síntomas que otros no habrían visto. Ella en cambio sabía que querían decir algo. Leía más despacio, por ejemplo, y ya podía dejar un libro a medias sin remordimientos. Ya no buscaba ciudades y museos siempre que podía. Ahora soñaba con la selva virgen, el desierto, y en el último invierno había viajado dos veces al extremo norte para ver la aurora boreal. Hubiese ido más, pero se encontraba muy lejos. Se volvía vegetariana sin necesidad de teorías. Recordaba más que antes, y al tiempo sufría olvidos que aún parecían divertidos.

Pero lo que la intrigaba era que por primera vez en cuarenta años no tenía un amante. No se trataba de edad, porque solo quienes la conocían de siempre se creían que esas largas piernas y esos ojos abrigados tan solo por arrugas pequeñas podían pertenecer a alguien de ya cincuenta y nueve años. Lo más extraño es que no deseaba ningún amante. Ni siquiera alguno de los que se le habían escapado y que aún estaban a su alcance, como Nalren, el danés comisario de la sala de esculturas clásicas.

A primera vista no era posible imaginar a nadie que se diferenciara más de los perfectos

griegos y romanos que ocupaban la sala —también *al aire libre* detrás de cristales, como los hambrientos de Giacometti—, pero justo por eso la había atraído durante años: Nalren se encontraba como al inicio de la magia mental que siempre la había fascinado, desde niña, y era la razón por la que ahora dirigía un museo en Finlandia. Aquella según la cual el ritmo de las gotas de la lluvia inspiraba a los mayas lo esencial de la poesía. O de cómo el mar era para los vikingos *el camino de la ballena*. Y el modo en que, en la escritura de la antigua China, la silueta de un río con una isla terminaba convirtiéndose en un signo casi musical.



A Anneliese la hipnotizaba el que en la puerta de entrada a esos griegos y romanos perfectos —aunque algunas veces no tuvieran brazos o cabeza— se encontrara Nalren, un hombre que en los últimos años se había tenido que someter a operaciones en los dedos de las manos, torcidos por la artrosis, que usaba gafas y al que le escaseaba el pelo. Nada importaba, sin embargo. Nalren siempre sonreía, como si la vida le hubiese elegido para confiarle ciertos secretos, y, sobre todo, veía las esculturas a su cuidado más reales que la vida real. Así se explica que, cinco años atrás, llamara a la puerta de su despacho el jefe de los bedeles del museo.

—¿Sí?

El hombre vaciló.

—Es que no sé cómo decirlo.

Anneliese pensó que le iban a pedir dinero o permisos no previstos. Tapó la pluma y cerró la agenda en la que escribía, mostrando plena disponibilidad.

—Nalren duerme en el museo.

—Qué quieres decir.

—Que Nalren duerme a veces en el museo. Se esconde y luego aparece en su sala de esculturas, se sienta en la silla del vigilante de día y disfruta mirándolas. A veces las dibuja.

Cierto, Anneliese sabía que Nalren dibujaba, aunque nunca mostraba sus dibujos. Comenzaba el verano, así que, aprovechando las noches blancas de junio, Anneliese se escondió entre los árboles desde los cuales se podía ver la sala de esculturas como una parte del bosque. Y en efecto, una noche en que había confirmado que Nalren no había ido a su casa, al cabo de no mucho tiempo desde la hora del cierre lo vio salir de su escondite, en lo más profundo del museo, y sentarse frente a una escultura para mirarla sin cansarse, igual a como se mira un árbol magnífico o cómo se acerca una tormenta.

La escultura que observaba Nalren con una atención creadora era *El hombre verde*, la más reciente que habían adquirido. Representaba a un joven de pie, había sido encontrada en Creta y la habían comprado con los fondos de amigos del museo a un precio razonable porque se trataba de un *kuros* primitivo, cuando la escultura griega empezaba apenas a inventarse y aún no había

llegado a la sofisticación de Praxíteles. Nalren la había bautizado *El hombre verde* por el verde que cubría su mármol al sacarla del mar. Y la dejaron como la encontraron, porque parecía que verde, verde musgo brillante de humedad, había sido el sueño del escultor al crearlo.

Era de ese Nalren, artrósico y medio calvo pero capaz de enamorarse de una escultura, de quien Anneliese se había sentido atraída.

Pero ya no. Por no sentirse, ni siquiera sentía el amor, la pasión que había sentido por el arte, y solo con él, a lo largo de toda su vida. Su verdadero matrimonio. A fin de cuentas, con el arte pasaba más de diez horas al día, en tanto que con sus maridos o amantes, solo las noches y vacaciones, y además buena parte del tiempo dormida. Ahora desde hacía un tiempo los amantes no ocupaban la mitad de su cabeza, como antes, y apenas un poco su memoria.

En realidad sí los recordaba, pero de un modo tranquilo, como se recuerda una carretera secundaria o el recodo de un río, y eso los cambiaba por completo. Y no la intrigaba tanto que ya no sintiese deseos —también suponía un alivio—, sino el hecho de que esa ausencia la obligaba a ver a sus amantes sin adornos. A Philip, a quien había seguido porque hacía películas, lo veía ahora como un adicto a las imágenes, más bien incapaz de tener ideas propias y dependiente de los guionistas. Fabrice había pasado a convertirse en el hombre que había nacido ya casado consigo mismo: no le sorprendió la primera vez que lo vio en el periódico como ministro de Exteriores francés. Y a Diego, con quien había vivido su relación más viajera, con encuentros esporádicos por toda Europa cuando ella ya estaba en su segundo matrimonio (ahora iba por el tercero), a Diego ahora le perdonaba sin pasión lo que entonces no había podido: su mirada de alarma cuando le dijo que podía estar embarazada de él. Esa mirada en la que la pasión chocaba de golpe contra el egoísmo había acabado de golpe con tres años de amor, viajes y encuentros.

Es decir, que lo que toda la vida había tenido escarlatas, azules, verdes y sombras lo veía ahora en blanco y negro. Percibía incluso los primeros bocetos bajo el blanco y negro y los colores; siempre había preferido los esbozos del comienzo a las obras acabadas. Allí había una verdad que se perdía después.

Eran las nueve y cuarto de la mañana, llegaba al museo con un cuarto de hora de retraso —aunque como directora procuraba dar ejemplo—, y aun así se sentó en el tronco de un pino caído cerca del camino. Hacía ya fresco. El olor verde de los árboles se mezclaba con el intenso de la resina que sudaba el pino por una herida. Por el cielo cruzaba hacia el sur una escuadrilla de grullas en perfecta uve, y se alcanzaban a oír sus graznidos; ¿órdenes o lamentos? Todo pasaba a segundo plano por los rojos y amarillos que incendiaban literalmente el bosque y arrollaban lo demás. Años antes habría etiquetado: *fauve* con rutina de estudiosa. Se habría acordado de Derain, Vlaminck y otros pintores, y habría metido esos rojos y amarillos en su cartera para poder compararlos con los cuadros *fauve* en su siguiente viaje a París. Tal vez le servirían también para encontrar los mejores adjetivos en el ensayo que pensaba escribir sobre Gauguin, el pintor que la inició en la observación del arte, de la que había hecho su profesión, y solo porque vio en Helsinki, en el momento justo, una exposición de cuadros de su época danesa.

—Perdone, ¿por aquí se va al Kiello Museum?

La respuesta la sorprendió incluso a ella:

—No —dijo.

A tres pasos, desde el camino, se había dirigido a ella un joven con chaqueta militar, pelo un poco largo y mirada algo ingenua que se quedó sin saber qué hacer. Si ese sendero no iba al Kiello

Museum, ¿adónde iba?

Es cierto que Anneliese se impacientaba un poco con las preguntas obvias, pero una directora de museo no tenía por qué hacer pagar sus humores a los visitantes. Suficiente hacían con venir a un museo fundido con un bosque desde Helsinki, a setenta y seis kilómetros.

—Es broma —dijo—. Sí, es por aquí. De hecho, desde aquí se alcanzan a ver las cabezas de las esculturas de Giacometti. ¿Las ve?

El joven miró hacia el museo, reconoció las cabezas por entre el otoño en llamas y se le iluminó la cara.

—*Wow* —dijo; hablaban en inglés—. Era cierto lo que me habían dicho...

Y siguió su camino sin tomarse tiempo para reírse o reprocharle su broma a Anneliese.

Esa, por si fuese necesaria, era otra prueba de que algo cambiaba en su vida. Antes, cuando tenía amantes, se tomaba su trabajo en serio y no se le habría ocurrido gastarle una broma a un visitante del Kielo Museum. Le habría parecido no tanto una travesura sino, sin exagerar, algo más cercano a la blasfemia.

Y esa reflexión, en ese lugar, envuelta por el otoño y el silencio, la puso sobre la pista de lo que le ocurría. Por asombroso que le resultara a ella misma, al mismo tiempo que los hombres le habían comenzado a interesar menos como amantes —ni como amantes ni como casi nada, tampoco las mujeres—, había empezado a perder cierto interés en el arte. Y comprendió que eso era lo que le sucedía desde... desde... desde no sabía cuándo. Semanas, meses, años quizá. Un suave atardecer. Y ello al tiempo que descubría el otoño. ¿No era fantástico? Toda una vida en Finlandia, entrando y saliendo, para al final ir a descubrir esos rojos y amarillos. Anneliese se quedó mirándolos, sabía que no, claro, pero tenía la impresión de que eran los primeros que veía en su vida.

13. Giacometti entre las focas

Casi desde su llegada a la Gare d'Austerlitz se sentía campo de batalla de dos fuerzas: esa sensación de *ya haber estado ahí* de la que hablan algunos viajeros. Si había estado ahí, fue hace mucho tiempo y las cosas habían cambiado. A peor.

Tardó en comprenderlo, porque ¿cómo va uno a reconocer que la capital del mundo tiene pizzerías y *fastfood*? Había que estar muy verde para creer que podía no tenerlas, cierto, pero Santiago Mur no se había detenido a pensarlo nunca, y una cosa era saberlo —sí: cada segundo muere alguien asesinado— y otra muy distinta verlo. No oler a *croissants* y a *jeunes filies en fleur*, como esperaba después de todas las leyendas de París con que lo habían bombardeado desde niño, sino comprobar al pie de la torre Eiffel cómo una muchedumbre devoraba hamburguesas y *frites* que, de forma inexplicable, prefería a camembert sobre *baguettes* y vino, la obra maestra inventada por la ciudad.

El rumor de la muchedumbre era el de muchos países, pero se la veía uniformada con vaqueros y zapatillas, y una tercera mano para hacer sin pausa, con los móviles, los autorretratos del onanismo obligatorio y universal. Si París era la capital del mundo, había sido ocupada por una horda que escondía sus armas. O quizá esas sean sus armas: los vaqueros, las camisetas, los móviles, pensaba Santiago. Sonaba áspero y cascarrabias, algo improcedente en quien está a punto de subir al mejor balcón.

Quien así pensaba no se había quedado atascado en otra época, como sucede a menudo. Ni siquiera se distinguía demasiado de la horda: llevaba una camisa blanca en lugar de la camiseta con mensaje del uniforme colectivo, y mocasines en lugar de las zapatillas de deporte. Y lo más diferente, unos pantalones de color tabaco, ya casi sin raya. Se trataba de un chico de unos dieciocho años que se encontraba en su primer viaje de verdad.

Cierto que no era cualquier joven. ¿Acaso lo es alguien? Nadie es *cualquiera*, ni siquiera los que comen hamburguesas en las colas, pero en este caso se trataba de un joven que venía de Tres de Marzo, una ciudad lejana y congelada en el tiempo porque, al estar sobre la línea del Ecuador, el tiempo no pasa. Tres de Marzo cuelga perdida en un valle privilegiado a tres mil metros de altura de los Andes, unas montañas contradictorias pues aunque atraviesan de sur a norte un tercio del globo, lo que las une no es que sean cordillera, sino que en todas ellas se cree haber llegado al fin del mundo. La noche llega rápido y con ella un frío, aunque no extremo, desolado. Caravanas de nubes sobrevuelan las montañas con afán, siempre, y se oye un viento que nunca termina de decir lo que tiene que decir.

París era la segunda etapa del clásico *granel tour* por Europa que Santiago Mur había iniciado, si bien no enlazando grandes hoteles, como hacían antes los hijos ricos de Boston o Filadelfia. Desde Tres de Marzo había llegado a Londres y visitado obediente la Torre, el cambio

de la guardia y el British Museum, y también comido costillas frías de cerdo en un *pub*, como marca el manual del perfecto turista. Había estado incluso tentado de escribir sobre la lluvia en un mensaje a casa —llovizna, más bien, que teñía la ciudad y la hacía brillar—, pero se reprimió a tiempo. Incluso a pesar de ser tan novato el cliché le parecía excesivo.

En la Tate Modern sufrió un primer choque, pues pensó que con esos cuadros y esos textos le estaban tomando el pelo. ¿Sería una especie de representación teatral, un *happening*? Tenían que ir en serio, pues como teatro era excesivo: el museo ocupaba una gigantesca fábrica de los tiempos en que los obreros salían ya de noche cubiertos de hollín. Aunque le preocupó no entender nada en algo que llamaban museo, uno de los lugares que por instinto consideraba suyos, fue solo un rato. Lo desbordó el descubrimiento del viaje, y en él las emociones que les han de ir haciendo sitio a las siguientes.

Y llegaban a toda velocidad. Aún no sabía que el verdadero viaje ha de ser lento, a veces aburrido, y tras la experiencia de ver París desde lo alto le dio una suerte de hambre, de libertad exaltada. Había llegado a Europa y quedó tan entusiasmado con la facilidad de viajar que se compró un Renault viejo, aún más feo que los demás coches, pero iba a todas partes sin protestar. Eso también venía a ser novedad, pues en Tres de Marzo los coches son tótems móviles y se les rinde culto, aunque a veces agonicen en los atascos, como todo el mundo.

Entusiasmado con la sensación de que en Europa todo está al lado, y para cogerlo no hay sino que alargar la mano por encima de la frontera, cruzó hasta Italia, si bien la elegancia de las autopistas le produjo una fascinación que le impedía fijarse en las montañas con nieve. Remontó hasta Ámsterdam para visitar el museo de Van Gogh y la casa de Ana Frank, como ordenaban las guías, y en Alemania se dejó hipnotizar por la sensación de que los Mercedes y los Porsche lo dejaban clavado en mitad de la autopista. Aunque no se veía gran cosa salvo la línea de cielo de bosques de enormes pinos oscuros en los bordes de la ruta, no tenía importancia: Santiago descubría el viaje —el viaje destilado en estado puro, el movimiento de un lado a otro y poco más—, y eso de momento le bastaba.

Necesitado de conversación, iba recogiendo autoestopistas para trayectos cortos, como a dos jóvenes franceses en la salida de Bremen: pelo cortado a navaja, vaqueros apretados, zapatillas caras. Le explicaron que en Francia los llamaban *minets*, igual que a los gatos. Aunque pensaba llevarlos hasta Dinamarca, le convencieron para cruzar y subir hasta Elsinor, en la frontera con Suecia, donde se encuentra el castillo de Hamlet.

Mas él ya no estaba haciendo turismo. Descubría y le deslumbraba el paisaje humano. Las vacaciones de los dos franceses consistían en no hacer literalmente nada durante el día, pues un frío gris no permitía ni siquiera quedarse tirado sin bañarse en una playa de arena llena de piedras. Mataban el tiempo jugando a las cartas en la tienda de campaña en el *camping*, donde Santiago no había sentido de ánimo para acompañarlos y se había buscado un hotel de una estrella que costaba como tres.

Llegada la noche se dirigían a una discoteca llamada Valentina, el único lugar cálido de Elsinor, cuyo nombre le evocaba a una novia del colegio. Y entrar en Valentina era como hacerlo en lo más parecido a un harén que había conocido nunca. Docenas de chicas —estudiantes, secretarias, enfermeras— acudían sin compañía y, con una naturalidad que él ni sabía que fuera posible, bailaban con quien se lo propusiera. Santiago después solo recordó a un turco, oscuro y con bigote, que se habría dicho una caricatura de marinero marcando músculo. Lo recordó porque

por él parecían mostrar debilidad aquellas espigadas danesas y suecas que cruzaban el canal desde la población hermana, altas y con ojos azul cielo que a Santiago le parecían ojos de santa, y aceptaban bailar a la primera. Santiago estaba demasiado fascinado con el lugar para intentarlo, y además las chicas eran mayores que él. Las parejas de Jacques y Rémi tenían veinticinco años como mínimo.

No sin sorpresa vio que a medianoche ambos ya habían cambiado de pareja.

—Qué pasa —le preguntó Santiago a Jacques una vez que se acercó a la barra con su nueva pareja—, ¿las otras chicas ya se fueron a casa?

Jacques sonrió mientras pagaba con un billete que también extrañó a Santiago, pues se había quejado antes de entrar de que no había tenido tiempo de cambiar dinero, así que, cuando Rémi volvió a salir de Valentina junto con la segunda chica, los siguió. Ambos se adentraron besándose en un callejón trasero de la discoteca, se abrazaron y, sin más vueltas, él metió una mano bajo su falda, la acarició un poco, se bajó lo suficiente su propio pantalón y ahí mismo la penetró, él de pie y ella encaramada a él como a un árbol.

Santiago se quedó más sorprendido que si se hubiesen puesto a jugar al ajedrez. Y no es que no hubiese visto algo así —ese era un revolcón de fiesta de colegio—, pero en el colegio no solo se quedaban en las caricias, sino que todo el proceso tomaba mucho más tiempo. Dos fiestas como mínimo y entretanto enfados, miradas, mensajes y esfuerzos, porque debía parecer que a las caricias en el asiento trasero de un coche solo se llegaba si estaba escrito en el destino.

Luego Rémi y su pareja regresaron a la discoteca y tras intercambiar un gesto más de cómplices que de amantes se separaron. Y Rémi sacó a bailar a otra chica.

—¿Y esta noche? —le preguntó Santiago a la mañana siguiente frente a un Nescafé tibio en un vaso de plástico.

—Esta noche más.

—Pero ¿cómo puedes? —le preguntó Santiago. Aunque estaba en una edad en que el sexo no tiene fondo, aun así...

Rémi no dijo nada y, metiendo una mano en un bolsillo, dejó un reloj sobre la mesa. Un cronómetro con tres botones.

—Verás. Aquí no tiene importancia. Ellos no se la dan. Son un poco esquimales y lo hacen con gusto, casi como gesto de cortesía, a la mínima que les caigas bien. Es como para nosotros darse un beso.

—¿Y el reloj?

Rémi y Jacques se miraron.

—El reloj lo cogí de la mesa en la que una chica se había permitido no salir a bailar conmigo —dijo Rémi—. Si no te quieren, te cobras con él tu tiempo perdido.

Un banquero no lo hubiese expresado mejor. Porque cuando tenían éxito, también se lo cobraban. De hecho, viajaban al norte sin saber cuándo terminarían sus vacaciones. Los polvos en la trasera de la discoteca no eran más que distracciones antes del verdadero objetivo, más difícil, conseguir que alguna de esas secretarias o enfermeras los invitase a su casa. Y allí permanecer incrustados dos, tres días, una semana..., el máximo posible.

Durante todo el día Santiago no supo si atender más a una suerte de náusea que no podía provenir del alcohol, lo que hacían imposible los precios, o a una melancolía agravada por el hecho de que, ya a la caída de la tarde, paseando por el puerto, había visto cómo un hombre

sacaba del mar una serpiente que se retorció al otro extremo del hilo de la caña de pescar. Pese a su fobia a las serpientes, o quizá por ella, Santiago se acercó a mirar.

—Es una anguila —le dijo en un inglés sin acento el pescador, un hombre mayor que sonreía—. Y está deliciosa para el desayuno. ¿La ha probado usted? Se lo recomiendo.

Santiago se había medio despedido por la mañana de Jacques y Rémi, pero esa noche regresó a Valentina. En efecto, ahí estaban los dos, en pleno trabajo para alargar sus vacaciones, y le saludaron desde la pista con una sonrisa burlona.

—Hi —le dijo una voz a su lado, en la barra. Se giró y vio a una actriz de cine que le miraba con unos ojos en los que no hubiese sabido con qué quedarse, si el azul o la simpatía que irradiaban.

—Hi —contestó. Y se preguntó: y ahora qué.

Ahora casi nada. La chica se interesó apenas por cómo se llamaba y de dónde venía —no hubiese mostrado mayor interés si le hubiese dicho que venía de Mánchester y no de Tres de Marzo, un lugar colgado en lo alto de unas montañas al otro lado del mundo—, y lo cogió de la mano y lo llevó hacia la pista a bailar.

Bien, él era un *tresmarino* y en un *tresmarino* una pista de baile hace el efecto del agua sobre el jabón. De inmediato se dio cuenta de que no podía bailar como lo hubiese hecho en casa, pues tan pronto lo hizo sintió unas miradas afiladas que también lo convertían en extranjero, no de pasaporte sino de baile, la *extranjeridad* que importa en una discoteca, y de inmediato adaptó sus pasos a lo que veía alrededor. Con la excusa del baile pudo observar mejor a Karan, así se llamaba, y era secretaria. «Bueno, algo parecido a una secretaria», había precisado ella. ¿Cómo no admirarla? Tal vez en Dinamarca fuese una chica más, pero si Santiago la hubiese descrito a sus amigos en Tres de Marzo le habrían mirado con la sonrisa entre envidiosa y escéptica con que se recibe al cazador. Era el ejemplo de belleza del norte: de unos treinta y algo —lo que le intimidaba como los galones de coronel a un soldado—, largas piernas sin ser demasiado alta, cintura de atleta, labios con imán, ojos sonrientes que no se escondían y pechos de mujer que se pegaron al suyo, sin miedo, cuando la música de discoteca se disolvió en lenta. Lo que resultó un terremoto para Santiago. Ya había sentido antes pechos sobre el suyo, claro, pero eran las copas de champán de sus compañeras de colegio. Ese choque en Elsinor fue un modo de llegar a la edad adulta.

Igual que cuando Karan lo llevó a su casa, más tarde, y sin darle tiempo a mirar el estudio donde vivía, se desnudó sin más vueltas como si estuviese en el vestuario de un gimnasio. De pie, al modo de un mascarón en una embarcación vikinga, se quedó mirándole, a la espera.

Es malo perder el tren en esas situaciones, porque ahora Santiago no sabía qué hacer. Desnudarse sin más le parecía que era más propio de la consulta de un médico, una idea favorecida por la sobriedad del estudio: un edredón a rayas azul gris y blanco, una mesa cuadrada con flexo y ordenador, cocina y nevera para niños y unas estanterías con libros junto a una ventana. Sobre la cama, una foto inmensa de glaciares en blanco y negro que cubría toda la pared y multiplicaba la habitación. Además, para su sorpresa no estaba listo, pese a su chaqueta militar y su aire descomplicado con el pelo un poco largo, y eso le producía mucha vergüenza: ¿seguiría así todo el tiempo, sin estar listo? Lo que más le intimidaba era la edad de Karan. Por qué una mujer que podía elegir lo elegía a él, alguien que estrenaba edad de votar. Los glaciares de la pared, por otra parte, le atraían muchísimo.

—¿Has estado ahí? ¿Es fácil ir? ¿Es tuya la foto? —preguntó.

Entonces Karan pareció comprender, se levantó y, con la misma franqueza que en la pista de baile, le pasó los brazos por detrás de la nuca y se apretó a él. Luego retiró un poco la cabeza, no el cuerpo, y con sus labios con imán fue domando los suyos. Y no es que no supieran besar, o tuviesen prisa. Es que estaban nerviosos. Cuando sintió que el cuerpo de él respondía, le abrió el cinturón y el pantalón para meter una mano y acariciarle, y a Santiago se le impuso la imagen de Rémi haciendo lo mismo la noche anterior en el callejón. Eso le enfrió unos segundos. ¿Era lo mismo, solo que ahora en un glaciario donde había una cama? No podía comprender que esa mujer de largas piernas estuviese allí con él. No pudo preguntárselo mucho más, porque Karan terminó de desnudarlo con una habilidad que, después de mil películas malas y tres o cuatro experiencias, él limitaba a hombres desenganchando sujetadores.

Tal vez a eso se refería Karan cuando, más tarde, dos o tres veces más tarde, le preguntó:

—¿A ti qué te han hecho las mujeres?

No sabía. ¿Le habían hecho algo? En todo caso, lo que le habían hecho era muy distinto a lo que le había hecho Karan. Y desde luego ninguna le había preguntado si quería trabajar para ella.

—¿Cómo dices?

—Bueno, no para mí, sino para mi jefe.

—¿Y quién es tu jefe?

—Ukko Niemi.

—¿Y quién es Ukko Niemi?

Esta vez fue ella la que, apoyada en la cama sobre un codo, se lo quedó mirando. Parecía sorprendida de que en Tres de Marzo no se supiera quién era Ukko Niemi. Si tardó unos segundos en contestar fue porque parecía elegir entre varias posibilidades.

—Es el propietario de los mayores astilleros de Dinamarca. Y de Noruega. De toda Escandinavia, de hecho.

Santiago no parecía entender aún qué tenía que ver él con los mayores astilleros de Escandinavia, y además estaba aún demasiado estupefacto por la experiencia de la última hora, que era la más extraordinaria que había vivido en su vida. Nunca hubiese creído posible que una diosa quisiese hacerle el amor —ahora Karan le parecía más diosa que nunca, y eso da una idea de cuánta experiencia tenía—, ni tampoco que se pudiese hacer así. No del modo epidérmico, con prisa y asustado de la idealizada adolescencia, en sofás a escondidas y asientos traseros, sino como si haciéndolo fuese a encontrar el sentido de la vida. Así había sido. Quién lo iba a decir, Santiago había ido a encontrarlo a los diecinueve años en la Jutlandia danesa, al borde del mar del Norte.

—Es también el propietario del Kielo Museum.

Santiago la miró.

—¿No lo conoces? —preguntó Karan, sorprendida pese a todo por las ignorancias que puede alcanzar la gente—. Es un museo no lejos de Helsinki famoso porque ha logrado borrar las fronteras y las obras de arte viven en el bosque y la naturaleza. Es más, que surgen de ella.

Eso consiguió sacar a Santiago de su ensimismamiento. Lo habría negado, pero lo primero que pensó —las consabidas mil películas que sedimentan los clichés— fue en Karan corriendo desnuda por los bosques de Helsinki. Ella ya le estaba explicando que el trabajo consistía en ir al Kielo Museum como un visitante y luego realizar un informe. Pero no sobre la gestión del museo,

horarios, vigilantes y demás, sino sobre si el museo funcionaba.

—Si consigues la magia —dijo Karan—. Si *te crees* que las obras de arte surgen del musgo verde eterno y pueden vivir entre los bosques.

Santiago aceptó, claro, sin dudarlo.

—Pero ¿por qué yo?

Karan se inventó cualquier razón. Ukko Niemi, explicó, era un ser extravagante que buscaba las cosas donde menos se las espera y no hacía nada como estaba previsto. Si le hubiese dicho a Santiago la verdadera razón —era un inocente genuino, de los que hay muy pocos—, ya lo habría comenzado a fastidiar.

A la mañana siguiente se vestían después de haber salido de la ducha sin una gota posible más de amor. Santiago se quedó mirando la pared y preguntó:

—¿Y nunca habéis pensado en hacer un museo en los glaciares?

Karan se quedó con la idea. Giacometti y Henry Moore entre las focas y los osos...

14. La viuda del vivo

—Por favor, deme su correo personal —se exasperó el periodista—. Déjeme exponerle directamente mi proyecto.

—No tiene —mintió Karan.

—No va a ser una entrevista al uso.

—Seguro que no. Pero no tiene correo personal —volvió a mentir. No se sentía ofendida porque la petición pretendiese saltársela a ella; estaba acostumbrada. Había aprendido a no tomarse con dramatismo nada de lo que viniese de los periodistas, la única forma de sobrevivir a un trabajo como el suyo. Y además ella también había sido periodista.

Se encontraban en las oficinas de dirección de Kielo Ships & Co., colgadas de unos enormes ventanales sobre el puerto de Helsinki que incluían también las nubes. Casi siempre hay nubes sobre Helsinki, y ocupaban la mayor parte de los ventanales en la sede central de los astilleros de Ukko Niemi, y a veces hacían hasta de cortinas. Enmarcaban un paisaje de barcos atracados o entrando en el puerto, y era raro que dos o tres no hubiesen sido construidos por los astilleros de la naviera.

Alguna copa se terminó de llenar ese día porque por la noche, haciendo un esfuerzo por lavarse los dientes pese a un cansancio que pesaba como el traje de un buzo, Karan se preguntó cuántas llamadas había recibido para asuntos de Ukko Niemi y cuántas para ella. Y cortando su cepillo eléctrico, fue a abrir su móvil y sumó: por cuenta de Ukko Niemi había recibido cuarenta y seis llamadas. Y por cuenta suya, cinco, de las que una era de una tienda de ropa para avisarla de que ya habían llegado unos zapatos elegidos por catálogo y otra de su madre preguntándole cuándo pensaba ir a casa, pues la última vez fue hace dos meses. Ninguna de un hombre, un amante. Era como una viuda gestionando el patrimonio de su marido muerto. Solo que este estaba vivo. Y quería desaparecer.

Karan regresó al cuarto de baño para mirarse en un gran espejo y, pese a la camiseta larga que usaba de camión, pudo ver a una mujer todavía atractiva, sin un kilo de más, pero a la que le faltaban cinco minutos para descubrirse las primeras patas de gallo. Con el ritmo que llevaba, era probable que tres. A ese paso le faltaba muy poco para convertirse en una ejecutiva de las empresas de Ukko Niemi, una raza muy bien definida: todos menores de cuarenta y cinco años, vestidos de un modo informal aunque elegante, apenas algún pequeño tatuaje en un tobillo o en una muñeca y, algo no escrito en sus contratos pero más claro que la primera cláusula, casados con la empresa. Mucho alcohol y soledad los fines de semana, y sexo ocasional y deportivo entre ellos. Bueno, ¿acaso no eran nórdicos? Karan detestaba los clichés patrioterros, pero tenía los suficientes kilómetros detrás como para saber que el sexo, en Oslo o Copenhague, es más terrenal y menos conflictivo que en Lisboa e incluso que en París.

Karan se quitó la camiseta y fue recortando su silueta en el espejo con una mirada de cirujano plástico. Y sin embargo no buscaba músculos de los pechos a punto de tener un primer vahído o sospechosas hinchazones en las caderas, ni las temibles piel de naranja y celulitis de los muslos. Sabía que le llegarían más tarde: para retrasarlo boxeaba todo lo que podía en un gimnasio de Helsinki y nadaba. Lo que quería era comprobar si el aura que veía en torno a su silueta era en realidad un invento de la imaginación o algo creado por las luces de su cuarto de baño. Un aura en la que a veces podía leer el cumplimiento de una profecía:

*Te está llegando la soledad.
Y es inútil esconderla.*

Unos cinco o seis años antes, aunque ella hubiese jurado que eran quince, Karan recibió una llamada en el móvil de quien dijo ser Ukko Niemi. Lo cual equivalía a recibir una llamada del capitán Nemo, inventor del *Nautilus*, uno de los personajes que más la habían hecho soñar en su infancia. Ukko Niemi: el armador de uno de cada ocho o nueve de los barcos botados en los astilleros de Europa.

—¿Y cómo sé que es usted Niemi?

—Bueno, en la entrevista que tuvimos hace tres años había una pregunta sobre religión que nunca se publicó.

Cierto. Lo recordaba no sin cierta incomodidad. Era una pregunta que, en medio de una conversación sobre tonelajes, rutas, rivalidades nacionales que en el mar parecían todavía más literatura fantástica, millones de coronas y de euros; de poder, en suma, le había salido sola de la boca:

—¿Usted cree en Dios?

Ukko Niemi no pareció sorprendido. La miró, miró por la ventana, y solo después de un tiempo en el que habría cabido una oración, contestó:

—Pues no puedo decir que sí. Pero tampoco que no.

Lo cual, en el empresario que parecía estar jubilandando a sus contemporáneos al saber no solo las respuestas de hoy sino sobre todo las de mañana, resultaba una novedad: Ukko Niemi también conocía la duda. De todas formas, la pregunta no pegaba en la entrevista, que es también una composición, y se cayó al escribirla.

En la llamada al móvil Ukko Niemi no la citó para verse en las oficinas del astillero, ni en su yate personal, el *Kielo II*, un viejo velero de tres palos de deras ya inencontrables, el lugar de la entrevista de unos años antes, sino en uno de sus barcos en construcción. Allí se había montado una especie de segunda oficina. Ninguna secretaria atendía teléfonos, y se oían ruidos de martillos y de sierras. Primero le sirvió un café y, después de unas vaguedades de cortesía, le ofreció trabajo.

—Lo único que te puedo prometer es más dinero y que no será un trabajo rutinario.

Karan era periodista del *Ilta-Sanomat*, tenía veintisiete años y aún creía que los periodistas están en el centro de la Historia, o por lo menos en primera fila. Se lo pasaba bien. Aún no le había comenzado a ver los límites al periodismo, que es algo que llega siempre por sorpresa, como una revelación bíblica, a partir de pequeñísimos detalles como el día en que el periodista

pierde la fe y le da igual quién gane o pierda en fútbol o en política. Y piensa que todos son más o menos lo mismo. Algo le dijo Ukko Niemi que la convenció para irse a trabajar con él: quizá la promesa de que su trabajo no sería rutinario.

Karan miró al periodista que le pedía una entrevista con Ukko Niemi y de alguna manera se vio a sí misma, y no hacía tanto tiempo. El hombre no llegaba a los treinta años y, a juzgar por su vehemencia, aún creía que podía llegar a una cima profesional si le permitían entrevistar a uno de los hombres más ricos de Europa, que hacía años no daba entrevistas. Y porque no se sabía muy bien por qué Ukko Niemi había decidido pasar a la reserva. Todo el mundo quiere salir en primera página, y de pronto el que puede salir en las que quiera decide que no.

Karan sí lo sabía, o por lo menos tenía una versión que le había contado el propio Ukko Niemi: retirarse de la primera línea —en apariencia— fue la forma que tuvo de impedir que una multinacional de cruceros le obligase a fusionarse con ellos.

—Y no podía —dijo Ukko Niemi, más bien para sí—. Puedo hacer petroleros, pero hay pocas cosas más solitarias que un petrolero. Los cruceros en cambio son incompatibles con la soledad, y la soledad es la vida del mar.

O sea que a partir de entonces Niemi no aceptaba premios, no asistía a congresos de empresarios ni a bodas, ni concurría en regatas de grandes veleros, como antes. No se le conocía mujer, aparte de una exesposa de la juventud que se había vuelto a casar con un médico y vivía en una casa con perros *collie*, y una leyenda decía que había roto con una guapa campeona olímpica de esgrima porque se empeñaba en salir en las revistas y colgar fotos en Instagram. Él no salía y no se le veía desde el momento en que, en cierta ocasión, Kielo Ships & Co., su astillero, anunció que se había retirado y delegado la dirección de sus empresas en otros jóvenes y brillantes ejecutivos que también vestían al modo informal y elegante de la casa y cuando hablaban podían mezclar dos o tres temas al tiempo. «El señor Niemi se retira a estudiar», decía la nota de prensa, sin especificar estudiar qué, y esa era la culminación de una nota de prensa que se habría podido analizar en las facultades de Comunicación Política; se las arreglaba para no mentir.

Porque sí, se puede decir que estudiar fue lo que hizo Niemi. Por qué no. Al tiempo que seguía ganando dinero, porque a partir de cierta riqueza hay que esforzarse para no seguir ganándolo, y aun así para perderlo se requiere trabajo y talento, y preso de cierta pasión por el anonimato, que es —a veces, no siempre— un síntoma de inteligencia, en realidad Niemi no había dejado de trabajar. Solo pasó a una clandestinidad novelesca. Igual que sus barcos iban de un lado a otro del mundo al modo de las ballenas y los salmones, él se volvió imprevisible como un jefe de espías.

No solo no volvió a salir de casa a la misma hora, sino que multiplicó sus casas. Es más, rompió con el concepto mismo de *casa* como el lugar del sofá que encaja con el propio cuerpo, los libros que no cicatrizan nunca, el cuadro en torno al cual gira la casa y la almohada exacta para el cuello, y que en noches de tormenta frecuentan los fantasmas. Se liberó de esas ataduras y a partir de un lento aprendizaje que pasó de otros pisos secretos en Helsinki al barco y a la casa de campo aislada por el silencio de la nieve, aprendió a considerar casa un gran hotel igual que una pensión de pueblo. Tanto un estudio amueblado como uno de los apartamentos que fue distribuyendo por toda Escandinavia —tipo el que tenía una gran foto de glaciario, usado por Karan en Elsinor— y los lugares más inesperados, como Nuevo México, Bilbao o Taipéi. ¿Qué podía encontrar Ukko Niemi en Taipéi? ¿Y en Bilbao? A lo mejor no encontraba nada. A lo mejor solo quería estar lejos..., si es que *lejos* es un concepto todavía válido al hablar del mundo.

Bien. El trabajo de Karan consistía en encontrar esos lugares de refugio. Decorarlos. Y esconderlos. Además de esconderle a él. No era cierto que no tuviese correo. Que Karan supiese, tenía uno, conectado a ella como a un cordón umbilical con el resto del mundo o al menos a sus empresas. Y a veces desaparecía durante días, semanas, meses alguna vez. El ansia de desaparecer puede ser también una pasión, como la de aparecer y mostrarse. ¿No es eso lo que rige nuestro primer viaje? Aparecer. Salir.

Lo que había sucedido es que Ukko Niemi había cruzado una línea de la inteligencia junto con otra de la riqueza que se lo permitía. Con cuarenta y siete años algo se terminó de desbordar, y decidió autorizarse lo que en teoría proyectan todos los ricos pero la religión del dinero o la inclinación a la esclavitud que tenemos todos no se lo permiten: cortar las ataduras, viajar y en cada momento hacer lo que se le antoje. Sus millones no le necesitaban porque ya crecían solos, incluso con crisis o sequía, y de todas formas de ellos se ocupaban los jóvenes ejecutivos a los que hacía referencia el anuncio de su paso a la clandestinidad.

Nunca se supo muy bien, dada la afición de Niemi al secreto y la reserva, a qué se dedicaba exactamente en su nueva vida semisecreta. A partir de entonces se movió como un tenista, una azafata siempre en el aire, un espía. Karan sabía que Niemi mantenía más lazos con el mundo, pero no se sabía con quién ni a qué hora. Además de instrucciones sobre nuevos lugares para buscar casas, con ella se comunicaba sobre todo para darle ideas nuevas y el encargo de hacerlas llegar a sus empresas.

De ahí Karan sacó la conclusión de que se ocupaba poco de ellas. Lo que ahora de verdad le llevaba tiempo eran sus museos: el Kielo, en el norte de Helsinki, cuyo principal objetivo era fundirse con los bosques, y el Museo Nómada, que había empezado con un barco y ahora iba por cuatro. Algo muy sencillo: se trataba de construir barcos con el casco transparente y navegar en ellos por todos los mares, de tal manera que sus pasajeros estaban en permanente contacto con los peces y los paisajes marinos, la parte del mundo todavía desconocida. Los barcos eran peceras. El museo número cinco iba a ser un submarino, y su nombre, a sugerencia de Karan, *Hijo del Nautilus*. El esqueleto interno del barco no era transparente, de tal manera que los pasajeros de cada camarote no veían a los de los otros. Cada barco parecía un edificio de grandes ventanales que se hubiese sumergido en el mar navegando con todas las cortinas de sus ventanas descorridas.

Como único criterio, en este museo múltiple y nómada los pasajeros se debían *merecer* el pasaje, y esos méritos no tenían nada que ver con titulaciones, investigaciones científicas ni especializaciones en tiburones, corales o corrientes marinas. Los pasajeros eran invitados a viajar en los *barcos-acuario* por exploradores de Niemi que recorrían el mundo en busca de gente de verdad curiosa. Pues Niemi tenía la idea de que la curiosidad era un bien amenazado y, sin demasiadas esperanzas, quería regarla, a ver si crecía.

La parte principal del trabajo de Karan era también la de buscar viajeros que aceptaran ir al Kielo Museum de Helsinki, con los gastos pagados y sin revelar su identidad, y luego rendir un informe sobre qué les había parecido y si funcionaba la fusión de los Giacometti y los Henry Moore con los árboles, de manera que pareciera que siempre habían estado ahí; que eran criaturas del bosque. Niemi se fiaba más de estas opiniones que de los expertos con título oficial. Como la gente con tatuaje, estos expertos ya no podían estar desnudos ni ver lo nuevo que se les pudiera aparecer enfrente. Así que los inspectores no debían ser reclutados mediante currículos, fotos y expedientes —«los expedientes y las fotos de carné contaminan el proceso desde el principio», le

había explicado Niemi—, sino a través del instinto de Karan. Niemi nunca le explicó a Karan qué entendía por tal. Si la había seleccionado, era en la confianza instintiva de que ella ya lo sabía.

Fue así como se produjo el encuentro entre Karan y Santiago Mur, el joven de Tres de Marzo que quería saber si ella había tomado las fotos del glaciar en blanco y negro.

15. A desnudar se aprende

Rory Gae aún no sabe que cuando regrese a Londres comenzará su declive. Es algo muy importante y sin embargo no se habla de ello, como sucede tantas veces: en cierto momento, la vida de una persona deja de subir. No tiene que ver con la edad, o no solo (todo tiene que ver con la edad), pues el declive puede empezar a los veinte años o a los sesenta y dos. Y a menudo lleva a confusión, ya que a veces parece que tras una bajada se vuelve a subir, y que no fue más que un bache. Todo eso es cierto. Es más: casi siempre sucede eso y es lo que la gente llama rachas de buena o mala suerte, el comentario más frecuente al explicar la magia que no es magia de los casinos. Pero si se mira el cuadro después, con la perspectiva del tiempo, es casi imposible negar que en todas las vidas hay un momento a partir del cual las cosas ya no volvieron a ser las mismas. Y fueron a menos.

Ni siquiera llegar a Heathrow le arregla el humor, y eso que se trata de un lujo. A Heathrow llegan por lo general los aviones de clase alta, los pasajeros con billetes que cuestan dinero, y él, como toda su generación, cuando viaja por su cuenta lo hace con los billetes baratos de aviones que llegan al aeropuerto de Gatwick, y luego el transporte a su casa en Londres le cuesta más dinero que el viaje, y a veces más tiempo. Esta vez ha viajado por cuenta del periódico, pero debe hacerlo con prudencia. No se atreve a coger un taxi, algo que sí habría hecho en caso de traerse la entrevista con Ukko Niemi.

—Déjame ir a Helsinki —le dijo a Scream, su jefe (Scream, «Grito», así llamado porque habla con la mitad de voz que el resto de los ingleses, y eso ya es bajo).

Antes le había dicho que por teléfono o correo electrónico es imposible conseguir una cita con el naviero. ¿Qué va a decir ahora? «Es que...». En la Escuela de Periodismo le enseñaron que, en periodismo, no se puede decir *es que*... Está prohibido. No figura en el idioma.

—Es que no concede entrevistas —le dice a Scream cuando va a verle a su pequeño cubículo con paredes transparentes en *The London Times* al día siguiente.

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí, pero yo pensé que una vez allí conseguiría la entrevista.

Y tenía por qué creerlo. Hasta el momento Rory Gae ha sido uno de esos periodistas que rinden al contrario a base de simpatía, persistencia, tozudez, pesadez de piedra y hasta chantaje si es necesario. Rara vez lo ha sido. Muy a menudo le daban lo que quería solo para quitárselo de encima.

—De acuerdo —dice Scream con su voz de amante, y nada más. Y si tuviese más experiencia Rory Gae sabría calibrar todo el frío que llevan esas dos palabras, toda la carga de destino en lo que sin duda es una sentencia. Solo que él no lo sabe. Lo irá averiguando con el tiempo, a base de repasar una y otra vez en qué momento se torcieron las cosas. El comienzo del declive.

Veamos a Rory Gae en el momento en que se acerca a esa frontera: treinta y tantos años, algunas canas y arrugas ya, pues el periodismo cuando se toma en serio envejece rápido, y novias sucesivas con las que no dura más de dos años, máximo, pues él está casado con su periódico y apenas se sabe de matrimonios que hayan aguantado tríos.

Bueno, con la última, Flaviana, lleva más de dos años. Pero eso es porque no se trata de un trío, sino de un cuarteto. Si él está casado con su periódico, Flaviana lo está con una tiránica ONG que busca la educación de los viejos para combatir la soledad, de la que es secretaria general para Roma y todo el norte de Italia. Viaja mucho, más que Rory, y solo de vez en cuando se pueden ver, ya sea en Londres, ya sea en Roma, y una vez en París, a medio camino. Si la relación dura es porque no se gasta.

Rory no responde al tópico de periodista bohemio, en el vestíbulo del alcoholismo y soñando con escribir un día una novela de éxito, denunciando las corrupciones de políticos y mafiosos, que lo retire del periodismo, de los jefes más bien, pero le permita vivir de la escritura; un destino elegante y glamuroso: «¿Y usted qué hace?». «Yo escribo». Suena contundente, definitivo. Cierta que responde al nuevo cliché del ejecutivo que va a remar al gimnasio y correr sobre una cinta para conservar la misma talla en el pantalón de la universidad. Pero él no lo hace porque sea feligrés de la nueva religión del cuerpo, que ha venido a sustituir la del alma, sino porque se toma el periodismo como una maratón.

Que es lo que es, de hecho, aunque muchos periodistas ni se quieran dar cuenta. Es más que una maratón, y más frustrante porque nadie llega a la meta. No se puede llegar, pues lo que se persigue es el tiempo, el presente, y el presente no se alcanza nunca. Siempre se las arregla para escapar. Más aún, es probable que el presente no exista.

Lo asombroso es que, sin existir, roba mucho tiempo y esfuerzo, y esa es la razón de que las redacciones de todo el mundo estén ocupadas por ancianos de veintinueve años, treintañeros fatigados y escépticos, con la curiosidad ya en las últimas, y que casi todos se marchen a un plan B antes de los cuarenta y cinco. A no ser que sea un obispo de la profesión, un periodista mayor resulta algo más bien melancólico.

Y ese es el momento en que se encuentra Rory. Cercano a los cuarenta, ya ha visto por lo menos tanto como un juez de guardia a los cincuenta, o un médico al jubilarse, y debiera estar cansado. Si no lo está no es solo gracias al gimnasio, sino por una práctica esquizofrénica, que es la lectura de grandes libros, y cuando el periódico le deja asiste a conciertos de música clásica. Aficiones peligrosas porque, se mire por donde se mire, buena lectura y buena música afilan los ojos y la capacidad de matizar, y eso en periodismo suele conducir a intentos de revolución y casi siempre al exilio.

—¿Y no chocas con tu periódico? —le preguntó Flaviana la primera vez que, en el momento en que antes los amantes encendían cigarrillos, él sacó *Los endemoniados*, de Dostoievski, de la mesilla de noche, e hizo amago de ponerse a leer. La cara de sorpresa de Flaviana no habría sido mayor en el caso de que Rory hubiese sacado un cepillo de carpintero de debajo de la colcha y se dispusiese a lijar las patas de la cama.

—Al contrario: de los libros saco las fuerzas para aguantar. Y de la música.

—¿La música? Pero si nunca te he visto escucharla.

—Y casi nunca la escucho en mi casa. Me exige demasiado. Casi solo escucho la de conciertos. Pero no siempre puedo ir.

—La de los conciertos, e imagino que la de los taxis.

—No: al subirme pregunto si podemos ir sin radio.

—¿Y si se niegan?

—Rara vez se niegan.

—Bien, pero ¿si se niegan?

—Entonces voy en avión —sonrió Rory.

Eso es lo que seduce a sus novias. Puede que sea un periodista viejo que se va acercando a los cuarenta, pero conserva una sonrisa de chico que le quita de golpe como veinte años de encima. A las mujeres les atrae esa juventud, que promete fuerza y entusiasmo, y también les dan ganas de protegerlo, no tanto como a un hijo sino como a un hermano, como al más pequeño de la pandilla.

Rory regresa a su mesa de trabajo y de inmediato queda engullido por el ordenado caos de la redacción, el único lugar del mundo en el que se producen golpes de Estado, grandes bodas, inundaciones y partidos de fútbol al mismo tiempo. Nada se resiste a ese flujo, los periodistas lo llaman «actualidad», o «agenda», y en términos terrícolas equivale a la energía de un agujero negro, que se come hasta la luz.

Y no pasa mucho tiempo antes de que algo le suene mal. *Ding*. Algo que no pega en el gran mural de una tormenta, de un carnaval, una muchedumbre. Es difícil detectar una nota falsa en el caos del mundo, más difícil aún que oír un gallo en el coro de un ejército, pero el oído también se amolda al caos, y el de los periódicos ya es un idioma y viene codificado. También ahí es posible saber que una nota falla. Como siempre, algunos lo pueden detectar desde que nacen, una especie de colmillo retorcido que traen puesto, y hay otros que lo tienen que aprender. En una carrera de cinco cursos, digamos que Rory está en tercero.

Comienza siendo algo muy sutil. Un ligero tono en la sencilla pregunta de todos los días, «¿Y tú qué tienes?», que *Scream* formula a los redactores de su sección todos los días por la mañana. Antes del viaje a Helsinki era un *Y tú qué tienes* confiado, de quien espera que la respuesta será más que satisfactoria. Y por lo general lo era. Rory Gae es el tipo de periodista en quien se puede confiar.

Pero Rory Gae no ha traído la entrevista con Ukko Niemi, el millonario extravagante, que había prometido, y eso mueve un peón en algún ajedrez sobre el que Gae no tiene control. Lo siguiente es que no le llaman a las reuniones de Estado Mayor, no es forzosamente él quien acude a la reunión de Primera Página con el director cuando *Scream* no está, y un jueves más lluvioso de lo normal lo envían a cubrir una rueda de prensa del alcalde.

Ahí sí que le pitan los oídos, las alarmas, cree que ha oído mal.

—¿Cómo dices?

—Que si te puedes acercar al ayuntamiento a las once, a la rueda de prensa semanal del alcalde.

No, no ha oído mal. Es como cuando a un paciente de cincuenta años le dicen que tiene que tomar una píldora para la tensión alta.

—Cuánto tiempo —pregunta.

—Bueno, usted vaya tomándola —dice el médico, pero ahí mismo, por el tono, por la luz, por la forma de mirar o de no mirar a los ojos, el paciente se da cuenta de que se ha iniciado un camino que no tiene retorno.

Pues más o menos lo mismo. A Rory Gae lo envían a cubrir la rueda de prensa del alcalde, una

información que suelen hacer los novatos recién llegados, y ese es como un anuncio igual que un cuervo en la ventana, lejanas campanadas con toque a muerto, martillazos que construyen un patíbulo. De alguna forma intuye algo más fuerte que una intuición: ahí ha comenzado otro camino, y nada volverá a ser lo mismo.

No lo quiere aceptar, sin embargo, no se quiere enfrentar a ello, de modo que pide unos días de los muchos que le deben de vacaciones y se va a Roma en busca de caricias. Eso en cambio no es diferente, siempre se ve con Flaviana en las grietas que les dejan sus trabajos. O sea, poco. Quizá a partir de ahora, piensa no sin melancolía, se puedan ver más.

El ritual de la llegada a Roma se repite. Oye a gente hablando mucho más fuerte de lo que se habla en Inglaterra y coge un taxi cuyo conductor es un virtuoso y se empeña en conducir con una sola mano por las callejuelas del Trastevere, volviéndose para darle la réplica en el inglés pintoresco de los italianos del cine en blanco y negro. Le deja por fin frente al portal de Flaviana, en el Vicolo della Torre, con la impresión de que el vuelo no era más que el prólogo del verdadero viaje en el taxi. Entra con su llave y encuentra dos bicicletas en el vestíbulo, una anticuada de mujer, con cesto y todo. Sube unas escaleras que parecen de una posguerra, y al entrar en el ático de Flaviana se encuentra como siempre con la impresión de que se ha equivocado de casa. Pues si Flaviana es sobria, entregada a la causa, con los ojos puestos siempre en la lejanía, aunque no muy grande su casa parece un ejemplo del buen gusto italiano, que puede ser muy bueno. Suelo de losetas rústicas con sobrias alfombras nepalíes, sofás de flores azules sobre fondo blanco y lámparas de pantallas blancas y pies de bronce que se inspiran en viejas esculturas etruscas. Libros y cuadros, y un par de fotografías, una de una anciana arrugada y simpática, y la otra de un hombre mayor con mirada inteligente.

—¿Esta es tu casa? —le preguntó Rory la primera vez.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que parece la casa de tu hermana disidente.

—¿Lo dices por la decoración? —se rio Flaviana—. Casi aciertas. Yo no he puesto un cojín, salvo los cuadros y los libros. Lo ha hecho mi madre, que diseña ropa y se dedica a estas cosas.

Más tarde conoció a su madre, cuando Flaviana tuvo que llevarle algo a su casa de Via Giulia: una señora espléndida de unos cincuenta y pico años que parecía no ya de distinta familia, sino de distinta raza que Flaviana. Su piso, de muebles antiguos tapizados con telas modernas y alegres, le pareció a Rory muy diferente del ático de Flaviana, aunque alguien más despierto le habría visto allá en el fondo el parentesco. Le pareció también que la madre era el revés que Flaviana, y sin duda más guapa. Y sin embargo, tal vez porque eran tan distintas, se llevaban bien.

Cae la tarde de mayo y, al abrir la puerta ventana del salón, Rory Gae se encuentra con la última pincelada del atardecer romano recortando por la mitad el ático de la calle de enfrente, como una marea amarilla, y siente al fin que ha llegado a Roma, la ciudad que el sol repinta todas las tardes. Deja la ventana abierta, se sienta en el sofá con un vaso de blanco frío muy suave y, por primera vez en mucho tiempo, se concentra en ver pasar el tiempo mientras la raya del sol trepa centímetro a centímetro por el edificio.

El cielo de Roma vive ya en ese azul profundo que precede en un cuarto de hora a la noche cerrada cuando llega Flaviana.

—*Ciao!* —dice, pero es algo que dice para ocupar el silencio. Deja sus llaves en una mesilla a la entrada y se dirige a donde está Rory, ya de pie, y le abraza como quien abraza a un novio, un

marido, un amante al que no ve desde hace semanas, casi dos meses. La última vez fue al revés, en Londres, y él no pudo ni despedirse en condiciones por culpa de lo de siempre en el periódico.

—*Ciao* —responde él, con el acento inglés que no hace amago de disimular, justo a tiempo de abrir los brazos. Se besan. Se besan más tiempo que un beso en la mejilla y menos, algo menos que al principio, cuando se conocieron en un congreso internacional titulado «La vejez como segundo comienzo». Entonces podía ocurrir que no se despegaran durante todo el amor, y luego no sabían cómo se habían desnudado sin separar sus labios.

Y ese *algo menos* en la duración del beso no es lo único que marca la diferencia. Rory nota por primera vez en dos años que los labios de ella están algo secos, y le parece que eso quiere decir algo. Y ella no puede dejar de pensar que Rory no se ha tomado el trabajo de quitarse la corbata —¿por qué lleva corbata?, con corbata Rory parece disfrazado— y, peor aún, lleva el nudo flojo y el botón desabrochado, algo que detesta. O se lleva corbata o no se lleva. Quizá no sea tan distinta a su madre después de todo. Solo en ese momento cae en la cuenta de algo que le corta el beso. Le mira.

—¿Es esta la corbata que te regalé yo?

—Claro —dice Rory, jovial—. Por eso me la he puesto.

Es una corbata en tonos azules que le va a la decoración del ático.

Se encuentran casi a oscuras y Rory se separa un instante para encender una lámpara de una mesilla. Ella hace ademán de impedirsele, como si prefiriese la penumbra, pero él insiste más que ella. Quiere mirar. Un error, pues lo que ve no son los ojos rendidos que esperaba, ojos sin condiciones, sino unos ojos tan solo amables. Y ahí, en ese escenario, entonces, la amabilidad es un primer arañazo.

De alguna forma Flaviana se da cuenta y quiere repararlo. Puede que los ojos no estén a la altura, pero ella sabe cómo hacer para que la boca sí lo esté, y la pone en marcha. Vuelve a besarle, primero en los labios durante largo rato, y luego, ya tendido en el sofá, va besando las zonas que va desnudando con una habilidad que inquieta por primera vez a Rory: ¿de dónde sacó esa habilidad? Nadie nace sabiendo besar y desnudar, es algo que solo se aprende con la práctica.

Solo después, tendidos en el dormitorio, Rory se da cuenta de que no están hablando y de que ese era el momento en que antes siempre lo hacían: de algún modo, el sexo invita a las confidencias. Se da cuenta también de que por primera vez Flaviana ha cerrado los ojos mientras lo hacían, en tanto que antes nunca, una peculiaridad; parecía que ella quería penetrarlo con los ojos, taladrarlo mientras él la penetraba a ella.

En síntesis, ha evitado mirarle.

Pero el periodista no sabe que llevar el nudo flojo de la corbata es un pésimo signo. Eso y el hecho de que Rory no se haya afeitado en un par de días, lo que lastima la piel delicada de Flaviana; signos que en el recuerdo, después, comprenderá que eran anuncios del fin. Como el primer rosa en la palidez de la tarde; las sirenas de los barcos; los regalos exagerados que preceden a las despedidas; la frase «tenemos que hablar» con una sonrisa melancólica; las campanadas en los *pubs* mientras se agita el bote de las propinas; los perros empeñados en cerrar maletas abiertas; la aparición de amarillos en las hojas; los aviones que despegan; o la otra bicicleta que acompaña a la anticuada de mujer, con cesto, en la puerta de entrada.

16. La sombra del árbol no muere, solo desaparece

Se trataba de una bicicleta que hacía mucho contraste porque tenía el manillar al revés, lo que obligaba al conductor a inclinarse hacia delante como un jinete cabalgando un toro por los cuernos. Y el jinete tenía ya más pelo blanco que negro.

Lo de verdad llamativo era que Orazio, Orazio Dassisti, era en realidad más viejo de lo que aparentaba. Salvo el pelo, la única pista de que se trataba de un viejo era que se levantaba a las cinco. Para las ocho había leído veinte páginas de libros inesperados, caminado algunos kilómetros por una Roma que no conociera, y había regresado para leer la prensa —aunque tuviese cada vez menos que leer— mientras desayunaba una tostada de pan con queso y una gran taza de café. Es decir, que le llevaba la contraria a la tradición italiana del *ristretto*, el dedal de café que mezcla gusto y avaricia. (Tenía más disidencias: la pasta le gustaba con ingredientes distintos, espaguetis con sobrasada, por ejemplo, y de Visconti, *Rocco y sus hermanos* le parecía una película superior a *Muerte en Venecia*). A veces llamaba a Flaviana.

—He estado leyendo a William Henry Hudson y me he acordado de ti.

—¿Sí? Qué.

—«Dondequiera que dirija la mirada —dije— veo ante mí uno de los lugares más hermosos creados por Dios para el hombre: grandes llanuras que sonríen en una eterna primavera; bosques antiguos; ríos hermosos y raudos y cadenas de montañas azuladas que se extienden hasta el horizonte. Y más allá de esas cumbres, ¿cuántas leguas de apacible tierra inhabitada?...».

Por qué Orazio asociaba a Flaviana con las vastas haciendas de Uruguay es un misterio, y cuando Orazio explicaba por qué había ido a Montevideo, era para abrir otro enigma. Eso es lo que tenía a Flaviana al borde del autosequestro por seducción. Lo que no deja de ser llamativo, visto que Orazio no era ni alto ni bajo y tenía el aspecto anónimo de un jefecillo de negociado con unos kilos de más por exceso de fútbol en la televisión; si no se le miraba a los ojos, costaba recordarlo. O sea, el espía perfecto.

Sería un error creer que Orazio era un mago que sorprende con el truco de la mujer separada en dos por la cintura que luego sale a saludar. Porque no había truco en Orazio. Era cierto que había estado en Montevideo, e incluso en Asunción, en Paraguay, a 1.342 kilómetros, que es un lugar sin extranjeros. También había dado clase en Taipéi, y trabajado en la ONG Learn for Pleasure, Learn for Free (LPLF) en Estados Unidos, que organiza cursos paralelos a los políticamente correctos y muy caros de las universidades, y solo por el simple placer de saber.

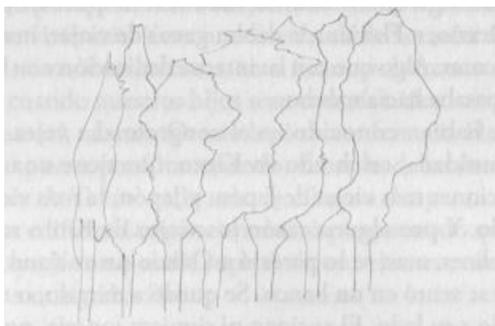
Orazio no contó nunca por qué había ido al Paraguay, y Flaviana terminó por asociar al Paraguay, e incluso al Uruguay y a Hudson, al origen de su misterio: Orazio era un experto en árboles, el único del que tenía noticia. Él era un experto en arte de árboles —todos esos cipreses y otros árboles en la pintura del Renacimiento— y en simbología. Pues la primera sombra es la

del árbol, y no se muere nunca, solo desaparece mientras duerme.

—Nuestra percepción del mundo sería distinta sin ellos —se le escapó un día ante Flaviana, y *se le escapó* porque era más bien parco con las grandes afirmaciones—. No solo la tierra necesita su oxígeno. Somos nosotros. Sin los árboles no sabríamos cuánto medimos, ni el paso del sol de este a oeste, ni la sombra. El desierto lo es porque no tiene árboles.

El primer misterio era por qué Orazio pensaba en árboles como otros piensan en qué solos están, en Dios o en cómo hacerse más ricos. Un día Flaviana vio sobre su mesa un esbozo que le llamó la atención —no sabía que dibujaba— y le preguntó:

—¿Y este bosque? ¿Lo has dibujado tú?



Y pareció que a Orazio la respuesta se le escapaba. Corrigió:

—No es un bosque. Es una casa.

Y como Flaviana no terminara de verla, explicó:

—La idea es que haya ventanas entre los árboles, una especie de altas vidrieras o anjeos —y pareció animarse—. ¿Te imaginas? Pueblos que parecen bosques, pero no por gente que se ha adaptado a los árboles, como los monos y nuestros antepasados, sino porque han adaptado los árboles, el bosque. Los árboles altos, ceibas, eucaliptos..., son las paredes de los edificios.

—¿Y el techo?

Orazio sonrió.

—Ese, ese es el problema, en efecto. Encontrar hojas que no dejen pasar la lluvia, pero sí la luz.

—Hojas transparentes.

—Más bien pálidas, que cambien con la luz. Que amortigüen el sol, pero dejen pasar las estrellas. Si el girasol gira con el sol, ¿por qué no plantas que se vayan aclarando con la llegada de la noche? El reto no es inventarlas, sino encontrarlas. Seguro que ya las hay en alguna parte.

Lo de los árboles era pues una utopía pero, como sucede a veces con ellas, cumplió con su misión y ayudó a abrirle a Flaviana algunas ventanas que ya tenía en el cerebro. Era algo que le ocurría cada vez: después de hablar con Orazio, a Flaviana le daban ganas de viajar, inventar, hacer cosas. Algo que con su intensa dedicación a su ONG no le pasaba hacía mucho.

Se habían conocido en el congreso «La vejez como oportunidad», celebrado en Kioto, que tiene una de las poblaciones más viejas de Japón, y Japón, la más vieja del mundo. Y por alguna razón los viejos de Kioto son los más felices, o así se lo pareció a Orazio un anciano junto al que se sentó en un banco. Se quedó a mirarlo, o mejor, sentirlo a su lado. El anciano ni siquiera sonreía, no hacía nada, y de alguna forma estaba claro que no le faltaba mucho para morir. Pero

era el ser que más felicidad irradiaba de todos los que había visto Orazio en su vida. Hasta el punto de que sintió esa felicidad como si fuese un aura que le envolvía también a él como una especie de buen augurio.

—No son los jardines zen, ni los templos —dijo Orazio en una de las pausas del congreso—. Es el contacto con la belleza. Estoy convencido de que la gente que vive en ciudades feas envejece y enferma antes. Si es así, en el siglo XXII no moriremos más viejos, sino más jóvenes.

Esa fue la primera vez que Flaviana reparó en él. Le pareció un frívolo y, aunque todo congreso suele ser un zoco, una feria llena de saltimbanquis, por lo demás muy parecidos, preguntó por qué le habían invitado.

—Era barato —le respondió uno de los organizadores, un argumento ganador en el universo de las organizaciones de la bondad. Orazio no cobraba por su conferencia más que el billete de avión, y solo tenía que venir desde Taiwán, la isla de ahí al lado.

Pero ese amanecer, desvelada por el cambio de hora, y asomada a la ventana de su habitación contemplando el alba sobre la ciudad más grande y sin embargo más ordenada del mundo, tal vez a causa del insomnio, el *jet lag*, la lejanía o vete a saber, Flaviana vivió una pequeña epifanía y se dijo por qué no: a lo mejor el contacto con la belleza permite vivir más. Y no pudo evitar darle la razón a Orazio: tal como iban las cosas, en el futuro volveremos a morirnos cuando nuestros hijos sean todavía niños.

Aun así, cuando Orazio leyó su conferencia Flaviana prefirió pasear por Omotesando, el barrio de las *boutiques* gigantes de Tokio: cada una de ellas no ocupa un local, sino un edificio. Luego se encontró preguntando qué había dicho. Y como nadie supo darle un resumen, tuvo que acudir a una grabación:

... La belleza es un misterio, igual que la vida. Platón ya intuyó que son parientes. No hay forma de demostrar nada, y por decir esto no estoy seguro de si me expulsarán de este congreso o no volverán a invitarme. No se preocupen: yo mismo me considero un colado. Y precisamente por eso me siento con permiso de hacer tan solo una sugerencia, algo que la vida me ha probado puede ser más eficaz, incluso, que una demostración. Es esta: la vida está estrechamente unida a la belleza, aunque solo sea por la sencilla razón de que las ganas de vivir dependen en buena parte de ella...

No hay que imaginar a Flaviana como la conocida directora de una ONG entonando estadísticas para resumir el dolor del mundo y consignas sencillas para aliviarlo. Se había metido a ayudar a los viejos tras el ejemplo de una abuela a quien le diagnosticaron seis meses de vida y decidió multiplicar cada una de esas horas hasta el límite. Un clásico, mas solo esa energía explica que durase cuatro años más, y esa duración, que parecía una vida, creó en Flaviana la certeza de que le habían transmitido la fórmula de una medicina, pero una medicina sin pastillas. Solo se podía vivir.

Y a partir de ahí todo fue cambiando, aunque de forma sutil. Cuando supo que, en Europa, Orazio vivía en Roma, no lejos de ella, le pareció una confirmación de algo.

—No dejes de llamarme en Roma —le dijo Flaviana al despedirse, y le daba un papel con su número. Y aunque no tenía razones para pensar que esa no fuese a ser una de las muchas promesas

que se hacen al término de los congresos y rara vez se cumplen, esta se cumplió. Un par de meses más tarde, tras terminar de dar dos cursos, uno sobre arquitectura de árboles y otro titulado «El viaje es el destino» en dos universidades de Taipéi, Orazio volvió a Roma y llamó a Flaviana.

—Todo es relativo —le dijo sin más vueltas—. Es posible llegar a Roma en junio y sentir fresco. No sabes lo que es el calor de Taipéi.

Y así, poco a poco, Flaviana se encontró pensando en cómo y dónde resolver el problema de los techos con hojas en las casas hechas de árboles, y preguntándole a Orazio sobre el viaje sin destino y sobre Taipéi.

—¿Por qué volviste? —le preguntó.

—Porque es distinto.

—¿Taiwán es distinto?

—No en apariencia: es una isla cubierta de fábricas y empresas, tiendas y restaurantes de comida rápida al vapor, que venden en cajas de cartón. Lo que pasa es que es uno de los pocos lugares que quedan en los que la gente no cree que ese sea el centro del mundo, lo que les hace abiertos al exterior y curiosos. Eso termina por ser un descanso.

Hacia ya un tiempo que a Flaviana Orazio ya no le parecía un jefe de negociado intoxicado de fútbol cuando se encontró una tarde deseando con fuerza que le pusiera una mano en la rodilla. Estaban sentados en las escalerillas de la fuente frente a la iglesia en Santa Maria in Trastevere — a veces salían a montar en bicicleta o a caminar a la caída de la tarde, cuando a causa de la luz Roma se diferencia de cualquier otra ciudad en el mundo—, y Flaviana llevaba una falda veraniega en amarillo y naranja que al sentarse en un escalón le descubría la mitad del muslo.

—Fíjate cómo la sombra va acosando la luz sobre los muros y le va ganando la partida —en efecto, así se veía sobre la fachada de Santa María in Trastevere, una iglesia en la que Flaviana se refugiaba a veces para meditar, su forma de rezo—. A mí el patriotismo de aldea me parece un obstáculo, pero si algo echo de menos cuando estoy mucho tiempo lejos es esta batalla de la sombra.

También se lo había dicho Rory en su primera visita. «Qué suerte tenéis en Roma con esta luz, con esta sombra», le había dicho. «No tenemos de eso en Inglaterra». Lo recordaba porque se encontraban desnudos sobre la cama, en el ático de Flaviana, en uno de sus primeros encuentros, cuando parece que el cuerpo no se va a gastar nunca.

Y sin embargo ahí estaba, sentada en un escalón medieval que le encogía la falda, deseando que un hombre con el pelo casi blanco y manchas en las manos le pusiera una mano sobre la rodilla. Y llevarlo a un sitio en el que pudiera acariciarle el interior del muslo, que era, de toda ella, la puerta de entrada a casi todo.

No podía entenderlo. Flaviana era una mujer promedio y, en guapos, nunca había deseado nada que se saliese de las películas con Oscar de la temporada. Su padre vivía en Florencia y siempre había mantenido con él una relación normal, ahora casi más de madre que de hija, regañándole porque seguía comiendo con sal. Y no le atraía Orazio porque llevase canas de padre, como habrían dicho todas esas multitudes que se guían en la vida por el Gran Libro de los Lugares Comunes. ¿Entonces?

Formaban una pareja extraña. Un hombre mayor, de aspecto más bien anónimo salvo por los ojos, recostado sobre el escalón trasero en las escalinatas del pequeño monumento central en Santa Maria in Trastevere, y, sentada de lado, una mujer cuya falda le dejaba al descubierto unas

piernas jóvenes y sin miedo.

—Ahora caigo —dijo Orazio—. Este es el único lugar del mundo donde no añoro los árboles.

17. Los huérfanos de Taipéi

La marcha de Taiwán de Orazio Dassisti, casi repentina, dejó a Zhu un poco huérfano y sin saber qué hacer: ya nadie le decía que su forma de usar el móvil era de drogadicto, pero al tiempo ya no encontraba el placer de antes en su uso. Ahora, al abrirlo con un pulgar que parecía haber sido inventado para eso, no podía dejar de sentir que estaba haciendo con el dedo algo que no debía. Además, había empezado a contar las veces que miraba el móvil, observó con asombro. Y ya no alcanzaban las doscientas.

No había pasado ni un cuarto de hora de su primera clase cuando Orazio Dassisti había visto por primera vez a Zhu abriendo su móvil para ver si le había llegado algo. Y como solo era un profesor aficionado, pareció sorprendido.

—Perdona, pero mi clase es uno de los últimos lugares libres de móviles en el mundo. Así que puedes aprovechar para apagarlo y darle un descanso. Y dártelo a ti también.

Pero no. Zhu no tenía previsto darse ni darle descanso a su móvil, no sabía muy bien ni cómo apagarlo.

De modo que siguió, y Orazio insistió en que lo apagara, y como Zhu volvió a abrirlo a los pocos minutos esta vez Dassisti lo echó de clase.

—Lo siento, pero no tengo tiempo de andar enseñándoles modales a universitarios —dijo.

Esta vez fue Zhu el que lo miró sorprendido: no estaba previsto que lo echaran de clase, había pagado una matrícula muy cara en la Universidad de Fu Jen y además —eso es lo que más le dolía — había tardado una hora y cuarto en llegar desde su casa. ¿Solo para diez minutos de clase? Aun así salió del aula..., y al día siguiente Dassisti lo volvió a echar del aula.

—¿Cuántas veces abres el móvil al cabo del día? —le preguntó.

—Unas doscientas —dijo Zhu.

—¿Te imaginas todo lo que podrías hacer con ese tiempo? Solo con que emplees diez segundos, son dos mil segundos al día, una hora. ¿Te das cuenta todo lo que se puede hacer con una hora al día? Son trescientas sesenta y cinco al año, más o menos un mes si descuentas las noches. En ese mes podrías dar la vuelta al mundo, y sin correr. Podrías vivir toda una historia de amor, con su flechazo, plenitud, hartazgo y rompimiento, y hasta tendrías tiempo de sentirte el hombre que inventó la infelicidad. Podrías comenzar a tocar el acordeón y ver unas treinta películas de las que ves una vez y recuerdas siempre. Y en cambio prefieres desgastarte el dedo comprobando si a alguien «le gusta» lo último que colgaste y que no recuerdas muy bien qué era.

Zhu tuvo dificultades, cierto, para comprender lo que le decía ese profesor. ¿Qué decía de historias de amor? Aun así lo adivinaba más o menos, y pensó que este meaba sin puntería si pensaba que con un discursito iba a conseguir que aparcara el móvil. Sus padres lo habían intentado y lo único que habían conseguido era que tuviese dos, dos tabletas y un ordenador de

mesa grande como una ventana. Ahora lo miraban de reojo y, derrotados, le dejaban en paz. Zhu miró impasible a Dassisti, un *profesor invitado*, una forma de llamar a un profesor de mentira al que no hay que hacer mucho caso. Las autoridades de Fu Jen, su universidad, le habían invitado a dar un seminario sobre «El viaje sin destino»...

—Os parecerá broma —les dijo en la primera de las diez horas previstas—. Tenéis razón: todo viaje tiene que tener un destino, ¿no? Si no, no es viaje. Pero sucede que ya no podemos hacer los viajes de verdad, los de descubrimiento, porque ya no quedan sitios por descubrir.

Cuando esa tarde Qiang le preguntó de qué trataba el nuevo curso, Wei contestó:

—De viajes.

—¿De viajes? Viajes adónde —preguntó Qiang, que como a todo isleño le interesaba todo lo que pudiese suponer escapar de la isla.

—Bueno, no lo sé muy bien. Todavía no hemos llegado a ninguna parte —dijo Wei, sorprendida con su propia respuesta.

Se despidió de Qiang y subió a su pequeño estudio.

Tuvo la impresión de que había encogido. Pese a ser ella misma menuda y de aspecto engañosamente frágil, le pareció que su estudio, una simple habitación con un hornillo de *camping* en una esquina y un lavabo en otra con una ducha adaptable al grifo y un desagüe en el suelo, le quedaba como un par de tallas pequeña. Se preguntó si alguien con el sueño agitado no se caería de la cama. Aunque entraba la agradable luz de la tarde, el cuarto le pareció oscuro. Y tomó la decisión de cambiar los tres carteles que decoraban las paredes. Ahora quería poner carteles de países lejanos, aunque...

—Ya no hay países lejanos —había dicho Dassisti—. El país más lejano está hoy a doce horas, como mucho a quince, y es probable que haya cuatro vuelos diarios para elegir. Y ese, que todo el mundo considera un adelanto, es en realidad un gran problema. ¿Qué hacer si ya todo está a la vuelta de la esquina y no tenemos un país lejano con el que soñar? ¿Qué hacer si los europeos ya no podemos soñar con ir a China porque hay muchos que ya van a comprar la ropa de la familia una vez al año, y los taiwaneses no pueden soñar mucho tiempo con ir a París porque lo más probable es que vayan en viaje de fin de curso?

Wei, ojos más rasgados de lo que es habitual en Taiwán porque sus abuelos habían emigrado desde el continente; tez clara pues huía del sol como del cólera y en su vespino iba con los brazos cubiertos hasta los dedos; pequeños pechos firmes que no se movían ni aunque saltara y que atormentaban a Qiang hasta el insomnio, sintió que en el centro de ellos el corazón le latía más fuerte. Era algo que le ocurría, ahora terminó por aceptarlo, por culpa de ese profesor. ¿Y por qué? No podía entenderlo: era un hombre más bien rudo y tosco, igual que todos los europeos, y salvo por los ojos tenía un aspecto que costaba recordar una vez terminada la clase. Y además podía ser su abuelo. ¿Entonces?

Es que hablaba de un modo que Wei no había oído nunca. En un inglés con mucho acento, desde la primera clase era como si inventase el mundo cada día; mejor aún: un mundo distinto cada vez.

Dassisti tenía un aspecto de jefe de departamento, o de óptico, o de abogado de patentes, y sin embargo decía cosas inesperadas. «¿Por qué estoy aquí? —preguntó en la primera clase—. No lo sé: yo soy el primer sorprendido. Vuestros directores quieren que os hable de viajes, pero no sé por qué, pues hoy ya viajan hasta los perros. ¿Sabéis que el tráfico de animales de compañía, de

perros de raza a pájaros raros y hasta serpientes, es uno de los mayores del mundo?».

Ya a la altura del miércoles Wei sentía ansiedad por que el curso, que había empezado el lunes, se fuese a terminar el viernes. Sin hablarles de nada en particular, Orazio iba enseñando a sus ocho alumnos que, aunque sea un paseo por el jardín o un trayecto al dentista, todo es viaje e incluso aventura. Cualquier ciudad, por plana que sea y llena de jardines, tiene un lado jungla o Himalaya. Así que Wei quedó tan impresionada por la revelación que le abordó al término de la clase y le preguntó si no podía alargar el curso una semana más.

Aunque no pareció sorprendido, como si ya le hubiese ocurrido alguna vez, Dassisti le dijo que no podía alargar el curso de Fu Jen pues el lunes comenzaba un curso en la Universidad de Tamkang, al otro lado de la ciudad. Wei recibió la noticia con decepción —en Tamkang, además, estudiaban los ricos de Taipéi—, pero toda su educación conspiraba para que no mostrara sus emociones, y menos con un extranjero.

—¿También les va a hablar sobre viaje? —preguntó. Parecía un reproche, como si fuese a compartir con otros un secreto que les pertenecía a ellos.

—Bueno, no... Aunque, como estamos viendo, todo trata de viajes —y Orazio sonrió como para hacerse perdonar el lenguaje enigmático—. En realidad, allí voy a hablar de árboles. ¿Te gustan los árboles?

Wei no pudo evitarlo y por primera vez Dassisti vio sus ojos negros y algo inocentes. Se habían abierto paso a través de las rayas que normalmente hacían de persiana, no hasta parecer redondos pero casi.

—Sí —dijo. Qué otra cosa puede contestar nadie cuando le preguntan si le gustan los árboles.

Orazio la miró intentando rebajar con una sonrisa su mirada, que parecía capaz de podar los árboles a distancia.

—¿Y por qué no te vienes a mi curso en Tamkang?

—No puedo —dijo—, no estoy matriculada en Tamkang —y miró por la ventana el campus de Fu Jen, de nuevo con su mirada de una línea que cumplía la función de un velo o unas gafas de sol.

—No importa. Si quieres te llevo como mi invitada. O como mi traductora, ya que hablas mejor inglés que yo.

En realidad Wei no tenía prevención hacia Tamkang porque fuese una universidad de ricos —no hay grandes diferencias de clase en Taiwán, y si las hay no se exhiben, parece un país escandinavo con los ojos rasgados—, sino porque allí iba de niña, a pasear con su padre, y ese solo recuerdo le dolía. El simple hecho de que aceptara ir a esa zona de la ciudad, que tenía hasta un microclima distinto, indica hasta qué punto...

Cuando era niña la isla era más fortaleza que ahora, y si los taiwaneses no iban a la playa era porque las autoridades reservaban las costas a instalaciones militares. De todas formas, no hacía falta prohibirles el acceso: los taiwaneses no se bañan en el mar porque odian un sol picante que oscurece la piel y porque, además de peces, está lleno de los Buenos Amigos, que es como llaman a los fantasmas, sus parientes.

—¿Y los Buenos Amigos del mar qué hacen? —preguntó Wei. Era una niña y paseaba de la mano de su padre.

—Te tiran de los pies.

—¿Igual que los que tiran al suelo la ropa tendida cuando está al nivel de la calle y por eso no hay que tenderla en la calle?

—Igual.

Wei no lo sabía con exactitud —su padre había muerto, su única abuela había perdido la cabeza y su madre se negaba a recordar, como si la memoria doliese—, pero tenía la impresión de que los jardines del campus de Tamkang eran, en su infancia, más frondosos, más silvestres. Antes, en los recuerdos de Wei, había más sombra. O tal vez es que ahora hacía más calor.

—Por eso son tan importantes los árboles —dijo Orazio en su primera excursión por el campus de Tamkang con sus alumnos—. Porque en el futuro vamos a necesitar más sombra que nunca.

En efecto, era noviembre e iban por el campus con ropa de verano. Los setos estaban más podados que en los recuerdos de Wei, parecían hombres con el pelo cortado al estilo soldado raso.

—¿Sabes por qué no es bueno alinear los árboles? —le había dicho su padre de niña, en una de sus revelaciones.

—No.

—Porque si alineas los árboles, por las avenidas que creas se escapa la buena suerte.

Desde entonces, las sendas de los jardines parecían haber sido trazadas por los paralelistas de la Facultad de Geometría. Ahí el vuelo de una mariposa amarilla y negra parecía un borrón.

—Y si vamos a necesitar sombra, ¿por qué no estudiamos qué más podemos hacer con el árbol?

Y sin más transición, Dassisti los llevó a un aula donde había cuadernos de dibujo y lápices ya dispuestos, y materiales de escultura y masillas y cerámicas para moldear.

—Haced árboles —les dijo—. Haced los árboles que queráis: verdes, o amarillos, o azules. Altos, barrigones o desplegados... En fin, lo que queráis. Y no perdáis de vista al hombre que va a vivir entre ellos, con ellos, bajo ellos. No como decoración, ni en el jardín trasero de su casa. Los árboles van a ser su casa.

Esa tarde, al regresar sin ganas a su estudio, que incluso a distancia le parecía más pequeño, Wei vio por primera vez Taipéi con ojos de extranjera y, haciendo esfuerzos por comprender el encargo de Dassisti, se sintió como un mono enfrentado por primera vez a un problema de álgebra que debe solucionar sin dejar de balancearse entre las lianas. Lo que tal vez sea posible, pero también improbable.

Además, tenía que ver la ciudad a ráfagas pues el metro se metía bajo tierra y luego volvía a salir y, como en un coito, le impedía sacar conclusiones. Solo cuando cogió un último autobús pudo volver a verla, matizada ya por la luz de las primeras farolas, y para su sorpresa sintió por sus compañeros de ciudad algo que no supo identificar al comienzo. Y que solo localizó al caminar tres manzanas entre gente cansada que regresaba del trabajo para calentarse algo precocinado en el microondas y dejarse escurrir en el sofá frente al televisor. Sintió pena por ellos, y también por sí misma. ¿Por qué Dassisti les pedía que pensarán, dibujaran y construyeran árboles en una ciudad que solo tenía unos cuantos de un verde grisáceo por la anemia y la contaminación?

—Precisamente por eso —le dijo Qiang por teléfono—. ¿Qué sentido tendría pensar en árboles en el Amazonas?

Daba igual que fuesen árboles en Taipéi, o fronteras en el mar, nieve en el desierto o iguanas desfilando como modelos de alta costura. No importaba tanto el tema como la novedad de tener

que imaginar. Usar un músculo del cerebro que, desde que Wei le describiera por teléfono la primera clase con Dassisti, Qiang sentía que se le despertaba y desperezaba, igual que un oso en primavera.

Durmió mal y soñó con edificios verdes y con hojas. Árboles en escalera, salones en medio de jardines o jardines rodeando sofás frente a grandes ventanales. Héroe de cómic volando entre *edificios-árbol* y autopistas entrando en ciudades que parecían bosques. Y luego, sin haber bebido ni fumado nada, no supo si eran sueños o propuestas de su imaginación. A eso de las cuatro de la mañana se levantó de la cama y le escribió un correo a Jim, amigo del colegio, a cuyo padre habían destinado ahora a Hong Kong:

Hi. No sabes lo que me ha pasado.

18. Una montaña de telescopios

Qué, contestó Jim al despertar a la mañana siguiente.

Un profesor italiano le ha encargado a una amiga mía, en un seminario en la universidad, que piense en árboles en Taipéi. Y eso, te lo creas o no, me ha quitado el sueño. Te escribo a las cuatro de la madrugada. ¡Árboles en Taipéi! Tenemos pocos y los tratamos como a inmigrantes ilegales. Y eso que esta isla es, o era, una isla de junglas. ¿Tenéis árboles en Hong Kong?

En el piso veintinueve de un edificio en los Mid-Levels, Jim se asomó por la ventana tipo escaparate de su habitación —solo se podía abrir un respiradero en una esquina por el que no pasaba el cuerpo de un suicida— y vio en perspectiva los edificios que van disminuyendo de altura a medida que bajan por la Roca. Si no existiera la *mise en abyme*, ahí se estaría inventando.

No veía *árboles*, Jim. Bueno, sí alguna mancha verde que otra en unas pocas azoteas que se iban haciendo cada vez más pequeñas bajo su ventana, pero no estaba seguro de que a eso se le pudiera llamar árboles, de la misma manera que solo en *sublengua* publicitaria se puede llamar *piscinas* a unas manchas azules que punteaban otras cuantas azoteas. Eran las diez de la mañana de un sábado de noviembre y no se alcanzaba a ver a nadie, pese a que hacía unos agradables veintiséis grados, fresco para Hong Kong, aunque siempre húmedo, y el sol ya se paseaba creando sombras por entre ese bosque de edificios. Jim sabía que tampoco se vería a nadie en el verano, cuando la calima multiplica la humedad y para enjugarse el sudor basta con sacudir la cabeza de un lado a otro, como las chicas al salir del mar: el sudor deja un rastro sobre el suelo de tipo ametralladora.

Solo para demostrar que no era una ciudad desierta, de vez en cuando alguna mujer, casi siempre occidental, acudía a tostarse más que a bañarse. Como solo se la veía del tamaño de una hormiga, él la observaba con el telescopio de un metro con el que le gustaba espiar la ciudad. Desde su ventana se podían ver otros cientos.

Había invertido muchas horas y ya se consideraba un experto en Hong Kong, al menos en los Mid-Levels, que es donde viven los grandes ejecutivos de la ciudad. Y que no hay que confundir con sus jefes, sus dueños, habría que decir, pues es difícil llamarlos simplemente millonarios. En este nivel, la palabra *millonarios* ya no basta. Ni *ricos*, porque rico es todo el mundo en los Mid-Levels. Esos otros extramillonarios viven en la cima de la montaña, la Roca, y por eso la cima de la montaña parece semidesierta y a medio colonizar. No hay edificios allí, solo casas bajas. La simple mención de la palabra *casa* en Hong Kong es ya un exotismo. «Vivir en la cima no es solo

cuestión de dinero —le dijo a Jim su padre cuando llegaron—. Se necesita más». De vez en cuando brillantes helicópteros que parecen hechos a medida llegan o despegan de algún helipuerto escondido entre árboles elegantes, y da la impresión de que se trata de una base secreta.

Pero lo que le interesaba a Jim, como a cualquier adolescente, no eran los hombres que subían a helicópteros —no los veía, además, pues se encontraban a sus espaldas, más arriba en la Roca —, ni las bañistas que salen de vez en cuando de pequeñas puertas en las azoteas de edificios solitarios y de aspecto abandonado pese a que brillan bajo el sol. Lo que le interesaba eran las ventanas iluminadas en la noche. Allí era donde tarde o temprano terminaba viendo mujeres desnudándose.

Era mucho mejor que el porno, aunque después de espiar a alguna mujer —con el telescopio parecía que habría bastado con alargar una mano para acariciarla— a menudo terminaba buscando porno en el ordenador y masturbándose. No podía evitarlo. A sus veinte años era como si tuviese un géiser interior que surgió a los catorce, de golpe, como un pozo de petróleo que reventó su pijama. ¿Se agotaría alguna vez? Todos los libros decían que sí, pero por ahora no ofrecía indicios de que se fuese a secar nunca. Y no tenía tanta fuerza como a los quince o dieciséis, pero de momento seguía siendo el géiser el que le dominaba a él.

Lo que le hipnotizaba de las mujeres desnudándose era el misterio. Ni siquiera hacía falta que fueran guapas, a los veintidós Jim estaba harto de mujeres guapas, que tienden a parecerse demasiado. Largas piernas, estómago plano, pechos erguidos no demasiado grandes ni pequeños. Lo que buscaba era ver a la mujer que no sabe que la están mirando y comienza a desnudarse con gestos más íntimos que los que le mostraría a un amante, incluso a un marido.

¿O quizá sí sabe que la están mirando? Y si no lo sabe, ¿por qué no baja las persianas de una ventana desde la que se ven cientos, miles de otras? Todas esas ventanas son posibles ojos, y Hong Kong debe de ser una de las ciudades donde más telescopios se venden en el mundo. Más gafas de larga distancia para esos miles de ojos. Y es llamativo qué pocas cortinas se cierran. O si lo hacen son visillos delgados, transparentes, que insinúan sombras y fueron inventados, lo mismo que la seda, para que la gente vaya desnuda mientras parece que va vestida.

Así que no eran pechos erguidos ni triángulos oscuros e inquietantes lo que buscaba Jim con su telescopio. Era la mujer que entra en su pequeño apartamento —todos los apartamentos de los Mid-Levels son pequeños, en Hong Kong lo que cotiza es el centímetro cuadrado—, tira las llaves en un platillo en una mesa y lo primero que hace es quitarse los zapatos.

Y a partir de ahí comienza la ceremonia de la desnudez, con más rituales para Jim que la ceremonia del té, con la mujer de pie en el cuarto de baño, o sentada en la cama, que hasta un instante antes ha estado abstraída mirando un punto del aire. A Jim le parece que no otras cosas debían de buscar los sultanes en los harenes: no desahogo, sino sugerencia. Una suerte de promesa, lento descubrimiento de las piernas desde su raíz, o el instante en que la mujer retuerce un brazo como un pulpo y alcanza a desabrochar el sujetador con tres dedos para liberar sus pechos. No se trata de «suprimir lo que sobra», como dijo Miguel Ángel de su arte y como cree toda esa industria obvia que gira en torno a la desnudez. El arte es el proceso. Eso es lo que no tiene igual.

Jim se estiró frente a la ventana, desperezándose, observó que una mujer había salido a la piscina de una azotea y se quitaba un albornoz azul a juego con la piscina, allá abajo, y la buscó un instante con el telescopio: una occidental sin nada de particular salvo un elegante traje de baño

entero de color negro con un par de líneas blancas a los lados que la estilizaban, y que fue lo que centró su atención. De pronto pensó en otra cosa, y vio que eran casi las diez y hacía una hora que debía estar en la clase de banco de los sábados. Mientras se duchaba a toda prisa y se decía que ya le contestaría a Qiang más tarde —por otra parte: ¿qué le podía decir? Nunca había pensado nada sobre los árboles en Hong Kong—, sintió una aversión insondable, casi como cuando vivían en Suiza y le obligaban a esquiar, de niño. Él detestaba esquiar. Aun así, no se atrevió a saltarse la clase. Si faltaba su padre recibía un mensaje, y le quitaba cien dólares de una paga semanal de trescientos.

Aunque la paga era más que suficiente y un mordisco de cien dólares no resultaba demasiado grave. Lo que ocurría en realidad era que no se atrevía a enfrentarse a su padre, siempre oculto y a él le parecía que, agazapado en uno de los edificios más luminosos, con los cristales más negros e intimidantes de la bahía. Dos años ya y Jim no sabía en qué ventana trabajaba su padre, entre otras cosas porque su padre nunca le había llevado a su oficina y porque el edificio, el Tiger Building, no tenía ventanas: tan solo una fachada gigantesca reflectante, «como un móvil descomunal», pensaba mientras lo miraba desde el puente del anticuado *ferry* de madera con el que cruzaba la bahía.

Había cogido el *ferry* para cruzar a Kowloon, la parte plana de la ciudad, donde miles de comercios se pisan unos a otros en una planicie no tan grande a modo de hormiguero. En uno de ellos, disfrazado de aula, se apretujaban como en una patera de inmigrantes los quince asistentes a un curso de iniciación a la banca para hijos de ejecutivos. El curso, los sábados por la mañana, costaba como un seminario intensivo de golf para japoneses con garantía de resultados.

Quizá su aversión al curso venía de la necesidad de trasladarse desde los Mid-Levels llenos de luz a esa ciudad en la que los anuncios hacen de selva y durante el día llegan a oscurecer las calles. Eso y la idea de ir a perder el tiempo aprendiendo trucos de banqueros que, en contra de los proyectos de su padre para él, tenía la intención secreta de no poner en práctica jamás.

Jim había seguido a su padre, tras el divorcio de la familia, porque esa fue la condición que puso este, un abogado de bancos australiano de tez enrojecida que siempre parecía estar pasando demasiado calor, para acceder a pagarle una educación de cincuenta mil dólares el semestre.

—Yo no puedo pagar eso —le había dicho su madre, y luego había añadido algo que perseguía a Jim—: De todas formas, en Singapur no hay universidades tan buenas.

Quería decir «caras», y sí que las había. Tras comprobarlo, Jim dudó por primera vez de su madre. Pensó que pretendía, más que engañarle, ponerle excusas. Y entonces la vio por primera vez no como la suave y elegante malaya que siempre le había parecido, un híbrido entre reina y santa, para llenarle de orgullo cuando iba a buscarle al colegio, sino lo que también era, una mujer muy guapa, con senos plenos de los que hacen soñar y una boca de labios húmedos y bien dibujados. Y por primera vez se le ocurrió que tal vez su madre no quería tenerle cerca, en Singapur, molesto obstáculo para citas con otros hombres.

Al llegar a Hong Kong tras el divorcio, y ya en la universidad, se había puesto a espiar a mujeres con el telescopio y a masturbarse como nunca lo había hecho hasta entonces en las anteriores etapas, cuando vivían, tras su infancia en Suiza, en Atlanta, Singapur, Sídney y Taipéi, antes de llegar a Hong Kong. ¿Tendría que ver Hong Kong con ello? ¿Hay algo en el aire de las ciudades que influya en que los chicos se masturben?

Al principio la ciudad le había gustado, y justo por las razones por las que suele dar miedo: le

gustaban esos edificios encendidos durante toda la noche —se había quedado en vela más de una vez para comprobar que nunca se apagaban todas las luces de un edificio, ni siquiera dos terceras partes—, y por razones que no alcanzaba a comprender le intrigaba ver a esos ejecutivos que por la mañana salían impecables y oliendo a colonia de anuncio, y por la noche, muy tarde a veces, se les podía ver en las escaleras mecánicas que los subían hasta los Mid-Levels, y luego comprando un único entrecot rojo y envuelto en una bandeja de plástico blanco en el supermercado abierto las veinticuatro horas en Robinson Road. Ese entrecot que costaba como una cena en un restaurante de una ciudad normal les unía a esos solitarios ejecutivos, y un poco también a su padre, que llegaba con el nudo de la corbata deshecho, tarde, arrastrando los pies de cansancio. Aunque él no tenía que comprar entrecots en el súper de abajo, porque de eso ya se encargaba Erlinda, una mujer filipina que trabajaba en su casa de lunes a sábado y que el domingo iba a cantar, cocinar, comentar correos y charlar con otras mil filipinas en los bajos de un edificio gigantesco de la Roca.

—Tú cobras por horas, ¿no? —le había preguntado un día a su padre en Sídney, debía de tener unos diez u once años.

—Sí. Mi bufete los cobra.

—¿Y cuánto cuesta tu hora de trabajo?

—Doscientos dólares.

—Yo tengo ciento veinte ahorrados. ¿Me podrías vender media hora de conversación?

Su padre se había quedado mirándolo, más asustado que estupefacto, y durante un tiempo había hecho un esfuerzo. Había ido incluso a la función de teatro en el colegio, cuando representaron *Un enemigo del pueblo* con ardor adolescente y, por lo menos él, con una oscura intención de enviarle un mensaje a su padre. Que si se sintió aludido, no lo dijo.

Pero eso fue en Sídney. En Taipéi, su siguiente destino en el bufete internacional de abogados en el que trabajaba, su padre volvió a quedar secuestrado por su trabajo y solo iba a casa para dormir, cambiarse de ropa y pelear con su madre en cuchicheos acelerados en su habitación, con la puerta cerrada. Se podían oír frases.

—Esto no es una pensión. No me dijiste que iba a serlo.

—Lo hago por la familia. ¿De dónde crees que sale el dinero para vivir y para tanto extra?

En Hong Kong, Jim se preguntaba para qué su padre había peleado por tenerlo consigo si tampoco aparecía mucho por casa. Se limitaba a obligarle a seguir un curso de banca como complemento a un doble grado en Finanzas y Derecho Internacional que cursaba en la Universidad de Hong Kong. Pero ya su padre no le hacía tanta falta; sabía que jamás dejaría de trabajar de ese modo hambriento que era su verdadera vocación. Ese tipo de gente no se debería casar y menos tener hijos, pensaba, pero ya era demasiado tarde. Hong Kong estaba lleno de ellos, y también Atlanta, Taipéi y Singapur; Sídney un poco menos y es probable que Suiza pues ¿no era otro país de banqueros y abogados? Los banqueros y abogados, y en general los trajeados habitantes de las Cajas Relucientes de las grandes ciudades no deberían tener hijos. Deberían delegar en los campesinos, que todavía saben lo que es el tiempo y el espacio.

Jim había desarrollado un olfato y un ojo extraordinarios para detectar no a la gente que no debería tener hijos, eso era demasiado fácil, sino a los otros. Por eso le gustaba tanto el *ferry* que cruza la bahía de Hong Kong, que aparte de todo es uno de los lugares más bellos del mundo. Al menos, del mundo que Jim conocía.

Dos años después de llegar, Jim ya sabía que lo que le impresionaba al cruzar la bahía de Hong Kong en el *ferry* no era solo la belleza que al principio se le incrustaba en la garganta y le quitaba la respiración. Durante varias semanas se dedicó a coger el *ferry* una y otra vez, como quien acaba de descubrir la ópera y pone una y otra vez un aria de Puccini. Vivía algo que nunca le había ocurrido, la sensación de haber llegado a un lugar único en el mundo. Acaso es lo mismo: ¿admite copias la belleza? ¿Imitaciones incluso? No sabía muy bien a qué se debía, pues Hong Kong no es la única bahía cercada de edificios restallantes, envuelta en una neblina de humedad y misterio. Lo curioso es que la sensación de estar en el centro del mundo y de que puede suceder cualquier cosa solo se da allí, en un *ferry* cuyo pasaje es lo único barato de todo Hong Kong. Allí, y no entre las torres de la Roca, con los bajos ocupados por las franquicias globales del lujo, ni tampoco en la termitera de Kowloon, donde al hombre no le queda más remedio que hacerse más pequeño para poder moverse entre los anuncios y toda esa muchedumbre que va en busca de los últimos juguetes electrónicos.

Además el *ferry* venía a ser una suerte de extraño aeropuerto de los de antes, en los que según las novelas de espías se podía encontrar gente muy distinta. Turistas y no solo turistas haciéndose fotos contra la muralla de edificios de la bahía, envueltos a veces en la neblina más ligera de Asia, y también los chinos de aspecto más rudo que venían de Cantón y del continente, y ya no tan impresionados por la ciudad brillante como antes. Ya habían visto los edificios de Shenzhen y sobre todo de Shanghai, que son más altos, y para ojos poco perspicaces Hong Kong no tendría nada que hacer en comparación, se ha quedado atrás.

El *ferry* era distinto. Ya habían empezado a renovarlos y a poner en circulación barcos de aspecto previsible y aerodinámico, pero todavía se podían ver algunos de madera de los tiempos de los ingleses que destacaban por su aire de antigüedad flotante: salvo en la calle de los anticuarios, no se suelen ver antigüedades en la Roca, parece que por ahí también pasó la Revolución Cultural. Y eso, junto con la bruma de la bahía y el aire de que todo es posible que se desprende de todos los barcos, como ya se dice en *Moby Dick*, sacaba de ese tiempo exacto y lugar a todos los *ferries* y los llevaba a un tiempo novelesco. Ayudaba el que entre los pasajeros siempre se podían ver dispersos los viajeros individuales que luego serían tragados por las escaleras mecánicas, los escaparates con gruesos budas de oro, el aspecto bancario que tiene toda la Roca y las marcas de relojes y de perfumes que, junto con los pantalones vaqueros y los rascacielos, uniformizan más que cualquier otra cosa en el mundo.

Los viajes de ida y vuelta en el *ferry* compensaban en parte el viaje al curso sobre trucos de bancos, como llamaba Jim a su seminario de los sábados. Allí podía ver a gente distinta, esto es, que le inspiraba historias —siempre que no hablaran por el móvil, lo que destroza cualquier personaje—, y no forzosamente las de siempre: *el espía, el mafioso, la puta, el millonario, el joven bien trajeado escalador en su empresa...* Quizá lo fuesen —Jim no tenía aún edad para saber que todo el mundo puede ser un tópico y tiene al tiempo una zona de reserva que no lo es—, pero en el *ferry* siempre parecían además otra cosa. Los envolvía una aureola.

Ese día, en el viaje de regreso, se fijó en una mujer de unos cuarenta años, ni atractiva ni tampoco fea, ropa bien conjuntada en tonos vino tinto y color cuero oscuro, aunque no de marca, y que a Jim le parecía haber visto antes, aunque nunca supo dónde ni cuándo. Se dijo que a lo mejor era porque tenía facciones occidentales, como las hay a millones. Y antes de bajar del barco y dirigirse a su curso alcanzó a pensar que le llamaba la atención por una característica única:

permanecía sentada en una de las sillas al aire libre del puente y no miraba el paisaje. No leía ni miraba el móvil, no parecía triste ni desesperada, tenía la vista fija al frente. Y esa indiferencia, en esa bahía que suele cortar el aliento, no dejaba de llamar la atención.

Los griegos consideraban enfermo a quien no es capaz de apreciar la belleza, y hasta tenían una palabra para esa enfermedad. Pero no parecía ser el caso.

19. El tren del tiempo

Jim sí había visto antes a la mujer abstraída en el puente del *ferry Morning Star*: era la que esa mañana salió de la puerta de una azotea, varios escalones debajo de su ventana, y se quitó el albornoz azul para nadar en la solitaria piscina en el tejado de su edificio. La del traje de baño negro de cuerpo entero que había buscado con el telescopio.

En contra de lo que Jim había pensado, y eso que como buen mestizo era un experto en reconocer a otros, Camila Guajardo no era una occidental pura y a la sangre andaluza de su padre sumaba la filipina de su madre. Esta ascendencia, que no se le veía a la primera, solo se podía apreciar en una mayor lentitud en la mirada, sensual al modo de un pincel sobre un lienzo. Eran esos ojos también los que conservaban, a saber por qué arbitrariedad genética, la feminidad que muchas mujeres blancas han ido perdiendo en su lucha por la igualdad, creyendo que tiene que ver con no pintarse las uñas, vestir pantalones y hablar el idioma duro de los hombres. Camila Guajardo llevaba las uñas cortas tipo ingeniero, pero no soltaba tacos ni cuando la realidad lo merecía. Esa era de hecho su principal característica, aunque no todo el mundo se diera cuenta, pues la gente tiende a juzgar la blancura de los dientes, pero no la limpieza de las palabras que salen de allí: Camila hablaba con un vocabulario exacto, y no solo en inglés sino también en castellano y francés. Estaba aprendiendo alemán y algo de chino, aunque este sin esperanzas; sabía que para poder pensar en chino tendría que volver a nacer.

Sí, para decirlo pronto, Camila Guajardo era una superdotada. Y no estaba en Hong Kong en viaje de turismo. «Yo no tengo tiempo de hacer turismo», le había dicho a Yago en la última bronca, sin saber, o sabiéndolo, que eso iba a terminar con ellos. Porque para él viajar — obsesionado por no hacer *turismo* — era su modo de estar en el mundo, de reivindicarlo como una propiedad, y no había comprendido que ella se negase a ir a Nueva York en vacaciones, ni siquiera con la coartada de los museos que no se terminan nunca. ¿Qué pensaría si la viese ahora sentada en el *ferry* de madera en Hong Kong? Se lo había preguntado al levantar los ojos de lo que estaba pensando y ver unas nubes que le recordaron a él: entusiasta de las nubes, Yago podía llegar a viajar en su busca. Bueno, en realidad podía viajar en busca de muchas cosas, e incluso sin necesidad de ellas. Pero lo recordó sin nostalgia. No había mucho lugar para la nostalgia en Camila, su cabeza siempre se terminaba por imponer.

Aunque eso tampoco es exacto, pues la cabeza de Camila no era como la de todo el mundo, era más, ni tampoco lo que se entiende por *cabeza*: la mente científica que nada con facilidad en las matemáticas, la física y demás. Y aunque Camila la tenía, le sumaba otras cosas. De hecho, sus profesores de ciencias intentaron disuadirla, desesperados, cuando al término del colegio ella anunció que pretendía estudiar Historia del Arte, y de ahí lo extraño de que no quisiera ir a ver los museos de Nueva York. No podían entenderlo. Los científicos reciben la noticia de que alguien

prefiere la historia del arte a las ciencias de la misma forma en que los perros verían a un dóberman elegir un plato de ensalada en medio de los aromas de un asado argentino.

Lo que no les dijo es que ese no era sino el comienzo. Pronto Camila sumó estudios, la mitad de ellos en principio extravagantes, como las fronteras internas de la escritura o el significado del verde en la pintura italiana, y otros también científicos, en particular de astrofísica, y acumuló un número de títulos e intereses que le costaba enumerar, no por modestia sino por aburrimiento.

Por otra parte, los olvidó pronto: a los treinta y seis su cabeza había estado volcada en algo que le hubiese costado concretar qué era. Partía de los sueños, pero no eran solo los sueños. Le interesaban no porque pensara que ocultan mensajes del subconsciente o de los dioses —si tenía que elegir, los prefería a estos—, sino por la sencilla razón de que nos pasamos la tercera parte de nuestra vida entre ellos y los desconocemos por completo. Tan solo balbuceos de brujos y psicoanalistas intentando la interpretación de algo que solo llega a ráfagas, como la luz de las estrellas más lejanas. Algo le había pasado en su cajón de sueños porque ahora los recordaba algunas veces al despertar, y por ello se metía en la cama con gusto, a diferencia de antes, para ver qué le podía ocurrir. Desentrañar sugerencias se había vuelto su ocupación preferida.

El cosmos era su otro tema de reflexión. Pero no cuándo llegaremos a Marte y si en los planetas del futuro habrá playas para ir de fin de semana, sino el cosmos en tanto que tal. Sin fronteras ni modo de medirlas. El infinito sobre nuestras cabezas que había logrado intuir una vez en un viaje al Sahara: seis millones de estrellas colgadas al mismo tiempo de sus ojos, que nunca habían abarcado tanto al tiempo. Las dimensiones que no podemos comprender y para las que no disponemos ni de lenguaje: si el universo se expande, ¿qué es lo que hay más allá?

Camila era tan inteligente que una de las principales características de su cabeza era el equilibrio. Desde muy niña sabía que su cabeza era fuente tanto de placer como de peligro. Pocos placeres hay que iguallen el de aprender, pero temía que un exceso de pensamiento pudiera sobrecargar el cerebro y conducir a un cortocircuito. Siempre pensó que la locura estaba cerca, al otro lado del espejo, detrás del sofá o de los ojos del gato, oculta como la luna entre las ramas de un precioso árbol del jardín. Desde luego ni se le ocurría la vieja patraña según la cual la gran inteligencia se desencadena con *whisky* y cocaína y se manifiesta con ademanes de extravagante genio. También sabía que la gente teme la inteligencia y la evita, y a veces hasta le ladra. Esa era la razón de que mantuviese su cabeza más o menos en la clandestinidad y procurase disimularla, en lo posible, en una vida que parecía normal. De espía, si se quiere.

De modo que solo fijándose Camila se salía de lo normal. A primera vista parecía una abogada, una gerente, una médica que tenía que hacer la compra los sábados y esperaba a los treinta y siete para tener un único hijo. Luego alguien que mantuviese los ojos abiertos se podía dar cuenta de que había un sutil pero innegable contraste entre la discreción elegida de su lápiz de labios, casi rosa carne sin serlo del todo, y algo que se le veía en los ojos. Lo extraordinario es que no eran nada extraordinario. De color marrón oscuro, como los de casi todo el mundo, y una vaga silueta de almendra que quizá no estuviese realmente ahí: es un error creer que todos los asiáticos tienen ojos asiáticos. No, lo que se le veía en los ojos era pura y sencilla inteligencia, que no se puede disimular aunque no se sabe muy bien en qué consiste. Muchos simplemente se apartan por instinto al verla, igual que los pájaros al oír un estampido.

El punto de unión entre el lápiz de labios y la inteligencia de los ojos se encontraba en su modo de vestir. La elegancia quedaba disimulada por el hecho de que era un gusto algo antiguo, y

quizá esa era una elección deliberada, para disimular mejor. De vez en cuando se peinaba con un moño holgado de los que usaban las mujeres a comienzos del siglo XX, que de una forma paradójica la hacía más joven. Ese era su único exotismo.

Ahora bien, la gran pregunta era si Camila se cuidaba las manos y combinaba colores y tejidos como parte de su disfraz de espía, o bien esa elegancia le pertenecía a ella tanto como la capacidad de pensar en abstracto y relacionar cosas y tener intuiciones infrecuentes entre los especialistas. Por ejemplo, que la resolución de un problema matemático equivale a un viaje y este a una novela: al comienzo solo se adivina el camino, surgen imprevistos, el héroe los vence y el final no es sino el punto de partida de otro problema, otro viaje, otro cuento.

Desde muy joven Camila intentó pactar con la vida real y buscó trabajo en un par de museos y galerías de arte. Le bastaron dos veranos de prácticas para comprender que no por estar forrado con obras de arte un museo deja de funcionar como una oficina, lo que quizá duele más a causa del contraste entre el interior de los despachos y las paredes. Y se lo pasó tan bien en sus años de estudiante, leyendo, discutiendo y bailando, que más tarde vio pronto la universidad como único refugio. Una conclusión que ponía en cuestión su lucidez, pues también allí apabullantes islas de mediocridad se esconden detrás de jergas, cuotas sexuales, política y saberes inútiles que hacen de contraseña, igual que en las sectas y los clubes clandestinos. Pese a todo, ya como estudiante Camila había comprendido que un aula es un barco y que del profesor depende que la peste de la mediocridad no suba a bordo.

Y ahí sí, pese a los obstáculos que le intentaron poner sus colegas, temerosos de que los dejara en ridículo, Camila superó una oposición con el doble de puntos que su inmediato competidor. A su universidad no le quedó más remedio que darle una plaza de profesora con un sueldo suficiente que le permitía comprar libros, ir a conciertos y viajar si le apetecía. Además la dejaban pensar con libertad, algo excepcional, pues ese privilegio ya estaba en retroceso en todas partes. A veces sucede lo imprevisto, incluso en la universidad, y esa es la razón de que, en los campus de prados, edificios y árboles grises, se vean aquí y allá verdes, azules y amarillos moviéndose con agilidad de un lado a otro.

Eso sí: aunque fuera una profesora titular, o quizá por ello, Camila había aprendido a desconfiar de los campus universitarios casi igual que desconfiaba de las muchedumbres y los estadios, y hacía lo posible por acumular sus clases en unos meses para dedicar los otros a pensar con libertad y sin un destino concreto: ese era su objetivo, y al margen de los supuestos templos donde se imagina que se hace. Fue así, y tras unos años con Yago, como llegó a su siguiente gran tema de reflexión: el viaje. El viaje como imagen, reflejo, alegoría de la libertad. Igual que la escritura. Y si el viaje estaba amenazado por los *aviones-autobús* y los cruceros, los *hoteles-cuartel* y los precios de lata de conservas a cambio de viajar como sardinas en ellas, era fácil preguntarse si la libertad, que en un tiempo iba pegada al viaje como la sombra al árbol, no lo estaba también.

De modo que, aunque le hubiese dicho a Yago que «no tenía tiempo para hacer turismo», ahí estaba esa mañana, en Hong Kong, sobre un *ferry* que unía las dos orillas de una ciudad en el otro extremo del mundo. Pero no estaba haciendo turismo. De alguna manera había llegado a la conclusión de que no bastaba con el silencio de su pequeña casa en el borde sur de la colonia Coyoacán, en Ciudad de México, con sus libros, sus cuatro árboles en el jardín, sus conciertos y sus cuadros —pintaba cuadros abstractos en los que se podían adivinar paisajes y a veces pueblos

—, y tenía que hacer algo más. Algo la estaba solicitando, pero no sabía qué.



La tarde en el valle

Desde que usaba una falda de tablas como uniforme de su colegio pensaba, o sentía más bien, que elegir una blusa o un peinado era una forma de estar en el mundo, y que se podía elegir entre ir de persona con nombre propio o uniformarse. Entonces se ponía un broche o se peinaba de otra manera, para diferenciarse. Lo mismo le ocurrió cuando tuvo su primer y minúsculo apartamento de estudiante, una herencia de su madre malaya, que no se apegaba a las cosas y los muebles y hacía todo tipo de combinaciones con ellos. Para Camila una vivienda es la versión de un teatro y cada habitante elige lo que quiere representar: un poema individual o una obra de bulevar de las que sirven para que la gente *se identifique*.

Algo había ocurrido en la vida de Camila que vino a moverlo todo de sitio. Eso la había traído a Hong Kong, tal vez por ser una frontera entre varios mundos, y sobre todo porque una prima de Puebla casada con un banquero la había invitado a su apartamento en los Mid-Levels. Y ese día, sin razón particular, incluso después de haber nadado unos largos esa mañana en la piscina de la azotea del edificio, sentía una urgencia como quien presiente que algo grave ha sucedido y aún no ha escuchado la noticia de que un ejército ha invadido su país.

No habían terminado de despegar del muelle, en el lado de la Roca, cuando Camila vio a una niña china de unos tres o cuatro años que le ponía a su padre un caramelo en la boca. Primero recordó una escena idéntica entre ella y su propio padre, uno de sus primeros recuerdos. Entonces sintió cómo la arrollaba un tren. El tiempo. Sí, el tren del tiempo, que aunque al principio no se le espera siempre termina por llegar. Esto es, ahí, en el puente del *ferry* de Hong Kong, y sin que nada lo anunciara —o sí, mil cosas, pero todas muy leves, y se habría necesitado una novela para enumerarlas—, de pronto Camila tomó conciencia de que a un día sigue otro, y que algo se acerca y no hay forma de detenerlo. Es una revelación que termina por recibir quien haya nacido, si bien no todo el mundo se da por enterado: seguimos yendo al cine como si se hubiesen parado los relojes o la medianoche no fuese a llegar nunca. Para disimular el pánico que tendríamos si lo enfrentáramos repetimos tópicos y frases hechas, uno de los modos que tenemos de disfrazar la realidad.

Bueno, tal vez con los años sí llegue al fin y al cabo la sabiduría. A Camila le llegaba a los

treinta y seis, y no pudo hacer otra cosa que enfrentarse a ella sin gafas ni protección solar. Bien es verdad que ya había confirmado que ser profesora no da la felicidad. Había terminado con Yago no hacía mucho y en ese momento se sentía incapaz de hacer el esfuerzo de unirse a otro hombre, en el supuesto de que alguno le interesase. Comenzaba a sospechar que nunca tendría hijos. Moriría sola. El día que Jim notó que algo la diferenciaba, en el puente del *Morning Star*, en la bahía de Hong Kong, estaba más sola de lo que nunca había estado y, desde hacía minutos que parecían años, acababa de descubrir el tiempo. Algo frente a lo cual, esa mañana, los sueños, el viaje y hasta el cosmos le parecían una anécdota.

20. País de nombre largo y complicado

Justo en el momento en que Camila se acuerda de Yago, en el puente del *ferry Morning Star* que cruza la bahía de Hong Kong, al otro lado del mundo este cierra los ojos y los mantiene cerrados durante unos segundos por primera vez en toda la noche. Sabe que no va a dormir, pero confía en dejar de ver, así sea un instante, la boca podrida de uno de sus compañeros que roncan —cree incluso que la huele, aunque diferenciar olores en esa noche ácida no es fácil— y la herida mal vendada en un pie de otro. Carne azul asoma por un lado.

Se encuentra en un calabozo de unos veinte metros cuadrados en el que once hombres intentan sobrevivir a la noche y a la luz cruda de un tubo fluorescente que parpadea. El de la boca abierta no es el único que ronca, otros varios lo hacen, o lo fingen, en cuclillas o sosteniendo la pared de pie.

Cerrar los ojos no sirve para escapar de ese pozo que estaría iluminado como un hospital a no ser porque cada cuatro parpadeos se produce un chasquido. Al contrario, con los ojos cerrados comprende con claridad aritmética que ha ido a caer en el peor infierno de todos los posibles, justo el que más ha temido, más aún que la quemadura o que le rompan los huesos: estar encerrado y amontonado con más gente y sin esperanza alguna de silencio alguna vez. Mejor morir, ha pensado siempre desde que leía hipnotizado las historias de campos de concentración que ocuparon el mundo en el tiempo de sus padres.

Pues bien, no está claro que ahí se pueda uno suicidar, como no sea acordándose de la madre de uno de esos asesinos que comparten con él la celda y escupiendo a continuación el nombre, después de haberlo masticado, sobre el suelo ya resbaloso. ¿Son asesinos o solo lo parecen? ¿A qué se parece él? ¿Es necesario tener los ojos rojos de venganza, cicatrices y la boca podrida? Aunque no es probable que se parezca a un asesino, tan solo a un atracador de gasolineras después de un día sin afeitarse, no es nada que no pueda arreglar el tiempo.

El tiempo. La simple posibilidad de pasar más de una noche en este hueco le da un vuelco al corazón y le hace abrir los ojos.

Ahí sigue. Nada ha cambiado. El tubo fluorescente parpadea y, con una suerte de tela de araña de luz enfermiza, parece derrotar de antemano a quienes quieran escapar de allí.

No hace ni doce horas que viajaba jugándose la vida en un autobús disparado por una carretera por la que en Noruega no permitirían ir a más de sesenta. Lo que le impresiona no es eso, sin embargo, sino que hace cuatro días se encontraba mirando una tormenta desde el faro de los Murmullos, en la costa de la Muerte, no lejos de Finisterre, adonde había ido para entrevistarse con una farera escritora. Aunque lo extraordinario no era la combinación, sino las historias que escribe: nada que ver con naufragios, y sí en cambio una escritura refinada de las que se ocultan y para encontrarla hay que ir a un faro en el fin del mundo. Y ocho días antes, en un

encuentro en Helsinki con gente de todo el continente para debatir el tema «De quién es Europa», y estrellarse contra la pared como suele suceder cuando se pregunta de quién es el viento, o la marea, o el atardecer. Y hace un mes recorría el Rajastán, en la India, por carreteras tan peligrosas como esa del Perú. Más incluso, porque en la India te puedes encontrar en medio de una de ellas con un grupo de vacas tumbadas mientras el sol más grande y rojo que has visto se acuesta por entre la niebla del polvo y te ciega.

—¿Qué pasaría si atropellamos una? —le había preguntado a Ashok, su chófer de treinta años que parecía de cincuenta.

—Mejor no atropellarla.

—De acuerdo, pero ¿qué pasaría?

—Usted tendría que ser rico. Muy rico.

No era la primera vez que hacía un viaje así. Había viajado toda su vida, como si solo en el viaje fuese a descubrir algo que buscaba sin saber muy bien qué era. Pero solo después de recibir una herencia que le había permitido jubilarse como profesor de Geografía en la universidad y perder de vista ese lenguaje lleno de estereotipos había regresado a ciertas intuiciones del comienzo: igual que un adolescente, pensaba que viajar de esa manera, en un autobús medio suicida, es la mejor manera de hacerlo en los Andes. Esos son los autobuses que usan los campesinos, los que van jugando con bordes de precipicios como no había visto salvo en el Himalaya y que arriesgan la vida porque a los conductores les pagan por pasajero. Viajar en un autobús en los Andes es un deporte de alto riesgo, con la ventaja de que ni es deporte ni sale todavía en páginas para blancos en busca de emociones fuertes.

—¿Adónde va? —le preguntó su vecino de asiento.

—A Huancavélica —dijo. Y aunque no había otra posibilidad (en Huancavélica terminaba el viaje), comprendió que su vecino no había hecho más que abrir el diálogo. Sabía cuál iba a ser la siguiente pregunta.

—¿Y de dónde es usted?

Al campesino le contó la versión sencilla, la cómoda que usaba más, pero como ya temía no le fue suficiente al policía que, tras detener el autobús en un control, le pidió la documentación unos kilómetros más adelante, unos cientos de metros más abajo en la cordillera: ya tierra templada tras el frío seco del páramo.

—Usted dice que es *tresmarino*, pero aquí dice que nació en Madrid, España. ¿Cómo puede ser?

Siempre que le hacían la pregunta tenía la tentación de empezar por el principio, pero eso sería un curso. Casi siempre se terminaba de imponer el sentido práctico:

—Pues que nací en Madrid, España, pero mi nacionalidad es *tresmarina*.

También esta vez sabía que el cuento no iba a terminar ahí.

El sargento miró una vez más su pasaporte para reafirmarse en lo que había visto, y al final tomó una decisión:

—Coja su morral y bájese.

El interrogatorio siguió en un claro, al lado de la carretera, mientras el autobús partía sin él. Ni un solo pasajero volvió la cabeza para saber qué le ocurría. Pensó que muy bien podían ser una serie de esculturas de perfil mirando al frente, la mitad de ellas con sombrero, y algunas con machete en la cintura. Un pequeño ejército sentado.

—¿Cómo es eso de que usted es *tresmarino* habiendo nacido en Madrid?

Yago intentó darle al sargento un pequeño curso de derecho internacional. Le contó que su madre era *tresmarina* y su padre, español. Y las leyes de Tres de Marzo le daban esa posibilidad.

—¿O sea que, pudiendo elegir, usted eligió ser *tresmarino*?

—Así es.

—Por qué.

Yago miró la cara del sargento, más mestizo que sus cuatro compañeros de patrulla de piel cobriza y pómulos altos. Todos ellos le miraban con los mismos ojos de piedra que los pasajeros del autobús. El sargento, en cambio, lo hacía con la mirada entre incrédula y burlona que se puede encontrar en todo el continente, desde Río Grande hasta la Patagonia. Igual que el dulce de leche, arequipe, cajeta, reivindicado por todos como postre nacional.

—No entiendo la pregunta —dijo Yago. Aunque la entendía. Solo que responderla suponía no ya un curso, sino una novela. Tal vez toda una biblioteca.

Se la volvieron a hacer, y como respuesta eligió la versión corta:

—Porque me gusta mucho Tres de Marzo.

Ese fue su error, incomprendible en alguien con su experiencia.

—¿Me quiere usted decir que prefiere Tres de Marzo a Madrid, en la madre patria? —Y el sargento dijo *madre patria* con retintín, como si el verdadero significado de *madre patria* fuese *puta madre*.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Ya se lo he dicho: me gusta más.

—¿Le gusta más esta *indiamenta* que ese Madrid donde rueda la plata por las calles? Si todo el mundo que puede se va para allá...

Ya era excepcional que el sargento hubiese dicho «esta *indiamenta*», pensó Yago, de un modo que asociaba el Perú con Tres de Marzo. La raza, incluso expresada de un modo despectivo, se había impuesto a los prejuicios patrióticos. Desde hacía años, tras una guerra que mantuvieron por ciertos territorios del Amazonas, el Perú y Tres de Marzo se miraban por la esquina del ojo. Aunque ni siquiera era seguro que el sargento tuviese noticias de esa guerra.

Yago miró el paisaje de tierra intermedia y las terrazas ocres que no habían cambiado desde los incas y se podían ver abajo de la cordillera. Se sentía atrapado en una escena que le parecía demasiado antigua y de la que había huido toda su vida.

No le podía explicar al sargento la realidad, que no iba a entender ni cuando llegase a almirante. Entonces menos aún. ¿Y cómo iba a entenderlo si hasta la fecha no lo entendía casi nadie, y los que sí entendían lo disimulaban, no se lo fuesen a cobrar?

Y lo que no entendían es que él no era ni de aquí ni de allá. No se medía así. Ya no. En realidad, él era un poquito de aquí, otro de allá, y también de unos cuantos países más donde había estudiado, viajado, amado, desamado, y de los que había incluso huido. Y hasta un poco de China, por cuyos remotos bordes había viajado algo y cuya literatura clásica leía desde hacía ya tiempo. De tal manera que él venía a ser —si es que se puede *ser de un sitio*— de un país bastante grande, de un tamaño que variaba de día en día en respuesta a fenómenos y realidades que rara vez tenían que ver con guerras, tratados y colores de banderas, e incluso con razas y religiones. Era un país personal, intransferible, que carecía de nombre y en caso de tenerlo iba a ser muy largo y

complicado, con oraciones subordinadas, de ahí que nadie, salvo él, lo conociese. Él se sentía de su tiempo, en un mundo atrapado en un pasado todavía dividido en aldeas, tribus y naciones que hacían de eso la mayor industria jamás conocida y al tiempo seguían empeñados en vivir en valles cerrados y, a ser posible, encerrar a los demás en otros parecidos y que se movieran lo menos posible. ¿Cómo esperar que ese país personal fuese reconocido en ninguna frontera?

21. El viento, el riesgo y la imposibilidad de olvido de la muerte

A Clementina Neira no le hacía falta mirar el barómetro: antes de que la aguja comenzase a moverse ella sentía como un rumor en las manos que, aunque precedía al dolor, no le daba miedo. Porque también anunciaba una gran exaltación y ganas de escribir. Y en efecto, a medida que pintaban de gris las barrigas de las nubes, a lo lejos, ella sentía cómo le subía el talento, o lo que les sube a los artistas. Y no podía evitarlo, se ponía a escribir y lo hacía al tiempo que prestaba atención al radar y la radio: para eso era la farera del faro de los Murmullos, en una de las puntas más peligrosas de la costa de la Muerte.

No se lo había dicho a nadie, nunca: había escrito algunas de sus mejores páginas mientras procuraba orientar a barcos al borde del naufragio, y también después, guiando a los que salían al rescate entre la tormenta o la niebla. Entretanto, escribía a ráfagas en el mirador en lo alto de la torre, al lado del radar y la radio que había subido hasta allí. ¿Qué sentido tiene vivir en un faro si no es en medio de la tormenta? Aunque a veces la tempestad se lo ponía difícil, Clementina había desarrollado un oído de perro para conseguir escuchar la radio entre el fragor de la lluvia y los truenos. Mientras más de uno era capturado por el pararrayos del faro, ella escribía de pie, a mano sobre una mesa que le llegaba a la altura de los pechos y desde la que le parecía dominar el mundo: su cuaderno y el mar un poco más allá.

De todas formas, poco importaba que contase o no cómo había escrito sus libros. Muerto el editor que se los había publicado sin más razón de que le parecían magníficos, su editorial, Libros de Enfrente, había sido absorbida por el segundo grupo editorial más grande de Europa, y ya se sabe lo que significa eso. Además, ella se había dejado de prudencias y consideraciones sobre si lo que escribía iba o no a gustar y se decidió a escribir lo que de verdad le daba la gana: páginas extrañas al comienzo, como una raza no clasificada, que parecían no contar historias y sin embargo las contaban. No exponían ideas, pero las ideas estaban ahí. Sonaban a veces como teatro, y de vez en cuando incorporaban dibujos que parecían una extensión de su caligrafía. Algo esto último a lo que no se había atrevido mientras estuvo casada, pues ¿cómo iba a competir con su pintura?

—No es competencia —le decía su marido—. Publícalos.

De ahí lo extraño que un tipo la quisiese entrevistar.

—¿Sobre el faro?

—No, sobre sus libros.

La petición le sorprendía tanto que por un momento pareció que se había cortado la línea.

—Lo siento, no doy entrevistas como escritora.

Tampoco es que le hubiesen pedido muchas.

—Verá: no es una entrevista —le dijo el hombre con un acento que ella no alcanzaba a

reconocer del todo—. Mejor dicho, sí lo es, pero no soy periodista, no es para publicar.

—¿Entonces?

—Quiero conocerla. Me gusta mucho lo que escribe.

Eso sí que no le había ocurrido nunca. Sí habían salido unos pocos artículos dispersos en revistas especializadas y casi secretas, y sí le habían escrito algunas cartas y mensajes al correo electrónico del faro, pues ella no tenía, pero nunca nadie había querido ir a conocerla en el faro de los Murmullos, en la parte más peligrosa de la costa de la Muerte.

—¿Por qué lo llaman de los Murmullos? —le preguntó el hombre.

—Bueno, si ha venido hasta aquí, seguro que ya lo sabe.

—Conozco la propaganda. Quisiera saber su versión.

—Mi versión es que no existen los murmullos que se dice que se escuchan en las noches de luna llena y con el mar como un plato. Existen versiones sobre si hablan en castellano, en portugués o en gallego.

—Usted nunca los ha escuchado.

—No. Entre otras cosas porque, en diecisiete años que llevo aquí, en ninguna luna llena he visto el mar como un plato. Al contrario: a este mar la luna suele ponerlo nervioso. Creo que también la gente, pero de eso no estoy tan segura; aquí no viene nunca nadie.

En efecto, bastaba asomarse a la pequeña península del faro para comprender que solo alguien con mucha sorna, preso de la nostalgia o las dos cosas, podía haberlo llamado *faro de los Murmullos*. Un viento que reducía al absurdo las faldas, los peinados, las confidencias, los paraguas y las cerillas competía en estruendo con las gaviotas felices. El faro, en el extremo de unas rocas, más un araño, un cabreo, que una península, no parecía algo puesto ahí para ayudar a los barcos en peligro, sino un paseante asomado a las rocas un instante antes de ser devorado de un bocado por el mar. Estaba claro que, en esa cantera trabajada con paciencia por el océano desde hacía millones de años, de momento solo se podía representar la misma obra, una y otra vez y sin pausa: el viento, el riesgo y la imposibilidad de olvido de la muerte. Allí los murmullos eran una invención literaria.

—¿Cómo lo soporta? —preguntó Yago.

Clementina Neira lo miró con desconfianza, como si al aceptar la entrevista temiera haber cometido una de esas ingenuidades en que caen los artistas.

—Qué.

—Este paisaje que no descansa nunca.

Ahí comenzó la entrevista. No se oyó, pero se sintió en el aire el *clic* que se ha de producir en una conversación con un artista cuando este reconoce a quien le habla, se siente en confianza, abandona sus prevenciones, se olvida un poco de sí mismo y del papel que se espera de él, o que él cree que se espera de él, y comienza a hablar de modo natural. Es algo muy difícil, que se produce rara vez.

Y quién sabe por qué se produjo con Clementina Neira. Cierto que en su día había sido una arquitecta más bien inmoral, capaz de embutir a la gente en las cajas perpetradas por los constructores con todo tipo de ingeniosas excusas, pero de eso hacía ya mucho, se podía decir que en otra vida. (Aunque ¿pueden existir realmente vidas distintas en una sola?). Fueron precisamente sus propios excesos de tecnócrata los que la hicieron cambiar: era muy difícil imaginar a aquella ejecutiva de tacón alto y ropa firmada a partir de la mujer menuda que recibía a Yago, calzada con

mocasines de estudiante y envuelta en un poncho de tonos ocres. Es muy posible que quisiera disimular un cuerpo quebradizo de pájaro que se adivinaba a partir de su cuello de hambrienta. El personaje se correspondía con el escenario, si bien resultaba difícil imaginar siquiera que pudiese salir del faro sin que se la llevase el viento. Por alguna alquimia que se da en los faros, algo unía la mirada negra y de frente de Clementina con el faro y con el viento.

—¿Cómo le iba con su nombre en el colegio?

Entonces Clementina se rio con una carcajada no muy alta y, para sorpresa de Yago, su risa era abierta, casi joven, como si no estuvieran en un faro en la costa de la Muerte sino entrando a una fiesta. Salía de su cara arrugada y con ojeras como un chorro de agua entre unas rocas. La risa hacía juego con sus ojos, que se mantenían jóvenes y recordaban que, le hubiese ido bien o no en el colegio, había sido bonita.

No era eso lo que quería saber, pero Yago no sabía cómo empezar. Normal: los datos que tenía de Clementina —cincuenta y cinco años, nacida en, viuda de un pintor que había sido el farero titular y todo lo demás que se podía consultar en la red— no tenían importancia y no daban para iniciar una conversación. Lo que le había llevado allí eran sus libros. Aunque no le habían *llevado allí*, pues lo cierto es que no tenía ninguno con él. No hacía falta, los recordaba como los libros que importan, y desde su jubilación en México no paraba de viajar y ya no sabía muy bien cuál era el puerto de partida. Y había viajado lo bastante como para saber que hay que elegir bien los libros de aviones y hoteles. Allí llevar un libro es como llevar a una amante, pues un libro es también un viaje y, si se elige mal, libro y viaje pueden salir perjudicados.

—¿Por qué quería verme? —preguntó ella al fin. No parecía que la incomodase el silencio. Hablaba más bien como una forma de cortesía, porque sabía que a la gente le molestaba el silencio y hasta le asusta.

Yago ya había gastado la respuesta de «porque me gustan sus libros», y de todas formas no era ese diálogo de *admirador-escritor* el que quería utilizar; no había viajado para eso hasta la costa de la Muerte, cerca de Finisterre, el fin del mundo hasta antes de ayer.

—¿No la asusta vivir en un lugar llamado costa de la Muerte?

—Sí, claro. A veces me asusta, a veces consigo que no lo haga, y cuando insiste, miro el mar: y lo que veo es lo contrario de la muerte. Y además me alivia el dolor en los huesos.

—¿Y cuándo hay naufragios? Su trabajo consiste en verlos antes de que se produzcan muertos.

—Entonces no pienso en la muerte, sino en la vida. Y peleo por que los marineros la conserven.

—¿Y si de todas formas hay muertes? He leído que esta costa está llena de viudas jóvenes, y que no es difícil verlas, subidas en las rocas e incluso vestidas de negro, vigilando el mar.

Ahí Clementina permitió que se alargase el silencio. Ya no parecía importarle, ni se adelantaba para evitar la incomodidad.

Estaba claro que había dado pocas entrevistas, porque en ellas el silencio puede no ser incómodo, al contrario: a Yago, sentado en una esquina del sofá, le permitía fijarse en ese mirador desde el que también se podían ver los naufragios: una mesa muy extraña bajo la ventana, de madera gruesa como un libro gordo y de bordes irregulares y redondeados, apoyada por un lado sobre un barril y por el otro sobre una tinaja, con apenas lugar en el medio para quien se hubiese sentado a trabajar o a comer en ella. Una lámpara que representaba la Torre de Hércules, el faro creado por los romanos, y en cuya pantalla figuraba lo que parecía un mapa. Una alfombra nepalí

en azules y grises sobre un parqué muy oscuro y bruñido como el puente de un velero. Cuadros con imágenes de tormentas con relámpagos naranja y barcos subidos a olas como el corcho de una botella que se reconocían fácilmente como de su marido, un pintor de naufragios. Y una pared llena de libros y ninguna pantalla. Las gaviotas pasaban una y otra vez frente a la ventana estrecha y vertical, incrustada entre un muro de un metro de grosor para impedir entrar a los huracanes.

—Qué mesa —dijo al fin Yago.

—Sí, un regalo del mar —dijo ella—. No es difícil encontrar restos de naufragios en esta costa.

—Pero esta tabla...

—Es muy rara. No sabíamos qué era hasta que un marinero holandés me dijo que es espina de camello, una madera africana muy difícil de encontrar por aquí, y más difícil aún para trabajar con ella, por lo que no es difícil que sea un resto de cubierta de un barco naufragado vete a saber dónde. Pero ya ve: ni siquiera ella pudo resistir al mar, que es un gran escultor.

—E hizo con ella una mesa.

—Sí, costó mucho vaciarla del mar que traía y secarla. La idea me la dio Neruda, que hizo lo mismo en su casa de Isla Negra, en Chile. «El océano Pacífico era tan grande, tan inmenso y tan azul que no cabía en ninguna parte. Por eso lo pusieron frente a mi ventana».

Entre los gritos de las gaviotas que se oían fuera se oyó uno más fuerte.

—¿Conoce el Pacífico?

—Ah, pensé que me iba a preguntar si conocía a Neruda... No, no conozco el Pacífico.

—Yo sí. Y se parece a esto.

—¿Sí? Bueno, solo conozco un par de mares. Dicen que todos se parecen, y sin embargo...

—¿Este no se parece?

Clementina se le quedó mirando; le miraba a los ojos.

—Verá: no quería dejar sin responder su pregunta de si me asusta vivir en esta costa donde a pesar de todo se producen muertes. Y la respuesta es sí, claro, me asusta. Y lo vivo como un fracaso, del que me cuesta mucho reponerme cuando ocurren. Ni siquiera creo que me reponga alguna vez.

Clementina volvió a dejar que se creara un silencio.

—Pero ¿sabe? De algún modo lo necesito. La vida fuera de aquí está envuelta en plásticos, en burbujas de embalaje, al menos lo estaba cuando yo vivía allí, y lejos de todo lo cierto. ¿Y qué más cierto que la muerte?

Esta vez fue Yago el que permitió que se crease un silencio.

—Es todo ese contacto con los muertos, la tormenta, los relámpagos..., lo trágico, si quiere, pero lo trágico verdadero, pese a todo, lo que me permite, lo que me hace escribir. Y escribir lo que quiero, que es mucho más de lo que se permiten no pocos escritores. Hemos postergado lo trágico y lo escondemos detrás de vacaciones, hipotecas y pantallas. Y sin embargo no hay forma de hundirlo y que desaparezca. Aquí al menos no se puede. Por eso estoy aquí: mis cuadros no tratan de naufragios, a diferencia de los de mi marido, pero de un modo que no sabría explicar es de lo que trata todo lo que escribo.

22. Toda la vida de viaje

Lo que asusta a Emad no es que el suelo se mueva —el suelo del desierto se mueve más que ningún otro—, ni tampoco que el cielo, vuelto del revés, parezca que ha cambiado de sitio con el mar: ningún cielo puede intimidar cuando se ha dormido toda una vida bajo el infinito del desierto, donde toda pequeñez es imposible.

Lo que asusta a Emad hasta un punto de que ni se da cuenta de que está vomitando a cada rato, y ya solo saca bilis, es todo lo que imagina que se encuentra bajo la danza sin ritmo del mar: tiburones, ballenas, pulpos, ahogados, monstruos y vete a saber: nunca se habló mucho del mar en Awbari, el oasis libio en que Emad se crio, en el Sahara. Allí el mar es una invención fantástica de la que alguna vez hablan los cuentos de piratas, la televisión y, desde hace unos años, un lugar maldito del que casi nunca se regresa. Pero no es algo real, como el calor o los dátiles.

Hasta esta noche. En una barca neumática hecha para diez personas se aprietan cuarenta y dos —dos menos que al zarpar—, y entre ellas una mujer embarazada que va a parir en cualquier momento. A nadie le importa: la gente reza y vomita, a veces unos sobre otros. A medida que avanza la noche se oyen más gemidos que oraciones. Se adivinan más bien, por los gestos, pues los rugidos del mar y de la lluvia no permiten ni oír al vecino. En el caso de Emad es una mujer, Asumini, cuyos ojos parecen luces de puro terror.

A Emad le costaría explicar cuánto tiempo lleva de viaje, y eso que es ingeniero. Tiene la sensación de que desde siempre. Toda la vida de viaje, toda la vida mirando la televisión y queriendo ir adonde ocurren las películas. En el oasis de Awbari, bajo las palmeras y el cielo con más estrellas del mundo, las películas que llegaban al televisor tenían el mismo efecto que las historias de *Las mil y una noches* en un salón inglés de antes, con las luces bajas, libros en las paredes y niebla en las ventanas. Algo inalcanzable que sucedía en países más lejanos que las estrellas. A fin de cuentas, las estrellas se podían coger con una mano, y las mansiones con jardines verdes y coches más rápidos que los camellos, no.

Luego viajó a Trípoli, para estudiar Ingeniería, que en el desierto es una suerte de teología aplicada, y más que la ciudad lo que le llenó de asombro fue el mar. Ya lo había visto por televisión, pero el mar de verdad huele, suena, está más vivo aún que el desierto y no tenía nada que ver: en carne y hueso el mar llamaba con una fuerza misteriosa. Durante unos dos años se quedó estupefacto; regresaba a verlo desde la playa siempre que podía, mirando hacia la línea del horizonte que trazaban hacia un lado y hacia otro lentos e inmensos petroleros. Sentía su fuerza y la medía con la propia. Y solo con el tiempo —la universidad y la televisión ayudaron, claro— comprendió que el mar le llamaba, pero para cruzarlo: al otro lado se encontraba un mundo mejor.

Y no pudo evitarlo. Así como la noche y el frío hacen explotar la tierra que ha calentado el sol, todo joven, por el hecho de serlo, quiere averiguar qué hay al otro lado de la duna, más allá

de las montañas y también al otro lado del mar. Sus estrellas se cruzaron una tarde en que, de vuelta en Awbari para asistir a una boda de un primo, se alejó un momento de la fiesta para encontrar un poco de soledad y, sin saber que ese era un día señalado en su horóscopo, entró en una habitación y encendió un televisor. Y se quedó a ver *Doctor Zhivago*, en la penumbra, con la idea sobre todo de aliviarse del sol, que en el desierto es de un rubio albino y agota como trabajar en la mina.

No fueron las mansiones, los coches rápidos y las mujeres inalcanzables de tantas películas lo que le trastornó. Tampoco Lara, sus ojos azules y —lo que por otra parte admiraba— que inspirase los poemas del doctor Zhivago. Lo que ese día le cambió, vete a saber por qué pues ya la había visto en otras películas, fue la nieve. La visión de grandes estepas, no tan distintas del desierto, cubiertas de nieve y con frío a mediodía. «Yo quiero eso», dijo, y de algún modo sus palabras se sobrepusieron a las de *Doctor Zhivago*. Lo que quería era revolcarse en la nieve y sentir frío bajo el sol.

No hay ningún libio mayor de quince años y menor de cuarenta que no sepa qué hay que hacer para ir a ver la nieve, o al menos comenzar el viaje. De modo que, mientras seguía estudiando, consiguió un trabajo de limpiador de piscinas en Alma Cit, la zona de los ejecutivos de las petroleras, y más tarde, como resultó de fiar y puntual en su trabajo, de persianero, electricista y hasta jardinero, aunque había poco que podar y regar en una casa llena de cactus. Quisieron comprometerlo en matrimonio con una prima lejana y él se defendió con una fe de creyente y consiguió convencer a sus padres de que más tarde. Una compañera con los ojos más peligrosos que había visto —negros y brillantes, como los de casi todas, además eran tristes— le miraba lento desde lejos. Supo resistirse. En la universidad le ofrecieron un puesto de profesor ayudante, pues no faltaba nunca a clase y respetaba a los profesores, y argumentó que prefería terminar antes sus estudios. En realidad, ya había decidido marcharse y no quería dejarlos colgados.

Llegado el día, le avisaron sobre las seis de la tarde. No tuvo ni tiempo de despedirse. Cuando vieran que se había ido, ya sabrían por qué. Todo el mundo sabe en Libia adonde ha ido quien desaparece. Solo lamentaba la preocupación, la angustia que le iba a causar a su madre, y le dolió no volver a ver a su abuelo, que le había enseñado a leer la noche y a escuchar el desierto. El desierto nunca duerme. Al menos, se consoló, en breve les enviaría dinero.

Iba a subir a la barca, pero uno de ellos lo sujetó de un brazo.

—Son dos mil más.

Sabía que eso iba a pasar, e incluso había pensado que podía ser más. Aun así, preguntó:

—¿Dinares?

—No. Euros.

—Ya os pagué cinco mil.

—Sí, pero la tarifa ha subido.

Emad evitó mirarle a los ojos, si le veían el odio le podían dejar en tierra. Una ley no escrita en el reglamento de las pateras: «El pasajero que odie a los que le roban podrá perder su pasaje». Ya había ocurrido. Más de uno había incluso muerto por negarse a pagar esa última tarifa y aun así querer subirse a la barca. Y no era raro que a quien se negase a pagar lo dejaran subir y luego, por casualidad, cayese al agua, a veces sin que nadie se diese cuenta. Quién sabe. Esa era solo una de mil historias en las que quien siempre perdía era el viajero.

Emad sacó unos billetes del bolsillo y entregó dos de los tres mil euros que guardaba allí, y

dejando ver que solo le quedaban mil. En un zapato guardaba los últimos dos mil euros para cuando llegase a Europa.

Iba a subir a la lancha, ya llena, cuando el jefe de los mafiosos lo cogió del brazo y le ofreció algo. Emad se lo quedó mirando.

—Toma, es un GPS.

Eso solo podía significar una cosa.

—¿No vais a venir con nosotros?! —se indignó Emad. Aunque también sabía que podía pasar.

—No hace falta. Si vais en línea recta, en las coordenadas que ya están puestas encontraréis un barco que os llevará a España.

—¿Y por qué yo?

—Bueno, tú eres ingeniero, ¿no? Eres el que mejor podría manejar este cacharro.

Entonces lo reconoció, y le asombró no haberlo hecho antes: detrás de su máscara de mafioso Emad alcanzó a reconocer a uno de los profesores de su facultad. Nunca le había dado clase, pero lo había visto por los pasillos.

Emad subió a la lancha neumática, más que completa con una carga de cuarenta y cuatro personas. Aun así, algo más de la mitad de lo que eran capaces de meter en otros viajes. La razón era que ese era un viaje de ricos, un viaje *firstclass* para emigrantes de lujo. No se hubiera dicho: no todos eran libios, se veía que muchos venían desde Níger, Chad, Sudán y hasta Nigeria y más lejos, y se los veía ya exhaustos. Y no parecían viajeros de primera clase.

Zarparon de inmediato y navegaron una media hora por un mar que se iba animando. Cuando avistaron la silueta del pesquero que andaban buscando, las olas ya eran altas y algunos, en su primer contacto con ellas, ya estaban muy mareados y la peste del vómito alcanzaba a teñir el olor del mar. Aun así, se las arreglaron para acostar el barco, y mediante redes que hacían de escalas subieron a bordo. Un hombre y una mujer perdieron pie y cayeron al agua, y solo la mujer fue rescatada por la única razón de que resultaba fácil. Durante muy poco tiempo se escucharon los gritos del hombre, más de miedo que pidiendo auxilio, luego desapareció. Ya eran cuarenta y tres. Después de subir todos izaron también la barca, la desinflaron y la taparon con redes para burlar los controles. El que parecía a cargo de ese barco —había otros dos hombres— le pidió el aparato de GPS.

—Lo necesitamos —dijo Emad. Un GPS era tan importante o más que un teléfono cargado.

—Nosotros también. Por eso te lo pido.

Se lo dio. Era un barco de tamaño medio, para pesca de arrastre, aunque salvo redes no se veía ningún otro aparejo de pesca. Tenía el nombre *Horacia II* medio despintado, que asomó al abrirse un claro en las nubes cuando se encaramaban por la red.

A Emad, sin quererlo, le había tocado inaugurar una nueva etapa en las rutas de las pateras. Visto que la vigilancia se había reforzado en la que iba a la isla de Lampedusa, en el extremo sur de Italia y de Europa, y más de la mitad de los barcos se veían condenados a naufragar y ahogarse, o regresar a Libia, al profesor mafioso se le había ocurrido una treta con la que se podía cobrar más por los pasajes: no ir a Lampedusa, sino desviarse hacia el oeste y cruzar el estrecho de Gibraltar para luego depositar la carga humana en las costas de Portugal. No en las del Algarve, demasiado vigiladas a causa del turismo, sino más arriba.

Y todo fue como previsto, salvo por el hecho de que en un par de días agotaron la poca

comida que llevaban y aun así estuvieron vomitando esa comida y también la de días, semanas atrás. Porque al cruzar el estrecho las cosas se torcieron y se encontraron con un mar a cuyo lado el Mediterráneo parecía una piscina. Lo notaron desde antes de cruzar, incluso, cuando fuertes corrientes les impulsaron, les frenaron, les quisieron devolver hacia la costa africana. Y ya en el Atlántico se encontraron con que el mar ya no parecía querer bailar con el barco, sino que lo iba empujando como un matón en el patio de un colegio.

No supieron por qué, tal vez por puro entusiasmo, o desesperación, un hombre negro salió de la cabina donde se apretaban para eludir los helicópteros, se fue hasta la proa del barco y abrió los brazos como si quisiese abrazar el océano. Fue derribado por una súbita combinación de una ola y el viento que atacaron al tiempo —parecían estar esperándolo como hacen los leones—, y con el aplauso insolente de las gaviotas que seguían el barco. Los salvavidas que llevaban eran de juguete y de todas formas nadie quería desprenderse del suyo, y el barco no llevaba ninguno de esos redondos que se les arrojan a los naufragos. Cuando pensaron en tirarle una red ya era tarde. De todas formas no sabía nadar, y el mar se lo había tragado. Quedaban cuarenta y dos.

Fueron remontando la costa portuguesa, lo bastante lejos como para parecer uno de los barcos que trazan la raya del horizonte, pero lo bastante cerca como para alcanzar a distinguir a los bañistas, a los pies de los grandes *hoteles-caja*, en las playas del Algarve. Subieron más arriba de Lisboa y, cuando un par de hombres empezaron a mirar torcido la nevera de la que la tripulación sacaba su comida, el jefe del barco dio instrucciones para inflar la barca con unas bombas de aire que sacó de la bodega.

—Si navegáis en línea recta hacia la costa, esta medianoche llegaréis a una de las playas de Nazaré. Es un pueblo turístico y no habrá vigilancia de inmigrantes. Si os ve alguien, aunque será de noche, pareceréis veraneantes en una excursión de pesca. Y ya estaréis en Europa.

Si hablaba con ironía, no se sonrió.

Antes de bajar a la barca, Emad pidió el GPS.

—Cuál GPS.

—El que trajimos al llegar y que te entregué.

—Para qué lo quieres.

—Para llegar a la costa.

—¡Pero si está ahí! Se ven las luces.

Cierto, se veían.

—Aun así, por si acaso.

El hombre ni le contestó. Le dirigió en cambio una mirada que hubiese comprendido cualquier animal. Ni siquiera era necesario que exhibiera un cuchillo en la mano.

Emad bajó a la barca y se acomodó en un extremo, al lado de una mujer de Níger que solo acertó a decirle un nombre que parecía una canción, Asumini, y una palabra: Níger. Parecía casi muda por el susto. Lo miraba con grandes ojos en blanco y negro, como buscando en él seguridad.

Cinco minutos después Emad se reprochó no haber insistido con el GPS. Arriesgándose a una cuchillada o pagando incluso por él si fuese necesario con sus últimos dos mil euros. Luego ya se vería: nadie muere en un naufragio una vez llegado a Europa.

El mafioso del pesquero debía de saber algo porque, no mucho después de bajar a la lancha y poner en marcha el pequeño motor, los golpeó a traición una borrasca que parecía estar esperándoles y que se hizo mayor de golpe. Se enteraron por la lluvia, que les dio primero un

latigazo y de inmediato les vació encima una piscina. El cielo estaba negro y solo en algún descanso que otro de la batalla dejaba ver la luna. No lo hubiera hecho: la primera vez, de la barca se elevó un gemido de miedo ante el mar bíblico que veían. La barca había comenzado además un baile neurótico que desconocían y de inmediato también sus estómagos se volvieron del revés. Aunque ya no tenían que devolver más que recuerdos.

Emad tendría una memoria más confusa de esa parte que del resto del viaje, como si la tormenta y el mareo le hubiesen también barajado la memoria. Se encontraba en la tercera fila desde la proa, y en algún momento escuchó el llanto de un niño. La mujer embarazada había parido. Ya eran otra vez cuarenta y tres. El llanto se escuchó un poco y luego dejó de oírse. Alcanzó a pensar que le debía de estar dando el pecho. De todas formas, no había forma de escuchar nada en medio de los lamentos del pasaje y de la bronca del océano. No se veía casi nada.

Pero no tenía tiempo para niños. Miraba al frente, pero en el frente habían desaparecido las luces de la costa y ellos navegaban, por decir algo, sobre un mar negro cuyo único objetivo parecía ser derribarlos. Por alguna razón la barca se sostenía sobre las olas, una y otra vez se sintieron en la cima de una montaña. Después venían la bajada y los gritos.

Y sí, puede haber cierta rutina en el desastre. Así pasaron la noche, y después un día gris que no terminaba de ser día del todo, lluvia y viento a merced de las corrientes, pues el pequeño motor se había muerto y con los dos pequeños remos que les quedaban no habrían avanzado ni en un estanque para novios de domingo. Casi todos los teléfonos que llevaban se habían mojado, descargado o no tenían cobertura. No respondía nadie.

Desde hacía unas horas se habían metido de nuevo en una noche tan enfadada como la anterior o incluso más, como en una discusión conyugal sin salida, cuando vieron una luz que parecía una luciérnaga, primero, y luego una broma: igual que un adulto jugando con un niño, aparecía y luego desaparecía, cortada por olas como castillos. Le miraba con ojos redondos que parecían capaces de alumbrar la noche.

—Sí —le dijo Emad en inglés, confiando en que pese a todo la mujer entendiera al menos su sonrisa y pudiese cerrar un poco los ojos redondos—. Es un faro.

23. Libre para qué

Asumini hizo lo que no había hecho jamás, agarrarse del brazo de un hombre que no conocía. Para no caer. Algo inútil, porque el fin del mundo había llegado hasta ella. Las olas levantaban la barca y luego la arrojaban al abismo. En cada una de esas caídas ella creía que esta vez sí los tragaría el mar con una de sus miles de bocas, y vomitaba o creía que vomitaba porque dentro ya no tenía nada. Ni siquiera hambre. Sentía como si en cada arcada fuese a arrojar su estómago y quedar del revés. Ella miraba al cielo, pero no en busca de un dios o de algo que la pudiese ayudar, sino de esos pájaros blancos con las alas extendidas que los habían acompañado durante el viaje, gritando sin parar y volando contra el viento. ¿Dónde estaban? Se los había tragado la tempestad y no había tierra a la vista a la que hubiesen podido ir. Eso le infundía un temor supersticioso. Ahora era el viento el que gritaba alarmado y enfadaba todavía más al cielo. Este contestaba con grandes estallidos, a veces muy largos, precedidos de súbitos latigazos blancos que iluminaban el mar y surgían de cualquier parte, incluso uno muy cerca de la barca. No debía de quedar ni un pez ni un monstruo en el mar bajo ellos. Cada uno de esos estallidos latigazos — conocía la tormenta, pero no eso que se daba en el mar y con frío y no sabía ni cómo llamarlo— la asustaba como el fuego, la serpiente, la enfermedad. Mucho más. Sabía que iba a morir, pero nadie le había dicho que iba a ser así.

El hombre a su lado —al resto de la barca ni lo veía— era lo único que podía reconocer en ese mundo que se había vuelto loco. Un árabe, y ella desde niña huía de los árabes, que iban a su aldea en busca de esclavos. Gritos y un miedo parecido al de esa noche, que les hacía intentar correr más rápido para refugiarse entre los árboles, escasos en su región, no lejos del desierto. En las dos ocasiones ella se había salvado, pero en la primera se llevaron a su madre y en la segunda a sus dos hermanas, Akanka y Mahari, de nueve años. Así que su padre estuvo buscando dinero, a lo mejor haciéndose con deudas para el resto de sus días, y consiguió entregarle 5.850 dólares para que huyese en uno de los barcos que al parecer zarpaban de la costa de Trípoli. Muchos hombres y algunas mujeres de la comarca habían salido hacia allí y ninguno había vuelto.

—Pero tengo que atravesar Libia.

—Sí.

—Es tierra de árabes.

—No todos son esclavistas.

No todos lo fueron, y algunos incluso la ayudaron, le advirtieron de caminos peligrosos y le aconsejaron otros, y un hombre, en una ocasión, le señaló una serpiente que ella no había visto, agazapada junto a un tronco, esperándola. En otras dos ocasiones la violaron. Le pegaron para vencer su resistencia, pero la dejaron marchar después, sin esclavizarla, por lo que consideraba que había tenido suerte. Ya la habían violado cuando tenía diez años, y entonces le hicieron mucho

daño. Fue su tío, un hermano de su padre, que la derribó mientras ordeñaba una de las dos vacas de la familia: eran ricos. (Estaba casi segura de que su padre había vendido una de las vacas para pagarle el pasaje. O las dos).

Junto al dolor intenso recordaba los ojos de la vaca y que mugiera por ella, pues su tío le había puesto una mano sobre la boca. Asumini lo aceptaba como algo que les ocurría a las mujeres; solo quería que no le contagiasen el sida y la dejaran marchar a Europa. Cuando tuviese dinero volvería en busca de su padre, o le enviaría dinero para que viajase en avión a reunirse con ella.

De todas formas, en ese mundo al revés Asumini miraba al hombre a su lado en la barca como para convencerlo de que no se fuese sin ella. Árabe o no, no tenía a nadie más. Por otra parte, adonde se iba a ir.

De pronto el hombre se quedó mirando un punto fijo, y con tanta insistencia que ella siguió su mirada y le pareció ver una luz. No entendió lo que le estaba diciendo el hombre, ella solo hablaba *djerma* y algo de francés. Debía de ser algo bueno porque, a través de los riachuelos que lo recorrían de arriba abajo, y algunos eran de lágrimas, el hombre sonreía. Incluso gritó de pura alegría: «¡Aaaah!».

La alegría pasó pronto, porque todavía tuvieron que aguantar toda la noche bajo la tormenta. Algo le hicieron las primeras luces, que la calmaron. Poco a poco los truenos se fueron espaciando, igual que las horas de un reloj agotando la cuerda, mientras los relámpagos se veían cada vez más lejos. El faro, que al principio era una adivinanza en la noche, se veía ahora con claridad —el rayo les pasaba por encima cada poco, animándoles—, pero aún se encontraba muy lejos cuando a su lado surgió una pared de hierro que al comienzo le costó desprenderse del amanecer y del cielo gris.

Era un barco y, por la exhausta alegría de algunos de sus compañeros —los otros estaban medio muertos, a tres los habían arrojado por la borda cuando murieron—, venían a rescatarlos. Aunque eran guardias uniformados, los otros no mostraban miedo. Un poco después su compañero árabe la ayudó a subir al barco, le dieron un té caliente y una manta roja y se quedó dormida tendida en el suelo, sin terminar de beber su taza, aunque todavía tenía sed. Ya no oía la tormenta, solo el motor del barco bajo su cabeza.

No volvió a ver a su compañero árabe. Una vez en el puerto la llevaron al dispensario médico más lujoso que había visto nunca, donde un médico y unas enfermeras la trataron con sonrisas al igual que a las otras cuatro mujeres de la barca, empezando por la que había dado a luz. Sintió envidia del bebé y se acordó de Akanka y Mahari, sus hermanas. Solo pudo contestar a lo que le preguntaban con unas pocas palabras francesas, pues nadie sabía *djerma*.

—*Non, pas malade, jamais malade.*

Lo cual no era cierto, pero si les decía que tenía malaria y que en el último ataque estuvo delirando entre sudores una semana hasta casi morir de fiebre, tal vez no la dejarían pasar. Era posible que la devolvieran a la barca.

Después Asumini fue internada en una casa, una cárcel porque no podía salir. Además, estaba aislada en una parte reservada a las mujeres y los niños. Apenas cabían, pero su situación era mejor que la de los hombres, que no cabían literalmente en su parte de la casa, hasta el punto de que una noche quemaron colchones, armaron una barricada y se subieron a gritar al tejado. Vino la policía y, con botes de humo y porras, no tardó ni media hora en vencerlos. Se llevaron a cinco

hombres detenidos.

—No tenemos suerte —le dijo una mujer que llevaba dos meses encerrada y que hablaba *djerma*, como ella. Lo hablaban en voz baja, para que no las fueran a identificar y poder deportarlas de nuevo a Níger.

—¿Por qué lo dices?

—Teníamos que haber llegado a España por el sur: Cádiz, Málaga... Allí los centros de detención están tan llenos que no pueden hacer otra cosa que soltarnos.

Esa no era la situación en La Coruña pero, aun así, al cabo de un tiempo que no hubiese sabido precisar si fueron semanas o meses, también la soltaron. Un día un policía la llevó a ella y a otras dos mujeres hasta la puerta del centro de detención y la abrió.

—Iros. Sois libres.

Eso pudo entenderlo. Se decía igual en francés.

—¿Libres?

—Sí, libres.

Asumini se sintió tan desconcertada como la noche de su rescate. ¿Libre? Libre para qué. No sabía ni hacia dónde ir.

Y además no quería ser libre al mismo tiempo que las otras dos mujeres: una de ellas era la que la había sujetado en su camastro mientras otra intentaba encontrarle el dinero que todavía le quedaba: unos trescientos dólares que tenía metidos en sus bragas. Y que defendió revolviéndose con tanta furia, con patadas y mordiscos a los brazos, que la dejaron tranquila. Mas Asumini sabía que volverían a intentarlo. ¿Y con ellas iba a salir a la calle? Seguro que se unirían para robarle.

De modo que fingió un desmayo. Fue lo único que se le ocurrió. Sabía que las mujeres no se lo creerían, pero con los guardias coló, no podían hacer otra cosa, y la llevaron a la enfermería. Esperó un buen rato para despertar —tampoco le hicieron mucho caso, una vez en la camilla— y, cuando decidió que ya estaba recuperada, aceptó la libertad que le ordenaban y salió a una calle desierta de las afueras de La Coruña. Hubiese podido ser Canberra, Buenos Aires o Kiev: ella ni siquiera sabía muy bien lo que era una ciudad, y la idea que tenía era por las películas.

Y por consiguiente ella creía que comenzaba la verdadera aventura, y que a partir de ahí le iban a suceder todo tipo de cosas. Pero no era cierto; no hay mucha aventura posible en la pobreza, y sobre todo nada que supere la extranjería radical, que esa sí que es una aventura. Pero está compuesta de otras mil ya escritas un millón de veces.

No había caminado ni tres manzanas, distraída por edificios de fábricas que eran para ella el paisaje de la riqueza y la civilización, y disfrutando de una llovizna como si fuese la vestimenta de su nueva libertad, cuando a la vuelta de una esquina la asaltaron sus dos compañeras. Esta vez iban preparadas, y mientras una se le sentaba sobre su pecho y le sujetaba los brazos con una fuerza que no le podía sospechar, la otra le bajó los pantalones, le metió una mano bajo las bragas y le arrebató los billetes que tenía. Luego los olió con deleite. Asumini se sintió tan violada como las otras veces, más todavía por razones que nunca alcanzó a comprender. Antes de levantarse la mujer soltó su brazo izquierdo y, sin que pudiera reaccionar, le pegó con todas sus fuerzas un puñetazo en un ojo.

Así que durante su primer día de libertad Asumini vagó por La Coruña con el aspecto de una vagabunda que salía de una pelea en la calle y además iba tropezando por el alcohol, que no había bebido en toda su vida. Llevaba la ropa desgarrada y tenía el aspecto de un náufrago, lo que, bien

mirado, es lo que era. Vio de lejos a otros sin techo, pero no se acercó. Durmió en un portal que le pareció lo bastante oscuro y resguardado de la llovizna, y al amanecer, aterida, con dolor de garganta y una fiebre que le desdibujaba los bordes de las cosas, escarbó en un cubo de basura y encontró medio plátano, y cuando se lo había terminado de comer de un bocado se detuvo a su lado un coche de la policía y se bajaron dos, un hombre y una mujer. Eran jóvenes y le hablaron duro.

—¿Papeles?

Ahí se desarrolló la consabida escena de la petición de papeles que el otro no tiene, y los policías hacen amago de llevárselo, y el otro dice como puede, por signos y palabras raras (aunque no hace falta pues los policías ya saben de qué va), que ha salido esa mañana de ahí de donde lo quieren llevar, de modo que los policías se quedan un rato junto al sin papeles. Y luego, como no saben qué hacer con él, lo dejan ir, no sin decirle que se mantenga alejado de las grandes tiendas, de las casas bonitas y de los parques con niños. Asumini no entendió casi nada, aunque sí el sentido general. Tendría que tener más cuidado, mantenerse escondida. Pero como se sentía devorada por el hambre, a eso de las siete de la tarde, sin poder más, alargó una mano frente a una señora que le pareció buena persona. Y funcionó: la señora le dio cincuenta céntimos y también le dijo algo que ella no entendió.

Así que siguió pidiendo hasta que reunió un poco más, y cuando sumó una vez sus monedas y vio que tenía lo bastante —era ya tarde—, entró en una tienda de hamburguesas donde anunciaban una por 2,50 euros. Para eso necesitó más valor que para pedir, pues si en la calle la habían mirado como si fuese invisible o con algo de compasión, en la tienda un par de chicos la miraron con asco. Una chica con un uniforme rojo le alargó la hamburguesa y no le dio tiempo a darle algo de beber —iba incluido en los 2,50 de la hamburguesa—, cuando Asumini ya estaba fuera, devorándola. Era pequeña y se la comió como una aceituna de aperitivo.

Fue entonces cuando surgió un hombre a su lado para decirle con una voz gruesa que esa era su zona. Largo.

—O espera —le dijo cuando ya se iba, y la sujetó de un brazo para darle la vuelta y mirarla.

Fue el hombre el que cambió: treinta segundos antes era un perro con la barba sucia gruñendo que ese era su territorio y, después de mirar su ojo hinchado y su chaqueta desgarrada, algo debió de ver más allá porque le surgió en los ojos una lucecita, un brillo que Asumini no reconoció y le pareció una pista de humanidad. Hacía rato que no veía ninguna y estaba hambrienta.

—Es tarde —dijo el hombre—. ¿Tienes dónde dormir?

Y como Asumini no entendiera, el hombre se puso las dos manos sobre la mejilla inclinada e hizo un ademán de dormir, otro de comer, señalando su boca abierta con los dedos juntos en punta, e incluso de lavarse la cara. Era un estupendo actor, y no habría podido resumir mejor todo lo que Asumini le pedía a la vida.

Y como el hombre ya no parecía un perro desconfiado sino más bien un ser humano, fue con él. Caminaron un buen rato, de nuevo hacia las afueras de la ciudad, y una vez dentro de una chabola con el tejado de lata, algo que pudo reconocer pues en Libia había muchas así —en Níger casi todas eran de adobe y paja—, el hombre cumplió sus promesas y abrió para ella una lata de atún que le dio con un par de rebanadas de pan de molde, medio verdes de moho por un borde, y un vaso de agua con el cristal rayado por el uso. Asumini se comió el atún con los dedos y lo acompañó con el resto del pan después de quitarle el lado verde. Después el hombre le puso dos

dedos en el cuello y comprobó que si a Asumini le brillaban los ojos no era de alegría, sino de fiebre, de modo que le dio también una aspirina y le indicó que se la tomara con el agua. Asumini estaba tan agradecida que sentía ganas de llorar. Su cabeza tocó apenas al extremo del jergón sin almohada cuando ya dormía.

Y sí, por su propio olor al día siguiente —un olor a humedad, a tabaco negro y a sudor viejo y ácido— comprendió que el hombre la había violado por la noche, e incluso le pareció recordarlo detrás, pegado a su espalda, pero entre la fiebre y el agotamiento no era algo que hubiese podido describir. Nada violento, en cualquier caso, sino como un zorro tímido del desierto en busca no tanto de comida como de compañía. Es triste y solitaria la vida de los zorros. Pensó que el hombre le cobraba la lata de atún y el techo para dormir, y tomó la decisión de que no le iba a importar. A fin de cuentas, era la primera vez que la violaban y no le hacían daño.

24. La bandeja de maravillas

De inmediato descubrieron que podían hablar entre ellos pues Zlatan sabía francés —más francés que ella, de hecho— y por lo visto le gustaban los idiomas, y pronto le estuvo preguntando cómo se decía esto y aquello en *djerma*. Cómo se decía *agua*, *sol* y *pezón*. Esto se lo preguntó después de violarla por segunda vez, esta con Asumini despierta y pasiva, y al quedarse, después, con la cabeza reposando sobre uno de sus pechos, con el pezón a medio centímetro de sus ojos. Era un pezón grande, oscuro y generoso que se irguió de inmediato cuando él alargó un dedo y lo tocó ligeramente, un poco como un timbre en una mansión silenciosa, y luego le hizo un suave masaje circular con los labios. Ella se llevó una sorpresa pues ya le había ocurrido, aunque nunca por la acción de un hombre. Así que se le volvió a subir encima y esta vez, al final, Asumini cerró los ojos y respiró un poco más fuerte.

Y eso fue lo que los fue uniendo. Una vez bajo techo y con suelo firme bajo sus pies, aunque fuese el de una chabola con tejado de lata, Asumini se sintió segura y sin ninguna curiosidad por salir a descubrir Europa. Tenía miedo de irse a encontrar con los policías. Se daba cuenta de que cada una de las veces que le pidieran los papeles no sumaría para la siguiente, y que en una de esas la podían enviar de nuevo a la *casa-prisión* abarrotada y quién sabe si no la devolverían al mar. Él, por lo demás, no parecía querer ni que se fuera ni que se quedara. Después de dos días en la chabola sin salir, tomándola cada vez que quería —y quiso un número de veces sorprendente, solo que Asumini no tenía experiencia para comparar—, de pronto el hombre notó el hambre, pero de la otra, y ya no tenían ni pan verde. O sea que salió en busca de algo que comer. Y para sorpresa de Asumini no la ató, y ella tampoco sintió la necesidad de marcharse. De nuevo era libre, pero ¿libre para qué? Era de noche, además. Salir de la chabola a una ciudad que ni sabía cómo se llamaba la aterraba más que atravesar el desierto de Libia. Allí al menos reconocía las estrellas.

O sea que cuando Zlatan regresó —«*Je m'appelle Zlatan*», le había dicho para preguntarle a continuación su nombre, y sonrió al oírlo—, se encontró con que Asumini había arreglado un poco el jergón y lavado el par de platos desportillados, el vaso rayado y la taza con la publicidad ya desvaída de una cerveza. No había escoba, así fuera de ramas como la de su casa, de modo que no barrió. Y además lo miraba un poco de frente, con menos miedo. Nada más terminar el pan y dos latas de sardinas, que devoraron, la tumbó de nuevo sobre el jergón y volvió a abrirle las piernas, sin prólogos.

Así que Asumini se instaló en una vida no tan distinta de la que había llevado en Níger. La gran diferencia era que ahora no tenía vacas que ordeñar, ni tampoco que ir a buscar el agua a un kilómetro de distancia, sino que bastaba con abrir un grifo —eso en Níger solo lo podían hacer los muy ricos, nadie en su aldea—, y que Zlatan la forzaba una, dos o más veces cada día, según.

Su hambre no parecía saciarse. Aun así, la prefería a su vida en la aldea, temerosa de que su tío u otro la volviesen a violar y hacer daño, y con miedo siempre a que llegasen los traficantes para llevársela igual que a sus hermanas, Akanka y Mahari. Solo temía que Zlatan le pegase el sida o que la dejase embarazada. ¿Qué iba a hacer con un niño? Por lo demás, aguantar sus embestidas no le resultaba demasiado duro, menos en todo caso que ir a la fuente, bajo el sol, a por agua, y en cierto modo le intrigaba: ella, castrada de niña por una mujer de su aldea —recordaba un dolor intenso, un incendio en la vagina que tardó en apagarse semanas e incluso meses, y todavía se le infectaba—, apenas si sentía nada de lo que de toda evidencia vivía Zlatan. Se ponía todo rojo y se le hinchaban las narices y las venas en la frente y el cuello, y al final dejaba escapar un largo gemido que la primera vez asustó a Asumini porque parecía que le estuviesen arrancando algo. Luego fue comprendiendo que era de placer, un placer que no entendía.

Poco a poco a Asumini se le aclaró algo en la cabeza que en realidad sabía desde siempre. Y es que sus pechos, su culo y la raja que tenía entre sus piernas, y que tanto parecía desear Zlatan, eran un arma. Y que aunque él la pudiese tomar siempre que quisiera, ella, a su vez, podía ir conduciéndolo poco a poco, igual que guiaba a sus dos vacas con un palo. Con Zlatan no había palo, pero Asumini aprendió pronto que se podían conseguir cosas administrando caricias. No tardó en saber qué le gustaba a él que ella hiciera, pues él se lo dejaba ver sin confusión posible, de modo que se lo hacía, o no, según él le concediera pequeñas victorias. Todo ello sin decir casi nunca una palabra, por un lenguaje de miradas y gestos, sugerencias más bien, hasta que el otro comprendía.

Lo primero que obtuvo, y con gran satisfacción, fue que Zlatan se lavara. Y no es que Asumini no tuviera un olfato más que trajinado, pero los intensos olores de su lejana choza en Níger no tenían nada que ver con el tufo de Zlatan, que no había percibido nunca. Una peste a interior sin ventilación, sudor guardado, ropa húmeda y callejón con gatos. En Níger los gatos no olían, pues la mayor parte del tiempo estaban cazando. Eso sin contar un aliento que olía fuerte a tabaco, cerveza y café. Ni ella misma lo entendía, pero esa peste era lo que peor llevaba. Al menos, cuando se le encaramaba encima, a veces se quitaba la ropa y olía menos.

Así que lo primero que consiguió —lo hizo ella frente a él, como dando ejemplo— fue que se lavara los dientes y las manos, pues temía que estas le pasasen alguna enfermedad con sus caricias, y luego ya el cuerpo. Para lavarse los dientes de un blanco deslumbrante de africana que no lo necesitaban ella utilizó un dedo con agua, y poco después él buscó un cepillo que tenía guardado en alguna parte. Y la siguiente vez que salió a la calle volvió con cepillo de dientes, dentífrico, jabones y un par de esponjas que en realidad eran para lavar ollas.

Lo curioso fue que Zlatan no se opuso; se hubiese dicho que no estaba esperando sino una excusa para descubrir los placeres de la limpieza. O redescubrirlos, porque a medida que salía de su mugre, como un actor que se fuese liberando de su traje de payaso, un soldado que saliese de un tanque, se le veía cómodo en ella. Asumini se dio cuenta de que era menos brusco, a veces procuraba no tirarle a la cara el humo del tabaco y hasta caminaba más erguido. Un día volvió de la calle con más comida —ahora traía incluso fruta y verduras, que Asumini cocinaba—, y también ropa para los dos: un pantalón para él que venía a sustituir un vaquero ya sin color ni forma, y para ella un vestido de flores estampadas como de campesina ideal en un concurso de canto. Se lo probó, y no solo parecía un disfraz, sino que además le quedaba grande. Pero le brillaban los ojos de entusiasmo. Él la miró un buen rato, admirándola, y aun así se dio cuenta de

que algo no iba.

—Bueno, ha llegado el momento de salir —le dijo en francés.

—¿Salir? —preguntó ella con alarma—. ¿Afuera?

—Sí, a comprar ropa que te sienta bien.

Algo desprendían con su nuevo aspecto, porque ningún policía los detuvo y pudieron llegar a pie, sin problemas, a los almacenes donde Zlatan había comprado el vestido, para cambiarlo. Ellos hacían como si no lo supieran, pero sí parecían una extraña pareja: un hombre de pelo rubio lacio y ceniciento y una mirada de pómulos eslavos que infundía respeto, aunque sonreía, y una joven negra con dos puntos de luz en la cara, los ojos y la boca, con un vestido de flores estampadas.

—Así se visten las mujeres en Bulgaria —le explicó Zlatan a Asumini. Mentía, aunque era muy posible que no lo supiera. Como tantos, se había quedado con la versión Ministerio de Turismo de su país, del que se había marchado hacía mucho: hablaba un español muy correcto en el que a veces, borracho, metía morcillas en holandés, inglés, ruso, francés y más cosas, rastros de su pasado de nómada.

Aunque se veía bonita, pese a que le quedaba grande, Asumini prefirió no cambiar la talla sino el vestido entero por unos pantalones vaqueros y un par de camisetas. Le gustaban amarilla y roja, pero las eligió blanca y azul oscuro. Lo que quería era no destacar y, a pesar del miedo de su llegada y la fiebre de cuando tuvo que dormir en la calle, así había comprobado que se vestían las jóvenes en Europa, como ya había visto en televisión.

La subida en el escalafón social, o al menos en su aspecto, trajo un gran problema: Zlatan ya no inspiraba compasión, solidaridad o ganas de quitárselo de encima, y no le daban el dinero de antes. Porque había dejado de parecer un miserable y no atemorizaba a nadie: parecía más bien un oficinista o un arquitecto, incluso, víctima de un revés de fortuna. Y como la mala suerte de clase media era algo que afectaba a muchos, la caridad se resistía.

Pero es que además Zlatan ya no quería caridad: ya no se sentía un miserable, y además la caridad da mucho trabajo: horas y horas alargándole a la gente un vaso de plástico para obtener veinte euros al día, y eso cuando se daba muy bien. Cierto que había una mendiga que sacaba más de cien euros diarios apostada a la puerta de La Gran Antilla, una pastelería famosa de La Coruña, pero eso era porque tenía el aspecto de una abuelita indefensa. Un don del cielo que no se improvisa. Zlatan en cambio tenía aspecto de poder derribar un ternero con las manos, y la primera tentación de la gente era decirle: «¿No le da vergüenza? Consiga trabajo». Pero no se atrevían.

Y eso era lo que de pronto sentía la necesidad de conseguir. De todas formas, con su nuevo aspecto apenas había podido ganar diez euros en dos días, y su familia, por así decir, había crecido.

Era algo que ya le había pasado, pero nunca así, con esa fuerza. Asumini se le había ido metiendo bajo la piel. Aunque a veces se ponía rígida y dura como una tabla cuando él llegaba borracho de la calle, ella, suave y pacífica la mayor parte del tiempo, no pedía nada. Sonreía con facilidad, con una boca enorme que según el momento a él le gustaba como pocas cosas en el mundo —había que besarla poco a poco, a pedacitos: cada beso era una obra en sí misma—, y tenía un cuerpo flexible por el que Zlatan, ahora, podía llegar a matar. Negro y duro, parecía haber sido esculpido no para hacer el amor, sino para hacérselo a él: con ninguna mujer había encajado

de esa manera, igual que un traje a medida, con el prodigio, en cada ocasión, de llegar a la cima al mismo tiempo y la sensación de que eran los primeros a quienes les ocurría algo así. Asumini, después, le miraba con amor y le seguía abrazando, esta vez como una amiga, una madre. Nunca le había sucedido eso. Ni con la suya.

—Llámame Zlatko —le dijo él un día.

El enigma era por qué un hombre con tantos recursos, como demostró pronto, se había dejado convertir en un sin techo con los dientes opacos de sarro, barba sucia y con ropa que ya no tenía colores ni forma, sino tan solo olor. Dos días después de acompañarla a comprar su uniforme de europea, Zlatan volvió a sacar a Asumini de la chabola, no sin decirle que cogiera la comida que hubiera, el jabón y el cepillo de dientes. Con todo ello metido en una bolsa de basura, la llevó a una parte elegante de la ciudad, al menos si se la comparaba con el lugar de donde venían, abrió un portal con una puerta algo desvencijada que no cerraba bien, llamó al ascensor —el primero en el que Asumini subía en su vida— y, después de bajarse en un cuarto piso, sacó una llave, abrió una puerta y entró:

—*Voilà* —le dijo en francés—: Esta es tu casa.

La casa de Asumini era un piso que, aunque en desorden, viejo, falto de pintura y con polvo, le pareció un palacio: tenía hasta una alfombra raída en el suelo y dos cuadros ladeados en las paredes.

Además de saber detectar pisos vacíos por abandono o larga ausencia, Zlatan se había reciclado de golpe como guía de los rebaños de turistas que bajaban de los primeros cruceros llegados a La Coruña. No le fue difícil, porque se defendía en tres o cuatro idiomas y, lo más importante, podía entender y hablaba algo de ruso, y eso decidió su empleo de inmediato. De pronto era rico, no solo por su salario y las propinas de los turistas. Además les robaba con unos dedos que, estaba claro, habían ido a alguna universidad de alto nivel, de las que adiestran a los ladrones de guante blanco para que sean capaces de robarle los pendientes a una mujer con vestido de noche o sacarle la cartera a un muñeco trajeado con cien cascabeles sin que suene ninguno.

La prueba es que en alguna ocasión esas manos consiguieron acariciar a Asumini de forma que gimiese de una forma distinta a cuando fingía. El genio fue ella en esta ocasión, porque él no supo ver la diferencia.

Y así se instalaron en una rutina, digamos, burguesa, incluido, fatalmente, el aburrimiento y, poco a poco, el tedio. Con los días Asumini fue perdiendo el miedo a salir, y un día, como si se le acabase de ocurrir, le dijo a Zlatan que quería trabajar.

—Todavía no sabes español —le dijo él.

—Pero ¿cómo voy a aprenderlo si no salgo?

—Mira la televisión.

Y no hizo falta que se lo repitiera mucho. Asumini la miraba —un viejo televisor que tendía a inclinar a los personajes hacia la izquierda y al que había que dar un golpe de vez en cuando— no solo porque era casi su único medio para combatir el aburrimiento, sino porque le fascinaba el nuevo mundo que descubría a través de él. Ya había visto algo en Níger, pero allí había que caminar hasta un centro de asistencia, a cinco kilómetros de distancia, y el precio de la entrada era aguantar una y otra vez charlas sobre la necesidad de usar condones contra el sida y mosquiteros contra la malaria. Además, el televisor solo mostraba propaganda del Gobierno en blanco y negro

y algunas películas que en su mayor parte ocurrían en la India.

Y ella ya sabía cómo era la India y ahora quería cambiarla por Europa, un lugar extraordinario en el que gente muy guapa vivía en casas de cuento con enormes neveras y se estaba besando y acariciando a cada rato. De modo que poco a poco Asumini se acostumbró a su piso —había enderezado los cuadros, uno de un hombre con barba de jefe y uniforme y otro de unos soldados con chaquetas rojas subidos a unos caballos muy flacos—, mientras le nacía el deseo, la necesidad de una casa con jardín y la verja blanca. Si trabajaba, ¿podría tenerla? Claro que la casa suponía que Zlatan la estuviese besando y manoseando todo el tiempo, por lo que en ese aspecto la situación no iba a cambiar mucho.

Aunque en esta algo había cambiado. Zlatan pasaba menos tiempo en casa, llegaba más tarde y más veces borracho, por lo que ya no la violaba varias veces al día sino casi siempre una sola. Y además no le hacía muchas cosas ni la recorría besándola y con sus dedos de tahúr desde la cabeza hasta los pies, como antes, sino que se le subía encima y terminaba tras unos cuantos empujones, más rutinarios que llenos de deseo. Alguna noche, incluso, no aparecía. La primera Asumini se preocupó —¿y si le había pasado algo?, ¿adónde iría ella?, ¿cómo iba a conseguir comida?—, y luego se fue haciendo a la idea de que a Zlatan era difícil que le pasara algo y hasta le agradeció el descanso. Se estaba bien.

Ese comienzo de soledad la animó a salir más, y poco a poco fue descubriendo La Coruña. Se deslizaba por los bordes de calles secundarias, evitando las principales, pero poco a poco se le fue metiendo una necesidad, que era ver el mar. Aprendió a no hacerlo en los días de sol, cuando iba la gente, sino justo en los días de llovizna, de lluvia o simplemente cubiertos, armada de un paraguas medio roto que había encontrado en la calle. Por suerte esos días eran muchos, la mayoría. Y con el mar le pasó lo mismo que con la ciudad, que fue perdiéndole miedo y pronto ya caminaba por la playa, aunque lloviese, con la alegre tranquilidad de una mujer libre. Sabía además, sobre todo si estaba lloviendo, que la policía no iría hasta allí a pedirle los papeles.

En una de esas excursiones, un día de lluvia, se encontró bajo un portal con una mujer que le sonreía con dulzura desde detrás de una pequeña mesa donde había expuesto lo que vendía. Asumini no pudo evitar acercarse, animada por la sonrisa, y vio una serie de pequeños broches, a cual más colorido y alegre.

Fue, para Asumini, como si La Coruña temblara bajo ella. Nunca en toda su vida había visto nada tan bonito. Los broches tenían cada uno una personalidad propia; algunos estaban hechos con simples piedras y otros, los mejores, con cintas de colores o cerámica. Algunos representaban la luna o a personas con divertidos sombreros, otros eran simples combinaciones de piedrecillas pintadas de colores vivos, o envueltas en cintas de forma que podían parecer personas, o perros, o flores. La bandeja entera proponía un mundo, y nada que Asumini hubiese visto jamás, ni en televisión, reunía tantas cosas juntas y tan variadas.

Asumini no pudo evitar que se le fuera la mano y cogió uno de los broches. La mujer no se molestó, al contrario; Asumini vio que seguía sonriéndole y animándola con una mano a coger más.

Y así lo hizo ella, con varios broches, uno tras de otro, como un niño en una juguetería, hasta que al fin notó algo raro: la mujer no hablaba. No solo eso, algo les pasaba a sus ojos dulces que no lograba tapar su sonrisa. Solo entonces Asumini comprendió que la mujer era una hija tocada por los dioses y su cabeza estaba un poco ida. Y la seguía animando a que cogiera más broches e

incluso hizo ademán de regalarle el que más le gustaba, un pájaro amarillo de cerámica, con las alas extendidas, que de alguna forma le recordaba algo feliz de su pasado.

Asumini no aceptó, tampoco tenía dinero para comprarle un broche como hubiese querido, pero en el camino de vuelta no pudo dejar de recordar a la mujer, su bandeja de maravillas, y el pájaro amarillo que de alguna manera se unió a las gaviotas de la ciudad y les prestó algo de su alegría. No pasó mucho tiempo antes de pensar que en realidad no quería tanto tener un broche de esos. Lo que quería era hacer, inventar uno.

Y en esas estaba, creando un broche con dos o tres cosas que encontró en el fondo de cajones en la casa y una caracola minúscula que había recogido en la playa, cuando Zlatan apareció en la casa con tres amigos rusos que, dijo, habían llegado ese día en un crucero.

Si Asumini se extrañó, no lo dejó ver. Zlatan no venía bebido, a diferencia, le pareció, de los otros tres hombres, y eso le extrañó. Pero lo que la alarmó, nada más empezar la fiesta, fue ver que traían dos botellas, una amarilla y otra transparente, con unos vasos de plástico en el que sirvieron generosos tragos. Le alargaron uno.

—No, gracias —dijo ella, y miró a Zlatan en busca de una ayuda que no llegó. Zlatan la miraba con algo a caballo entre la indiferencia y esa mirada borrosa, como cuando se disponía a montarla.

Ella ya había pasado por eso. No por borrachos, pues en Níger entre los de su tribu nadie bebía, sino por la lucecita en el fondo de los ojos turbios de los hombres. Sabía lo que querían. Fingiéndose sonreír, se acercó a la cocina como para buscar algo, y cuando pasó al lado de la puerta se sacó de alguna parte esa flexibilidad de gato que tanto admiraba Zlatan y pegó un brinco hasta la puerta, las escaleras, que bajó a saltos, y la calle, donde siguió corriendo como había hecho en su aldea cuando llegaron los traficantes de esclavos. Nadie la siguió. De todas formas, habría sido inútil; perseguirla era como intentar alcanzar a un pez nadando.

Había pensado en buscar a la mujer de los broches, pero ¿qué podía hacer ella? Había sido elegida por los dioses para sumarle belleza a un mundo que, según Asumini, estaba muy necesitado de ella. Ella no había sido tocada por los dioses, no que supiera al menos, pero confiaba en que le permitieran hacer broches. Se sentía muy capaz de hacerlos. Más aún, desde que los vio, sentía la urgente necesidad de hacerlos.

25. Aprender a esconderse toma más tiempo de lo que parece

Ningún tribunal le habría eximido de culpa en el improbable caso de que alguno se ocupase de tres turistas en busca de sexo por asalto en una escala de un crucero, pero lo cierto es que así era: Gav Záitsev ni sabía a qué iban. Él solo había visto una oportunidad de escapar durante unas horas de esa gigantesca prisión en que, al cabo de una semana, se había convertido el *Dawn of the Seas* y en la que ya no sabía qué hacer para esconderse. Ni siquiera conseguía disfrutar del clima, al fin un sol tibio y una temperatura humana después de seis meses de noche y frío en Moscú, y eso sin contar la caja de noventa metros cuadrados en el edificio gris e igual a otros cien mil en Moscú en el que vivía, en un matrimonio a tres con un ordenador y una televisión, y las dos horas de metro al día, intentando no ahogarse entre la multitud.

Lo cierto es que ya la vestimenta, el disfraz, se había revelado como una variedad de la traición. En San Petersburgo, y cuando la nieve aún pintaba cuadros impresionistas en las ciudades y el campo, varios pasajeros se habían subido al barco vestidos con gorras de béisbol y bermudas que dejaban ver tatuajes de tigres e incendios en las piernas. Reían fuerte y se daban voces por encima de los otros pasajeros, como de una cocina a otra en un patio de vecinos. Daban por cierta la publicidad según la cual subir a un crucero les daba derecho a barra libre en más bares que los de Ibiza, tan solo la primera de las alegrías. El billete del pasaje venía a ser un pasaporte de rango superior, y la pulserita de plástico rosa que entregaban al embarcar daba acceso a esa felicidad descomunal que les venían prometiendo desde la infancia. Es más, la ordenaba, con una inscripción que evocaba la de un anillo de compromiso: *Be happy*. Al fin se cumplía. Estaban dispuestos a obedecerla a cualquier precio.

Y lo cierto es que era un mundo superior, tuvo que reconocer Gav, o lo fingía muy bien. Al margen de que en el Báltico aún parecía que el cielo era gris más por raza que por estado de ánimo, y el mar iba a seguir de un humor negro para siempre, se servían gratis cócteles de película en al menos cinco bares del paquebote. Una pequeña ciudad de nueve plantas, con capacidad para cuatro mil personas que, si querían, hasta podían arrojarse por el tobogán más largo del mundo y bajar siete pisos para caer en una piscina con palmeras.

En Goldfinger, uno de esos bares, atendido por camareras doradas al modo del becerro de la Biblia, la bebida estrella era el cóctel 007, «agitado, no mezclado», mientras cada diez minutos las paredes ofrecían los atardeceres famosos de las películas, copiados a su vez de las postales más vendidas. El pasajero veía cumplido su sueño. Daba igual que fuese con pantalón corto y tatuajes, además de la barriguita de las razas superiores. Igual que James Bond, se aprestaba a recibir a la diosa que iba a su encuentro con un bikini ideado para subrayar mejor su desnudez.

Gav Záitsev no tuvo que esperar mucho para comprender que, en realidad, los cuatro mil pasajeros del *Daum of the Seas* no eran tan distintos. Todos se habían gastado uno o dos sueldos

en ese crucero que se descolgaba hasta España por la costa oeste de Europa, y todos estaban dispuestos a exprimir hasta la última gota del *lujo Titanio* que les habían prometido. Y además con sus propias reglas. Por ejemplo, todos sabían, porque lo habían visto en la película, que en el *Titanio* los pasajeros de primera clase no bajaban a desayunar con camiseta de baloncestista y tatuajes, y sin embargo para eso habían pagado: después de un siglo de luchas por el progreso y la libertad, para poder desayunar en chanclas y sobando un móvil.

Dos días después, en la escala de Helsinki, Gav ya había empezado a buscar excusas para salirse del plan previsto. Ir a desayunar o a comer mucho antes o después que los demás, cuando ya no quedaba casi nadie. No bajar al cóctel de aperitivo, no asistir a los *shows* con monólogos de adolescente, y en general ir esquivando a la multitud. Poco a poco Gav fue descubriendo las salas de cine en las más alejadas provincias del barco, las mesas de billar en silencio, los salones de la televisión cuando no había partidos. Descubrió incluso una biblioteca tan desierta que no tenía ni bibliotecario: podía coger los libros que quisiera. De haber habido elecciones en esa aldea móvil con cuatro mil viajeros, él habría votado por el candidato minoritario porque se sentía, en lo esencial, opositor. Eso en la escala de Helsinki. En la de Estocolmo, dos días después, ya ni habría votado. Y se preguntaba cómo había podido ser tan idiota como para subirse al *Amanecer de los Mares*.

Y la razón era muy sencilla: había pagado por vivir en lejanos puertos el máximo lujo y exotismo, que es la ilusión de la diferencia. Una vez descontadas las Coca-Colas gratis y las ensaladas de marisco que nunca tenían langosta, se encontraba con que ahí, a su lado, lo habían devuelto al origen. Gente tan parecida que luego costaba recordarla le preguntaba: «Hola, ¿de dónde eres?», para seguidamente tratarlo según ordena el canon de los prejuicios del origen, esos según los cuales la gente de Siberia es más borracha porque hace más frío y se deprime más porque recibe menos sol que la de Crimea. Luego venían los chistes de la rivalidad entre San Petersburgo y Moscú, el Zenit y el Dinamo, sus equipos de fútbol, las frases hechas y la ropa *para estar cómodo*, zapatillas y camisetas idénticas que solo cambiaban de color y de consignas en la pechera y apestaban a vestuario de colegio con desodorante fuerte. En definitiva, el olor del miedo, el terror a la soledad que desprende cualquier multitud. Por muchos himnos que se canten, no hay forma de esconderlo.

Pero lo que a Gav le costaba más era soportar cuánto se parecía él a todos ellos.

¿Y qué esperaba? Todos los pasajeros del barco, incluidos el capitán con las patillas plateadas y la espalda recta de un antiguo coronel de húsares, la relaciones públicas, que cuando todavía no tenía arrugas presentaba un programa de televisión, y hasta los obreros de ojos asiáticos que empapaban camisetas musculosas en la sala de máquinas, creían en un equitativo sistema universal en el que había castigo y recompensa, y en el *Dawn of the Seas* navegaban los premiados. Todos creían también que hay tres clases de personas en el mundo: los guapos, mimados por los dioses; los feos, que ya nacieron huérfanos; y ellos, la tercera clase, que si paga lo estipulado se le organiza el universo de forma que ellos sean los guapos mientras dure el bono: música de atardecer rojo, vestidos de noche en los que rebotan las críticas feroces y las miradas de compasión, y un montón de gente de uniforme que se dobla en bisagra a la menor oportunidad, como si hubiesen vuelto los zares y sus protocolos de servidumbre. ¿Cómo no se van a llenar los barcos? Mientras dura, el cajero de banco cree que ahora le toca a él; se lo deben, pues le ha caído la lotería.

Al principio Gav se tranquilizó al pensar que él no se había subido a un crucero para tratar con gente celebrando aniversarios de boda, sino para conocer mundo en sus mejores escalas: puede que Helsinki, Estocolmo, Copenhague, Bergen y Edimburgo no se encontrasen en la parte más soleada de la Tierra, pero sin duda sí en la más civilizada. Y en principio a solo un tiro de piedra de San Petersburgo, con la circunstancia de que la piedra acostumbraba a caer en el mar. Y ellos les habían impedido ni tan siquiera intentar volar con la piedra, con el argumento de que ya vivían en el paraíso y mejor no correr el riesgo de romperse la cabeza. A quién se le ocurre: volar con piedras. Es peligroso volar con piedras.

Cierto que todo eso sucedía cuando él era niño. De aquel tiempo guardaba recuerdos muy concretos, como el intenso olor a gasolina de las calles de Moscú y el del tabaco Belomorkanal que fumaba su padre, con el filtro más largo que el cigarrillo, y que su madre siempre se quejaba de que en el mercado no había fresas o pescado. «¿Te das cuenta? —le decía a su padre—: ¡Somos el país más grande del mundo y no hay pescado en la capital!». Y cuando se abrieron las fronteras, se encontró con que la cadena de estudios, novia, sueldo, matrimonio en un apartamento en el que no se podía hacer el amor sin darse con las paredes y sin que se enterase toda la escalera, hipoteca y divorcio con pensión de alimentos tenía como consecuencia que no podía viajar. Ni ahorrando. En vacaciones seguía yendo a la costa y miraba el mar a lo lejos, con el deseo de un guardia de tráfico que observa a una señora de piernas largas bajarse de un coche, como han mirado siempre el mar los emigrantes paralíticos. Si era cierto que ahora era libre — fuera eso lo que fuera—, algunas cosas se parecían mucho.

Tardó veinte años en romper la cadena, y si le costó tanto fue porque ninguna revolución le respaldaba. Escapar de qué, si ya era libre y, ahora sí, ya vivía en el mejor de los mundos. El que armaban un sueldo a final de mes que terminaría por ser occidental algún día, cines con las películas que habían ganado los Oscar, ropa igual a la de parisinos y romanos, fútbol con jugadores que cagaban monedas de oro y hamburgueserías donde se comían unas más grandes que en Los Ángeles.

Gav nunca se lo creyó del todo; no era posible que ahora fuesen como todo el mundo, seguro que en Estocolmo y en Copenhague las cosas seguían siendo distintas.

Y no, resultó que no. No solo allí el cielo parecía el otro extremo de un mantel que comenzaba en Rusia, sino que las gaviotas hablaban el mismo idioma, sin ni siquiera acentos regionales, y las tiendas vendían los mismos vaqueros y anoraks. Estaba más limpio, eso sí, y las chicas eran tal vez un punto menos presumidas que las guapas *petersburguesas*, más pendientes que las suecas de vivir en un anuncio. Y los rusos fumaban más. No conseguía ver muchas más diferencias.

Así que el viaje de Gav se podría resumir en una gran decepción, en dos etapas: la del barco, que fue rápida, nada más zarpar, cuando comprendió que ese barco no sería jamás una película ni tampoco una novela; y la de las escalas, cuando se fue dando cuenta de que a la postre no, tampoco ese era el paraíso. Cierto que los suecos, daneses y noruegos iban en bicicleta y que sus ciudades no olían a gasolina, pero aparte de eso las diferencias no eran mucho mayores. Ellos también eran pálidos, a veces de un blanco enfermizo, llenaban a la hora punta calles con olor a *pizza* y parecían más bien tristes. O más que tristes, sin esperanza.

Un día Gav se había alejado un poco del centro y caminaba por el parque de Frederiksberg, en Copenhague. Era septiembre, y de no ser ruso se habría incendiado a su vez con los rojos y amarillos del parque, a los que ya era inmune. Para decirlo rápido, su estado de ánimo era más o

menos el mismo que cuando terminó de comprender que su mujer no le quería. No es que le hubiese engañado con nadie, que él supiese al menos, o contestado con la ironía amarilla que se reserva para las agonías de matrimonios, o que le anunciara que se iba a llevar a sus hijos y le permitiría verlos los domingos y un mes en el verano, aunque todo dependería de las negociaciones del divorcio. Todavía no habían llegado a eso, que era también una plantilla. Simplemente, viéndole un día los ojos, el fondo de los ojos, había comprendido al fin que su mujer no le quería.

Le pareció que se había quedado solo y que, solo, las cosas perdían su sentido. Así pasó en Copenhague. Y Helsinki y Estocolmo se le antojaron iguales a ella. Antiguas fincas de reyes, reconvertidas en muy agradables barrios y jardines para banqueros y arquitectos. (Un soviético habría dicho «para burgueses ricos», pero Gav era alérgico a ese lenguaje). Y si a su vez todas ellas eran tan parecidas a San Petersburgo, entonces no era verdad que existieran los paraísos. Se los habían inventado para los encerrados que no podían ir a comprobarlo. El problema era que si ahora podían, ¿para qué viajar?

En Copenhague dejó pasar el tiempo de la escala caminando por el parque de Frederiksberg hasta llegar con toda naturalidad a la pregunta: ¿qué hacer? Se habría regresado a San Petersburgo y Moscú, pero no podía: aún tenían que continuar hasta Edimburgo y luego bajar hasta La Coruña, en la parte soleada del mundo, y no tenía dinero para pagarse un billete de avión.

Fue entonces cuando reparó en una escena: dos niños, un niño y una niña de no más de cuatro o cinco años, se escondían riendo de un vagabundo que fingía no verlos. Sentado en un banco, el hombre permitía que salieran lo suficiente de detrás del árbol y luego miraba de golpe, con los ojos intensos, de dragón o de loco, provocando que los niños volvieran riendo a esconderse tras el árbol. Y así una y otra vez, con una paciencia que revelaba que quizá en la vida de un vagabundo no hay nada más importante que provocar esas risas. La madre de los niños miraba sonriente desde otro banco.

Y esa fue una iluminación para Gav y una nueva demostración de que las respuestas están ahí para quien tiene los ojos abiertos y sabe mirar. El del vagabundo y los niños parecía más bien pequeño, y sin embargo con esa pequeñez creaban un susto, un juego, una escena. No importaba qué, lo importante era que lo creaban. Decidió imitarlos. Puede que estuviese atrapado en un barco que no era un transatlántico, como le habían prometido, sino un gigantesco autobús de domingueros, y en una hilera de ciudades que no eran lo que esperaba y tampoco se diferenciaban tanto de la suya, al contrario. Bien, decidió que, puesto que no podía bajarse, en lo que le quedase de viaje haría una fuente de creación de esa monotonía, esa cárcel, esa plantilla de un viaje que ya estaba escrito. No solo encontraría los rincones más solitarios del *Dawn of the Seas*, una ciudad pequeña al fin y al cabo, sino que en las escalas no iría en busca de las postales que coleccionan los turistas. Ya lo estaba haciendo, de hecho. Por puro instinto no había ido a los jardines de Tivoli, un gigantesco parque para niños en el que debían de estar la mayor parte de sus compañeros de crucero subiéndose a la noria gigante y comiendo todo tipo de cosas dulces. Había buscado en cambio los jardines de Frederiksberg, más propicios para gente solitaria, y donde, de no estar él ya en otro viaje, el incendio del otoño le habría envuelto también a él, por muy inmune que fuese. Todo tiene un límite, hasta los efectos de las vacunas del otoño en los rusos.

Pero su desconfianza y su astucia no se desarrollaron lo bastante a tiempo. Aprender a esconderse toma más tiempo de lo que parece. Esa fue la razón de que, unos días después, se

encontrase formando parte de un pequeño comando armado por un intérprete ruso que se les había ofrecido en la escala de La Coruña con la pregunta, hecha en tono confidencial a unos pocos, de si no querían conocer «la verdadera ciudad». Un truco que funciona casi siempre. Todavía ingenuo pese a cuarenta y ocho años de desengaños —así suceden las cosas—, Gav aceptó, vete a saber por qué, y se encontró en el piso de Asumini.

Pero supo reaccionar a tiempo. Él fue el que, cogiéndolo por las solapas y abrazándolo, impidió a Zlatan salir a perseguirla y, en definitiva, permitió que ella consiguiese huir. Los otros dos pasajeros ni sabían qué estaba pasando y se quedaron quietos. Para eso y para nada más, a fin de cuentas, habían sido adiestrados toda la vida.

26. El futuro y los ríos

Aunque lo parecía, Diego de la Balma no estaba por completo concentrado en el juego con los niños, y cuando estos se escondían detrás del árbol, en el parque de Frederiksberg, a él se le iba la cabeza detrás de una pregunta que le comenzaba a rondar desde hacía dos días: y ahora ¿adónde? Y eso era por lo general lo que decidía su marcha: cuando la pregunta se ponía insistente, se iba.

No todo era igual que siempre, sin embargo, pues en Copenhague comenzó a dibujarse con nitidez una novedad, y es que el dinero se estaba terminando. Todavía le quedaban algo más de siete mil euros. Siete mil cuatrocientos treinta. Una cifra respetable para un estudiante, pero no tan respetable cuando se piensa que eran los últimos. Debajo de ellos no había nada, ni detrás tampoco, ni sitio del que sacarlo. Y eso era algo en lo que De la Balma no había pensado. O mejor dicho, sí: según sus planes, para cuando se terminasen los algo más de seiscientos mil euros que había obtenido por la venta de su casa y la liquidación de su plan de pensiones, ya estaría muerto.

—¿Le puedo preguntar en qué se va a gastar todo ese dinero? —No había podido resistirse el empleado de su banco. Nunca había visto que nadie fundiese casa y futuro para meterlo en una cuenta corriente.

—No lo sé muy bien —dijo De la Balma, y mentía solo a medias: no lo sabía muy bien. Solo que quería irse.

Y lo quería con tanta fuerza que no se preguntaba «y después qué», por la sencilla razón de que a partir de cierta edad es algo que ya no se hace mucho. No es prudente. No tiene tanto que ver con el dolor en los huesos o un diagnóstico oscuro, sino que es algo más profundo: a los veinte años no se ve el final. Y poco a poco este se va acercando. A partir de los sesenta no conviene hacer muchos planes para el año siguiente.

Lo que le dio la respuesta fue la llamada de la madre a los niños:

—¡Uffe! ¡Antje! ¡Nos vamos!

Aunque lo había dicho en danés, Diego entendió lo que les decía porque el lenguaje de madres a niños es un idioma universal, y porque la madre se había levantado del banco en el que había permanecido mirando el juego entre sus hijos y Diego. Algo sin embargo le hacía ruido.

—Perdone —tanteó en inglés—: ¿Antje es un nombre de aquí?

—No —dijo la señora sonriendo—. Es un nombre holandés. Es que el padre de los chicos es de Dinamarca y yo soy holandesa —era una madre muy agradable, no debía de tener más de treinta y pocos años—. ¿Y usted de dónde es?

No parecía intimidada por el aspecto un poco desfondado de la Balma, no exactamente de vagabundo —iba bien afeitado y no tenía tatuajes a la vista—, aunque ya con los pantalones rodillones y las mangas algo raídas.

—¿Yo? Yo soy español —se quedó pensando un poco y añadió—: Todavía bastante.

En efecto, ¿se puede seguir siendo completamente algo después de estar rodando por el mundo durante cinco, siete años?... Había comenzado ya a perder la cuenta de cuántos eran. Y esa era tan solo una de las cuentas que había perdido, como sucede con todo viaje.

Pues en Alejandría, con el sol de la tarde cayendo sobre su libro en la gran biblioteca restaurada, rodeado de jóvenes árabes y las chicas con *hiyab*, volvió a leer las líneas de Saint-Exupéry: «La tierra nos enseña más sobre nosotros que todos los libros. Porque se nos resiste», algo que le había marcado de chico, y, como entonces, se volvió a sentir un poco francés: ese es un privilegio de los artistas, que nos nacionalizan con su lengua, su música, sus colores.

Y en un avión, en mitad del Atlántico, se le ocurrió una vez mirar por la ventanilla para asistir al espectáculo del amanecer arrastrado por el aparato —adelante el día, atrás la noche, creándola, el ala dibujando la línea como si fuese un pincel—, y sintió que ese manto cubría todos los países y borraba las fronteras para quien quisiera verlo. Hacía falta querer, eso sí. Pero ¿no ocurre así siempre? Solo lee quien mueve los ojos.

En cambio, en un viaje por el Berlín Este de la entonces ciudad dividida, cuando todavía no había decidido venderlo todo y salir de viaje, se hizo amigo de una joven que lo abordó con sonrisas y una insistencia de puta. No lo era, era tan solo alguien ansioso de escapar, una violinista, y cuando esa noche tuvo que dejarla detrás —si la joven hubiese cruzado la línea, la habrían fusilado—, tuvo tal conciencia de las fronteras y su ceguera esencial que sintió la certeza de haber envejecido unos cuantos años de golpe. Y también haber aprobado antes de tiempo varios cursos de su formación política.

En Londres descubrió, no sin asombro, que al cabo de un tiempo comenzaba a pensar en inglés, e incluso a soñar, algo que también le sucedió en Italia con el italiano. Bien es cierto que aquí *quería* que le sucediese; vivir en italiano es como hacerlo en un paisaje hecho de canción y colores, y se diría que el mundo anterior es en blanco y negro. Recibía el italiano como un regalo —ni siquiera parecía difícil— y se preguntaba si se lo merecía.

Algo parecido sintió frente a un brazalete de jade en el mercado del jade en Taipéi.

—¿Siente la llamada? —le preguntó la elegante señora que atendía el pequeño puesto, entre otras decenas de pequeñas mesas alineadas como para un gran torneo de *bridge*.

—¿La llamada?

—Sí, eso tiene el jade: que llama. Es él quien nos elige, y no al revés.

Lo cual, comprobó, era cierto. Y si lo era, si el jade le llamaba —se preguntó mientras cogía el brazalete que le había llamado, un brazalete cuyo verde parecía haber nacido miles de años antes para sugerir la eternidad—, ¿no revelaba la existencia de un lenguaje que hablaba un mundo más real pero más secreto?

El disponer tan solo de siete mil cuatrocientos treinta euros —veinte después de tomarse un café para calentarse en el otoño de Copenhague, que sería invierno en casi cualquier otra parte del mundo— tenía una consecuencia muy concreta. Y es que las distancias de sus viajes iban a encoger. O por lo menos las tendría que tomar en consideración.

Era algo de lo que de forma deliberada había prescindido. Ese fue el gran lujo cuando rompió amarras: para sentirse realmente libre tenía que poder viajar a un extremo de Alemania, y de allí bajar a Egipto, y de Egipto ir a Italia, y allí seguir sin respetar rutas dictadas por el sentido común y saltar, por ejemplo, a Chile. En esa primera explosión se gastó medio año y una cantidad de

dinero que le hacía parecer un narco huyendo o un hijo de papá tirando una herencia. Llegó a pensar que el objetivo de su viaje no era llegar a ningún destino, sino pasar horas en tren, en coche, en avión, en barco. Su patria, se dijo, era el movimiento.

Todo movimiento termina sin embargo por encontrar un obstáculo, es una ley, y el de Diego fue una alemana que le había de trastornar los puntos cardinales de modo que al final no sabía si el sur estaba en el norte, si el norte era el verdadero oeste, y si los había tenido equivocados durante la mitad de su vida.

Se encontraron en una cola frente al Musée d'Orsay, en París. Él no hacía colas, por nada — las colas estaban prohibidas por su religión—, pero en esta ocasión esa era una forma de esperar a que escampase. Y aunque a él no le importaba la lluvia, para eso llevaba un buen paraguas comprado en Japón que cabía en un bolsillo y luego crecía como si lo regaran, ese día en París la lluvia parecía de muy mal humor, igual que si le hubiesen diagnosticado una sequía de seis meses que le iba a llegar en menos de un año y ya se estuviese vengando.

—Con odio —dijo la mujer que estaba justo delante de él en la cola y también miraba la lluvia caer sobre la explanada y más allá, sobre el Sena. No parecía dirigirse a nadie en particular.

—¿Perdón? —preguntó Diego.

—Digo que llueve con odio. La conozco. Así llueve en Alemania a veces, cuando se cabrea de verdad. Y en la India.

Aunque a Diego no se le había ocurrido —como sevillano de origen, era cualquier cosa menos experto en lluvias—, no solo le divirtió la descripción sino que le pareció que encajaba como la puerta de un buen coche al cerrarse: el cielo de París estaba gris de ira y se había cerrado igual que una noche sin luna, se habría dicho que para siempre, hasta el punto de que bajaba hasta el suelo: la lluvia no parecía *caer*, como acostumbra, sino que el cielo se estrellaba contra la tierra. Igual que un avión. Los que entraban en el museo no parecían visitantes sino naufragos escurriendo, aún aterrorizados por los relámpagos y los truenos. Los únicos que reían eran los niños.

Así que Diego se quedó a ver el museo, más por prolongar la conversación (en voz baja) que por otra cosa, con el ruido de la tormenta que a veces subía de volumen sobre las marquesinas. Y más por poder hablar con alguien que por ella. Pues aunque era una mujer espléndida, de unos cuarenta, con el pelo echado hacia atrás y la mirada afilada por pómulos altos, tal como temía no tardó en informarle de que estaba casada. Siempre están casadas, se dijo. Su marido, que había preferido visitar el pequeño museo de la pipa, en Montparnasse, la esperaba en el hotel.

No le importó; lo único que quería era poder hablar con alguien un poco más allá de si llueve y va a escampar, pues eso le ocurre al viaje cuando es en solitario: va creando una costra de soledad. Y esta crea vicio. Igual que los periodistas de guerra terminan necesitando bombas en la lejanía para mantener alta la adrenalina, el navegante que da la vuelta al mundo en solitario termina por desear otros siete mares para no tener que hablar con nadie.

Antes de su espantada y el comienzo de su viaje sin destino Diego de la Balma había sido profesor, razón por la cual desconfiaba de museos, conferencias, expertos y libros. Bueno, de los libros no, pero se aseguraba de unos mínimos en lo que iba a leer antes de hacerlo. Por todo ello se hizo el ignorante, uno de los muchos que fingen cierto interés mientras llega la hora del partido, antes de emprender la exploración del museo con Madison. Se llamaba Madison, era alemana y,

dado que vivía en Heidelberg y se movía con soltura por el museo, Diego supuso que tendría algo que ver con la universidad.

Y no pasaron ni cinco minutos antes de que se preguntara cómo serían sus clases, y eso que la palabra *clase* era algo que se había propuesto borrar no ya de su vocabulario, sino de su universo mental. La razón era que los comentarios de Madison no eran los habituales lugares comunes, incluso de los expertos, ante los impresionistas —«Van Gogh nos hace revisar nuestras ideas de la locura», «cómo se puede comparar a Manet con Renoir, que es un fotógrafo de bodas», «y sin sol, ¿qué habrían hecho los impresionistas?», etcétera—, sino por completo inesperados:

—Me pregunto si la esposa de Gauguin sabía algo de pintura.

Diego la miró como pidiendo aclaraciones.

—Sí, la esposa danesa a la que abandonó antes de irse a las islas en busca de no se sabe qué. Algo seguramente muy condenable, pero ¿sabía de arte? ¿Podía hablar con él? ¿Tenía la menor idea de lo que estaba buscando? ¿Se deben casar los artistas?

Y ante uno de esos Renoir en que parece que todo el mundo es feliz y ha salido a bailar a la plaza del pueblo comentó:

—La presencia de personajes secundarios en los cuadros impresionistas es casi un modo de clasificarlos. Los que tienen, como este de Renoir, son los menos buenos. Es una pintura en primera persona.

Ahí, se dio cuenta después, Diego comenzó a intuir que Madison no era tan previsible como a primera vista se podría pensar de una mujer encontrada en un museo por el azar de la lluvia.

—¿Qué es lo que enseña? —le preguntó Diego al final de la visita.

—¿Enseñar? —se rio—. Yo no enseño nada. Soy ingeniera de presas —dijo Madison, y no explicó más.

Lo cual le preparó todavía menos para abrir la puerta de su habitación a la mañana siguiente, en un pequeño hotel de la *rue* de l'Université que por alguna razón mantenía sus precios razonables, y encontrarla ahí, con una sonrisa cálida a modo de buenos días. ¿Y qué hace una mujer a las ocho de la mañana en la puerta de una habitación de hotel que no es la suya? ¿Y sonriendo?

Diego hizo lo que estaba previsto que hiciera, según el código fijado por los mil libros y el millón de películas. Sin decir nada cogió a Madison de la mano y la invitó a pasar, al tiempo que sentía un poco de vergüenza por encontrarse en pijama. Como la única silla de la habitación estaba ocupada por su ropa del día anterior (lo que también le incomodó), sentó a Madison en el borde de la cama deshecha y todavía tibia y, antes incluso de besarla, se arrodilló en la alfombra y la abrazó, y ella, para aceptarlo, tuvo que abrir las piernas.

Diego agradeció a su suerte que llevase falda. Al tiempo que deslizaba su mano derecha bajo ella por la parte exterior del muslo, besó a Madison, primero con castidad, como probando los labios todavía secos, y luego atravesándolos. Hasta ahí nada podía ir mejor. Madison besaba como una mujer hecha, no con los pequeños bocados de alguien que se va quedando sin respiración, como estaba de moda, y ofrecía unos muslos largos, firmes y cálidos. Se encontraban en el momento en que ella se debía levantar un poco para que él le pudiese quitar las medias, que le llegaban hasta la cintura (un primer ruido: ¿no lo había previsto?), cuando Diego se incorporó de golpe y la miró a los ojos.

—No, yo no quiero esto —dijo.

Y cuando Madison lo miró sin entender, precisó:

—No quiero esto, una vez y ya está... Quiero más.

En realidad, esa escena había empezado unas horas antes. ¿Fue cuando Madison dijo que los impresionistas pintaban más bien en primera persona, sin secundarios? O tal vez antes, cuando acertó al llamar odio la violencia con que la lluvia suicida se arrojaba contra el suelo. O tal vez fue después —¿cuándo comienzan las historias?, es muy difícil saberlo—, al salir juntos a un París húmedo y brillante, con gran tráfico de nubes grises, como suele —ya había terminado de llover—, y se fueron a tomar algo sin preguntarse siquiera si lo deseaban: estaba claro que sí.

Tuvieron la suerte de encontrar un restaurante agradable y sin las mesas demasiado juntas, una de las avaricias que París exporta al mundo, y en ningún momento Diego vio que Madison sacase un móvil o buscase un teléfono público para llamar a su marido, algo cuyo significado le urgía saber cuanto antes. Le urgía porque sentía cómo un tren iba directo hacia él sin que él pudiese hacer nada. Y además no sabía si atreverse o no a desear que lo arrollara: a su edad sabía que esas cosas rara vez pasan, y cuando pasan casi siempre es a destiempo o algo lo impide.

Se acostó sin resolver el problema, y cuando a la mañana siguiente abrió la puerta y la vio allí, Madison en forma de gran expreso del norte, se sintió enormemente agradecido a su destino, que le sonreía cuando ya no lo esperaba.

Aunque de inmediato le vio la dificultad: su encuentro era de dos viajeros. Las rutas de ambos tendían a separarlos.

—¿Dónde vives? —le había preguntado ella en el restaurante.

—En ninguna parte. O mejor dicho, sí, en una carretera, un tren, un avión. Me gustaría en un barco, pero ya no hay barcos de verdad en los que se pueda vivir. Viajo.

Eso, se veía, le había interesado. Porque no era de los ojos y de las manos de lo que se había prendado Madison, estaba claro. Tampoco de ningún Ferrari en la puerta, ni de una tarjeta con enormes poderes de seducción y promesas, ni de alguien que saliera en los periódicos y concediese entrevistas.

Quizá fue ahí, en esa respuesta, donde comenzó su historia.

—Yo también —dijo ella—. Pero lo mío es por trabajo.

De modo que porque no quería resignarse a un polvo adúltero en un pequeño hotel de la *rue* de l'Université, esa vez no pasó nada. Se abrazaron. Se besaron sin ir a más, como dos adolescentes. Ella tenía que encontrarse con su marido ese mediodía en su hotel para ir al aeropuerto y volver a Alemania.

Y de inmediato comenzaron a intercambiar mensajes urgentes en una Europa fría y congelada, en el invierno más blanco desde hacía años.

Me has cambiado el tiempo, decía él. Durante el viaje pasan más cosas que nunca, y ahora no pasa nada. Solo la espera.

Qué me has hecho, escribía ella. ¿Sabes tú por qué ya no me gusta el invierno?

No te gusta porque congela el movimiento. Nos convertimos en muñecos de nieve, esperando el deshielo.

Ella había dicho que los ingenieros de presas hidráulicas viajan mucho y, pese a que Diego no

le creyó demasiado —¿cómo van a viajar las presas?, los que viajan son los ríos que van a parar a ellas—, resultó ser cierto. No habían pasado más de dos semanas cuando Madison le preguntó si podía reunirse con ella en Plymouth, donde iba a asistir a un congreso titulado «¿Traen los ríos el futuro?».

El mío sí, se dijo Diego, y por primera vez en mucho tiempo se metió en su cuenta corriente para comprobar que le quedaba una cantidad muy justa si lo que se proponía era acompañar a Madison en congresos por todo el mundo. ¿Qué pasaría cuando el congreso fuese en Singapur?

Pero no le importó. Como muchos enamorados antes que él, se dijo que ya se vería. De momento decidió volver a Plymouth, una ciudad en la que ya había estado —de hecho, no era fácil encontrar ciudades en Europa en las que no hubiese estado— y de la que guardaba tan solo un recuerdo de viento. ¿No había también un museo marítimo? No lo recordaba muy bien.

Cogió el *ferry* que le había de llevar de Calais a Dover. Si podía, prefería evitar el Eurostar, entre otras cosas porque era mucho más caro y prefería un viaje con cadencia de viaje, no un cohete.

Y allí estaba, nervioso como un hombre, cualquier hombre que se dirige a una cita en la que ha de pasar lo que tiene que pasar. *¿Esta vez sí querrás?*, le había preguntado ella en un correo. Ahí estaba, intentando distinguir por la ventana la raya exacta que separaba el mar gris del cielo gris, cuando alguien se sentó a su lado.

—Profesor De la Balma: ¿se acuerda de mí?

27. Por qué dejar a Mariana

—... Al principio no le reconocí, porque ahora tiene muchas más canas, el pelo casi blanco. Luego confirmé que era él. Sigue con esa mirada inconfundible, aunque menos tensa, como si se hubiese liberado de algo.

—¿Mirada inconfundible?

—Sí, acuérdate. Es lo que le diferenciaba de los demás profesores, que todos se parecen. Aunque él se vestía como todos, con pana y muchas ganas de no pasar por oficinista, su mirada lo hacía diferente. ¿Os acordáis? Siempre se veía que estaba pensando en otra cosa. Pues bien, ahora es menos tensa, más amable. En el *ferry* me pareció que le habían sucedido cosas buenas.

—Claro —intervino una mujer que se seguía peinando como una joven, con el pelo suelto—: se ha liberado de nosotros. Sobre todo de ti. Esa sí que es una liberación.

Pablo rio, aunque no por ello dejó de pensar en De la Balma, su profesor hacía... ¿diez años ya? Habría jurado que eran veinte o treinta, o por lo menos esos eran los años que él sentía le habían pasado por encima.

Pues los relojes mienten. Las agendas también. No todas las horas pesan lo mismo, ni los días tienen la misma cantidad de horas. En principio parece que sí, pero una hora en un hospital pesa como un elefante en tanto que una hora dibujando un desnudo parece ir sobre el viento. Pues lo mismo: una hora de clase con De la Balma crecía en el recuerdo —y algo raro: pesaba más con los años—, en tanto que le costaba recordar las clases o tan siquiera los nombres de muchos otros profesores a los que no habría reconocido en el *ferry* de Calais a Dover.

—Sí, claro que me acuerdo de ti —dijo De la Balma cuando le preguntó en el *ferry*—. ¿No eras tú el que me recomendaba películas de medianoche en filmotecas remotas? Me parece que os llamaba «el ala cinematográfico-leninista de la clase».

—Sí, soy yo. Nicolás Estrada. Y ya no quedan casi cines de esos. Ahora vemos cine por televisión, pero no son las mismas películas. Los echo de menos.

Era un día de otoño destemplado, como suele ser en el canal de la Mancha, ya terminada la temporada de vacaciones, y el *Pride of Kent* iba medio vacío. Un grupo de jubilados, otro de escolares en viaje de estudios, un par de corredores de comercio..., poco más. Y ellos dos. A Nicolás le pareció que De la Balma tenía un poco aspecto de espía de la Guerra Fría.

Como no encontraba nada mejor, Nicolás iba a preguntar «¿conoce usted Inglaterra?» y se reprimió. No podía hacer una pregunta tan obvia.

—¿Ya has estado en Inglaterra? —preguntó entonces De la Balma.

Nicolás sonrió sin ganas. Sí, conocía Inglaterra. Y no tanto la de los pueblos desperdigados por las colinas verde brillante y las casas de lámparas y techos bajos en las que apetece leer buena literatura. La Inglaterra que conocía era la del metro de paredes curvas de Londres, donde

la gente evita mirarse y muy a menudo la ropa huele a lluvia. La de las hamburguesas a mediodía y los sándwiches resacos envueltos en plástico, sin escapatoria posible, y la de los «expatriados» —así se llamaban, copiando una expresión inglesa colonial—, casi todos añorando algún plato de su país o fingiendo entusiasmo por el club de fútbol de casa.

No hizo falta que lo explicara, bastó su pequeña sonrisa, que no llegaba ni a triste.

—Ya —dijo De la Balma.

Y con ello Nicolás Estrada lo recuperó entero, de golpe, parece mentira cómo un solo «ya» borraba el tiempo y lo devolvía a aquella universidad que amenazaba con caerse en cualquier momento sobre sus cabezas, sin necesidad de terremoto.

Ya.

En aquella universidad que vivía los últimos tiempos —de un sistema de enseñanza, una formación profesional, un régimen político...—, no se sabía qué, pero eran sin duda los últimos tiempos de algo, De la Balma tenía el don de transmitir algo parecido a la esperanza.

Se abstuvo de decírselo a sus amigos en la reunión que dos de sus compañeros celebraban en una casa demasiado pequeña en Camden, en las afueras de Londres. Aun así, era la casa más céntrica entre las de los cinco excompañeros de su promoción que vivían en la ciudad. De su facultad, que tuviesen localizados, trabajaban en el gran Londres como quince.

Y se abstuvo de decirlo porque, estaba seguro, no le iban a entender. Le mirarían entre burlones y condescendientes, y con ganas de pasar a otra cosa: nadie tenía verdaderas ganas de recordar aquellos años entre edificios grises, exámenes idiotas que se olvidaban más rápido que los tiroteos de las películas y la permanente sensación de que la vida —la vida no mineral, al menos— ocurría lejos de allí.

Nicolás había cometido el error de abordar a De la Balma antes de que el barco se acercase a Dover y ahora se encontraba atrapado: no sabía si estaba molestando, y tampoco si retirarse. Cuando lo abordó, De la Balma miraba el mar, embebido, y parecía leer en él un texto escrito con tinta invisible, como corresponde a alguien incapaz de aburrirse. Por lo demás, retirarse, ¿adónde? Estaban rodeados de un montón de sillas medio vacías. Se dijo que tal vez no iba a tener otra oportunidad, y entonces se decidió:

—¿Sabe? Usted fue muy importante para nosotros. Al menos para mí.

Sus compañeros le habrían refutado, y hasta es posible que alguno se escandalizase al oírle. «¿¡Importante para nosotros?!», diría. «¿Un profesor que, en medio de una clase, humilla a un alumno diciéndole “estoy harto de la ignorancia, y de la ignorancia atrevida: he cubierto el cupo”, y luego se marcha dando un portazo para no volver? Tienes un extraño concepto de lo que es importante». «No fue así», diría Nicolás. Aunque sabía que era inútil, y que enderezar una falsificación histórica es más difícil que volver a pegar las hojas de un árbol caídas en otoño.

En realidad, al cabo de varios meses de curso, la clase se arrastraba entre la obligación de estar ahí y la inercia y el aburrimiento. El curso de De la Balma sobre Historia y Estética de las Ideas podía ser y era tan interesante para quien quisiese escuchar como prometía —lo que no siempre es el caso—, pero a pesar de los seis o siete que contaban las horas para volver a clase con De la Balma, el grueso de la lista imponía su desidia juvenil, su rutina, sus adicciones. Pese a saberse que era algo que molestaba al profesor —«los mensajitos impiden leer más largo», había dicho, «es decir, impiden pensar»—, unos cuantos se dedicaban a escribirse bobaditas en el móvil, entre otras cosas porque no podían hacer otra cosa: era un vicio, como la televisión o la

heroína. Y Nicolás lo sabía. Había sido víctima de él, hasta que un día decidió prescindir del móvil una semana y observó no sin alarma sus propios esfuerzos de yonqui para no romper su decisión.

El día del portazo, Nicolás lo recordaba muy bien, nada ayudó. Más alumnos de los habituales habían llegado tarde, y uno de ellos, además, tomándose su tiempo y moviéndose lentamente, como el guapo que hace una entrada en una piscina. A dos les habían sonado los teléfonos, y a uno de ellos con el llanto de un bebé como tono de llamada. Esas cosas eran rara vez casuales. Todo el mundo rio, claro. Estaban en la edad. Por alguna razón, ese día más que otros, por la forma en que se sentaban en los bancos, se notaba que muchos de los estudiantes podían estar ahí, escuchando una lección sobre los colores de los movimientos artísticos cuando son clásicos y los de los románticos que les suceden —«se podría deducir en cuál estamos solo por los colores de la época»—, como en el supermercado eligiendo cervezas amarradas con plástico o perdiendo cerebro con una película hecha con plantilla. Para empeorarlo todo, un sol madrileño permanecía clavado en el cielo azul desde hacía semanas. Y cualquiera sabe que un sol lento y cruel sobre un desierto azul puede terminar arañando los nervios.

En ese momento fue cuando un alumno preguntó que, si los colores definían el arte, ¿eso significaba que también los cantantes tenían colores, como los equipos de fútbol? Y en cuanto a los pintores, ¿tenían a su vez una música que los diferenciara?

No estaba de broma, y tampoco provocando. De hecho, parecía de verdad interesado, incluso ilusionado con la idea, y tal vez su pregunta la podrían haber formulado dos tercios del aula. Pero después de vete a saber cuántos años dando clase y de experiencias que nadie creería con el sistema educativo y sus inverosímiles resultados, esa fue la pregunta que terminó de llenar una copa, una palangana, un cubo, algo. Que llegó al final de un camino sin saberlo.

De la Balma, que solía responder con paciencia y hasta agradecía que le discutieran, se quedó un momento mudo, como procesando lo que le preguntaban, alargó ese silencio hasta un poco más allá de lo habitual, lo fue mirando a todos y, solo después de una nueva pausa, dijo: «¿Sabéis qué? He cubierto el cupo. Lo siento, pero ya no juego más». Y dicho lo cual se levantó y, saliendo por la puerta, que dejó abierta, ya no regresó nunca.

De inmediato circularon todo tipo de versiones, por supuesto, y se dijo que De la Balma había sido expulsado de la universidad, algo que no sucedía nunca en un sistema que se alimentaba de pura y grisácea mediocridad, justo la que había terminado por echarle. También se dijo que lo habían demandado por humillar a los alumnos. Que había aprovechado para fugarse con una joven estudiante de doctorado. Que se había tenido que marchar del país por una deuda de impuestos. Y así. Entre los estudiantes, que se suelen aburrir, proliferan con facilidad los rumores. En cualquier caso, nunca se supo qué había ocurrido realmente ni por qué... Y tampoco nunca nadie volvió a verle en ninguna parte, que se supiera, hasta ese día a bordo del *Pride of Kent*.

Por una vuelta extraña, ese incidente tuvo en Nicolás por lo menos tantos efectos como las clases, o más. Con la intuición que a veces acude en los momentos de verdad decisivos, quién sabe por qué, supo que esa puerta abierta equivalía a un portazo. Y le pareció que el aula se había vaciado detrás de él, igual que el agua que corre hacia el desagüe, pese a que todos seguían allí, algunos mirando el móvil como intentando comprobar en él lo que acababan de ver con sus ojos.

No fue una toma de conciencia lenta, sino más bien un eclipse. «Ya no juego más», había dicho De la Balma, y no se sabía que les hubiese mentido nunca: de hecho, si muchos estudiantes lo

detestaban era porque nunca les engañaba sobre la calidad de sus trabajos. «Ni vosotros ni yo tenemos tiempo para mentirnos», decía, y sus notas no seguían la pedagogía cariñosa que había ido imponiendo la corrección política en colegios y universidades y explicaba en buena parte el paisaje delicuescente general.

De modo que esa súbita desaparición —como la de un héroe en una batalla— dejó tras de sí un escenario de desolación, ruinas, fatalidad. Y no tanto las ruinas decisivas de un bombardeo sino algo más determinante, pues a fin de cuentas tras el bombardeo no queda más remedio que reconstruir. Lo que dejó detrás fue una ruina hecha de mediocridad sin paliativos en la que no había refugio posible. Su marcha reveló que, detrás de las tarimas de los profesores, los nombres rimbombantes tipo *catedrático*, que viene de *catedral*, y los rituales universitarios que tanto impresionan a los neófitos, la universidad, esa al menos, siempre había sido un escenario, en lo esencial, vacío. Que conseguía no parecerlo gracias a la presencia de profesores como De la Balma y algunos otros más, aunque Nicolás había conocido a muy pocos y ya no le quedaba ninguno para consolarse y conservar la fe.

¿Se puede quedar destrozado, huérfano, amante amputado tras la marcha de un profesor? Se puede, y Nicolás fue comprendiendo, no sin cierta sorpresa, que él era una prueba. Y no sin sorpresa porque no está previsto. Lo que está escrito es sentirse huérfano por la muerte de los padres. Decepcionado por un amigo con una concepción centimétrica de la amistad. Castrado —sí, castrado— por la súbita marcha de una novia: «Lo siento. Ya no siento lo mismo. Vete», sin argumentos, ni apelación posible, ni tiempo ni para recoger el libro que se estaba leyendo. Pero ¿por un profesor? Por un profesor no está previsto, del mismo modo que no está previsto llorar por un árbol condenado o lamentar la llegada del aburrimiento con el verano, cuando la vida se rebaja al mínimo común denominador del nivel de las ampollas causadas por el sol en las playas.

De haber sabido que su súbito ensimismamiento y malhumor se debían a la marcha de la Balma, sus compañeros lo habrían mirado como mínimo con suspicacia, si no con sospecha. ¿Malhumor? ¿Por la marcha de un profesor? Mmmmm.

Pero lo cierto es que así fue, y lo más grave, fue a más. Él había pensado que su sentimiento de amputación iría disminuyendo, igual que el dolor de un leñador con un brazo cortado tras un accidente, pero lo que aumentó fue la nostalgia que dicen que siente el leñador por su brazo en el exilio. Y la impaciencia por lo que pretendía sustituirlo: la pobre profesora ayudante que vino a rellenar como pudo el resto del curso. Sucede que no es tan fácil impartir clases sobre Historia y Estética de las Ideas; la primera parte está en los libros pero la segunda solo en la imaginación de los profesores, y no hay tantos profesores con imaginación. Es más, fue comprendiendo Nicolás, que había pensado en convertirse en uno de ellos: los pocos que hay están perseguidos, como demostraba el caso de De la Balma. Son una especie en peligro.

Al principio se dijo que solo le quedaba un año y medio para terminar la carrera y tampoco era tanto. Luego se fue dando cuenta de que el año y medio iba creciendo delante de él, primero como un espejismo y luego iba adquiriendo la silueta de una fortaleza. Cuando este creció al tamaño de Gran Muralla, la disyuntiva ante sus ojos se volvió dramática. Se sintió igual que alguien que debe elegir entre ir a la guerra, a defenderse de un invasor, o aceptar mirarse en el espejo el resto de su vida. Y verse.

—Lo voy a dejar —le dijo a Mariana.

En un segundo, el párpado inferior de los ojos de Mariana retuvo un pequeño embalse y al

instante siguiente dos lagrimones le bajaron por las mejillas.

—¿Me vas a dejar? —preguntó casi en voz baja—. ¿Por qué?

—¡No, no te voy a dejar! —lo decía con sinceridad, pero allá en el fondo Nicolás intuyó por vez primera que ya estaba mintiendo—. Lo que digo es que lo voy a dejar.

Los ojos líquidos de Mariana cambiaron del dolor a la incomprensión.

—¿Lo? Qué es lo que vas a dejar.

Nicolás miró en torno. Un pasillo amplio y de salida de algo entre fábrica y esos edificios sin adornos de oficinas iluminadas y vacías por las noches, que parecía el de una facultad en cualquier parte del mundo. No lo era. Un atento observador, como decían las novelas antiguas, habría comprobado que los estudiantes llevaban carpetas, pero no libros. Que iban mirando el móvil o lo llevaban en la mano, como si a un árbol le hubiese salido una ramita luminosa. Y que de los salones de clase salía una luz mortecina de tarde de otoño y un olor a guardado y a naftalina.

Todo sucedió a una velocidad revolucionaria. Esa mañana Nicolás había salido de casa —un piso destartado y con el pasillo largo que compartía con otros tres estudiantes— con la suave angustia de todos los días por la duda de si eso era lo que debía hacer, pero con la seguridad de que esa noche apagaría la luz sin preguntarse siquiera si había tirado un día más a la basura.

Lo había tirado. Algo, por otra parte, no tan grave cuando se tienen veintiún años y se es millonario y el tiempo se puede derrochar. Más aún: una hora antes todavía estaba pensando dónde iba a comer, ¿en los comedores universitarios, un menú de cuartel?, o le diría a Mariana que fuesen a otro sitio. Aunque para eso se necesitaba más dinero, y a finales de mes estaban ya en las últimas: el anterior había llegado al 25 sin dinero ni para café. Seguro que a Mariana le pasaba igual. Y tan solo media hora antes escuchaba a un profesor disertar en fórmulas, gráficos y estadísticas en un idioma que, si era honrado consigo mismo, debía aceptar que no comprendía. Sí podía fingir y hasta aprobar la asignatura, después de un par de noches con pastillas aprendiendo formulitas, pero en el fondo sabía que no comprendía nada. Es más, le importaba muy poco. ¿Más que una gota de lluvia?, se preguntó. ¿Más que una mota de polvo? Mientras escuchaba al profesor, pensando allá en el fondo que tarde o temprano tendría que examinarse de esa jeringonza, decidió que más que una mota de polvo y menos que una gota de lluvia. La lluvia, a fin de cuentas, le gustaba. En Madrid es un lujo.

Todo eso ayuda a explicar que, media hora después, Nicolás sintiese que la angustia de esa mañana se había vuelto adulta de golpe y le agarraba por la garganta. Era él quien tenía ganas de llorar, se dijo mirando a Mariana, y seguro que terminaría por hacerlo si seguía un minuto más allí.

—¿Lo? Qué es lo que vas a dejar —le había preguntado Mariana.

Nicolás se tomó algo de tiempo. No tanto como el que se había tomado De la Balma antes de levantarse e irse del aula, pero sí algo de tiempo, como cogiendo fuerzas. Se acercó a Mariana, le puso la mano abierta en la mejilla, se inclinó, le dio un beso en los labios, ligero pero largo, y le dijo:

—Todo esto. Perdona.

28. Formas de subirse a un avión

El día en que Nicolás siguió el camino de Diego de la Balma y abandonó la universidad para no volver tenía en el bolsillo un billete infeliz de cinco euros, una moneda de dos con la imagen de una mujer cabalgando un toro y tres de veinte céntimos, por lo que no le quedó más remedio que ir a sablear a tres o cuatro amigos. Así reunió un total de ciento veintisiete euros con sesenta, lo que, mirado con perspectiva, no era mucho. Podía haber pedido dinero a sus padres, que se lo darían sin preguntar, o a su abuelo, que le habría obligado a aceptar el doble diciéndole: «No tengo ningún interés en ser el más rico del cementerio». Pero claro está, no era eso. Pues lo que se proponía era romper el contrato de su nacimiento, que le retenía con más fuerza que si lo hubiese firmado ante notario, y por el que se comprometía a recorrer la ruta obligatoria: colegio, carrera, trabajo, hijos. Eso para empezar. De modo que, si de verdad quería romper, pensaba, podía aceptar dinero de amigos, incluso si no sabía cuándo podría devolverlo, mas no de la familia, que se encontraba en el corazón mismo del contrato.

La adrenalina por su decisión le duró dos días; al tercero empezó a no ver tan claro, y pasadas dos semanas no le quedó más remedio que mirar la ciudad con unos ojos que no había usado hasta entonces. Buscaba un empleo. Descubrió en efecto una ciudad desconocida, como si una alfombra voladora lo hubiese llevado allí al azar, con edificios que de pronto habían crecido y creaban más sombras sobre las aceras, con atascos y corrientes de aire traicioneras, y con olores sospechosos que ensuciaban los muchos árboles. Y todo ello para descubrir que, pese a la multitud corriendo de un lado a otro por la ciudad, no había trabajo.

Mejor dicho, el que había, aunque eso dependía del azar, era para los que se dejaran la cabeza y el corazón en casa al salir a coger el metro. O para quienes al menos tuviesen la precaución de colgarlos en el perchero mientras barrían, limpiaban mesas —es increíble lo que adolescentes armados de hamburguesas con ketchup le pueden llegar a hacer a una mesa—, o para los que asaltaban por teléfono a gente que no quiere ser asaltada para ofrecerles cosas que no necesitan.

Pero como no hay modo de dejar la cabeza y el corazón en casa, o es preciso mucho mucho zen, fueron tiempos de desesperación, para decirlo rápido, que luego recordaría con dificultad. Pues limpiando inodoros o pegando martillazos el alma se rebela y se adormece para poder resistir. Igual que hacemos cuando nos meten en un quirófano y como haremos cuando vayamos a Marte: al despertar, ya estaremos allí. Más viejos, pero amnésicos de un viaje tedioso e insufrible. De modo que Nicolás sobrevivió en un letargo al que durante un tiempo ¿corto?, ¿largo?, no lo sabía, fue añadiendo alcohol —cerveza, vino, *whisky*, anís, lo que pillase—, en la vieja superstición romántica de que el alcohol hace tolerable la vida.

No era el caso. Antes de creer que la verdad no estaba en el alcohol sino en las drogas, o mejor, en su mezcla —desconfiaba de las drogas después de haber visto cómo un compañero de

colegio se volvía imbécil con simples cigarrillos de marihuana que ni siquiera parecían capaces de dar cáncer—, la suerte le sonrió. Y no porque le llegara un trabajo digno del nombre, sino porque una amiga, o eso figuraba en su tarjeta, le envió por móvil el vídeo de una fiesta de dos o tres minutos. Uno de esos vídeos invisibles que circulan a millones por el aire todos los días.

Al principio pensó que se lo enviaba porque su amiga había descubierto al doble que todos tenemos en algún lugar del mundo y le quería ahorrar el susto de ir a encontrárselo una noche sentado en el asiento del conductor en un autobús. Luego fue viendo que era más que un doble: más bien un hermano mellizo univitelino, de esos que no diferencian ni las madres. Lo único que frenaba el gran descubrimiento que le iba a cambiar la vida —todos estamos destinados a tener dos o tres, cinco los de las vidas más novelescas— eran los ojos de su hermano: no era posible que ese doble suyo fuese él mismo, como todo parecía indicar, pues el Nicolás del vídeo sonreía en paz y con una complacencia ante el mundo que nunca podría reconocer como suya. Y no tanto por su felicidad sin causa, sino por la estupidez que reflejaba esa sonrisa. Contundente, inocultable, definitiva.

A ello ayudó un confuso recuerdo que no aparecía en ningún vídeo pero que él intuía, borroso, de la misma noche: cuando sacó su boca de otra que estaba devorando, alcanzó a decir «perdona» o algo parecido, desenchufó de golpe a la chica que lo cabalgaba, sentado él con los pantalones en los tobillos en el excusado en los servicios de una discoteca, y vomitó con violencia en la taza toda la paella que había comido a mediodía. Hasta el último grano. Lo que recordaba con nitidez era que, cuando se atrevió a mirar, parte del vómito había caído sobre la chica, incluyendo un resto en la mejilla, y esta lo miraba con una mezcla infinita de ira, asco y, lo más doloroso, algo que podía haber sido una lastimosa compasión pero era desprecio.

Esa imagen no era definitiva, tal vez porque no había película, pero sin duda ayudó.

Dejó de beber de golpe, asustado como un científico a punto de descubrir la fórmula del insomnio sin necesidad de dormir la siesta al día siguiente y a quien le diagnostican la pérdida diaria de cincuenta mil células cerebrales por abuso de pantallas. Y se encontró de vuelta en el punto de partida.

Al cabo de un tiempo comprendió que no tanto. Una vez pasada la resaca, que dura uno o dos días, y las olas de la resaca, que pueden durar semanas y alcanzan a veces costas desconocidas, descubrió que el mundo al que había regresado no era exactamente el mismo.

Y en consecuencia se negó a sobrevivir en él de la misma forma, sufrir los mismos trabajos. Y pudo hacerlo porque —estas cosas ocurren— le ofrecieron un trabajo distinto a la mañana siguiente de su resolución, como si su ángel guardián hubiese tenido una noche agitada.

Es preciso decir que, cuando Nicolás Estrada decidió dejar la universidad a falta de un año para terminar, lo hizo, claro está, a la sombra de un fervor revolucionario. Al reconocer que «todo eso» que abandonaba incluía a Mariana, Mariana con lágrimas en los ojos, él también sintió que no podía volver a engañar a nadie y se propuso no salir con chicas que hubiesen firmado un contrato parecido al suyo: colegio, carrera, trabajo, familia. Esos contratos tenían peligro, pues eran contagiosos. Así que, visto que no podía deshacer los estudios, borrarlos, su trabajo tendría que ser otro, y esa fue la razón de que aceptase empleos con las manos: limpiar aceras y culos de enfermos, darles miles de vueltas a cientos de hamburguesas que durante un tiempo le volvieron vegetariano, incluso conducir un taxi por la noche a cambio de un sueldo de esclavo. Cualquier cosa que supusiera ruptura con su contrato de nacimiento. Todos esos trabajos eran una especie de

seguro, pues ninguno le hubiese permitido firmar una hipoteca a medias con una chica, ni siquiera a cincuenta años.

Pero las revoluciones proponen y luego la realidad dispone. Justo cuando su cabeza y su corazón se negaron a quedarse en casa por las mañanas y exigieron salir ellos también a trabajar, Nicolás se encontró con un mensaje en su correo. Algo llamativo, porque había marginado el correo electrónico en su vida, al igual que una televisión de cuya capacidad de enganchar siempre había desconfiado y el teléfono, que solo usaba para buscar trabajos de camarero. El correo había entrado esa misma mañana en su bandeja solitaria:

¿Estás libre para un trabajo al que no te podrás negar?

Se lo enviaba Danilo, un amigo del colegio del que no sabía nada desde que prefirió «la vida a la universidad», según dijo entonces. Aunque solo por saber de él ya habría contestado, que aceptase mirar la oferta indica que algo ya no era lo mismo.

Estoy libre para oír propuestas. Siempre que sea frente a una caña.

La ciudad no había cambiado tanto desde que tomaban las primeras cervezas y todavía era difícil, más, quizá, encontrar un sitio tranquilo para hablar. Y como en dos bares resultó imposible, se tomaron la caña y se fueron al Jardín Botánico, un lugar más bien desierto; era posible que la gente conociera la reputación de la *Drosera regia*, planta carnívora.

Si Nicolás había cambiado, digamos, ochenta grados desde el colegio, Danilo lo había hecho ciento sesenta. No solo porque ahora llevaba la ropa de marca que era la elegancia acreditada de la época, sino porque el chico vacilante y algo tímido de entonces había quedado muy atrás. Ahora se había depilado las cejas, que antes tenía juntas, usaba lentillas y hablaba con la seguridad de quien no depende de un sueldo y tiene en el banco dinero para aguantar una guerra. Y no había cumplido veinticinco años.

—¿Sigues con el cine?

Eso era lo que los había unido en el colegio. En un mundo en el que la afición a las películas de extraterrestres, en el espacio exterior o en la Tierra, se había vuelto una religión, su curiosidad por películas en blanco y negro y en otros idiomas que a veces no estaban ni subtituladas les había ganado la etiqueta de *raros*. Una especie de microsecta, de la que es muy difícil salir, a la que sin embargo habían logrado atraer a unos pocos.

—Bueno, más o menos. Más menos que más.

Danilo levantó una ceja.

—No tengo mucho tiempo —añadió—. Y no hay mucho que ver, ¿no? ¿No te pasa a ti?

Siguieron caminando y cruzaron a un hombre que leía sentado en un banco al sol y que ni siquiera levantó los ojos. Otro raro.

—Es que ya lo has visto —dijo Nicolás—. Si no vas más al cine es porque ya lo has visto.

Cierto, pensó Nicolás: esa capacidad que tenía para saber qué iba a ocurrir en la mayor parte

de las películas sin haberlas visto antes, una consecuencia de que los guionistas no emplearan ya más que las plantillas de media docena de historias para hacerse fácil la existencia.

Fue entonces cuando Danilo le cambió la vida, algo que sucede un poco al azar, casi siempre sin querer.

—Te voy a proponer un trabajo que me gustaría hacer a mí.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque ya lo he hecho. Durante años, mientras tú estabas cazando mariposas en la universidad.

Se trataba de viajar para encontrar escenarios atractivos para las películas del futuro. Una especie de descubridor de lugares que no habían sido aún explotados y que podían volver a hacer soñar. Ya no los restaurantes con manteles a cuadros de París y la azotea del Empire State Building en Nueva York. Otros sitios. El mundo es muy grande.

Nicolás sintió un vuelco en el corazón, el primero en su vida, y esa es ya una pista sobre el tipo de contrato de vida que había estado cumpliendo, y se detuvo en mitad de un camino del Botánico. Miró a Danilo. ¿En serio? *Viajar para encontrar escenarios de película* era el tipo de frase que solo podía aparecer en las novelas —ni siquiera, pues en una novela no sería creíble— y que solo era tragable en el cine, y eso con mucha música y efectos especiales.

—¿En serio?

—En serio —rio Danilo—. Ya sabía que te iba a interesar.

Interesar no era la palabra. No *se interesa* el joven a quien le proponen cruzar el desierto con un buen camello en una caravana, la cantante a quien obsequian una canción de las de una vez en la vida para que la cante como si la estuviera creando, o el fotógrafo pagado con generosidad para que recorra África en busca no de animales, sino de paisajes. ¿Conoce usted los paisajes africanos? No, ¿verdad? Siempre están ocultos por los elefantes y los leones rugiendo en primer plano.

Dos días después Nicolás se encontraba en un avión a Argel, vía París. «Puedes salir esta misma tarde», le había dicho Danilo, que tenía sentido del drama y de los efectos de película, y aunque le hubiese gustado hacerlo, en efecto, salir corriendo, coger un taxi y decirle: «A El Cairo», algo le retuvo. No sabía muy bien qué. Algo.

Lo supo esa noche, sentado en una taberna mientras esperaba para cenar a unos primos que debían pasar una noche en la ciudad y, al retrasarse, le hicieron un favor. Porque, llevado por un impulso medio inconsciente, sacó un lápiz y la libreta que siempre llevaba consigo y escribió lo que le faltaba:

Al fin. Ya no más aceras, ni culos, ni hamburguesas. Ya no más órdenes de almirantes de la mediocridad. Ya no más ruido y televisores y tópicos sobrevolando el cielo. Adiós. Adiós desierto cielo azul y cajas de zapatos con ventanas cuadradas. Notifico mi dimisión con efecto inmediato.

Y en ese momento llegaron sus primos y la vida de Nicolás entró en otra página.

Hay muchas formas de subirse a un avión. El que huye. El que se sube con copas con la intención de llegar ya borracho al Caribe. El que va calculando con cascos y una tableta una

importante reunión en Bruselas. El que coge la mano de la pasajera de al lado, con quien se acaba de casar... Nicolás se subió al suyo como si viniese de pasar una larga temporada en la cárcel y de allí hubiese salido directo al aeropuerto. Todo le parecía bien, incluso que le cupieran las piernas con dificultad delante de su asiento, y la sensación de formar parte de los clientes de un supermercado que se subían a un avión para irse de vacaciones. Se preguntó por qué las azafatas no envejecían y eran siempre guapas —había viajado algo, pero hacía años—, no le importó pagar un sándwich de imitación de jamón a precio de uno pata negra, y hasta se emocionó con las vistas desde el aire camino de Francia. Si Europa no era el paraíso, estaba en el vecindario.

Había hecho bien en seguir su instinto: ese viaje a Argel, con escala en París, comenzó sin duda la etapa más feliz de su vida, aunque no lo sabría hasta la vejez. El avión parecía haber roto una tela o algo y multiplicarle, porque quería tener más ojos, más olfato, más cabeza para comprender. Nada más bajarse confirmó que Argel podía proponer no una sino diez películas, lo que él ya sabía porque había leído a Camus, pero la ciudad había sido olvidada por culpa de su reciente historia enrevesada y dolorosa. Ya en el aeropuerto sintió que había acertado a la primera, y desde el taxi comenzó a tomar notas para posibles películas, lo que siguió haciendo en el hotel, sin deshacer la maleta, y luego en los cafés, buscando huellas. ¿Huellas de qué? No lo sabía. Huellas.

Hasta que, en medio del entusiasmo, se dio cuenta de que, si buscaba huellas, se arriesgaba a repetir viejas historias. El problema es que ya le había enviado dos proyectos a Danilo. Se propuso entonces renovar sus ojos de forma radical, nada de huellas, y viajó a ciudades que tuvo que buscar en los mapas porque nunca había oído hablar de ellas: Bamako, Cotonou, Bafoussam, y a las que no le fue fácil llegar. En la tercera comprobó que no eran tan distintas: calles con polvo que se volvía barro con la lluvia, un tráfico que no se podía llamar salvaje porque, aunque nadie los respetaba, había señales y algún semáforo, y una población que vivía tranquila en medio de todo ello, o al menos sonreía: parecían ver algo que Nicolás no. Cuando encontró un rincón en el que el móvil funcionaba, le escribió a Danilo un mensaje:

Me voy a quedar por aquí un rato para averiguar qué hay detrás del polvo y el barro, el caos del tráfico, las tormentas y la sonrisa de la gente.

Y la siguiente vez que fue a ese rincón le entró, entre otros, un mensaje de Danilo que decía:

El barro no sirve para hacer películas, sino vasijas. Vuelve a Madrid, tenemos que hablar.

Tardó en volver una semana, no solo porque remontar desde el Camerún hasta Madrid tomaba un par de días, con largos aburrimientos en aeropuertos, sino porque Bafoussam en particular le había gustado. Es cierto que no hacía calor sino una agradable y permanente primavera —estaba en las montañas—, pero la razón era que, en su hotel de expatriados, ocupado por hombres de negocios y funcionarios internacionales, había conocido a Branca, y Branca le había pegado más

fuerte que con un golpe en la cabeza.

Tal vez porque la tenía presente como si aún la estuviese acariciando, y Branca era Portugal y la lluvia, o al menos eso recordaba Nicolás de un lejano viaje de estudiante, Madrid le pareció una ciudad lejana. Y eso que la había dejado hacía tan solo dos meses.

—Es que estás viajando por sitios nada prometedores —le dijo Danilo cuando se reunieron.

—Entonces qué: ¿volvemos a hacer películas en París? ¿Volvemos a rodar *Casablanca*?

—Bueno, París no, pero ¿por qué no Lisboa o la campiña francesa o italiana, y le buscamos nuevos ángulos? ¿No hacen los teatreros eso todo el tiempo con Shakespeare, por ejemplo? Pues lo mismo.

29. La fealdad encoge las ciudades

Branca corrigió dos erratas en el corto mensaje que acababa de escribir, lo leyó una vez más y pulsó el dibujo con el pequeño avioncito de papel que aparecía en la pantalla. Eran solo dos frases, la segunda corta, y las había modificado dos veces. Así era ella: nunca enviaba un correo con erratas, por mucha prisa que tuviera —y enviaba muchos correos al día—, y menos con símbolos de la luna, el sol o un monigote guiñando el ojo: cuando le enviaban dibujitos en lugar de palabras le parecía que le estaban cambiando un caldo gallego, con su densa historia a tres entre alubias, berzas y ternera, por una sopa de sobre.

Luego se levantó y fue a apagar el fuego bajo una cafetera italiana en la que terminaba de subir el café y se oía ya el suspiro en miniatura de una locomotora de vapor. Abrió una alacena con cristales en la que se veían tazas, todas distintas y muy elegidas, cogió una blanca con arabescos azules —tal vez china, asiática en todo caso—, se sirvió sin echarle azúcar, sacarina o miel, tampoco leche, nada, y, de pie frente a la ventana situada encima del fregadero de su cocina, se entregó a uno de sus pequeños lujos de todos los días: beber, saboreándolo, un gran café mozambiqueño no demasiado fuerte, pero tampoco suave, mientras disfrutaba de la vista de Lisboa desde una de sus colinas.

De inmediato reparó en una gran grúa que se alzaba como un relámpago de hierro en mitad de la ciudad, y que el día anterior no estaba: lo habría podido jurar. El corazón le dio el pequeño salto al que no terminaba de acostumbrarse. En sus últimos regresos, con los ojos lavados por los viajes, Branca había visto más y más signos de un fenómeno que ya conocía de Venecia, Barcelona, Dubrovnik y otros: la lenta y casi invisible disminución por mordisqueo de una ciudad a causa de la tonta y vitoreada razón de que *se pone de moda*, hasta que llega el día en que ya es demasiado tarde y no hay vuelta atrás: esa ciudad en concreto ha desaparecido y ahora es otra cosa, siempre muy parecida a otras. Los avisos son casi irrelevantes, pero múltiples: un olor a *pizza* que es ya el de la ciudad, hombres con pantalón corto en callejuelas del barrio antiguo que le toman fotos a ropa tendida como si fuesen las vidrieras de una catedral, barcos que de pronto atracan donde no caben en el puerto, si lo hay, y la policía de tráfico mira para otro lado... Y al tiempo la llegada de los millonarios disfrazados de bohemios —tal vez quieren hacerse perdonar—, que como narcos ponen sobre la mesa el dinero necesario para comprar los áticos más altos de la ciudad. A Branca le habían ofrecido por el suyo una cifra en la que estaban incluidos rayos de oro llegados al atardecer hasta su terraza.

—No está en venta.

—¿Pero si le están dando tres o cuatro veces lo que vale!

—¿Usted cree? —respondió Branca. Miraba con interés las muecas de una codicia que era muy distinta de la suya propia.

En efecto: en Branca destacaban sus ojos, lo primero que se veía y lo que luego se recordaba. Era una mujer con el tipo de elegancia a la que se llega al acercarse a los cuarenta, o más: una *allure*, una forma de estar en el mundo mucho antes que unos trapos o maquillajes que, arrollados por ella, pierden el primer plano. Una seguridad que le permitía usar moños, por ejemplo, y hacía que un joven de veinte años se preguntase por qué no conocía esa posibilidad de las mujeres. Como cualquier persona con la biografía enlazando varios países, Branca hablaba tres o cuatro idiomas, unos mejor que otros, aunque unidos todos por su suave acento, y además una forma, un estilo de hablar. Lo que constituía buena parte de su elegancia.

Nada llamativo, ni espectacular; nada de unos idiomas mezclados con otros exóticos, portugués con frases en bantú, por ejemplo, o italiano con palabras prohibidas en ruso, si es que todavía hay palabras prohibidas en algún idioma, además de lo que dicta la corrección política, sino algo mucho menos exótico y que solo oídos refinados y atentos podían capturar: el idioma de Branca era sencillo, no simple, decía justo las palabras necesarias, entre las cuales figuraban a veces colores y metáforas, y carecía de frases hechas, tópicos, lugares comunes. O sea, algo extraordinario. ¿Cuántas personas hay así en el mundo? ¿Se podría crear con ellos un país? ¿Una ciudad? ¿Llenar un estadio?

Y Nicolás tenía los oídos necesarios para reconocer el lenguaje de Branca, tal vez gracias, en parte, a las clases de Diego de la Balma, que alguna vez les había dicho, y Nicolás no lo olvidaba: «Me doy por satisfecho si os contagio la alergia al tópico. Si lo esquiváis, ya tenéis por lo menos un buen puesto en la salida, siempre y cuando no sea en una agencia de publicidad». (Todo lo que se dice en una clase es peligroso, porque puede haber alguien que lo recuerde siempre).

Eso fue lo que le golpeó, allá en Mozambique. Branca iba con pantalones blancos sueltos de algodón, como se usan en Asia, sandalias romanas —y en el campo africano ir con los pies medio desnudos puede resultar arriesgado—, una blusa sobria y a la vez muy alegre en variados tonos rojizos y, lo decisivo, una trenza gorda que le llegaba hasta la mitad de la espalda.

Lo que fue a arañar algo en recuerdos tan viejos de Nicolás que eran casi inconscientes: le remitían a la niña que se sentaba delante de él en clase, y cuya gruesa trenza acariciaba los lápices en su pupitre sin que él se atreviese a poner la mano para que también la acariciara. O sea que, en el bar del hotel —entre sillones de escay, un aire acondicionado asmático y el habitual paisaje de blancos bebiendo cubalibres y *whisky* y contándose sus aventuras africanas, o al menos intentando que así lo parecieran—, el golpe sufrido por Nicolás vino por donde menos lo esperaba: una alianza entre el lenguaje de Branca y su trenza. Ni el donjuán más experimentado lo hubiese visto venir. Y Nicolás, de todas formas, no lo era.

Dicho lo cual, Branca no resultaba una mujer guapa o atractiva a primera vista, razón por la cual pasaba muy a menudo desapercibida pues no abundan quienes aprecien un moño o una trenza en una mujer de casi cuarenta. Y menos aún un lenguaje. Eso fue lo que le permitió a Nicolás charlar con ella sin interrupciones de otros hombres, e incluso profundizar un poco más allá que el habitual intercambio de clichés de los blancos cuando hablan de África, y si esta o aquella revolución o si tal aeropuerto está más limpio que uno de Europa.

Ese medio anonimato decidió mucho más de lo que parece. Pasar desapercibido es una cualidad que las masas van conquistando día a día, y sin esfuerzo. Pero llegar a la práctica invisibilidad, como, digamos, una lenteja en un plato de lentejas, es una especie de don que tiene

que ver con una disciplina, un saber, algo voluntario —si no, no es comprensible que Branca pasase desapercibida—, y en todo caso decidió que el Gobierno portugués se fijase en ella. Eso y el hecho de ser hija de un portugués con la infancia en Mozambique que, de niña, la había llevado allí varias veces, alguna de ellas larga, con el deseo del padre de transmitir a su hija sus propias nostalgias. Eso tenía como consecuencia que África se encontraba entre los recuerdos infantiles de Branca, lo que constituye una forma superior de conocimiento. Fue además decisivo en su inmediata contratación en Middle African Future, una empresa de prospección de negocios en África y también una excelente tapadera para un espía. A ella le asignaron Angola y Mozambique, aunque si quería podía explorar entre los vecinos.

Espía es una palabra un poco excesiva para describir lo que hacía Branca. O más bien lo que no hacía. Superado el tiempo de las guerras y luchas ideológicas, al menos en Portugal y sus antiguas colonias en África, de lo que se trataba era de observar *in situ* cualquier aterrizaje que pudiese suponer la disminución de la influencia lusa en los territorios que Portugal, como toda metrópoli, allá en el fondo seguía considerando en cierto modo suyos. Influencia entendida como lugar privilegiado para hacer negocios en nombre de un pasado común, para neutralizar al mismo tiempo el desembarco de forasteros y, si merecía la pena, adelantarse a él. Como por el lado cultural la batalla estaba perdida y los mozambiqueños comían hamburguesas, usaban móviles y veían las series de televisión que veía el mundo entero, y no había fuerza que se pudiese oponer a eso, el espionaje buscaba tan solo ocasiones de negocio. «Sin duda, África es el futuro», solía decir su padre, que murió casi pobre, y recordaba Branca cuando se enfrentaba a las muchas contradicciones africanas. «Pero es que ya me decían eso cuando yo era niño».

El problema es que a Branca no le gustaban los desembarcos y las oportunidades de negocio que veía llegar a Mozambique, por la sencilla razón de que casi todos tenían que ver con talar árboles y construir muros, no solo para darle techo a una población que llegaba en masa, sino que más bien tenían que ver con la magia: la conversión del cemento, aunque no brillase, en un material semiprecioso. O sea, como en todas partes, carreteras que herían selvas y presas que las sumergían con el pretexto de que había terminado la guerra y había que recuperar el tiempo perdido. Urbanizaciones trazadas con escuadra y reconversión de las cabezas redondas, que son las que permiten el libre tráfico de ideas, en cabezas cuadradas sobre cuerpos trajeados y con corbata, también *rectangulizados* en el gimnasio. Proyectos verticales justo allí donde la horizontalidad hubiese podido no ser un lujo. Un mundo geométrico.

Para las capitales del continente ya era demasiado tarde. Branca podía parecer una mujer de madura elegancia, pero si algo la sacaba de quicio era la fealdad, la fealdad arquitectónica de las nuevas ciudades de África y que estaba ya llamando a las puertas de Lisboa, algo que años antes le habría parecido imposible. El porqué de esa alergia no lo sabía ni ella. Tal vez había entrevisto de niña el paraíso en África y no podía resignarse a su pérdida con ella de espectadora.

Tal vez eso que la incapacitaba como espía fue lo que alcanzó a ver Nicolás en el fondo de sus ojos negros y que le atrapó, como a veces ocurre si se miran fijo ciertas cosas. Lo malo es que no se sabe cuáles son. Quién sabe. Tampoco él hubiese sabido explicarlo.

Así que Branca venía a ser una especie de agente doble. Trabajaba para Lisboa y también para una potencia rival: ella misma. Buscaba oportunidades de negocio, pero para sabotearlas. Solo daba noticia de aquellos proyectos de destrucción en los que sabía que su propio país lo iba a hacer más despacio que la empresa forastera de turno. Temía en particular a los bancos y fondos

de inversión, los más rápidos y peligrosos de todos. Aunque entraban otro tipo de consideraciones, jamás lo que se suele entender por patriotismo. Pues no creía que por tal se pudiese entender la complicidad con bancos y grandes compañías. Si ellos no tenían patria, ¿por qué la había de tener ella? A veces veía oportunidades que interesaban a ambos, y conseguía los acuerdos que la iban manteniendo en el cargo, como cuando convenció a una empresa suizo-alemana-sueca de invertir en la pesca de las minas antipersona que había sembrado la guerra por todo Mozambique, con el argumento irrefutable de que con el tiempo les agradecerían esa ayuda ofreciéndoles grandes proyectos.

Y aunque tenía cierta experiencia, aunque era, por así decir, una espía veterana que se violentaba y se ponía una sonrisa para frecuentar con naturalidad todos los carísimos hoteles con piscina y bares a los que iban los expatriados en Maputo y Luanda, con paradas ocasionales en Zambia, en medio, y ocasionales incursiones tierra adentro (allí había conocido a Nicolás), a veces no podía prever ciertos efectos secundarios.

Como que esa mañana, después de detectar el nuevo proyecto de edificio en el centro de Lisboa, sonase el timbre de su casa, un suave sonido de cascabel. Fue a abrir después de depositar el café sin terminar en una mesa y se encontró con Nicolás en la puerta, con el aspecto de universitario en su primer trabajo. Eso se les ve en los ojos. Lo que tenía previsto todavía menos, pues era lo contrario, fue que el corazón le diese un pequeño salto en el pecho, muy parecido al que sentía con cada nueva llegada de la fealdad a Lisboa, pero un poco más fuerte.

30. Lisboa está hecha de otra cosa

La estaba besando, pero no era de eso de lo que estaba pendiente, y por eso la lengua de ella se imponía a la suya. O sea, que era ella la que le estaba besando a él.

Y acariciando: en eso se concentraba, distrayéndolo nada menos que de una boca de mujer, como un náufrago en el desierto que cree ver una palmera y deja de sentir el peso de la arena en los pies. Por primera vez en su vida pensaba más en las manos de una mujer que en sus labios, y eso que estos estaban bien dibujados y hablaban por sí solos. Mientras una lengua se deslizaba en su boca con suavidad, después de haber llamado a los labios con dos pequeños toques, la mano derecha de Branca, que no parecía capaz ni de robar un lápiz, había avanzado sobre su muslo y ahora, al llegar a la mitad, se abría para acariciar la que también en los hombres es la parte más sensible del cuerpo. Nicolás no sabía que las mujeres conocían el secreto —él lo había aprendido de estudiante con una chica de Filosofía que si se le tocaba el muslo se retorció como bajo descargas eléctricas—, y menos aún que algunas mujeres se atreviesen a acariciarlo. Nicolás sentía que el calor le inundaba igual que si esa mano fuese un enchufe, con la toma en la entrepierna. No abrió los ojos para no encontrarse con los de Branca.

La pregunta era si ella iba a avanzar o si sería él quien fuese a su encuentro con la erección más larga y dura de toda su vida, y eso que a la edad de Nicolás se alcanzan cotas inverosímiles.

Pronto se impuso el objetivo atávico que los hombres jóvenes creen una cuestión de honor: no podía seguir permitiendo muchos más juegucitos con manos y entrepiernas porque entonces pasaría lo inevitable, antes de tiempo, y él quedaría con la humillante sensación de ser un adolescente incapaz de cabalgar sus pasiones. Así que cogió la mano de ella e intentó retirarla, y para ello tuvo que hacer el mismo esfuerzo que un adicto a la lluvia que se compra una cueva de místico en el desierto. De todas formas resultó inútil, porque ella no le dejó: levantó su mano para retirar la de Nicolás y luego volvió al muslo, igual que un leopardo regresa cuando sale la luna al árbol donde ha dejado colgado un ciervo. No regresó al lugar de antes sino ya directamente al centro de la tierra, dentro del pantalón, que acarició con la misma suavidad y pericia con que había movido su boca en la de él, hasta que casi de inmediato llegó el fin del mundo con una enorme explosión. Siguió cien réplicas, le pareció; en realidad eran unas seis como máximo.

Cuando se dio cuenta de que seguía vivo, siempre sin abrir los ojos, intentó acordarse de qué pantalón llevaba y si se le vería la mancha.

Había de recordar los días siguientes como los mejores de su vida. Mejores aún que los que comenzaron con el encargo que puso fin a su tiempo de esclavo: encontrar nuevos lugares donde se pudieran crear los nuevos sueños del cine. Terminó con el descubrimiento en Argelia de que el mundo está lleno de huellas, y si seguimos esas huellas vivimos sueños ajenos.

Lisboa vino a enlazar con ese tiempo único que —como suele suceder— vivió sin saber que

nunca más iba a ser tan feliz. *Feliz* no es la palabra: que nunca iba a estar tan vivo. Quizá sea lo mismo.

Lo raro, lo inesperado para él, fue que, como descubrió en Lisboa, jamás lo hubiese creído posible con una mujer que no podía dejar pasar un cuarto de hora sin contestar a su móvil o escribir un mensaje. Branca era de ese tipo de personas que sostienen el teléfono en una mano y de vez en cuando repiten: «Lo siento, pero es trabajo y tengo que saber si es algo importante». (Rara vez lo es). A su vez, Nicolás era un ser de otro siglo, según sus amigos, que se obligaba a no mirar su móvil más que lo indispensable y tenía silenciados los avisos. Ni siquiera recibía mensajes de noche, porque la consideraba la parte de propiedad privada que nos reconoce el día.

Lo descubrió a las seis de la mañana siguiente, en el sueño profundo tras el encuentro de dos amantes después de una separación. Nicolás sintió que allá en el fondo de su sueño sonaba la alarma de un incendio y descubrió al despegarse los ojos que era el móvil de Branca, que zumbaba mientras ella le decía por primera vez al cogerlo: «Tengo que contestar a esto. Sigue durmiendo», y se levantaba desnuda y ágil para salir del cuarto.

—Te parece a *Esperando a Godot* —terminó por decirle Nicolás cuando la vio consultando el móvil una vez más, como si por allí fuese a llegar la primavera.

No parecía entender la alusión, y eso le extrañó.

—Sí, la obra de teatro. En un paisaje desolado, unos personajes esperan a alguien llamado Godot. Y nunca llega. Ni siquiera está claro que sea *alguien*.

Branca se lo quedó mirando con sus tranquilos ojos negros.

—¿Te parece que este es un paisaje desolado? —preguntó con su acento portugués gutural y encantador.

No, desde luego; Nicolás se sintió culpable como si hubiese soltado un taco en una ermita aislada por la nieve y el silencio. Porque Lisboa podía sugerir todo tipo de imágenes evocadoras de la vejez, la aristocracia que fue y la decadencia, pero jamás la desolación. En eso consistía el secreto de la ciudad, su sorpresa: que pese a ser una ciudad desconchada y conservada por la llovizna, parecía más elegante que otras colegas iluminadas y con grandes fuentes y edificios imperiales donde niñas anoréxicas disfrazadas de modelos ruedan anuncios de perfumes que no se pueden oler.

Con todo, no era tampoco eso lo de verdad extraordinario, sino el hecho de que Lisboa parecía vinculada a Branca como si la ciudad se desnudase con la mujer y la mujer se abrigara con la ciudad. No resultaba contradictorio que Nicolás se hubiese enganchado a Branca en Maputo, pues lo primero que se impone de un sitio es su melodía. Y aunque Maputo no se podía comparar con Lisboa —casi ninguna ciudad puede, y no por las grandes perspectivas sino por las sorpresas de sus calles y las sugerentes manchas de las paredes—, en cierto modo las dos ciudades eran extensiones la una de la otra.

Así ocurre con frecuencia: los puritanos ingleses siguen patrullando por Estados Unidos y cuando parece que han desaparecido, vuelven. En la Martinica el pan y los cafés se parecen a los franceses, aunque no llueva. Y es fácil encontrar el fantasma de Hernán Cortés en Ciudad de México y Coyoacán, donde veraneaba, y no sirven de nada los permanentes intentos de fusilarlo, a él y a sus secuaces, y enterrarlos en fosas anónimas y borrar sus nombres para siempre. Es algo tan irremediable como la humedad que ocupaba Mozambique tras las lluvias monzónicas, que tan poco se parecían a las de Lisboa. La mayor parte del tiempo en Lisboa no llueve, sino que la

ciudad se envuelve con un chal de llovizna hecha sobre todo de aire que sirve para resucitar los charcos con suaves caricias, dictarles versos a poetas y, a veces, reunir bajo los paraguas a parejas que hasta el momento no se conocían.

Eso les sucedía a Branca y a Nicolás. Aunque en sus primeros días en Lisboa se acercaban con la timidez y la pasión con que parecían estar inventando el amor, luego volvían a quedar indefensos. Al salir a la calle Nicolás descubría que si alguna vez una mujer había sido la llave de una ciudad, era esa.

—Te pareces a Lisboa.

—Por qué. ¿Lluevo?

Nicolás se quedó pensando mientras la miraba.

—No, no llueves, porque lo de estos días en Lisboa no ha sido lluvia sino otra cosa. Estás hecha de esa otra cosa.

Branca soltó una carcajada de diez años más joven.

—Habrás que patentar el invento. Y lo primero, nombrarlo. ¿Cómo lo llamarías tú?

Ahí, en el comienzo de un lenguaje inventado y común, encontraron otro punto de unión.

Pero —a Nicolás le costó reconocerlo— esos intercambios de esgrima que les gustaban casi tanto como estar juntos eran interrumpidos por mensajes o llamadas de teléfono: «Lo siento, pero tengo que ver qué es. Puede ser importante».

Y los mensajes podían venir de tantos sitios —Maputo, Johannesburgo, Luanda, Nairobi, El Cairo, Lisboa, Londres, Pisa, Amberes, Moscú, Toronto, Quito, San Salvador...— que Nicolás quedaba fascinado igual que los primeros espectadores de las imágenes vivas de una linterna mágica. Y cuando preguntó una vez más y Branca le contestó «Reikiavik», no se atrevió a indagar dónde quedaba —le sonaba, pero tenía un hueco en la memoria— y fue a su vez a buscarlo en Internet, algo que le avergonzaba un poco. Y no por su ignorancia, sino por el reconocimiento de su derrota frente a los robots de pantalla.

Lo extraordinario es que no se preguntaba por qué Branca mantenía más lazos con el mundo que un corredor de bolsa de Singapur. Y la razón de que no se lo preguntara era sencilla: cada tres o cuatro llamadas, Branca *respondía* a la llamada, y lo hacía en un solo idioma hecho de inglés, español, portugués, francés e italiano, además de un par de frases en alemán que apenas sabía pronunciar y unas palabras misteriosas que Nicolás alcanzó a reconocer.

—¿Hablas swahili?

—No se puede decir que lo hable. Eso que decía era una frase hecha.

—¿Y qué significaba?

—«Que la cosecha de este año se dé bien».

Y sí era cierto que Branca hablaba y se escribía con todas esas ciudades, y que vivía en el mundo entero como nadie antes, y como no hubiese sido posible tan solo hacía diez o quince años. El mundo estaba hipnotizado con el nuevo poder de hablar con Tokio por la pantalla al mismo tiempo que se recibe un mensaje de Montevideo y se lee la última actualización de *Le Monde*, y aún Branca no había sido diagnosticada como *pantallo-dependiente* aunque era probable que en poco tiempo lo fuera.

Pero todo eso hacía parte también de su personaje: oteadora de nuevas oportunidades de negocio para algunas de las miles de empresas opacas que se agazapan en edificios de cristal desde los cuales los atardeceres siempre son de color de oro. Por sus ventanas solo se ve a

eficientes secretarias caminando sobre moquetas color crema. Nunca a sus jefes. Sus jefes lo gobiernan todo con móviles cifrados desde lugares impredecibles.

Es igual que ese disfraz servía para ocultar su verdadera identidad, vigilar los negocios que ponían en peligro el dominio cultural de Portugal sobre el centro de África, con mayor razón distraía del primer objetivo de todos. Este se le hizo evidente, como un ciervo en la mira del fusil, cuando, entusiasmado y rebosando amor, Nicolás le contó que, como homenaje a ella, la *mujer-Lisboa*, su propósito era devolver la ciudad al circuito de las grandes capitales obligatorias, aquellas que es preciso conocer para poder decir que ha merecido la pena vivir. Lo que en su día fue un circuito que parecía tener poderes: *París, Londres, Budapest y Viena*. Y para ello, qué mejor que el cine.

¿Meter a Lisboa en el circuito de los escenarios obligatorios de las películas?, escuchó Branca, impávida pero pálida. ¿El decorado del nuevo siglo? Eso, en efecto, era mucho peor que la aparición de cien grúas en el centro de Lisboa oliendo a *pizza*. No se le podía ocurrir mayor hecatombe, y lo peor es que de momento Branca buscaba con afán la forma de impedirlo, sin llegar a imaginarlo. Un empeño difícil, porque a la vez deseaba con fuerza vivir su historia con Nicolás.

31. Sea curioso: atrévase

—Lo que no existe en el cine es como si no hubiese sido descubierto aún —le había hecho ver Danilo a Nicolás para animarle a buscar los escenarios de las películas del futuro.

Pero luego le había dicho que los escenarios que le proponía Nicolás —ciudades africanas que venían a ser pueblos grandes aplastados más que urbanizados por el sol y el polvo, rincones árabes que parecían contagiados por el desierto— «no eran muy prometedores». Fue así como Nicolás pareció transigir y, sin presentar batalla, propuso Lisboa, que fue admitida de inmediato. Lisboa, ninguneada desde siempre por España con una tenacidad sospechosa, sería el nuevo escenario para hacer soñar.

Era de todas formas una propuesta resbalosa, pues cómo se puede rechazar Lisboa si se trata de hacer soñar. Y eso que no era la casi desconocida de unos años antes. Ya había sido seleccionada como *destino del año* por las guías obligatorias de viaje. Ya les habían dado estrellas y tenedores a varios restaurantes que vendían bacalao, pero qué bacalao: la alta nobleza del bacalao, acompañado de un vino blanco verde. Los precios de los pisos del barrio viejo subían más rápido que la espuma de una cerveza tirada con prisa. E igual que en Montecarlo o el sur de California, por las calles desconchadas se veían coches deportivos conducidos por accionistas de pelo blanco en busca de su juventud malbaratada en escuelas de negocios. Todos esos signos, inconfundibles, anuncian en cualquier ciudad que las cosas ya no van a ser las mismas nunca más.

Hasta aquí los hechos. La ciudad le había seducido, como a todos, y él tuvo además la suerte de verla envuelta en la capa de llovizna, inmune a la geometría y la estadística. La verdad, sin embargo, era que la propuesta de Nicolás venía condicionada por el recuerdo de una lisboeta, Branca, descubierta en Mozambique con sus moños holgados y la aureola que da el ser extranjero, extranjero raro, de los que no consiguen sentirse extranjeros de verdad en ninguna parte salvo en las nuevas ciudades hechas de pantallas nómadas.

Así que Danilo no había rechazado las primeras propuestas de Nicolás porque fuesen «poco prometedoras», sino al revés: porque sí lo eran. Y él no podía soportarlo.

No era cierto que Danilo «ya había hecho ese trabajo», como le dijo a Nicolás cuando le explicaba por qué él ya no iba a buscar los nuevos escenarios del cine. Dicho sea de paso, no se trataba de escoger tan solo unos cuantos lugares con buenos atardeceres. Elegirlos significaba escribir en buena parte la historia, pues el escenario dicta siempre mucho de lo que ocurre. Y en las películas de tribus, patrias y banderas, la historia entera.

O mejor dicho, sí lo había hecho. A él se debe, entre otros, el hallazgo de los pozos abandonados en Kuwait en la primera guerra del petróleo, como una nueva propuesta de desolación que aún no se había visto, y de los últimos templos budistas que dejó en pie la

Revolución Cultural en los bordes de China. Muy pocos. Pero sobraba el *ya* del «ya lo había hecho». Pues, en contra de sus expectativas, aún no era feliz pese a que tenía todo lo que se puede alcanzar a los veinticinco. Un piso de grandes ventanales por Arturo Soria —barrio *internacional* que podía estar tanto en Lima como en Dallas—, con la cocina integrada para poder hacer cenas y alta cocina, en lugar de su guarida oscura de estudiante por la zona de Argüelles. Un deportivo carísimo que conducía descubierto incluso en invierno: si a los veinticinco no conducía a pelo, como un heredero trágico destinado a morir cegado por la niebla en la trasera de un camión, cuándo lo iba a hacer. Y un despacho entre artista y elegante al que acudían las actrices de la cartelera con la esperanza de que él aceptase meterlas en uno de sus sueños.

No solo no era feliz, sino que además añoraba los tiempos en que recorría el mundo sin más guía que los vuelos baratos de Internet, y la búsqueda no tanto de *los futuros escenarios con los que la gente pudiese soñar*, como le había encargado a Nicolás, sino, más sencillamente, de *escenarios con morbo*. Ya que, igual que la gente, los lugares tienen morbo, y no es lo mismo la chimenea de un barrio industrial en una ciudad igual a todas que la de una casa asomando por encima de un pequeño bosque en una pampa de una línea. Algo tiene el barrio industrial que incita a la fuga. La chimenea del bosque, en cambio, lo hace a la búsqueda.

Además, Danilo vivía en una contradicción que se fue haciendo irresoluble: su despacho en un edificio con gran portal de la plaza de las Salesas le había costado en viajes y decorador más dinero que el piso, pero por mucho diseño italiano, sofá de cuero oscuro de novela de Sherlock y fotos estratégicas con actores famosos que le pusiera no lograba sacar el piso del Madrid luminoso y provinciano de la plaza donde están los grandes tribunales y colocarlo, digamos, en Milán. O en Ámsterdam. No podía. Y no solo eso: más grave aún, no conseguía que el piso encajara con las películas que se planeaban ahí después de que exploradores tipo Nicolás le llevaran la propuesta de nuevos escenarios. De alguna manera al piso, señorial y con ascensor lento de madera, se le pegaba algo de los juicios por corrupción, terrorismo y grandes crímenes que se juzgaban en el vecindario.

Explicarlo costaría una novela, y sin embargo ayuda a comprender que Danilo ya no permitiese a Nicolás buscar escenarios realmente nuevos, sino un poco los de siempre pero con otro nombre. ¿Lisboa no viene a ser el París con el que todavía sueña la gente y ya no existe? Eso, además de algo que debiera comprender cualquier mayor de treinta años: igual que el redactor jefe con el joven reportero que viaja a ver la guerra, así sea en el bar del Holiday Inn mientras los fotógrafos locales se la juegan, Danilo no se resignaba a sus galones de ejecutivo triunfante a los veinticinco años y consideraba que en el fondo esa victoria era una mala broma.

Comprensible: él conocía lo que en realidad ocultaba una foto con una actriz abrazándole que destacaba en su estantería de trofeos. Era a la mañana siguiente, tras una noche larga. Ella vestía la chaqueta de su pijama, como en las películas malas con adulterio —o sea, un cliché: actriz con los muslos desnudos y chaqueta de pijama de hombre abrazada a este—, y justo después se quitó la máscara de la pasión y le presentó una cuenta que Danilo habría dado mucho por que se conociese.

—Mi tarifa es una película con tres Goyas, mínimo, y uno de ellos para mí.

—Es que eso no se puede planear.

La actriz lo miró con la ternura de una veterana que acaba de quedarse con la inocencia de un universitario.

—¿En serio?... Bueno, seguro que tú podrás.

Pagaría por poder publicarlo... pero no podía. (Ni siquiera se podría poner el nombre de la actriz en una novela). Nadie se lo publicaría, y si lo hiciera él tendría que cambiar de oficio. En ningún gremio se perdona la revelación de ciertas leyes de funcionamiento interno, y menos todavía en el cine, que propone una realidad paralela y aspira a que sea la verdadera. Intenta ser una religión.

Más: la alfombra kurda roja de lana y seda que se podía doblar y meter en un bolso no la había comprado él, como contaba él de un viaje imaginario, sino que se la había regalado un iraquí, exiliado y reducido a trabajar en un taller de coches por Cuatro Caminos, a cambio de que le ayudase a conseguir un pasaporte europeo y poder volver a hacer películas. El director iraquí ya era español... y seguía en el taller de coches. Es cierto que Danilo le podía haber metido en cualquiera de sus rodajes, así fuese de cargador de focos, pero algo más fuerte que él le impedía hacerlo. Si alguien le sugería algo, respondía: «Pero cómo voy a ofrecerle un trabajo de becario. Es un inmenso artista. Quedó finalista en el Festival de Venecia».

En realidad, se trataba de una mezcla con más de la mitad de envidia, complejo de culpa y prejuicios —¿alguien ha visto una película iraquí? Son lentas, rojas por el polvo del desierto y con miradas oscuras y agraviadas— que le habían hecho cambiar la alfombra de su despacho al de una salita de reuniones donde no se reunía nadie; allí no tendría que verla siempre que agachaba la cabeza.

Y así: Danilo había empezado a los dieciocho, pero a los veinticinco tenía la mirada con algunas arrugas y las manías de un cuarentón. A veces se miraba en el espejo y la pregunta muda era: «O sea que ¿era esto?». Por no reconocerse, no se reconocía ni en el reloj que hacía seis cosas y la menos impresionante era dar la hora, el cepillo de dientes que hasta le masajeara la garganta o los cuchillos de cocina japoneses que tenía como decoración en su soleada cocina de Arturo Soria, con las puntas cubiertas de plástico porque había oído del caso de la mujer que se había rebanado un dedo cuando fue a hacerle una autopsia a una langosta. No eran cuchillos, eran armas.

Aunque no reconocerse en las cosas es fácil, como sabe cualquier niño rico que al día siguiente mira con lástima los regalos de Navidad como una historia de amor que no llegó nunca a florecer. Salir de una casa llena de los cacharritos del lujo es más fácil que salir de una cabaña, pues los cacharritos pesan y los recuerdos de la cabaña, en cambio, son fáciles de transportar. Lo que le costaba a Danilo era, no solo que no se reconocía en el espejo de tres hojas de su vestidor, sino, más grave, que no se reconocía en la mirada de los demás. Eso fue lo que le distanció de sus amigos de siempre. La mirada. Si hubiese sido de simple envidia habría podido comprender, y hasta aceptar: esas eran las reglas del juego, y él también la sentía por el director iraquí. Es que era de envidia del siguiente nivel, la estupefacta: ¿por qué tú y no yo?, que es de la que salen las revoluciones. ¿Por qué tienes tú verdadero talento para crear y yo no? O sea que prescindió de ellos. También dejó de salir con las chicas de siempre. Se decía que le parecían demasiado jovencitas, y eso que tenían su edad; en realidad temía que le desenmascarasen como un fraude.

Y el problema es que eran las otras mujeres, embanderadas con los trapos del lujo y maquilladas, las que le parecían un fraude, y las relaciones le duraban más o menos lo que una bolsa de palomitas en un cine. Un símil equívoco, pues Dando detestaba las palomitas en los cines —y ahí está resumido su desclasamiento—, hasta el punto de que intentó presionar a los

propietarios de salas para que dejaran de venderlas. ¿Merece la pena mencionar su previsible derrota? Esa pequeña anécdota demuestra que sabía acertar con los sueños, pero quizá porque desconocía por completo las mezquinas reglas de la realidad que pacta con palomitas en cines.

Para decirlo en una de esas sinopsis con las que él decidía si autorizar un sueño o no:

Madrid, ahora. Sol, sequía, prohibición del tráfico casi cada martes y jueves. Grupos y hasta multitudes buscándose a sí mismas y moviéndose al tiempo hacia los mismos sitios, de modo que si Madrid fuese un barco, lo harían zozobrar como una patera de africanos en el Mediterráneo.

Un muy joven productor de cine con éxito, figura rara solo hasta cierto punto visto que el 67,4 por ciento de su generación se ha marchado huyendo de la pobreza, la sequía y un sol casi blanco sobre azul restallante casi todos los días del año. La acción comienza cuando el joven, Danilo, descubre que ya está harto, que no se cree su triunfo y que tiene veinticinco años.

Y sin embargo ese retrato de la sinopsis llegaba tarde y ya era historia, como suele ocurrir. Porque de pronto el contundente pequeño imperio de celuloide que había forjado comenzó a presentar grietas. Y no por haber empezado a pensar en América, la tierra de promisión que se aleja a medida que se acercan tantos españoles con todo tipo de proyectos y en busca del oro enterrado en el fondo de la selva y las cimas de los Andes, sino por la esquina en que menos lo esperaba: Lisboa.

Sucedió cuando tenía la guardia baja, y es comprensible. En uno de los muchísimos cócteles y saraos a los que tenía que asistir, a Danilo, semiahogado de aburrimiento y sin saber cómo escapar, no se le ocurrió otra cosa que preguntarle a una camarera de qué eran las croquetas que le ofrecía. Una forma como otra de llenar el espacio de los cócteles empaquetados al vacío.

—Pues no lo sé —contestó con un acento de por allá que Danilo no supo localizar—. Pero sea curioso: atrévase.

Lo que a Danilo le atrajo fue la forma elegante de decirle «no sea cobarde», y eso hizo que mirase por segunda vez a la chica. Y ahí —nunca se sabe cuándo suceden estas cosas— se jugó su destino. Pues hay mujeres que admiten una primera mirada sin consecuencias, pero no una segunda. Era el caso de Silvina, a primera vista una morena más, con el anonimato reforzado por un uniforme de camarera en blanco y negro, pero con una coña en el fondo de los ojos que neutralizaba cualquier uniforme. Y que, con una esquina todavía viva de sus ojos cansados, Danilo alcanzó a ver.

Hay miradas que enganchan a un ser humano como un anzuelo. Con esta Danilo quedó poco a poco envuelto en una suerte de frescura de Silvina que le cambiaba el uniforme y la vestía de otra cosa. Sorprendido al detectar que en la primera cita, sin uniforme, ella iba vestida con una sencillez elegante que dejaba en ridículo su reloj de un kilo y que en un aparte se guardó en un bolsillo sin saber muy bien por qué. Con una caricia que se le había quedado en las manos después de haber sentido bajo la derecha los quiebros de la cintura de Silvina en la cumbiamba, algo que o viene un poco de fábrica o es muy difícil de aprender. Intrigado al ir observando que ella sabía cosas que no tenía por qué saber, como el rango en el escalafón de los cubiertos junto al

plato del cuchillo de pescado, o que, según le dijo un día: «Una camisa de rayas no pega con una chaqueta de cuadros». Capturado sin escapatoria posible por unos labios que se abrían con lentitud y besaban con una suavidad nueva por completo para él, y eso que por juventud, trabajo y coche que favorecía los besos tenía trato con muchos labios. Monopolizado en fin por Silvina, como un bachiller que descubre grandes ideas y novelas el mismo año en que se encuentra en un *ferry* a Mallorca a una amiga de su madre y esta le somete a una sucesión de olores ganadora: Automne, de Balmain, la mezcla de champán y melocotón del Bellini, y el sedoso aroma de la combinación de una señora elegante y cansada de lo de siempre, sin igual en el mundo, ideal para apoyar la cabeza y después dormir.

Todo ello explica que no se diera cuenta del sabotaje por Branca de la película de Lisboa con la que finalmente había decidido lanzar un nuevo sueño al mercado internacional. Sabotaje a distancia, y mirando para otro lado, pero sistemático y astuto como corresponde al fin y al cabo a una espía ya veterana, empeñada en una última misión de impedir que Lisboa se convirtiera en la nueva postal. Esa guerra de cine iba a llevarle al estadio de pobreza que, al final, se correspondía mejor con sus veinticinco años. Y donde, todo sumado y restado, se sentía más cómodo.

32. Irse es el nombre de un gen

¿Qué es lo que hace que una chica que lo tiene todo —es joven, lista, y desde su ventana se ven tres eucaliptos sobre un jardín— lo abandone en busca de vagas promesas ni siquiera formuladas en concreto por nadie? ¿Qué es lo que busca en la Europa fría una joven suramericana que ya ha estado allí y sabe, o debiera saber, aunque el que lo pagaba todo era su padre, que no regalan nada?

Pese a las apariencias, Silvina no era una joven más de la clase alta colombiana, esa que siempre desciende de algún prócer de la independencia o por lo menos de un par de presidentes de los ajetreados dos siglos de la república. Ciertamente vivía en una de las últimas casas de perfecto estilo inglés de película en la zona de Los Rosales —verjas blancas, ventanas de mirador, tejados con amplias buhardillas—, lo que demuestra, además de abolengo, que su familia tenía dinero y también mucho valor. Paciencia para resistir los ocasionales robos de cacos que se colaban por una ventana y se llevaban tres bandejas de plata, y también coraje para aguantar la presión de todos los traficantes de ladrillos, mucho más peligrosos, que en dos o tres generaciones habían conseguido convertir una ciudad modelo de urbanismo y con una arquitectura civil memorable en el habitual desfile de cajas de zapatos iguales. Allí llevaban a la gente a amontonarse con el aliciente de que en esos aburridos edificios tenían porteros *anticacos*, salones enmoquetados y, a veces, grandes vistas sobre la ciudad.

Pero algo en el pasado de Silvina la sacaba un poco de la cadena de determinismos que nos moldea a todos, y a ella un poco menos. Aunque investigar el qué daría para una búsqueda del tiempo perdido, seguramente tenía que ver con el hecho de que sus padres eligiesen para sus estudios el Liceo Francés, como reflejo quizá de un prestigio de París que ya hacía rato había sido desplazado por Hollywood. También, que en su casa no había televisión. «La televisión duerme el cerebro, y en algunos casos se lo come», había concluido su padre mucho antes de que ella naciera, después de haber visto dos días un televisor que le habían regalado y no volvió a encender. Una casa sin televisión parece un detalle decorativo y sin embargo separó a Silvina de un plumazo de muchas conversaciones de la gente, de modo que ella, ya que no compartía los paisajes de todo el mundo, se tuvo que inventar los suyos. Y lo hizo a través de la lectura, con la feliz casualidad —que a lo mejor no lo era— de que en su casa de estilo inglés había libros un poco de todas partes, y que para acceder a ellos no se necesitaba más que curiosidad. Ella la tenía afilada de nacimiento.

—Si no entiendes un libro, déjalo y coge otro —le había dicho su padre por toda guía en una biblioteca de cuatro paredes en la que no se clasificaban los libros por países, géneros o dificultad, sino por estricto orden alfabético de los autores—. Ya volverás a él más tarde.

Mucha gente dispone de buenas bibliotecas y no mira la televisión, y sin embargo no se parece

a Silvina. ¿Entonces? Entonces —pero aquí ya se entra en la pura especulación—, a lo mejor tuvo que ver con un bisabuelo viajero. Explorador, para ser exactos, una aclaración importante, porque toda Suramérica es viajera y ello desde el siglo *XIX*. Antes lo era la clase alta —esa era la prueba de su condición: eran privilegiados no solo porque poseyeran haciendas y los apellidos que cuentan, sino sobre todo porque viajaban e incluso vivían en Europa la mitad del tiempo—, pero luego empezaron a serlo muchos más. Es casi una definición del suramericano: si lo es, viaja, y en ocasiones en grandes migraciones, huyendo de la pobreza, las dictaduras o las guerras endémicas cuya causa casi nadie recuerda ya y que no se terminan. Sin embargo, algo distinto sucede allí, porque en otras partes del mundo no pasa. Allí parece que irse está en los genes, y se llega a extremos como la enorme pancarta que apareció cubriendo todo un edificio de la carrera Séptima, en Bogotá, cuando la combinación de mafias de la droga, levantamientos *guerracivilistas* y gobiernos incapaces se las arreglaron para empujar hacia los aviones a una buena parte del país:

EL ÚLTIMO EN SALIR QUE APAGUE LA LUZ

Aun así, lo de Silvina era distinto. Entre otras cosas, porque ella no tenía que viajar; al contrario, tenía en Colombia todo a lo que se puede aspirar según los suplementos dominicales de los periódicos. Para decirlo pronto, tenía un poquito más de lo que suele tener la gente rica: Argelia, la hacienda de su familia desde antes de la independencia. En ella, en un gran escritorio que habían hecho en la Colonia artesanos de los de entonces, se guardaba como un acta notarial de nobleza una carta de Simón Bolívar agradeciendo doscientos caballos que, a su paso por allí, sus ancestros habían entregado para la causa.

No eran esos pergaminos, sin embargo, lo que le importaba a Silvina. No conseguía verlos más que como algo un poco ajeno, algo que les sucedía a los demás, aunque fueran su familia. Lo decisivo era la niebla que cubría Argelia en muchos amaneceres de la Sabana, tapando la cordillera y las nubes rápidas del mediodía, y sugiriendo tan solo las siluetas de los eucaliptos, sauces y arrayanes en un mundo legendario. En esos días, instalada en el porche de la finca pese al frío de esa hora temprana en la Sabana, bebiendo jugo de lulo y café y desayunando arepas con queso, Silvina se preguntaba si habría un lugar más bello en alguna parte. Y aunque era consciente de su juventud y de no haber viajado mucho, estaba convencida de que no, no lo había, o era muy improbable.

Aun así, la Sabana no bastaba para retenerla, entre otras cosas porque no hacían falta gafas para darse cuenta de que estaba sentenciada: Bogotá era una de esas ciudades de crecimiento ya descontrolado, y a ella llegaban cientos de personas al día, campesinos y desplazados por la violencia que incendiaba siempre algún rincón del país, e iban llenando enormes y misteriosos barrios de ladrillo y lata a los que nadie que Silvina conociese había ido nunca: hicieran lo que hicieran, no estaba lejos el día en que su familia tendría que entregar la finca como ofrenda al dios insaciable hecho de ladrillo que se estaba comiendo toda la Sabana. El valle alguna vez infinito donde había sido fundada Bogotá porque los españoles creyeron al llegar que era sin duda, en todo el mundo, la versión más alta del paraíso: desde allí, a dos mil setecientos metros de altura, si uno se subía a un árbol y alzaba los brazos podía tocar las nubes que pasaban con la prisa que

en ese momento tuviese el viento. Y Silvina, consciente como una anciana de que esos tiempos en la finca ya eran de prestado, no quería quedarse a verlo.

A los veinte Silvina creía no haber viajado mucho, pero eso era porque se comparaba con su bisabuelo y otros viajeros de cuando los viajes merecían el nombre. Ayudaba el que los sitios en que había estado, Miami, Disneylandia, Nueva York, París y Londres eran conocidos por todos sus amigos, e incluso algunos tenían allí apartamentos de vacaciones. Bueno, Londres no porque ya estaban cerrando la puerta a muchos extranjeros, pero su padre se había empeñado.

—Ningún país tiene derecho a impedir entrar a nadie —dijo un día en la sobremesa, como para sí, con una nueva rebeldía que nunca le había visto—. Tu bisabuelo nunca lo habría aceptado.

Y luego añadió, ya una vez sentados en un banco frente al Serpentine, el lago de Hyde Park, y mirando los dedos de niebla que intentaban agarrar los árboles por el tronco y derribarlos:

—Pues tampoco era para tanto. La niebla en la Sabana es mucho mejor.

Pese a ese lugar común de todos los provincianos del mundo, con lo que se quedó Silvina fue con lo de que nadie tenía derecho a impedir el paso a nadie. Y que el bisabuelo no lo habría aceptado.

También es discutible el carácter excepcional del bisabuelo. Si en aquel mundo todo el mundo lo era, al menos según la idea que se había hecho Silvina: a casi todos los llamaban con un mote, y todos se vestían distinto o hacían cosas raras, como clasificar orquídeas o criar guacamayas de colores en una pajarera enorme al fondo del jardín, de modo que parecía un gran mural impresionista. En contra de lo que vendría después, de lo que se trataba era de diferenciarse, no parecerse.

No contento de romper la tradición de su familia, un linaje de hacendados y políticos que a veces habían estudiado derecho, aunque sin intención de ejercerlo, el bisabuelo de Silvina hizo medicina con especialidad en filantropía. Es decir, que se quitaba un abrigo de astracán que le habían traído de Europa para cubrir con él a un pobre con pulmonía, y en los pueblos de las haciendas de su familia repartía morrocotas de oro a los niños como si fuesen caramelos en una cabalgata de Navidad.

Ni que decir tiene que esas extravagancias fueron cortadas de raíz por la familia, reunida en consejo en el comedor de sillones altos de la casa paterna, que intrigó y maniobró hasta conseguir que el Colegio de Médicos le retirase la licencia con la «dolorida constatación de un temperamento entusiasta e irrefrenable, incompatible con el ejercicio de la profesión médica». La sentencia coló sin mayor escándalo, no solo porque recurría al argumento decisivo de la locura —«se sugieren estudios psiquiátricos más profundos que determinen la naturaleza y posible alivio de este generoso desquicie»—, sino porque con una guerra civil, una más, y los derrumbes y ríos desbordados a causa del peor invierno del siglo, uno más, no tenía la sociedad santafereña los oídos y ojos abiertos para atender a casos de generosidad trastornada. Pero sobre todo porque la decisión había sido tomada de acuerdo con las reglas del *Jockey*, aunque entonces no se llamaba así, el club tipo Mayfair en el que se reunían los jefes de las veinte o treinta familias que por entonces elegían qué estaba bien y qué mal en el país.

Quién sabe si no le hicieron un favor, porque el médico expulsado le cedió el paso a un botánico, su otra vocación, que pronto lo sacó de los invernaderos para enviarlo a los caminos, primero, luego a las montañas y selvas, que en Colombia eran todavía vírgenes, y más tarde más lejos, en busca de flores y plantas siempre más inaccesibles, más legendarias e improbables. De

la investigación y clasificación de orquídeas, que en Colombia es una población paralela, el bisabuelo pasó a flores más escasas que había que buscar en lugares remotos, y así, sin darse cuenta, se fue convirtiendo en explorador. Y se salió de los límites, que entonces no lo eran tanto. En busca de un cactus candelabro del tamaño de siete hombres manos arriba y puestos el uno encima del otro, llegó a México.

Hizo más cosas, el bisabuelo, como si hubiese descubierto que el sentido de la vida no es el hallazgo, sino la búsqueda, pero lo dejamos en la persecución del cactus candelabro porque en México enlaza la historia con Silvina. Que, un tiempo después de regresar a Colombia con Danilo —para ayudarlo a filmar allí *Nubes rápidas*, una primera película inspirada en Quintín Almansa, el poeta que partió un día para explorar la serranía del Cocuy y nunca regresó—, conoció a Camilo del Corral, un actor que le sacaba veinticinco años, sobre todo de viajes, y cuyos ojos la ponían nerviosa. Y Silvina se ponía nerviosa por muy pocas cosas. *Nubes rápidas* no llegó a término por múltiples incidentes en el rodaje —un cámara se mató al caer por un precipicio y los permisos de filmación se extraviaron veinte veces en oficinas sedientas de sobornos—, pero sobre todo porque Danilo tuvo que regresar a España para apagar un incendio con los bancos. La infección provocada por Branca en la película de Lisboa para impedir que se convirtiese en un juguete de los cruceros había llegado más lejos de lo previsto y se había llevado los últimos recursos de Danilo, productor audaz de carrera interrumpida cuando nadie lo esperaba.

Silvina no le siguió. De todas formas, su relación ya se había acabado. Como una novia del tiempo de los bisabuelos, o al menos así se lo figuraba ella, hizo maletas para seguir a Camilo, el actor que no se había podido perder en la serranía del Cocuy, y eso que habían pasado allí una semana decisiva.

—¿Te vas a ir a México? ¿Tras él? —le preguntó su hermana, sin creerse que una joven princesa de veinticuatro años pudiese seguir a un viejo de cuarenta y nueve.

—A México y a donde haga falta.

33. Cuentos de la lluvia

Pero no fue fácil.

Le había escrito por teléfono: *Voy. Llego el miércoles, a las 3.15, Aeroméxico 4521*, y cuando llegó y no lo encontró se dijo que a lo mejor Del Corral se había confundido y la había buscado en otro avión, pues no era normal que para viajar de Bogotá a México hubiese que hacer escala en Miami. No era culpa suya si no abundaban los vuelos desde algunas capitales americanas a otras sin pasar por Estados Unidos, pero lo cierto es que él no estaba en el desolado aeropuerto de Ciudad de México en el que unos jóvenes con la boca cubierta con una mascarilla sanitaria les preguntaban a los recién llegados si habían estornudado o tosido raro en los últimos días.

¿Qué es lo que a veces, con suerte, hace un hombre en una mujer? Es un gran misterio, y no lo sabe ni siquiera ella. La mujer cree desde niña que busca lo que le han dicho que busque —unos ojos azules, un metro ochenta, un buen hombre, un padre para sus hijos...—, y de pronto llega un tipo que no responde a nada de eso y le hace algo y ella no sabe qué ni cómo, pero la verdad es que ya no es la misma.

Y por lo general por la esquina y sin que nadie lo vea venir. Ese fue el caso de Silvina con Camilo del Corral, que llegó en taxi al rodaje en las montañas al norte de Bogotá. Iba con las manos en los bolsillos y como si le diera igual que fuesen a filmar una película sobre un poeta o un documental sobre el desierto rojo de la Candelaria, un desierto frío de los que no hay muchos en el mundo, y una de las últimas etapas de Quintín Almansa antes de emprender su exploración del Cocuy. Y ese parecía ser el caso. Que él no fuese a salir en el documental, pues en los desiertos no hay sitio para actores ni poetas, no parecía preocuparle. Lo cierto es que desaparecía tan pronto podía para ir a pasear por la tierra roja y el silencio imperfecto del viento.

—¿Y cómo va hasta allí? —le preguntó Silvina un día en que, nada raro, no podían rodar por causa de la lluvia.

—Hay buses... Echo dedo...

Ya le había llamado la atención por otras cosas, pero imaginarse a Del Corral echando dedo por carreteras de Boyacá fue decisivo.

—Si quiere lo llevo.

En su regreso a Colombia Silvina había sufrido la transformación que produce en algunos el cruce del Atlántico, o quizá fue efecto de filmar una película en la Colombia profunda sobre un tiempo ya casi olvidado: y es que volvió a hablar colombiano, esto es, a tratar a todos de usted, sin distinciones, y eso —algo único en el mundo— como signo de amistad y confianza. Así pareció entenderlo Del Corral, que a su vez la trataba de tú en un diálogo que por alguna razón no sonaba entre extranjeros. «Qué padre». Así dijo cuando ella se ofreció a llevarlo en un *jeep* del rodaje.

Todo eso cuenta. El día gris iba descargando aguaceros cada poco tiempo y la tierra se quedaba después como nueva, recién hecha. Así se sentía Silvina. Pensaba que de pura alegría de reencontrarse con el país que le gustaba, la Colombia inocente y trágica de las montañas y la tierra fría, pero no era solo eso. Sin que ella lo pudiera concebir —y cómo iba a hacerlo: veinticinco años de diferencia es una distancia insalvable para una mujer joven, incluso si es inteligente—, lo cierto es que aprovechaba cualquier curva o bache de la carretera para observar a Del Corral con ojeadas. Él parecía concentrado en el paisaje.

Porque Del Corral había recorrido no pocos kilómetros, pero —quién sabe por qué ese día lo pensó por primera vez en serio— sobre todo de calles asfaltadas y con edificios y catedrales a los lados. Y no porque le interesaran los edificios ni los museos en particular —bueno, los museos sí —, sino porque en las ciudades se concentraba la gente y eso era lo que a él le interesaba.

Ese día gris y a ratos lluvioso fue especial porque por primera vez Del Corral se preguntó si había hecho bien, y si el viaje se mide con ciudades, aeropuertos, restaurantes y óperas a modo de etapas. Lo que veía era magnífico, cierto, si bien lo mismo ocurre con cualquier encuadre que incluya montañas, nubes, rayos de sol tipo *creo en Dios* como los que aparecían en los manuales de religión en el colegio, y latigazos de viento y lluvia que ponen el lado trágico y transforman todo en el escenario de una historia.

El símil no vale del todo, pues los rayos de sol de los Andes no son como los del resto del mundo, y la lluvia todavía menos. En los Andes la luz es siempre trágica, siempre, incluso cuando es blanca y cae vertical, y la lluvia no evoca chimeneas y salones con lámparas de mesa y libros, como en Irlanda, sino desnudez e intemperie, una especie de guerra de naturaleza ambigua, aunque no se vean los muertos a primera vista. El punto de extrañeza lo aporta la presencia aquí y allá de hombres serios que van a pie por los caminos o en bicicleta y que a veces miran los coches con los ojos quietos. Y no se sabe qué es más intrigante, si el modo en que miran o la indiferencia con que reciben la lluvia sobre sus sombreros de fieltro y ruanas cortas de color marrón o lana cruda. A veces también gris.

Silvina se había ofrecido a llevar a Del Corral, en parte porque quería saber qué era lo que tanto le gustaba de un desierto rojo y frío, y en parte, se decía, porque le interesaba como personaje: era un actor atípico. Parecía que lo habían hecho sin ombligo, o se lo habían quitado. Es difícil saber si se alcanza a calibrar el alcance de algo así. Un actor sin ombligo es como una naranja azul, un bolígrafo de tinta invisible, una nube cargada de Coca-Cola. Su sorpresa fue que, más tarde, en el camino de vuelta y con la carretera a oscuras, solo iluminada por los faros del *jeep*, tuvo que retenerse para no coger su mano izquierda y colocarla sobre su propia rodilla.

Hay que imaginarse los detalles: carretera más bien perdida en Boyacá, montañas frías de las más solitarias de Colombia. La noche ha caído, ya no llueve, luces largas del *jeep* creando trozos de carretera, nubes a ratos, pero solo a ratos, iluminadas por una luna musulmana. Dentro del *jeep*, penumbra y una conductora medio perdida en el asiento, como un niño, claramente hecha para un coche más pequeño. Y a su lado un hombre, o mejor dicho, las manos de un hombre. Esas manos que centran la atención de quien sepa mirar: más grandes que pequeñas, sin exagerar, cálidas (Silvina está segura de que son cálidas), fuertes, que tranquilizan. Y que a modo de un director de orquesta perezoso van punteando lo que el hombre dice.

Que es lo de verdad importante, lo decisivo. Porque a partir de cierto momento, cuando ya se habían bajado del *jeep* y caminaban desde hacía unos diez minutos por el desierto rojo de la

Candelaria, algo pasó que puso a Camilo a hablar. Eso pasa a veces con los museos, el gran arte y la naturaleza en general, y en particular los desiertos. Rompen algo en alguna parte. Mejoran el humor. Infunden entusiasmo, y la persona alcanzada por ese rayo horizontal rompe a hablar. Silvina no lo había visto, o no lo recordaba, y quedó fascinada como viendo la luna levantarse de un árbol y escaparse lentamente.

Ahí se produjo el momento decisivo de toda relación que merezca la pena. Esa noche, de regreso del desierto de la Candelaria, mientras Silvina conducía y miraba cómo las luces largas del *jeep* pintaban paisajes efímeros en un gran lienzo negro, de pronto se dio cuenta de que no hacía otra cosa que escuchar las historias de Camilo del Corral. Lo hacía desde la mitad del paseo, más o menos, mirando la carretera. Fascinada.

De acuerdo, Silvina era colombiana, y aunque por lo general las llamadas señas nacionales no son más que creaciones para ir alimentando la industria identitaria, que es la más hambrienta y poderosa que existe, sí es cierto que en Colombia, y es probable que en todo el continente, se agradece lo que allí llaman «un buen cuento». Además, como buenos entendidos, la gente escucha bien y la competencia es alta, o al menos hasta no hace mucho lo era entre la gente mayor. Y él no pertenecía a esa generación, pero casi.

De ahí lo extraño de que Silvina prestase a los cuentos de Del Corral una atención extrema, saltando por encima del ruido del *jeep*, los cambios de marcha y el rumor de piedras producido por la carretera sin asfaltar. Extraño pues no era un solo cuento, sino varios, y a esas alturas era muy muy difícil impresionar a nadie con los giros e incidencias de una historia. Y menos a una chica de veinticinco años, da igual lo que haya estudiado, que a su edad ya ha visto diez mil muertos en el cine y en las series, de preferencia por disparos, mil trescientas persecuciones de coches, cientos de comienzos en que el héroe sale al camino en busca de aventura, no pocos naufragios y muchos miles de besos con la misma docena de consecuencias. Si es verdad que todos los cuentos se pueden resumir en un puñado de arquetipos mucho menos numerosos que las sopas de la cocina china, cualquier joven es un catedrático en *El cuento y sus vueltas*. No iban a ser los de Camilo del Corral los que capturasen la atención de Silvina, por mucha noche oscura que le pusieran frente al *jeep*, con todo lo que pueden hacer unos faros largos iluminando la noche en una carretera desierta.

¿Entonces?

Entonces, claro, lo decisivo era la forma en que contaba Del Corral. Por ejemplo, cómo en Morelia la lluvia suele ser tan suave y continuada que, si uno se sienta en el porche de una casa colonial con patio y presta atención, puede escuchar música y hasta historias. Cuentos de la lluvia. Cómo una vez en Rusia nevó tanto que la cabaña en la que se encontraban desapareció y la policía tuvo que localizarlos con el radar de las avalanchas. Y cuando el que escuchaba esperaba la continuación o preguntaba «¿Y por qué estabas tú en Rusia?, ¿era un rodaje?», Camilo se quedaba mirando sin responder. Y se reía sin ruido. Es extraordinario lo que pueden provocar ciertas risas. Y ciertos silencios que parecen dejar el cuento sin terminar. Y Silvina, que no lo sabía, no tuvo la menor oportunidad y sucumbió casi de inmediato.

Más tarde, en el recuerdo, pensó que no encontrar a Camilo en el aeropuerto estuvo a punto de cambiar su vida. Porque su primer impulso fue volverse, claro, y el segundo, buscarlo para hacerle algo y a continuación marcharse con un elegante desprecio.

Sin embargo, aunque tuvo que esperar un buen rato a que se le pasara la furia, no hizo nada de

eso. De Madrid conservaba las direcciones electrónicas de dos personas que no eran amigas pero tampoco simples conocidas, sino esa vasta zona intermedia, y que vivían en esa ciudad que arrastraba la leyenda de ser infinita. En efecto, al avión le había costado media hora llegar hasta el aeropuerto, desde las primeras casas, y eso la intimidaba y le hacía preguntarse si en esa Babilonia podría encontrar a Camilo. Estuvo un rato mirando a través de los ventanales un cielo de un color de ciencia ficción que no había visto nunca, abrió en su móvil el *wifi* del aeropuerto, arriesgándose a que le metieran un virus, y les escribió dos correos.

Esperó respuesta, y no llegó. Abrió su móvil por séptima u octava vez, no encontró mensaje alguno y entonces dijo «¡mierda!» en voz alta, apretando los dientes, y se golpeó la palma de la mano izquierda con la derecha que guardaba el móvil.

—¿Española? —le preguntó un joven que intentaba hablar por teléfono desde una cabina en la sala de espera, construida con la desolación prescrita por la Aeronáutica Mundial para todas las salas de espera de los aeropuertos del mundo.

En cualquier otra circunstancia Silvina no hubiese ni contestado, habituada como cualquier joven de veinticinco años a los intentos sin imaginación de todo tipo de conquistadores. Pero estaba desesperada en el aeropuerto de una ciudad sin límites y la pregunta la intrigó:

—¿Por qué lo pregunta?

—Es que solo los españoles dicen así esa palabra.

La distinción lingüística la intrigó todavía más.

—Así, cómo.

—Así, con ganas —dijo el hombre acentuando la primera a de *ganas*.

Eso, por leve que parezca, hizo que Silvina sintiese que había llegado a alguna parte.

—No, no soy española. Pero he vivido allí.

—O sea que un poco sí lo es.

—Bueno, un poco sí.

—Como yo. Un poco español. En cambio, yo nunca he estado allí.

Tenía la facultad de intrigarla. Y no era tan joven. Con la piel lisa y un poco asiática propia de muchos suramericanos, engañaba mucho sobre la edad. Su parte española se explicaba porque su bisabuelo era uno de los cincuenta mil republicanos que llegaron a México tras la guerra civil española, invitados por el presidente Lázaro Cárdenas en uno de los gestos tan generosos de la historia moderna que rozan la leyenda.

Y Miguel —se llamaba Miguel— no solo conocía la historia contemporánea española mejor que ella, lo que era fácil, y mejor que casi todos los españoles, sino que además conocía a Enrique Tey, uno de los casi amigos a quien no podía localizar.

—Es más, vivo a una cuadra de su casa —dijo.

34. Las rutas de la ciudad sin límites

Fue así como Silvina descubrió que no es posible ir a la *ciudad de México*, de la misma manera que uno no va al *océano Pacífico*, pues el Distrito Federal tiene un tamaño que se mide ya en los terrenos de la abstracción, como *Italia, o la libertad*. No se va pues a México sino a uno de sus barrios, que son tan grandes o más que, por ejemplo, Viena. Y Viena era a su vez la calle de la colonia Coyoacán, el *barrio-ciudad* en el que vivía Enrique Tey, a un par o tres de cuadras, en efecto, de la casa de Miguel en la calle Madrid.

De las infinitas impresiones que puede producir la llegada a ese archipiélago de colonias, la que golpeó a Silvina igual que la había derribado la risa silenciosa de Del Corral fue la cantidad de sorpresas que salían al paso a toda velocidad. Por ejemplo, que Miguel viviese en una casa de color azul Klein de cuya terraza caía lo que en Colombia Silvina conocía como sietecuecos, un *árbol-pintura* de flores violetas, y en México se llamaba de otra forma pero era el mismo cuya vista todos los días algunos psiquiatras recomendaban ya como tratamiento contra la depresión.

Ante la casa Silvina se quedó tan sorprendida que se volvió a mirar a Miguel, como si antes no lo hubiese sospechado.

Y sin embargo, ya lo conocía un poco; si no no habría aceptado su invitación de ir con él a la ciudad. Aunque Miguel le dijo que le habían cancelado su propio vuelo porque era uno de los muchos a los que la explosión de un volcán en Islandia impedía el paso hacia el norte del mundo, eso muy bien se lo había podido inventar.

No, si aceptó fue por tres razones: a) Estaba desesperada y se sentía indefensa, incapaz de salir sola del aeropuerto. Además, como todo el mundo, había escuchado no pocas historias sobre pasajeros que no saben salir de los aeropuertos; b) Aunque Miguel tenía una mirada que le infundía confianza, en contra de toda prudencia y sus miedos ella todavía se fiaba de su instinto; y c) Después de que Silvina mencionase a uno de sus contactos como «Enrique Tey», él había dicho «Ah, el guionista», un dato que no conocía casi nadie. Por casualidad, una de las pocas cosas que Silvina sabía de él era que nunca había conseguido que filmasen alguno de sus guiones. Él mismo se lo había dicho cuando le propuso un guion para que se lo hiciese llegar a Danilo.

—¿Lo conoces?

Miguel sonrió.

—Aquí nos conocemos todos.

—Pero ¿no era que esta ciudad infinita no tenía límites?

—Cierto, no tiene límites, pero tiene sus rutas, igual que cualquier capital de provincia.

Una revelación sorprendente que la alegró: si había rutas en las que todos se conocían, seguro que también conocían a Camilo del Corral. Pero como si temiese que Del Corral fuese la excepción, no preguntó. Y no lo hizo durante días. Ese es un misterio. ¿Por qué? Puede que al

principio temiese que le fuesen a revelar algo que no quería saber. Luego es muy posible que en su silencio concurriese una especie de entusiasmo.

Y el de Silvina era asaltado desde varios frentes. Por ejemplo, en la ciudad de México parecía que la gente era más distinta entre sí que en ningún otro lugar del mundo. O la ineludible sensación de que allí el arte se apretaba con no menos autoridad que en París o Viena, donde se almacena en museos y monumentos con un fondo de calles siempre ordenadas. En Ciudad de México un arte más bien abstracto pero tocable y casi oloroso asalta a la gente desde las paredes más improbables, en combinaciones nunca vistas, para producir emociones urbanas no clasificadas ni siquiera en el azar y las leyes del desorden.

Lo que sin embargo había de agradecer a México fue todo lo que le enseñó sobre Colombia y sobre sí misma. Pues México era a veces como Colombia, pero más grande, con los trazos más nítidos.

En el aeropuerto hablaron de ir en taxi a la casa de Miguel, en la calle Viena, y de allí, sin maletas, a la casa de Enrique Tey, un poco más allá. Pero resulta que la casa de Miguel, en la calle Madrid, frente al Vivero de Coyoacán, parecía haber sido pensada para que nadie pudiese entrar y marcharse en «visita de médico», según dijo Miguel. Esa fue una de las muchas veces en que Silvina se iba a sentir en su casa en un idioma que no era el mismo pero sí de la misma familia.

En las paredes de Miguel convivían muchos cuadros. Sobre todo dibujos tipo años treinta, con personajes y casas que parecían capturados en medio de historias, muebles de diversas épocas tapizados con azules de una melancolía profunda, alegres rojos y amarillos mexicanos. Aquí y allá también se veían telescopios. Sobre todo uno, en una de las terrazas de la casa, que parecía capaz de hacer más cosas.

—¿Y consigues ver algo? —preguntó Silvina. Miraba el cielo turbio y algodónoso de la ciudad, que se había tragado los dos volcanes.

—La mayor parte del tiempo, poco —dijo Miguel—. Pero a veces, entre brumas, sospecho e imagino, y entonces es más interesante.

Iban a salir para la calle Madrid cuando Miguel recibió por teléfono el aviso de un reventón en casa de unos amigos.

—¿Vamos? Siempre podemos ir mañana a buscar a Enrique Tey.

Fue la palabra *reventón*, que parecía prometer algo, lo que decidió a Silvina.

Y de ese modo Silvina entró en una vida en la que ninguna mañana sabía qué iba a hacer por la tarde, y mucho menos al día siguiente. México, o por lo menos ere México que le había tocado, se fue revelando como una ciudad muy difícil de describir o hacer encajar en algo que ella conociese. Bien es verdad que no conocía mucho. Además, ¿para qué intentar encajar nada? Tenía la sensación de que nunca le habían sucedido tantas cosas, y desde luego no a esa velocidad.

No se trataba de robos y nada de eso de lo que hablan los periódicos y asusta a los turistas. Se trataba de luces: son las luces las que dibujan a la postre las ciudades, y las de México recordaban la de los Andes, de sur a norte, y hacían que Silvina se sintiese en una provincia de una patria que no imaginaba tan grande. También se trataba de colores: Silvina se preguntaba dónde están guardados en el resto del mundo los azules, los amarillos verdosos o amostazados, los naranjas que en Colombia se llaman zapotes y los rojos de veinte tipos que en México pintan las casas, los muebles, las alfombras, y que en buena parte no conocía. Allí el arcoíris se hubiese dicho el hermano mayor de los otros arcoíris del mundo, y eso la ponía de buen humor. Y la gente.

Quizá por su entusiasmo, a Silvina se le ocurría que todo aquel que le presentaban tenía una cara propia, más diferente a los demás de lo habitual. Tras su experiencia como camarera y habitante del metro hora y media al día durante sus años de universidad, eso le parecía un lujo casi literario.

Localizó al fin a Enrique Tey, un par de días después de su llegada, en uno de los restaurantes punto de encuentro de la gente de la Condesa, la otra colonia con la que Coyoacán se repartía dos tercios de los artistas y escritores del Distrito Federal.

Tey la reconoció, no mostró ninguna sorpresa, se levantó, la saludó con un beso en la mejilla neutral hasta un punto casi burocrático. «Hola, Silvina», le dijo, como dos compañeros de trabajo que se encuentran en el supermercado. Silvina alcanzó a percibir algo que ya había intuido con Camilo del Corral: una levísima tibieza difícil de detectar al primer toque, una reserva, algo dividido entre el deseo de agradar y el miedo a ser descubierto desnudo, así fuese solo un brazo.

—Algo asiático —le dijo Luciano intentando definirlo.

Luciano. Luciano Sanz. Un tipo cuya mirada inteligente hacía un verdadero contraste con un cuerpo trabajado en el gimnasio como un reloj fino. Lo conoció en una revuelta de esa noria de restaurantes, reventones, redacciones de revistas —en México no solo se publicaban todavía, sino que además parecían tener cierto peso— y mucha cerveza con sal, chile y tequila.

Silvina le miró, enganchada por la nueva revelación.

—¿Asiático? —Se habría sorprendido menos si le hubiesen dicho que esa reserva era protestante, o escandinava, o beata... Pero ¿asiática?

—Sí, estoy convencido de que los primeros habitantes de América eran asiáticos. No hace falta sino pararse en medio de la plaza Tiananmen y sentirse en una versión más grande del Zócalo. Para los chinos es muy importante no descubrirlo todo. ¿No has visto cómo muchos se tapan la boca cuando ríen?

Le gustó de inmediato por algo que se impuso de inmediato: era la persona más abierta que había conocido, de alguna manera miraba a los otros con la mitad de los prejuicios que es habitual. Y no hacía falta explicarle nada: se diría que comprendía con solo mirar. La consecuencia era que se trataba de un cosmopolita, una especie rara sin pedanterías ni exhibicionismos. Su cosmopolitismo, por lo demás, venía de sus viajes como pianista de concierto, bien es verdad que por circuitos muy establecidos de América y Europa, rara vez por Asia y nunca por África, y de algo que venía de más atrás. Venía de fábrica.

Luciano tenía aragoneses y una abuela alemana en su familia, además de uno de los lugartenientes de Emiliano Zapata en el ejército del Sur y un cura mártir de la época cristera. Uno de sus tíos fue uno de esos historiadores mexicanos de cuando escribían sus crónicas con metáforas, enriqueciendo la historiografía, pero también la literatura, antes de la llegada de los estadísticos.

Si se lo hubiesen preguntado no habría sabido explicarlo, pero la amistad con Luciano, que le abrió muchas puertas de México y con quien no pasó nada salvo el placer de la amistad que nacía de la admiración, no de la atracción, le abrió un poco más la ciudad. A veces sucede eso, que si tiene suerte el viajero conoce a alguien que es la llave de un lugar, mucho más que el monumento, la luz, sus fotografías e incluso sus poetas. Alguien que con su forma de mirar o de moverse, pero sobre todo con lo que dice, ilumina una ciudad con una luz que ni siquiera percibirán muchos de sus habitantes en toda su vida. Y ese es un privilegio que solo percibe el viajero veterano.

Y como la ciudad tenía rutas, en efecto, en una de ellas se volvió a topar con Camilo, como estaba escrito. Si no se lo había encontrado antes era porque se encontraba de viaje. Lo que más la sorprendió fue que le agradó verle, si bien de una forma tibia, igual que el repaso de una vieja película por la que ha pasado el tiempo. Nada que ver con lo que había sentido. Había ido a México en su busca. ¿Habría sido capaz ahora de seguirle a México y a donde hiciese falta?

No. Ya no.

35. El viaje rebelde de Luciano Sanz

Una vez solo en la habitación, después de haberle dado cinco euros al botones y preguntado cómo ve el partido de mañana (resultó que no sabía nada del partido, no era aficionado), Luciano Sanz aparta un poco el visillo que tiñe de amarillo el silencio de la habitación: no lejos, y sin embargo tan lejos, cruzando una estrecha calle trasera que va creando un abismo de sombra, varias terrazas tienden al sol combinaciones de mujer, sábanas de Ikea y hasta un colchón recostado contra un murete. Las rodea un mar de tejas que no han desteñido desde antes de la guerra, bajo el cielo azul eterno y lleno de brillos de Madrid.

O sea, lo que esperaba. Lo ha visto otras veces, y eso que procura cambiar de hotel en cada viaje. Podía haber pedido una habitación con vistas a la calle, pero sabe que eso en Madrid es arriesgado, más todavía que en México o casi en cualquier otra ciudad: según le dijo un amigo viajero, en Nueva Delhi o El Cairo «el ruido está pegado al aire y no acaba nunca».

—En Madrid no saben —le dijo también—, y los científicos y poetas se niegan a revelarlo, desconozco por qué, que el estadio natural del mundo es el silencio. En Madrid existe desde hace siglos una tácita conjura de camareros y vecinos para oponerse a esa ley.

Son las nueve de la mañana, y lo que le piden sus párpados, como portavoces de un cuerpo descuadrado, es dormir así sea una siesta. Pero hace ya muchos viajes que dejó de cometer ese tipo de errores: si duerme tendrá todavía más sueño el resto del día, como si el *jet lag* tomase un aperitivo. De modo que se da una ducha, lo más eficaz contra las telarañas de un avión, y mientras se seca pide que le suban un café.

—No sé si ha visto que puede prepararse uno, tiene cafés con un calentador de agua en una bandeja sobre el escritorio.

Tampoco comete Luciano la novatada de explicarle a la señorita, cuya sonrisa atraviesa el teléfono, que esos sobres no son realmente de café. Da las gracias e insiste en su petición.

Y luego, solo luego, cuando ya cree que su cuerpo ha encontrado el clic y más o menos encaja con su alma, que ha llegado en otro avión más tarde, se plantea el problema de qué hacer para que este viaje a Madrid no sea lo de siempre.

Luciano Sanz tiene cuarenta y ocho años y no se afeita la barba, pese a alguna pincelada gris, porque una vez lo hizo y alcanzó a ver, con la estupefacción que produce el paso del tiempo, que sus mejillas comenzaban a aflojar las mandíbulas. Tiene también ojeras marcadas, lo que le da un cierto aire de poeta trágico que no se corresponde con su carácter, más que jovial incisivo, y periódicos cabreos, sobre todo con los ruidos y los móviles encendidos, que lo conservan joven en una suerte de líquido amniótico. Le gustan los chilaquiles, la paella, el vino caliente alemán en invierno y unas cuantas cosas más, pero le irrita la religión de la comida. Desde chico se siente en su casa en los cuadros de Caspar David Friedrich, y que eso no haya cambiado un centímetro le

asombra y le intriga: tiene consecuencias en su música, que es la romántica que se corresponde con Friedrich. Le gusta el fútbol, lo que es fuente de malentendidos pues lo que le interesa es el fútbol entre pequeños, donde a veces se ve el talento y el entusiasmo sin necesidad de subvención.

En realidad es un poco absurdo decir qué es lo que le gusta, porque sería más rápido decir lo que no le gusta. Le gusta casi todo. El único pero no despreciable problema es que a nadie le cabe casi todo, ni siquiera a Luciano, a quien le cabe realmente mucho: desde la astrofísica y el poder narrativo del dibujo a los poetas mexicanos del grupo de los Contemporáneos. Vive pues en la ansiedad.

De ahí que, en su nuevo viaje a Madrid, no esté dispuesto a repetir los rituales de siempre entre concierto y concierto: ronda de teléfonos, comidas y cenas con amigos y conocidos, obras de teatro y exposiciones de la temporada. Ni siquiera compras, así sean urgentes, como la última vez que tuvo que correr a buscar un abrigo por la llegada inesperada del frío, que en Madrid suele llegar por asesinato del otoño antes de tiempo. Es casi seguro que las tiendas le pongan melancólico, consciente de que con cada compra, lo quiera o no, acepta un elemento más del uniforme con el que nos van vistiendo en silencio. Gastronomía, exposiciones, compras... Le pone de mal humor medirlo todo así, con ese lenguaje de guía turística. Ya está en su hotel en Madrid, sin embargo, y su tiempo en la ciudad corre en el taxímetro.

Su primer acto realmente revolucionario es sacar la tableta de su maletín de viaje y, de forma deliberada, como una rebelión en un barco de hambrientos que da paso a la revolución, dejarla sobre la mesa sin abrir y ni siquiera consultar su correo.

Él no lo sabe pero, en su viaje rebelde, Luciano Sanz ha cruzado el ecuador de su vida y puede que hasta haya enfilado el último tercio. La prueba es que, casi de golpe, como si su avión hubiese entrado en otra dimensión, ya no le interesan lo que hasta ayer eran como pasos obligados de su carrera. En el avión que le ha traído de México, un corredor en el Atlántico que podría recorrer con los ojos cerrados pues lo suele hacer un par de veces al año, de pronto, en mitad del mar y de la noche, como si alguien le hubiese dado a un interruptor, han dejado de interesarle los *contactos* con los que se abren y cierran puertas, las películas de las que se habla en las cenas —los temas obligados ahora los ve con verdadero cansancio en lugar de una oportunidad—, los jurados de premios, ¡los premios! Que le haya dejado indiferente el último que le han dado, uno de una asociación de críticos de diversas artes en Francia, por «su capacidad de renovación de la mirada del hombre contemporáneo sobre los clásicos», debiera haberle puesto sobre aviso, y quizá le puso: no hace tanto se habría ofrecido semidesnudo en el mercado de esclavos por un premio así.

Ahí está. Que quizá se ofreció, aunque sin saberlo muy bien, pues entonces no existían ni Internet ni las redes: no tuvo que colgar fotos.

Pero entonces como ahora había otros sistemas para exhibirse, y él lo hizo: cuando aún era un pianista no demasiado conocido pero con una capacidad innata para salir del gueto de los melómanos y crear titulares —algo que se tiene o no se tiene, como el talento para los números o el amor a los perros—, pronto se hizo indispensable y ocupó con facilidad las casillas con que se construye la gloria contemporánea: *El intérprete de México*, *Los dedos del país*, *El nuevo renacentista sin fronteras*, al interpretar música pero también dibujar (no demasiado bien), escribir en la prensa, dirigir el montaje de un par de óperas y hasta publicar cada diez años un poemario en una minúscula pero nada secreta editorial, exquisita como una flor de diseño.

*Manos pájaro navegan como gaviotas
el estrecho de un mar blanco
de espaldas a la tierra.
Música sobre piedras negras.*

Así que para cuando llega al día siguiente a dar su concierto en el Auditorio de Madrid la situación parece la misma de otras muchas veces, pero no lo es del todo. Es cierto que Luciano no obedece a las rutinas y disciplinas del concertista, y por eso no figura en el grupo de los elegidos, aquellos para los que los melómanos hacen cola de noche y bajo la lluvia y en cuyos conciertos entran despeinados, con la fe y la mirada atónita de quienes van a recibir una revelación.

A cambio, eso le permite no estar casado con su piano en un régimen dictatorial, sin separación de bienes. Lo está, pero en su matrimonio están previstos ciertos momentos de oxígeno, algo que se propuso desde el primer momento. Pues Luciano es algo muy raro: un artista, un intérprete también inteligente, e inteligente de razón, no de instinto artístico, algo que raya en el exotismo. Aceptó desde muy joven el don de un talento único para el piano, pero en las jornadas de ocho horas de práctica supo también que si el precio de interpretar a Chopin y Liszt como si fuese uno de ellos era la esclavitud, no estaba dispuesto. El verdadero desafío no era por tanto el de convertirse en un gran pianista, deporte muy competido en el que además siempre ganan los rusos, sino el conseguir que esa dedicación fuese algo humano.

Y esa es la razón por la cual Luciano Sanz destaca entre los viajeros de su hotel y también en el muy exigente grupo de los concertistas, en el que los pianistas, si destacan, lo hacen por su entrega y lo que se considera indispensable fanatismo: ha conseguido no ser una máquina de música, sino algo más.

El problema es que a los cuarenta y ocho años no termina de saber qué. En su hotel de Madrid, predecible como todos los hoteles de cinco estrellas del mundo, ahí está, en mitad de la mañana, con la sensación de que su vida podría ir hacia el oeste, el norte o el sur y él no sabe muy bien de qué depende.

En otras ocasiones llamaría a sus amigos y, salvo las dos horas diarias de ensayo a las que todavía se obliga, organizaría su visita de la forma más distraída y útil posible. En esta ocasión no solo no llama a nadie, sino que no contesta al teléfono que suena en su habitación: podría ser alguien.

Y para que por azar no le vayan a sorprender, sale a la ciudad. No solo lo hace sin rumbo, por una vez, sino que además es uno de los escasísimos días en que la ciudad no se ha puesto su uniforme de cielo azul brillante y la atraviesan nubes rápidas de tormenta. Es el último, último día del verano, y de algún modo eso se nota en una cierta agitación en el aire, nervios y expectativa, como si no estuviese escrito qué va a ocurrir.

A Luciano la sorpresa le gusta. Pensaba encontrar la ciudad tranquila y medio sesteante, encantada de conocerse y sin demasiadas ganas de cambio hacia ninguna parte, una ciudad europea más, convencida de haber llegado ya a dondequiera que han de llegar las ciudades y sin necesidad de moverse más que a ritmo de paseo de jubilado. Y aunque solo sea por los colores, el viento y las nubes se encuentra con una ciudad atónita que no sabe qué va a ocurrir antes de que llegue la noche.

Esa, y no otra, es la razón por la que Luciano repara en una urraca de plumaje negro, blanco y azul casi noche que antes no habría visto, y que le vigila con mirada fría desde un árbol al salir de su hotel. Luego, mientras tararea en silencio el andante de Schubert que va a interpretar esa noche —algo que hace siempre en las horas anteriores a sus conciertos, desde dos días antes vive con, junto, dentro de su música, lo quiera o no—, se queda embebido en la luz de Madrid, que por una vez en la vida se parece a otras que ha visto en Oxford y en San Petersburgo y no puede olvidar: luces que en una obra de teatro, una ópera, bastarían para anunciar una rebeldía, una fuga, una tragedia, sin necesidad de guion. Y es bajo esa luz, después de caminar mucho y extraviarse a voluntad por unas calles que desconoce, cuando ve a un hombre cargando una gran pantalla de ordenador bajo el brazo. Es obvio que está muy cansado y apenas puede con ella, pero de algún modo intuye que el hombre también rechazaría cualquier oferta de ayuda. Esas cosas se ven, se saben. La gran pantalla de un iMac que lleva con él parece un lago portátil, un pedazo de cielo apagado, un espejo a oscuras, una página en blanco. No es un cadáver lo que lleva, sino un proyecto; eso es lo único que Luciano tiene claro.

Cuando esa noche sale al Auditorio, Luciano Sanz comprueba lo que ya le han dicho: tres cuartos de entrada. Nunca ha llenado una sala importante, y eso es algo en lo que ya ni piensa. No es el escalafón lo que ahora le preocupa. Ni siquiera el futuro. Aunque no lo sabe, ese es uno de los indicios de que ha llegado a otra cosa. El anuncio de algo.

Porque de ninguna manera está relajado, tranquilo, dispuesto a disfrutar de su concierto con el placer del dominio, en un nivel en el que es difícil imaginar un error no forzado. Debiera ser una velada de placer —de nuevo él, Schubert, Chopin y Schumann—, a no ser que, algo probable, alguien encienda el móvil en la platea y su reflejo le distraiga.

Está nervioso, tenso, con la sensación de que algo va a suceder.

Y en efecto, cuando llega al andante que ha venido tarareando esa mañana, llegada la penúltima nota el dedo anular de la mano derecha no se posa en la nota que debe... Se posa en otra. Y en lugar de corregir, fingiendo que no ha pasado nada —esas cosas les suceden a los más grandes pianistas y muchas veces nadie se da cuenta—, la mano decide correr hacia donde no está previsto. Aunque es un movimiento virtuoso y alegre, es un gesto de rebelión.

Muy pronto es indisimulable y hasta se notan ciertas ondas en la platea, como un estanque despertado por una piedra: melómanos que se agitan en sus asientos, todavía incapaces de comprender. ¿Variaciones? Schubert nunca las previó.

Y sin embargo es sencillo. Acaban de asistir a un prodigio, rarísimo pero que alguna vez se ha dado: la transformación de un intérprete en compositor. Crear, piensa Luciano con sencillez, una extraña palabra que es a la vez un verbo y un color. Está poseído por una vieja emoción que temía perdida. La palabra aún le intimida, más aún que antes pues ahora ya ha dado el paso y no hay regreso posible. De momento se dedica a disfrutarla, sin saber muy bien —eso es lo bueno— adonde conduce.



PEDRO SORELA (1951-2018). Hijo de español y colombiana, vivió en varios países y tuvo familia directa en ocho. Dirigió el montaje de obras suyas de teatro, fue reportero de Cultura y columnista durante catorce años en el periódico *El País*, y en el momento de su muerte, impartía un curso de doctorado sobre las últimas tendencias de la escritura en la Universidad Complutense de Madrid. Aficionado al dibujo, viajó todo lo que pudo, convirtiendo el viaje en tema y en instrumento de su narración; buena parte de su escritura no solo se inspiró en sus viajes, sino que partió de ellos. Es autor de las novelas *Quién crea la noche*, *El sol como disfraz*, *Ya verás*, *Viajes de Niebla*, *Trampas para estrellas*, *Aire de Mar en Gádor* y *Banderas de Agua*, entre otras; de los relatos *Ladrón de árboles*, *Cuentos invisibles*, *Historia de las despedidas* y *Lo que miran los vagos*, y de los libros de no ficción *Dibujando la tormenta*. *Faulkner*, *Borges*, *Stendhal*, *Shakespeare*, *Saint-Exupéry*. *Fundadores de la escritura moderna*, *La entrevista como seducción* y *El otro García Márquez*. *Los años difíciles*, ensayo escrito a partir de su tesis doctoral y primer estudio sistemático de la juventud del novelista como reportero. Escribió y dirigió *Lost Paradise: A Journey through Imaginary England* para la serie *A Vision from Abroad* de la BBC.